

# **UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA IV (METODOLOGÍA DE LA

INVESTIGACIÓN Y TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN)



## **TESIS DOCTORAL**

**HACERSE HOMBRE. LA CONSTRUCCIÓN DE  
MASCULINIDADES DESDE LAS SUBJETIVIDADES:  
UN ANÁLISIS A TRAVÉS DE RELATOS DE VIDA DE HOMBRES  
COLOMBIANOS**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**Hernando Muñoz Sánchez**

Directora

M<sup>a</sup> Antonia Martínez Rodríguez

**Madrid, 2015**



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA IV: METODOLOGÍA DE  
LA INVESTIGACIÓN Y TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN

---

**HACERSE HOMBRES:  
LA CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES DESDE LAS  
SUBJETIVIDADES. UN ANALISIS A TRAVES DE RELATOS DE  
VIDA DE HOMBRES COLOMBIANOS**

---

Programa de Doctorado "Perspectiva de Género en las Ciencias Sociales"

Tesis Doctoral

---

Elaborada por: **Hernando Muñoz Sánchez**

Dirigida por: **MARIA BUSTELO RUESTA**

Madrid 2014

Cómo no dedicar este trabajo a Elvira, mi mamá. Mujer que en su aparente debilidad, tuvo el valor, fortaleza y coraje para criar a sus hijos, en medio de tantas adversidades, como ella decía: “para salir adelante. A ella Gracias! A mis hermanos, Carlos, Néstor, Javier, Juan y Claudia por la solidaridad que nos ha unido siempre. A ellos gracias!

Cómo no dedicar este trabajo, también a mi “familia” en España, en Barcelona. A Nuria, Jaume, David y Toni, que abrieron las puertas de su hogar, y me hicieron sentir uno más de ellos. Gracias por tanta generosidad!

Y cómo no dedicar este trabajo también, a mis amigos y guías del pasado, de los tiempos de mi adolescencia y juventud que me enseñaron valores, disciplina, claridad, y compromiso. Ellos saben quiénes son.

Y por supuesto a todos los varones que sueñan con relaciones igualitarias, de respeto y reconocimiento entre hombres y mujeres y entre ellos mismos. Ese es el gran reto y sueño de este siglo.

## **Agradecimientos:**

Suena a frase usada, pero es verdad, habría tantas personas a lo largo de la vida a quienes agradecer, que siempre se caerá en un posible olvido, sin embargo hay que hacerlo.

Gracias, mil y mil a mi directora de tesis, la apreciada María Bustelo Ruesta, por su guía y apoyo.

Gracias, mil y mil a mi querida amiga del alma María Cristina Palacio, por su apoyo, su escucha de horas compartiendo desde lo teórico, lo metodólogo y desde los sueños, sobre este tema vital en este momento histórico. Su aporte y fuerza fueron esenciales.

Gracias mil y mil a Pablo, por su aporte, retroalimentación y apoyo en el último tiempo.

Gracias, mil y mil a los amigos por su compañía, las conversaciones y el enorme interés en el tema. Lucia, Jimena, Sergio, Sara, Piedad, los hombres en los talleres y conversatorios de toda la vida.

Gracias, mil y mil a los hombres que abrieron sus vidas a través de los relatos, por su valentía al hacerlo.

Gracias, mil y mil a Lucas Platero, y a Laura Abella por su hospitalidad en Madrid.

Gracias a la Universidad de Antioquia, mi Universidad, que hace parte de mi alma, la que me ha ofrecido oportunidades de crecimiento personal, profesional e intelectual.

Y por supuesto gracias a la vida, que me ha hecho un hombre feliz, ha sido generosa y me ha dado tanto!

## ÍNDICE

• DEDICATORIA.....	2
• AGRADECIMIENTOS.....	3
• INTRODUCCIÓN.....	6
○ El Objeto y los objetivos.....	9
○ Hipótesis.....	13
○ Método.....	16
○ Plan de Exposición.....	18
1. Capítulo 1: EL GÉNERO NO ES SÓLO DE MUJERES, LOS HOMBRES TAMBIÉN TIENEN GÉNERO: OPCIONES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DE LAS MASCULINIDADES.....	23
1.1. La importancia de los estudios de género como soporte al desarrollo de los estudios de masculinidades y El surgimiento de los estudios de masculinidad.....	37
1.1.1. Surgimiento.....	37
1.2. Socialización y Género.....	60
2. Capítulo 2: HUELLAS DEL HACERSE HOMBRES: LOS RELATOS DE VIDA COMO CAMINO PARA LA COMPRENSIÓN DE LAS MASCULINIDADES.....	70
2.1. Una pregunta por la masculinidad.....	70
2.2. Aprender las masculinidades: significación, experiencia y relatos de vida. Reflexiones sobre el método.....	75
2.3. Los varones entrevistados.....	95
3. Capítulo 3: ¿USTED NO ES PUES UN HOMBRE?: MODELOS DE SER VARÓN Y REPRESENTACIONES HEGEMÓNICAS DE LA MASCULINIDAD EN MEDELLÍN.....	103
3.1. Masculinidad, hegemonía y dominación.....	110
3.2. Género, masculinidad y hegemonía.....	119
3.3. Masculinidades hegemónicas: una contextualización de la ciudad.....	128

3.4.	Las características de la masculinidad hegemónica en la ciudad.....	138
3.5.	Masculinidades, raza y clase.....	165
3.6.	Consideraciones finales.....	172
4.	Capítulo 4: "USTED NO ES UNA NIÑA, COMPÓRTESE COMO UN VARÓN": AGENTES DE SOCIALIZACIÓN, DISPOSITIVOS DE GÉNERO Y PRÁCTICAS INSTITUYENTES DE LA MASCULINIDAD.....	177
4.1.	El <i>Habitus</i> y las prácticas de institución de la masculinidad: la incorporación del orden de género.....	177
4.2.	Familia, socialización y masculinidad.....	191
4.3.	Los dispositivos escolares de incorporación de la masculinidad.....	211
4.4.	Los pares y el control social de la masculinidad.....	232
5.	CAPÍTULO 5: VOCES QUE RETUMBAN HACIA ADENTRO: SUBJETIVIDADES Y EXPERIENCIAS DEL HACERSE HOMBRE EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA.....	253
5.1.	Las subjetividades y la experiencia de la masculinidad.....	253
5.2.	Desplazamientos.....	259
5.3.	La era "posmachista" y lo políticamente correcto.....	271
6.	REFLEXIONES FINALES.....	287
6.1.	Reflexiones prácticas.....	292
6.2.	Limitaciones y algunos caminos posibles.....	297
7.	BIBLIOGRAFÍA.....	301
8.	ANEXOS.....	312
8.1.	Micro reseña de los entrevistados.....	312
8.2.	Guía de relato.....	315
8.3.	Resumen en inglés.....	318

## **INTRODUCCIÓN**

Los estudios sobre masculinidades son unas de las líneas más recientes dentro de los estudios de género. La preocupación por comprender el lugar de opresión que históricamente han vivido las mujeres ha dejado cierta ausencia en lo que atañe a comprender el lugar y las condiciones de posibilidad a través de las cuales se ejerce el lugar de dominación de los varones.

De hecho, esta misma perspectiva que sostiene la existencia de un solo lugar de opresión y un solo lugar de dominación ha caído en cierto binarismo en la forma en que concibe las relaciones de poder, lo que ha terminado por naturalizar el lugar de los varones lo cual obstaculiza la comprensión y transformación de estas relaciones. Esto no sólo ha afectado el desarrollo de estudios académicos, sino también la orientación de acciones desde los movimientos sociales y del Estado enfocadas hacia la equidad de género ya que se ha renunciado a vincular directamente a los varones con el proyecto político de unas relaciones de género igualitarias. Al respecto es bastante contundente el estudio realizado por María Bustelo y Emanuela Lombardo (2007) en el cual tras un análisis de las políticas de igualdad en Europa encontraron que:

No se suele mencionar al colectivo masculino como objetivo de las acciones de sensibilización para prevenir la violencia contra las mujeres, sino a la sociedad en general para concienciarla sobre el problema. Un ejemplo típico en los textos analizados es el de representar a las víctimas claramente como mujeres, y sin embargo mencionar a los maltratadores con un lenguaje en términos neutrales. El mensaje que se extrae de los documentos oficiales sobre políticas de género en Europa es, por lo general, que la desigualdad de género es un problema de mujeres y son ellas las que deben cambiar. Los hombres se

representan de manera distinta en los países y los temas, pero lo que resulta común en los tres temas, es que ellos no tienen el problema ni se les pide cambiar, es decir, no se apela directamente a ellos ni son casi nunca objetos directos de las políticas de igualdad. En el caso de la desigualdad de género en la política los hombres aparecen como el grupo normativo en dos sentidos, puesto que son el grupo cuyos estándares las mujeres deben supuestamente conseguir y al mismo tiempo el que detenta las posiciones de poder en política.

Así, Bustelo y Lombardo (2006) encuentran que las llamadas políticas de igualdad han estado realmente orientadas hacia “el sexo” y no hacia el “género”, pues no se construyen desde una perspectiva relacional que comprende las dinámicas de interdependencia entre los géneros, no desde una visión heterocentrada de la complementariedad, sino desde el reconocimiento de la existencia real de hombres y mujeres en sociedad. Es por ello, que sólo las mujeres han sido generizadas y por tanto solo ellas han sido consideradas un foco para la acción de las políticas públicas, dejando intacto el lugar de los varones y negando así su carácter de sujetos de género y por ende obviando y neutralizando su papel como actores de las dinámicas y realidades que se buscan comprender y cambiar.

Por lo anterior, esta tesis se interesa por comprender el proceso de hacerse hombres ya que se considera necesario analizar a los varones y la masculinidad como productos sociales. Un estudio de este tipo permite también generar una suerte de conciencia en los varones al plantearles la posibilidad de mirarse en el espejo, lo que se esgrime como un aporte la creación de otras miradas políticas que generen liderazgo en los hombres para la transformación de las desigualdades de género.



De tal manera, pensar a los varones y las masculinidades no implica negar el lugar de privilegio que éstos han tenido en la sociedad y permite comprender que ese lugar de privilegio también tiene varios matices, por ejemplo, no todos los varones pueden ejercer claramente esas relaciones de dominación pues dentro de los mismos varones también existen interacciones desiguales de poder. En ese sentido, estos análisis pueden develar dinámicas que no han sido contempladas y generar así nuevas rutas y estrategias que conlleven a la transformación de la inequidad.

Es por eso que esta tesis doctoral se propone realizar un análisis enmarcado dentro de los estudios de masculinidades, desde donde se comprende que al igual que el planteamiento de Beauvoir sobre las mujeres al afirmar que la “mujer no nace, se hace”, es necesario insistir en que los varones tampoco nacen, se hacen, proceso al cual se denomina aquí “el hacerse hombres”.

Se ha optado para lograr este estudio el uso de los relatos de vida como unidad de análisis. Los relatos de vida son producciones discursivas que los sujetos producen a partir de sus propias experiencias y significaciones, configuradas a través de sus representaciones sobre el mundo y sus prácticas sociales del diario vivir. Comprender el “hacerse hombres” desde los relatos permite acercarse a la subjetividad de estos varones y así adentrarse a las estructuras macro del orden de género a través del análisis de las representaciones hegemónicas y de las prácticas de incorporación de la masculinidad presentes en instituciones sociales como la familia, la escuela o los pares, pero también a las fracturas, los desplazamientos y las resignificaciones que estos varones hacen de estas representaciones y estas prácticas.

## **El objeto y los objetivos.**

En esa vía el objeto de esta investigación es analizar el proceso de construcción y significación de las masculinidades en hombres heterosexuales colombianos en la ciudad de Medellín a partir de sus relatos de vida, identificando las pautas culturales, las prácticas sociales y las relaciones de poder a partir de las cuales se vive y se significa el “hacerse hombre”.

Hablo de masculinidades en plural pues no es posible pensar en la existencia de una sola experiencia de hacerse hombre ya que esta misma construcción dentro del género está en diálogo con otras relaciones que atraviesan la vida del sujeto como la raza/etnia, la clase social, el nivel educativo, la historia familiar, las contingencias mismas, etc; perspectiva que ya había sido planteada por el feminismo negro o de color y las propuestas de interseccionalidad que insisten en la necesidad de comprender los diferentes sistemas de opresión como el racismo, el patriarcado o el capitalismo (Hill Collins 1998; Lugones 2008; Davis, 2004).

Cabe resaltar que la relación entre masculinidad y el ser varón no es automática, la masculinidad puede ser habitada y vivida por cuerpos y subjetividades que no se identifican como “varones”, pero en este caso trabajaré con cuerpos sexuados “machos” que se identifican como varones.

He elegido trabajar solamente con hombres heterosexuales porque me interesa interpelar la naturalización existente entre heterosexualidad, masculinidad y el ser varón demostrando que la masculinidad que se teje dentro de una identificación como heterosexual también es una masculinidad construida y por lo tanto fracturada y fragmentada. Por otra parte, existe un imaginario que plantea que los hombres homosexuales rechazan su masculinidad, y

aunque desde esta investigación se tiene claro que esto no es cierto, sí se buscaba como estrategia de impacto político poder descentrar la masculinidad vivida por hombres que se asumen heterosexuales.

Este análisis se plantea dentro del contexto de la ciudad de Medellín pues los sistemas sexo/género son construcciones socioculturales que están enmarcadas en sus contextos de producción, sin embargo, esto no anula una mirada dialógica entre los contextos locales y las realidades regionales, nacionales y globales. Por esto, se considera de vital importancia sostener una perspectiva histórica de procesos centrales en la historia de la ciudad y el país y por lo tanto del orden de género, como por ejemplo la experiencia del narcotráfico y otras experiencias de violencia, los procesos de transformación urbana de la ciudad y los procesos políticos, entre otros.

De tal manera, se establecieron como objetivos específicos los siguientes:

1. Examinar las representaciones sociales hegemónicas que constituyen las pautas culturales que en la sociedad colombiana definen la masculinidad.

Este objetivo busca analizar las representaciones sociales hegemónicas pues estos imaginarios se convierten en los modelos o pautas para que los varones se construyan como hombres en la ciudad. Las representaciones no son una sola, ni son tampoco unívocas sino que son una pluralidad de discursos que a través de diferentes espacios como la familia, la escuela, los y las amigas, los medios de comunicación, entre otros, se movilizan. Estas representaciones no son permanentes, por el contrario son históricas y se transforman en el tiempo.

2. identificar y analizar las prácticas y los discursos que orientaron el proceso de construcción de las masculinidades de los hombres consultados desde su experiencia familiar, escolar y con los pares sociales.

Con este objetivo se busca comprender la forma en que esas representaciones sociales hegemónicas sobre la masculinidad son incorporadas a los varones. Para ello se propone que esas representaciones son incorporadas a través de una serie de prácticas sociales que se viven en diferentes espacios y a través de todo el trayecto de vida. Para el desarrollo de este objetivo se prioriza el análisis sobre tres agentes de socialización que se consideran centrales en este proceso de incorporación de la masculinidad: la familia, la escuela y la relación con los pares sociales pues a través de ellos se producen una serie de dispositivos de género que sirven como disciplinadores para del aprendizaje del orden de género. Como producto de esta reflexión se propone la noción de *prácticas instituyentes de la masculinidad* que sirvió para delimitar estas prácticas inscritas en estos agentes de socialización.

3. Analizar el significado, la subjetivación y la experiencia del hacerse hombre a partir de los relatos consultados, identificando las tensiones, los conflictos y los desplazamientos que se viven en la construcción de su masculinidad.

Este objetivo responde a una reflexión en torno a la relación entre estructura e individuo. Si bien los objetivos sobre representaciones sociales y prácticas buscaban identificar esos rasgos estructurales del contexto que marcan las pautas para el ser hombre en la ciudad, dejan por fuera las formas en que esas dimensiones son apropiadas y subjetivadas por las personas, proceso en el cual se generan una serie de desplazamientos y fracturas ya que los individuos no repiten ni viven la norma al pie de la letra. Esto se da porque las

representaciones sociales no siempre son acordes a las realidades que viven los sujetos o porque en la realidad práctica estos varones deben negociar sus preceptos del ser varón frente a lo que viven, una situación común donde deben darse estas negociaciones entre lo que usualmente se dice y lo que se vive es a la hora de formar un hogar propio donde algunos de los privilegios que se tenían en el hogar materno deben reevaluarse. Otra razón importante a analizar son las incomodidades y frustraciones mismas que trae para los varones la obligatoriedad de participar del modelo hegemónico de varón a partir de las cuales ellos mismos expresan los costos que les ha implicado el ocupar el lugar socialmente establecido para ellos.

4. Proponer una reflexión sobre los varones, la masculinidad y las relaciones de género en el mundo contemporáneo que permita pensar estrategias de transformación social, cultural y política que conlleven cambios en las relaciones desiguales entre hombres y mujeres y entre los mismos hombres.

Como ya fue expresado, y tal como el marxismo y el feminismo había ya manifestado, la relación entre teoría y praxis debe ser más cercana. Por ello este trabajo pretendía también lograr a partir de su objeto de estudio develar algunos problemas centrales en torno a la relación entre los varones, la masculinidad y las relaciones de género que permitan pensar caminos de acción e intervención social y política con los hombres, atendiendo a las transformaciones del mundo contemporáneo en la era de la globalización y el mercado neoliberal y su relación con los procesos históricos locales de la ciudad.

## **Hipótesis.**

Para la realización de este trabajo se construyeron una serie de hipótesis que sirvieron como guía y principio, pero que también en el transcurso de la investigación fueron transformándose y sintetizándose. A pesar de ello, recogen los puntos esenciales de esta investigación tanto desde los preceptos teóricos como de los hallazgos mismos.

- El género como categoría de análisis de relaciones y como construcción socio-cultural había sido tradicionalmente usado para comprender el lugar de subordinación y desigualdad de las mujeres. Sin embargo, el género es una categoría relacional que permite comprender no sólo a las mujeres como construcción cultural, sino también a los varones. Esta perspectiva es necesaria para la transformación social, económica y política en tanto desnaturaliza el lugar y el cuerpo de los varones, permitiendo así generar nuevas demandas y estrategias que permitan cambios en las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, y entre los mismos varones. Para ello es necesario examinar las relaciones históricas de desigualdad y entender así las formas de organización del poder en el sistema sexo/género, analizando las jerarquías existentes en las relaciones entre hombres y mujeres y entre los hombres mismos, e indagando cómo ven los hombres su papel en el cambio de las relaciones con otras/os en la búsqueda de la igualdad y en la invención de nuevos códigos que re-signifiquen las masculinidades, y que conlleven diferentes formas de relación.
- Los estudios de masculinidad se han enfocado en demostrar cómo las identidades y subjetividades de los varones responden a unas construcciones culturales que apuntan a determinar el

comportamiento de los hombres. Esta línea de estudios, inscrita dentro de los denominados Estudios de género, ha sido de reciente aparición como campo de estudio y adquiere relevancia en tanto permite desnaturalizar, desneutralizar y descentrar la masculinidad y los varones, toda vez que permite ver el carácter contingente e histórico de la masculinidades y las relaciones de poder que se construyen no sólo frente a las mujeres sino también entre los mismos varones haciendo evidentes las fugas, fisuras, tensiones, conflictos y desplazamientos que en el proceso de hacerse hombre los varones experimentan.

- Los hombres colombianos han construido su masculinidad a partir de una serie de referentes que se constituyen a modo de códigos de conducta o pautas de comportamiento donde se sostienen una serie de exigencias, mandatos y expectativas que responden a una cultura patriarcal profundamente establecida. Por ello es necesaria la comprensión de este modelo del ser varón que en el contexto específico del país y la ciudad se convierte en el guion para los hombres
- Estos mandatos son incorporados a la experiencia, la subjetividad y el cuerpo de los varones a través de una serie de dispositivos de género que están articulados a los agentes de socialización del sujeto tales como la familia, la escuela y los grupos de pares. Por medio de estos se le enseña a los varones el guion que deben seguir, pero serán también los encargados de ejercer formas de regulación y castigo para aquellos que se salen de alguna u otra manera de la norma. Por lo cual se hace necesario revisar los procesos de socialización especialmente en estos grupos que tanta preponderancia tienen en la formación de ser humano-varón. Analizar cómo se orientan las prácticas –hacer- , los discursos -el decir-, y el pensar –lo simbólico- con los dispositivos que actúan en la construcción de cómo hay que

ser hombre para ser aceptado socialmente. Sin embargo, al igual que las representaciones sociales estos dispositivos y agentes no funcionan de forma homogénea, ni ofrecen exactamente los mismos discursos, pero sí se encuentran articulados en torno a la formación de ciertos rasgos centrales contemplados dentro de las pautas culturales hegemónicas del ser varón.

- Los varones no se comportan o no viven su masculinidad tal cual es planteada por el guion hegemónico (la norma, lo normativo). Los varones en su proceso de incorporación y subjetivación de las pautas culturales generan tensiones, fracturas, inconformidades con algunos de los elementos que componen esas representaciones. De igual forma todos los varones no significan esa experiencia de masculinidad de la misma manera, sino que a partir de sus propias trayectorias tejen distintos significados del hacerse hombres.
- En el mundo contemporáneo asistimos a un contexto en el cual el tema de la igualdad en las relaciones de género se ha ganado un lugar en la agenda pública, esto ha ido acompañado de una serie de transformaciones en la sociedad agenciadas principalmente por las luchas y los logros de los movimientos de mujeres y feministas. Pero paralelo a esto existe aún un régimen de discurso patriarcal que le enseña a los varones unos modelos de masculinidad que responden a la pauta cultural hegemónica. En medio de esta contradicción los varones tanto jóvenes como mayores encuentran una especie de dicotomía que busca resolverse con una supuesta aceptación de la idea de equidad que no renuncia por completo a una perspectiva esencialista y diferencialista entre hombres y mujeres en la cual las mujeres aún siguen ocupando un lugar de subordinación,



pero que, como está inserta en un discurso “pro-igualdad” pasa desapercibido como expresión del patriarcado.

## **EL MÉTODO.**

Este trabajo ha tenido como paradigma epistémico el construccionismo social pues le interesa lograr una mejor comprensión entre la relación de la estructura social con el individuo, en este caso particular entre el orden de género en sus diferentes dimensiones con la construcción subjetiva de los varones dentro de ese orden. Por otra parte, porque el construccionismo ofrece herramientas para interpretar las formas en que los sujetos se hacen socialmente, en este caso cómo los varones forman su masculinidad socialmente.

De tal manera se eligió el análisis de diez relatos de vida como método para este trabajo. Los relatos de vida permiten a través de una interlocución acercarse a las experiencias y percepciones, y por lo tanto, a la voz propia de los sujetos. Sin embargo, esos relatos y esas voces se producen a través de una serie de vivencias y significaciones que son contextuales por lo cual también permiten hacer lecturas de procesos que exceden las historias individuales y hablan de contextos más amplios.

Es importante hacer notar que los relatos de vida no son lo mismo que las historias de vida. Aquellos se diferencian en tanto no pretenden dar cuenta objetiva de la historia de un sujeto, sino que le interesa la construcción narrativa que el sujeto hace de sí y de una serie de vivencias y temas concretos, en este caso del proceso de hacerse hombre. De tal manera, la unidad de análisis de este trabajo está constituida por cada una de esas narraciones que eran analizadas como producciones discursivas.

Para la consecución de estos relatos fueron entrevistados diez hombres heterosexuales de la ciudad con edades entre los 20 y 50 años de edad. La técnica implementada fue la de entrevista a profundidad y se realizaron de forma abierta a partir de una guía semiestructurada que me permitía sostener el hilo del relato sin coartar la emergencia de otras narrativas, problemas y categorías de análisis que pudieran aparecer en los encuentros y excedieran la guía imaginada. Con cada hombre se tuvieron dos o tres encuentros. Los entrevistados fueron seleccionados de manera aleatoria y se implementó como una de las estrategias la bola de nieve.

Aunque después de contactados se lograron los encuentros, sí existió una expresión de extrañeza frente a la investigación por parte de los varones entrevistados pues como ellos mismos lo planteaban nunca y en ninguna circunstancia habían sido indagados por su condición de hombres. Para ellos este tipo de ejercicios eran más comunes con las mujeres, pues planteaban inicialmente que la condición de ser hombre es biológica, natural y aparentemente sin contratiempos por lo cual no sería necesario su cuestionamiento. Quizá una de las mayores riquezas de este ejercicio fue poder develar el carácter cultural, contingente y social de la masculinidad, perspectiva de la que poco a pocos estos hombres se iban haciendo partícipes.

Los relatos fueron analizados desde una perspectiva hermenéutica que permitiera comprender el proceso de significación de los mismos. En los estudios que trabajan con fuente viva es común convertir la palabra del sujeto en verdad incuestionable lo cual termina cayendo en cierta esencialización de las voces. La hermenéutica permite desde su apuesta interpretativa y comprensiva entender las formaciones discursivas que subyacen a la narración y develar sus lugares de enunciación, las estructuras sociales y los sistemas de valores que se hacen evidentes en ellos permitiendo no entronizar ni

volver incuestionable la voz del sujeto, sino, por el contrario, estableciendo una relación dialógica y crítica en el acto de la escritura con esas voces.

## **PLAN DE EXPOSICIÓN.**

Esta investigación se ha dividido en cinco capítulos. Los dos primeros son de orden teórico y metodológico. Estos parten de la reflexión de que las decisiones teóricas y conceptuales implican una relectura de las tradiciones académicas de las Ciencias Sociales tal como debieron hacerlo los estudios de las mujeres y los estudios de género ya que los estudios sociales históricamente han estudiado “los hombres” y han hablado de los mismos pues hemos tenido una academia androcentrada como bien lo ha hecho explícito el feminismo y autoras como Henrieta Moore (1999), Sandra Harding (1996) o Evelin Fox Keller (1991), este conocimiento no ha puesto a los varones en el lugar de sujetos sexuados y generizados.

Así, el primer capítulo titulado **“El género no es sólo de mujeres, los hombres también tienen género: opciones teóricas para el estudio de las masculinidades”** que sirve como exposición de los referentes teóricos presenta las opciones que dentro de la teoría feminista y los estudios de género han sido tenidas en cuenta en este trabajo. Se analiza el sistema sexo/género y las implicaciones que esta estructura de organización social tiene para los varones. Se discuten también algunos avatares de la categoría género desde su producción en los años setenta hasta los debates surgidos sobre todo a partir de los años noventa con esta categoría de análisis. Finalmente se analiza la trayectoria de los estudios sobre masculinidades a través de algunas obras centrales como la de R. Connell (1981, 2003, 2006).

En el siguiente capítulo **“Huellas del hacerse hombres: Los relatos de vida como camino para la comprensión de las masculinidades”** se plantea la metodología del trabajo. Se propone una reflexión en torno a las masculinidades y la construcción de las “identidades” sociales de los varones para preguntarse sobre las rutas metodológicas para poder aprehender este proceso en su nivel social, pero también subjetivo. Se plantea una reflexión sobre la importancia de analizar el orden de género tanto desde la comprensión de asuntos estructurales como del nivel subjetivo de esa vivencia para lo cual se opta por los relatos de vida como una posibilidad para realizar un análisis que logre vincular estos dos niveles. Se plantea un paradigma construccionista que logre desnaturalizar el carácter esencializado de la masculinidad y la perspectiva hermenéutica que permita una visión interpretativa y comprensiva del proceso del hacerse hombres desde los significados que tejen los sujetos que produjeron los relatos.

En los siguientes tres capítulos se plantea el análisis de los relatos que fueron la unidad de análisis de este trabajo. Cada capítulo responde a uno de los objetivos específicos planteados anteriormente, a excepción del último donde se desarrolla el tercer y cuarto objetivo.

El primero de ellos, **“¿Usted no es pues un hombre?: Modelos de ser varón y representaciones hegemónicas de la masculinidad en Medellín”** analiza lo que a partir de Bourdieu (2000) se denomina “principio de visión social” con el que se explica cómo desde las relaciones culturales, políticas, económicas y sociales se establecen unos principios de mirada e interpretación sobre el mundo a través del cual se le habita y explica y en este caso particular sobre las relaciones de género y la masculinidad. Esos “principios de visión social” que no son naturales, terminan naturalizándose y su carácter

contingente es olvidado y puesto en entre dicho. Esto es lo que pasa con el orden de género, es una construcción social de un “principio de visión” a través del cual se define y explica la diferencia sexual biológica y sus supuestos efectos en la diferencia de roles sociales, políticos y económicos. Esos “principios de visión social” están compuestos por una serie de representaciones sociales que circulan en diferentes instituciones como la escuela, la familia, o la iglesia o la ciencia y que constituyen un modelo de ser varón que afecta no sólo la mirada y percepción de los hombres, sino también de las mujeres.

En este trabajo se plantean las representaciones sociales como múltiples y cambiantes en el tiempo, sin embargo, se reconoce la existencia de unos marcos de representación dominantes que generan una legitimidad en el Estado y la sociedad civil. Esas representaciones son denominadas aquí “Representaciones sociales hegemónicas” acudiendo a la noción gramsciana de hegemonía por lo cual se plantea la utilidad de estos referentes conceptuales para comprender la construcción de ese “principio de visión social” a la hora de analizar la construcción de las masculinidades. Así, se propone un análisis de esas representaciones sociales hegemónicas y cómo determinan unos deber ser para los varones. Atendiendo a que esas representaciones a pesar de hegemónicas no son nunca universales ni exhaustivas, se proponen algunas pluralizaciones de las representaciones sociales sobre la masculinidad cuando son vistas desde perspectivas que se preguntan por la raza y la clase. Con todo lo anterior, se analizan principalmente el funcionamiento de tres mandatos que en la ciudad definen “la esencia” de la masculinidad: el éxito económico a como dé lugar, ocupar el lugar de autoridad familiar y el ejercicio de una heterosexualidad públicamente activa.

En el siguiente capítulo titulado **“Usted no es una niña, compórtese como un varón: Agentes de socialización,**

**dispositivos de género y prácticas instituyentes de la masculinidad”** se parte de una reflexión sobre la noción de *habitus* para plantear de qué manera se construyen unas prácticas sociales cotidianas que conforman el hacer y las relaciones sociales del día a día, se muestra cómo este *habitus* al igual que las representaciones se constituye en una serie de acciones naturalizadas. De tal manera se propone la masculinidad y las identidades de los varones como un *habitus* incorporado en el proceso de socialización de estos sujetos y que opera a través de una serie de prácticas disciplinadoras que funcionan como dispositivos de género dentro de los diferentes agentes de socialización. En ese sentido se estudian tres agentes de socialización que se consideran centrales en el proceso de hacerse hombre: la familia, la escuela y los pares y se propone la noción de prácticas instituyentes de la masculinidad como modo para comprender este proceso.

El tercer y último capítulo de análisis de los relatos se titula **“Voces que retumban hacia adentro: subjetividades y experiencias del hacerse hombre en la sociedad contemporánea”**, en éste, a diferencia del primer capítulo donde buscaba dar cuenta de unas representaciones que son de un nivel macrosocial, y del segundo donde se analizó la configuración de ese vínculo a través del cual ese “principio de visión social” es incorporado en la corporalidad y la subjetividad de los varones; este tercer capítulo busca reducir un poco más la escala y analizar los significados subjetivos que estos varones tejen en ese proceso de hacerse hombres. Si bien se reconoce que los procesos de individuación y subjetivación también son sociales y atravesados por relaciones de poder, también se comprende que los sujetos no son tal cual la estructura les define por lo cual hay que poner atención a esos desplazamientos, transformaciones, apropiaciones de la masculinidad que se dan y a través de las cuales pueden identificarse contradicciones y problemas

sociales a los que se debe poner atención para idear posibles caminos para la transformación de las desigualdades entre hombres y mujeres.

A partir de las reflexiones suscitadas se propone una lectura de los varones en el mundo contemporáneo donde se reconocen los cambios y las transformaciones que se han dado en las últimas décadas en el país y el mundo y cómo han generado una ambigüedad en la vida de los varones. El corazón de esta ambigüedad estriba en que hay cambios innegables en el lugar que hoy ocupan las mujeres y en las relaciones de género, el tema ha conquistado un espacio en la agenda pública y es admitido y legitimado, así sea a regañadientes, más por ser “políticamente correcto” que por ser una transformación de imaginarios. Los hombres entrevistados planteaban la necesidad de esas relaciones igualitarias, pero a la par, casi de manera imperceptible dejaban ver su afán por reivindicarse desde el lugar de la masculinidad tradicional recurriendo a algunos de los rasgos fundamentales que esas representaciones sociales hegemónicas les plantean como por ejemplo el éxito económico, el lugar de autoridad familiar y el ejercicio de una heterosexualidad activa. Esta lectura se propone como una interpretación de los varones y la masculinidad hoy que pueda generar rutas tanto de estudio como de acción e intervención para lograr una sociedad para todos y todas.

# **CAPÍTULO 1**

## **EL GÉNERO NO ES SÓLO DE MUJERES, LOS HOMBRES TAMBIÉN TIENEN GÉNERO:**

### **OPCIONES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DE LAS MASCULINIDADES**

El género ha sido una categoría de análisis recurrente e imprescindible para la investigación social en América Latina desde hace algunas décadas. La categoría género proviene de las ciencias médicas de los años cuarenta en el contexto anglo parlante –gender– desarrollada por científicos como Jhon Money y posteriormente Robert Stoller para intentar separar la diferencia sexual corporal de la adquisición de la identidad psíquica (Preciado, 2009). A partir de estos trabajos se desarrollaron dos conceptos: sexo, para designar las diferencias anatómicas y biológicas; y género para señalar los atributos sociales y culturales que a partir de esas diferencias biológicas se configuran. (Lamas, 1999; Tubert, 2003)

Estas nociones impactaron el feminismo de finales de los años sesenta y principios de los años setenta y fue apropiado en importantes trabajos de gran circulación como la Política Sexual de Kate Millet [1971] o el ya clásico “tráfico de mujeres” de Gayle Rubin [1976]. Estas categorías eran pertinentes pues la lucha del pensamiento feminista desde su momento de emergencia en el siglo XVIII era lograr separar la naturaleza como orden presocial, estático y casi inmodificable de la cultura y con ello de aquello que se construye en el devenir social y por lo tanto se transforma, se cambia y es políticamente susceptible de modificaciones (Molina: 1994). Esta separación era central para el feminismo ya que lo que pretendía demostrar era que la opresión de las mujeres no estribaba en la naturaleza humana, sino que había sido una construcción socio-cultural históricamente comprensible.

A partir de esta base Rubin propuso la noción de Sistema sexo-género como:



El conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas (Rubin, 1976: 98)

Con esta definición proponía varias cosas: en primera instancia, que el sistema sexo-género era una dimensión central y fundante de las relaciones sociales lo que ya distanciaba esta propuesta de las perspectivas marxistas que consideraban la dominación económica como el centro de las relaciones sociales y las relaciones entre hombres y mujeres como una cuestión aplazable y secundaria. Segundo, esta propuesta permitía pensar que los sistemas sexo-género son históricos y geográficamente ubicables, esto como crítica a la noción de Patriarcado que fue usada para describir un sistema ahistórico y universal con el que Rubin no podía estar de acuerdo porque terminaría naturalizando la opresión de las mujeres. Esto nos permite ubicar el problema que nos ocupa en este trabajo en un contexto con un sistema sexo-género concreto, la ciudad de Medellín en Colombia, que si bien hace parte de una región como América Latina, también ha configurado unas particularidades producto de su historia en las últimas décadas como por ejemplo, el impacto de la violencia y el narcotráfico en la construcción de la masculinidad de los hombres de la ciudad.

La última idea que quisiera rescatar de Gayle Rubin es que si bien su lugar de enunciación fue el feminismo y con ello una pregunta por la liberación de las mujeres, en su texto ella demuestra que los sistemas sexo-género no solamente construyen la identidad de las mujeres, sino que también despliega una serie de dispositivos sobre los varones para garantizar su lugar en el sistema, idea que desnaturaliza las identidades masculinas.

Ahora bien, los estudios de género en los años ochenta dejaron un poco de lado el concepto más elaborado de "sistema sexo-género" y se realizó un uso más sintético a partir de la categoría género dejando ciertos "presupuestos" en el orden de lo implícito. Por ejemplo, que la categoría género analizaría las relaciones sociales o que la categoría género se interesaba por el orden socio-cultural y no por lo natural-biológico, o sea el "sexo". Pero vale señalar la distinción entre ambas nociones. Sistema sexo-género es una forma de organización social a partir de los significados que un contexto determinado da a la diferencia sexual. El género es una categoría de análisis que serviría para analizar estos sistemas.

Así, con la apropiación y la popularización de la categoría género sobre todo en los años ochenta se dio un desplazamiento de los Estudios de las Mujeres a los Estudios de Género. Los Estudios de Mujeres habían nacido en los Departamentos de estudios de Política, Filosofía y Ciencias Humanas y habían poco a poco sistematizado en el campo académico las investigaciones y denuncias realizadas por las mujeres sobre sus condiciones de vida opresivas, y su exclusión y discriminación del campo social, político, económico. Diversos autores han intentado señalar ciertas periodizaciones sobre la producción de conocimiento en torno a las mujeres. Entre ellos, Gomáriz (1992) afirma que los primeros antecedentes de estos estudios se refieren a la condición social de las mujeres. Ya habían surgido los enunciados de Platón y de Aristóteles acerca de la "inferioridad" femenina en contraposición a la "superioridad" masculina, pero fue en el contexto del proyecto Moderno y especialmente a partir de la Revolución Francesa y de la Ilustración (siglos XVII y XVIII) cuando aparecieron con énfasis en Europa, y más adelante en Estados Unidos, los valores de la modernidad explicitados en los términos "Igualdad, Libertad y Fraternidad" y apropiados y reinterpretados por autoras como Mary Wallstonecraft y Olympia de Gouges, esta última pasada por la

guillotina por los líderes de la Revolución por solicitar la ampliación de los Derechos del Hombre y el Ciudadano también a las mujeres (Gouges, 1791; Wallstonecraft, 1792). Desde ellas se creó una tradición de pensamiento y movilizaciones donde las mujeres comenzaron a reclamar sus derechos como ciudadanas, con variada suerte ya que durante el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX tales principios se les revelan esquivos, especialmente a partir del imperio de la rígida moral victoriana predominante y del conservadurismo político y social del periodo de Guerras Mundiales y de la Posguerra.

En esta época de posguerra e inconformidad con los gobiernos conservadores de la época transcurre la denominada segunda ola del feminismo que cumplió un papel central evidenciando la desigualdad de las mujeres como sujetas de derechos. A las luchas iniciadas por los derechos de las mujeres, se incorpora el derecho de las mujeres a controlar su cuerpo –derecho al placer sexual, derecho a la anticoncepción, derecho al aborto, derecho a no ser discriminada por su orientación sexual- luchas estas que se sustentaban en uno de los principios éticos del feminismo que afirma: “la experiencia personal es política”, colocando en el debate público aquello que hasta entonces parecía ser sólo del orden de lo personal y lo íntimo. Momento que marco una tendencia trascendental en el significado político que se le daba a esta lucha.

Cabe resaltar que en este contexto de inconformidad no sólo levantaron la voz las mujeres, sino que estuvo caracterizada por la enunciación de las diferencias sociales, políticas y étnicas que se estructuraron en torno a la aparición y el desarrollo de movimientos sociales, académicos y políticos de alto impacto, entre otros se podrían mencionar como significativos y vanguardistas en su lucha por buscar y demostrar emancipación y diferencia, los movimientos más tempranos como los estudiantiles de Mayo del 68 o los latinoamericanos que desembocaron el procesos como la Masacre de

Tlatelolco, los movimientos de mujeres, el movimiento Afrodescendiente en los Estados Unidos, los movimientos de indígenas en América Latina, el movimiento gay y lésbico, el movimiento hippie.

Desde estas trayectorias, ya hacia los años 70, académicas feministas introducían en la producción del conocimiento la condición de la mujer como aspecto específico de sus estudios. Se articulaba entonces un movimiento social y académico al servicio de las mujeres, con el propósito de darles voz para hablar de sí mismas.

Surgen así los Estudios sobre la Mujer, como campo interdisciplinario de investigación y producción de nuevos conocimientos, utilizando herramientas teóricas y metodológicas heterogéneas. Centradas en criticar la concepción antropocéntrica y falocéntrica de la ciencia; con el fin de generar puntos de vista desde los cuales construir conocimientos nuevos, que permitieran mostrar la situación de las mujeres en diferentes ámbitos. Es a partir de estas discusiones que los estudios sobre las mujeres adquieren relevancia en el ámbito de las ciencias sociales, es decir, los estudios sobre las mujeres pasan de ser exclusivamente una práctica política a tener un reconocimiento científico.

Así, todo este conocimiento que se había afincado en los Institutos de Estudios de las Mujeres sirvió de base para la formación de los ahora llamados Estudios de Género. En ese sentido, Burin y Meler plantean que

Hacia la década del 80, ciertas corrientes de los Estudios de la mujer, en sociedades industrializadas, demostraron tener limitaciones inherentes a la perspectiva unidireccional con que encaraban su objeto de estudio. Una de estas limitaciones consistía en que al enfocar exclusivamente el problema de las mujeres, se pierde la visión de lo que no se veía en la sociedad,

poniendo en descubierto la visión de conjunto, ya que el otro no es pensado, significado ni deconstruido. Si bien esta situación movimientos críticos, igualmente se reconocen entre sus logros: haber hecho visible lo que no se veía en la sociedad, poniendo en descubierto la marginación social de las mujeres; desmontar la pretendida naturalización de la división sexual del trabajo, revisando la exclusión de las mujeres del ámbito público y su sujeción en lo privado, entre otros. (Burin y Meler, 2009: 26)

Esta transformación en los años ochenta principalmente respondió a varias razones de las cuales me gustaría resaltar algunas:

1. La noción de género se volvió de uso frecuente en contextos relevantes como la Cooperación internacional, las Políticas Públicas y la Instituciones Académicas pues zanjaba un poco las distancias que se habían tejido entre los movimientos sociales feministas y de mujeres y el Estado y se convirtió en una plataforma importante para el acceso a recursos para investigación y producción de conocimiento en el contexto de las políticas desarrollistas de los gobiernos de los Ochenta y Noventa, especialmente en países latinoamericanos, recursos especialmente enfocados al tema de intervención pues se asumía que estos proyectos financiados debían tener efectos en la transformación de las condiciones de vida de las mujeres.
2. Porque la categoría género buscaba una reflexión más teórica y explicativa que los estudios de mujeres que se habían centrado principalmente en la descripción del lugar de la mujeres e incluso de los varones en determinados contextos sociales, pero sin lograr un nivel alto de explicación. Esos análisis descriptivos estaban principalmente orientados a la comprensión de las formas de división sexual del trabajo o del funcionamiento de

los roles de género, sin embargo, frente a la necesidad de impactar las estructuras mismas de las disciplinas y el conocimiento científico estos análisis se quedaban cortos por lo cual la categoría género aparece como una noción más “abarcadora” que permitiría pasar del análisis descriptivo a las explicaciones de cómo se configura tal o cual orden de género.

3. La capacidad de la categoría género para explicaciones más profundas que permitiera ir más allá de la descripción estribaba precisamente en que esta noción es inminentemente relacional. A partir de esta perspectiva de análisis se proponía que no es posible la comprensión del mundo de las mujeres, de la separación de las esferas pública y privada –la primera para los hombres y la segunda para las mujeres- y en ese sentido de sus condiciones de opresión, sin comprender y deconstruir el mundo, espacio o esfera de los hombres pues la relación entre unos y otros es históricamente dialéctica. Este desplazamiento es central porque es el que abre la puerta a la necesidad de desneutralizar el lugar masculino para demostrar también no sólo su construcción, sino también sus conflictividades, fisuras, quiebres y transformaciones. (Lamas, 1999)

En ese sentido, como ya ha sido varias veces planteado, el género más que una categoría de análisis de valor descriptivo se ha convertido en una categoría teórica que tiene como objetivo la explicación de las formas en que en determinados contextos se configuran ciertas formas de relación entre hombres y mujeres. Esta perspectiva implica que el género:

1. Es siempre relacional, nunca aparece de forma aislada sino marcando su conexión. Por ello, cuando nos referimos a los Estudios de Género siempre aludimos a las relaciones entre mujeres y hombres. Cabe señalar en este punto que esta relación está marcada por el

ejercicio de poder y por lo tanto por la configuración de determinados conflictos, resistencias pero también por la formación de determinadas subjetividades. Para nuestros fines, nos interesa analizar cómo se establecen estas relaciones de poder dentro trayecto de vida y las huellas que dejan en la construcción de la subjetividad masculina.

2. Otro rasgo de la categoría género a considerar, es que se trata de una construcción histórico-social, es decir, que se ha ido produciendo a lo largo del tiempo de distintas maneras y como han mostrado varias historiadoras de las mujeres y el género como J. Scott (1990) o G. Book (1991), se tejen a través de diversos discursos, prácticas, representaciones e instituciones como la religión, las ciencias médicas o los aparatos jurídicos.

3. Otro rasgo que debe destacarse es que la noción de género suele ofrecer dificultades cuando se lo considera un concepto totalizador como lo pretendió ser el análisis marxista, ya que vuelve invisible la variedad de relaciones y determinantes con que se construyen las relaciones sociales y en las que construimos como sujetos: raza, religión, clase social, territorio, ubicación geopolítica, edad, etcétera. Todos estos son factores que se entrecruzan durante la constitución de nuestra subjetividad, por lo tanto, el género jamás aparece en forma pura, sino enlazado con estos otros aspectos determinantes de la subjetividad humana.

Vale la pena resaltar que atendiendo a esta necesidad de pensar los diferentes vectores de estructuración y de dominación social, desde tiempos tempranos en la historia del feminismo ha surgido una línea denominada feminismo negro o *Black feminist* que ha planteado la necesidad de pensar no sólo en el patriarcado o los sistemas sexo-género, sino también en su relación con el racismo y el sistema de

clases producto del capitalismo (Truth, 1851; Combahee river, 1977; Davis, 2004). Esta corriente ha generado ya en décadas recientes el desarrollo de la perspectiva interseccional que propone para sus análisis ver la forma en que se encuentran esas diferentes variables, con la alerta de que no son vectores sumatorios –no se trata de decir que por ser mujer, negra, lesbiana se es cada vez más dominada-, sino pensar en cómo surgen otras subjetividades, dominaciones y resistencias al pensar tales encuentros (Hill Collins, 1998; Greenshaw, 1994).

En ese sentido, la perspectiva de género nos sirve para tomar una posición crítica frente a las disciplinas que enfocan la construcción de la subjetividad a partir de principios esencialistas, biologicistas, ahistóricos e individualistas. Con Esencialistas me refiero a las respuestas a la pregunta “¿quién soy?” y “¿qué soy?”, que suponen la existencia de algo sustancial e inmutable que define al sujeto y su identidad de manera unilineal. Esta pregunta podría formularse mejor para lograr respuestas más enriquecedoras, por ejemplo “¿quién voy siendo?”, con un sentido construccionista que más que una esencia invariable resalta una experiencia que deviene y se transforma. Los criterios biologicistas responden a estos interrogantes basándose en el cuerpo, y así asocian fundamentalmente al sujeto varón a la capacidad sexuada. Este criterio biologicista supone que ser varón es tener cuerpo *macho* del cual se derivarían supuestos instintos tales como la agresividad y el impulso a la lucha entendidos como efecto de sus masas musculares, o de la mayor producción de hormonas como la testosterona. Los principios ahistóricos niegan que a lo largo de la historia los géneros hayan padecido notables cambios, en su posición social, política, económica, e implicado profundas transformaciones en su subjetividad; por el contrario, suponen la existencia de un rasgo eterno prototípico, inmutable a través del tiempo. Los criterios individualistas aíslan a los sujetos del contexto



social, y suponen que cada uno, por separado y según su propia historia individual, puede responder acerca de la construcción de su subjetividad negando el marco de relaciones sociales y de poder que nos configuran como sujetos.

Ahora, por la proliferación del uso de la perspectiva de género en ciencias sociales el concepto se convirtió en un escampadero de una serie de estudios y reflexiones que en vez de lograr una ampliación y fuerza para estas líneas de investigación, había generado una serie de usos irreflexivos que fueron disminuyendo el potencial crítico de la categoría. Este fenómeno generó una respuesta activa de académicas feministas de diferentes disciplinas con el ánimo de sistematizar desde una lectura teórica las discusiones que desde los años setenta hasta los ochenta se habían puesto sobre el mantel con respecto a las relaciones de género.

Una de estas académicas fue Joan Scott, historiadora de las mujeres y el género que en 1986 publicó "El género: una categoría de análisis útil para el análisis histórico". En este la autora realizó una lectura juiciosa y crítica de los usos que se habían hecho de la categoría género principalmente en análisis históricos, pero con una amplia erudición del estado de otros saberes como el psicoanálisis, la antropología y el marxismo.

De esta forma ella encuentra tres usos principales de la categoría que ya han sido más o menos expuestos en este escrito: el uso descriptivo que no logra llegar a un nivel teórico-interpretativo de explicación; un uso que confunde género y mujeres y que tiene como efecto negativo la disminución de las posibilidades de análisis relacional que la categoría permite; y tercero, un uso que confunde género con diferencia sexual el cual termina por imbricar de nuevo sexo y género y por ende las características biológicas con el comportamiento social y cultural.

A partir de este, digamos balance, Scott propone algunas vías para analizar las relaciones de género que puedan servir realmente con el objetivo de comprender los sistemas sexo-género y que logren además explicaciones que puedan dialogar con otras categorías de relación como clase o raza.

Así, su propuesta se divide en dos partes. La primera la define como "el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos" y la segunda como "el género es una forma primaria de las relaciones significantes de poder". En ambas definiciones Scott deja claro que si bien el género no es la única dimensión de la vida humana, sí es una relación fundamental e ineludible para la comprensión de cualquier sociedad.

A su vez la primera parte de la definición de Scott se divide en cuatro subnúcleos que permiten pensar de una forma más clara la forma en que se construye el orden de género y que están interrelacionados pues tienen una gran influencia en la representación del cuerpo y la sexualidad humana, ya que las concepciones, prácticas, posibilidades y restricciones frente a la sexualidad de hombres y mujeres están atravesadas por lo que la cultura considera como apropiado para unos y otras. Estos cuatro niveles son:

1. Los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples. En este nivel la autora muestra cómo se construyen una serie de representaciones sociales a través de las cuales se configuran ciertos modelos ideales para hombres y mujeres. Cabe señalar que estas representaciones no son unívocas, sino que son históricas, cambiantes y conflictivas pues pueden aparecer múltiples y contradictorias imágenes. Pongamos por ejemplo a María como representación

simbólica ideal de las mujeres: maternidad, sumisión, virginidad y como oposición Eva: sexual, rebelde, altiva.

2. Estas representaciones pueden manifestarse en códigos normativos como la moral, que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos expresados a través de doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente y unívocamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino.
3. A partir de estas representaciones y sus marcos normativos productos de estas apropiaciones se construyen nociones políticas, instituciones y organizaciones sociales que ordenan las relaciones genéricas lo que implica por lo tanto la posibilidad de mirar desde el género, por ejemplo, el orden político independiente de que las mujeres estén en los lugares de decisión, pues las instituciones y organizaciones sociales construyen orden de género. Con ello se trasciende el proceso de socialización familiar a otras instancias sociales como lo son el mercado de trabajo, la institución educativa y la política.
4. Por último, queda la pregunta por las posibilidades y apropiaciones individuales a partir de las cuales el sujeto constituye su identidad de género. Este nivel es denominado por la autora como la Identidad Subjetiva y aunque no es la esfera a la que Scott le dedica la mayor parte de su texto, sí es una parte vital de su propuesta. Para ella la disciplina que más ha aportado a esta dimensión es el psicoanálisis pues este tiene como interés principal dentro del campo social la construcción del individuo. Ella encuentra dentro del psicoanálisis dos grandes corrientes: la de las relaciones objétales muy seguidora de los preceptos freudianos y la segunda el psicoanálisis lacaniano que establece como centro de su reflexión el lenguaje como elemento que ordena el mundo. Frente al primero ella plantea que se dedica a analizar

la adquisición de la identidad de género principalmente a partir de las relaciones dentro de la esfera familiar, ella ve esto problemático pues oscurece las relaciones de la unidad doméstica con otras tales como la política o la escuela. La segunda corriente, la lacaniana es más seductora para Scott pues lo que propone es el papel constitutivo del lenguaje para el ordenamiento social y por ende del género a un nivel social e individual.

Resalto este último ítem por varias razones que ya ampliaré. Uno pues esta interpretación del lugar del lenguaje muy propio del posestructuralismo y el pensamiento de la diferencia francés es vital para la comprensión del segundo nivel de análisis que propone la autora. El segundo concierne directamente a esta investigación y tiene que ver con que este trabajo se dedica principalmente al análisis de lo que ha significado hacerse hombres a partir de los relatos de vida de los hombres objeto de esta investigación, por lo tanto la pregunta por la identidad subjetiva y las formas de construcción de la identidad de género hombre y su relación con todo el aparato social, político y cultural es y será latente en este escrito.

Pero retomando la primera razón esbozada. El giro lingüístico de los años setenta desplazó la idea de que el lenguaje era una especie de herramienta a través de la cual nos comunicamos para mostrar de qué forma el lenguaje más que eso era el elemento a través del cual accedíamos a la racionalidad y la cultura y por lo tanto nos constituíamos como humanos, en ese sentido el lenguaje estructuraba nuestra identidad y nuestras relaciones. Esta perspectiva es leída por Scott a través de autores como Lacan y Foucault y propone entonces su segunda definición: el género como categoría primaria de relaciones significantes de poder. Con esto ella quiere plantear que el género más que describir la existencia de la

interpretación social de dos sexos es el espacio en el cual se construye tal diferencia dicotómica, en ese sentido, el análisis de género no debe preocuparse solamente por analizar cómo operan las relaciones entre hombres y mujeres sino explicar la forma en que se construyen los principios para establecer la línea divisoria entre unos y otros. Este nivel permitiría explicar no solamente la forma en que funcionan los sistemas sexo-género, sino la forma en que son creados y cómo configuran relaciones de poder.

Esta discusión es un pilar fundamental de análisis de la categoría género, pues su apropiación por parte del movimiento feminista era la búsqueda de la comprensión de las formas de organización y distribución del poder. En ese sentido, la organización de los "sistemas sexo-género" se basa en la construcción de determinadas identidades de género que ocuparán un lugar diferente en el sistema a partir de la definición de roles de género que son valorados de formas diferentes. Con esto quiero decir que si bien para todos y todas hay unos lugares sociales definidos, no todos los lugares son igualmente valorados ni tienen la misma capacidad de decisión sobre el orden social, por lo cual unos roles de género serán subvalorados como, por ejemplo, todo lo relacionado con el cuidado asociado en Occidente con lo femenino. En este sentido el orden de género es establecido a partir de la jerarquización social.

Sin embargo, como iremos viendo a través del texto esta distribución no se efectúa solamente de manera dual a partir únicamente del sexo, sino que se establece a partir de una serie de gradaciones en el proceso de hacerse hombre y mujer donde se ven implicados también factores estructurantes como la raza o la clase, pero también factores históricos y "azarosos" de las trayectorias de vida de los sujetos.

Las líneas emergentes muy interesadas por la relación entre género, sexualidad y poder sobre todo en los años noventa permitió pensar que no sólo el género es la interpretación de la diferencia sexual, sino que el género es el espacio donde se construyen tales diferencias, propuestas presentes en textos como los del historiador Thomas Laqueur (2004) o de la filósofa Judith Butler (2002).

### **1.1. La importancia de los estudios de género como soporte al desarrollo de los estudios de masculinidades y El surgimiento de los estudios de masculinidad:**

Ahora, como ya hemos planteado, la categoría género es necesariamente relacional, pues es una noción que apunta a la comprensión de las relaciones entre hombres y mujeres y de cómo determinado contexto social se organiza a partir de tales relaciones. Así, no podemos comprender la organización social sin comprender el lugar de las mujeres, y en esa vía es necesario comprender la formación del espacio que en Occidente se ha atribuido a los hombres.

#### **1.1.1. Surgimiento:**

Atendiendo a tal necesidad, desde hace algunas décadas ha surgido una línea de estudios dentro de los estudios de género denominada estudios sobre masculinidades que han suscitado cada vez mayor interés por parte de académicos/as e investigadores/as. Por un lado, los estudios sobre mujer han sido necesarios para describir las necesidades y las consecuencias de la dominación masculina sobre las mujeres, pero insuficientes a mi modo de ver, a la hora de generar conocimientos acerca de las relaciones entre los géneros.

Varias razones han motivado el surgimiento, particularmente en el mundo occidental, de los estudios de masculinidad, las cuales deben ser señaladas con el fin de identificar, al menos parcialmente, el contexto social y político de dichos orígenes.

La primera razón, en términos políticos y cronológicos, se encuentra en la incidencia que tuvieron y han tenido los movimientos feministas y movimientos sociales de mujeres que cuestionaron el papel de ellas y de los hombres en el patriarcado, lo cual desató distintos tipos de reflexiones y críticas en torno a las situaciones laborales, personales, familiares, sexuales, etc., de inequidad y exclusión de las mujeres y de dominación y poder de los varones. Dichas reflexiones han contribuido a que muchos hombres vivan las nuevas situaciones sociales y relacionales desde variadas posturas, las cuales siempre los involucran y demandan de ellos respuestas y acciones.

La segunda razón se refiere a una situación, cada vez más reiterada, que se ha dado en llamar como “crisis de la masculinidad”. Las percepciones iniciales de este tipo de crisis indicaban una incidencia negativa en los índices de desarrollo económico de naciones occidentales, en las metas de productividad industrial y empresarial, así como en los perfiles de morbi-mortalidad, especialmente de los varones. Por ejemplo, se analizaba la forma como ciertas situaciones críticas en el orden personal y familiar de los varones que se sentían en “crisis” derivaban en reducciones sensibles en la esfera de la producción y en los indicadores de su propia salud mental y calidad de vida. Hoy en día, bajo conceptos más amplios e integradores, como el de la promoción de la salud, entre otros, se busca comprender los motivos, los desarrollos y las consecuencias que trae la existencia de formas dominantes de identidad masculina que van en detrimento de la salud de los varones mismos, de las mujeres y de la niñez, así como de los efectos que trae el cuestionamiento social

que se cierne sobre la construcción de identidades masculinas convencionales.

Finalmente, la emergencia de los estudios de género y su articulación con distintas disciplinas del conocimiento y enfoques en torno al desarrollo social han comprometido nuevas perspectivas en los análisis sociales y de población, pues si el género es una categoría que pretende comprender las relaciones, interacciones y ordenes sociales, a través de su cuestionamiento aparece la pregunta por los hombres y las masculinidades como una necesidad de explicación más global de la sociedad.

De esta forma, dichos estudios han evidenciado la necesidad de abordar a los varones bajo planos novedosos, incluyéndolos como objetos de estudio y de análisis, no sólo de la academia sino también por parte de los servicios, programas y políticas institucionales. Este planteamiento ha venido siendo acogido paulatinamente por parte de los organismos internacionales y multilaterales y numerosos Estados.

Cabe resaltar que si bien los estudios de masculinidad han tomado fuerza en los debates internacionales principalmente desde los años 80's, como plantea R. Connell (1981 y 2003), la pregunta por la construcción social de los hombres ha estado presente, así sea de manera soterrada en diferentes perspectivas de las Ciencias Sociales.

Connell plantea que si bien los estudios sobre masculinidades surgen de diversos lugares como desde la producción teórica de intelectuales feministas, de antropólogos/as que estudian el género en diversas culturas, de historiadores/as, de psicólogos/as, sociólogos/as, han existido a través del siglo XX tres grandes proyectos para la comprensión del campo de la masculinidad:



1. El conocimiento clínico producido por terapeutas y sus conceptos conductores provenientes de la teoría de Freud.
2. El segundo, basado en la psicología social y centrado principalmente en la idea de rol y papel sexual.
3. Las nuevas tendencias producidas desde la antropología, la historia y la sociología.

El primero tiene como figura central la teoría psicoanalítica de Freud. Connell plantea que el primer intento por una explicación de la masculinidad fue producto de las profundas revoluciones intelectuales de principios del siglo XX, en particular de la producida por Freud. Su trabajo, a pesar de algunas interpretaciones más conservadoras, fue la puesta en cuestión de una serie de fenómenos naturalizados por la cultura europea, entre ellos y de manera fundamental lo que hoy denominamos género. Sus escritos fueron un punto de partida importante para la reflexión sobre la masculinidad pues fracturó la interpretación biologicista, estática y esencialista sobre esta al mostrar que no era un objeto natural sino una composición producto de un proceso.

Así, a pesar de que nunca escribió un texto sistemático al respecto, a través de su obra Freud logró demostrar que la masculinidad no existe en estado puro pues se mueve entre diferentes capas de emoción y se contradice constantemente, lo que también implica entonces mostrar su configuración es un proceso conflictivo e histórico entre el deseo y la norma social que se impone.

Sin embargo, entre 1930 y 1960 el psicoanálisis sufrió un desplazamiento hacia la derecha conservadora que interpretó la organización y reproducción del orden de género como una proceso natural y sin contradicciones, lo que terminó creando un lazo entre la ortodoxia del comportamiento social con la salud mental. Fue así como el camino hacia la masculinidad y la heterosexualidad adulta

que, como muestra Connell, fue: “entendido por Freud como una construcción compleja y frágil, se presentaba como una ruta natural y nada problemática del desarrollo” convirtiéndose así “la práctica del psicoanálisis en una técnica normalizadora que intentaba ajustar a sus pacientes al orden de género”.

Un ejemplo clásico de estas perspectivas son Jung y las corrientes subsecuentes que comprendieron la masculinidad como un bloque mítico ahistórico y universal que funcionaba a modo de modelo que se reproducía una y otra vez. Producto de este tipo de orientaciones es el polémico texto *Iron Jhon* de Robert Bly (1998) donde, en el contexto de la crisis de la masculinidad, buscaba el reencuentro con la masculinidad mítica arquetípica de Jung.

La segunda corriente fue el primer gran intento de la construcción de una ciencia social de la masculinidad y tuvo origen dentro de la Psicología Social principalmente en contextos anglosajones. Estas perspectivas surgen en los años treinta del siglo XX y aparecen como una respuesta a las ideas decimonónicas que sustentaban la diferencia sexual innata y que servían para argumentar resistencias a la emancipación de las mujeres.

Esta corriente desarrolló el concepto de rol o papel sexual, intentando definir con este un lugar dentro de la estructura social producto de las normas culturales que se establecen a partir de la diferencia sexual para el desarrollo de determinadas funciones dentro del orden de determinada sociedad. Este concepto se popularizó rápidamente en las ciencias sociales como la Antropología, la Sociología y la Psicología, especialmente dentro de las corrientes funcionalistas.

En este sentido, el aporte a la comprensión de las masculinidades de esta corriente fue proponer que la masculinidad era el producto de la internalización del rol sexual masculino. Esta propuesta era importante porque se asumía que el rol era producto de las normas y

los hechos sociales y no de un determinante netamente biológico. Esto ya introducía también la perspectiva de una masculinidad que se transforma pues al estar anclada a las normas sociales y la cultura, la masculinidad sufriría cambios a la par que los medios de socialización como la familia, la escuela o los medios de comunicación.

Connell plantea que la idea de rol sexual se basa en la premisa de complementariedad de los roles lo que termina por perpetuar una heterosexualidad obligatoria, además de que no cuestiona las relaciones de poder que configuran estos roles. En ese sentido, surgiría hacia la segunda mitad del siglo XX la tercera perspectiva sobre las masculinidades, la que al día de hoy sigue arrojando preguntas y rutas para su comprensión

Esta tercera perspectiva proviene principalmente de la historia, la sociología y la antropología, y está atravesada profundamente por las rutas de análisis que se habían formado dentro de la teoría y la movilización política feminista.

La historia fue aportante pues permitió demostrar que contrario a lo que las perspectivas Junguianas planteaban de la masculinidad mítica, las masculinidades que vivimos en nuestro mundo contemporáneo han sido el producto de un proceso de formación más o menos reciente lo que afirma su carácter profundamente cultural.

En ese sentido, para comprender las masculinidades contemporáneas es necesario ubicar las masculinidades dentro del contexto de una estructura social de género más amplia inscrita dentro del proyecto moderno, periodo comprendido desde el Renacimiento en el siglo XV hasta el mundo de hoy.

La masculinidad del mundo moderno implicó varias cosas. El proceso de laicización del mundo occidental desde el Renacimiento implicó el

desarrollo científico y en esa vía una vinculación más fuerte entre saber y poder por parte de los hombres, pues ahora eran ellos quienes podían acceder a la producción de conocimiento. Esto rompe un poco con el medioevo pues allí las mujeres, por ejemplo, a través de los conventos podían acceder al conocimiento, sistema totalmente diferente al de las academias y las universidades sólo para hombres del mundo moderno.

Otra novedad importante de la masculinidad moderna tiene que ver con el desarrollo del capitalismo y en esa vía del modelo individualista y competitivo. Esto es importante porque como analizaremos posteriormente, una de las maneras en que la masculinidad se forma es a partir de la competencia entre varones o "iguales".

Un tercer elemento que quiero resaltar de la historia de la masculinidad en Occidente tiene que ver con la formación de determinados aparatos y dispositivos sobre el género. Por ejemplo, el surgimiento de las ciencias biológicas y con ello de la correlación entre comportamiento y anatomía corporal. También la formación del modelo de familia como sustento de los Estado-Nación republicano que pone a los hombres en el lugar de ciudadanos proveedores y heterosexuales.

Así, el enfoque histórico de acuerdo con Kimmel es necesario para reinterpretarla y hacer evidente que los hombres aparecen como actores sociales, que adquieren forma a partir de expresiones de género; es decir, separar a los hombres como seres humanos para interpretar su desarrollo histórico en su condición de seres genéricos, como entidades sociales individuales y colectivas.

En cuanto a la Antropología, ha sido central en la construcción de una perspectiva crítica frente al tema de masculinidades. En la

Antropología, al igual que en el Psicoanálisis, la pregunta por la diferencia sexual es latente y está presente en los estudios e interpretaciones de incluso las perspectivas más clásicas, es un problema casi fundante de estas disciplinas (Rubin, 1986; Moore, 1999; Rosaldo, 1979;). En ese sentido, se puede encontrar muchos desarrollos en textos clásicos de la antropología como los de Levi-Strauss o Godelier.

A grandes rasgos, la Antropología permitió la localización de otras formas de masculinidad no occidentales que incluso llegaban a establecer retos de interpretación del sistema sexo-género binario de Occidente al mostrar, por ejemplo, la existencia de más de dos géneros permitidos.

En esa línea, tal vez el aporte mayor de esta disciplina tiene que ver con la pregunta por la alteridad. Como bien es sabido la Antropología surge en el siglo XIX para analizar la alteridad, en esas otras sociedades que no eran occidentales. Si bien ese proyecto se ha transformado radicalmente en el siglo XX, la pregunta por lo "otro" continúa estando en el corazón del pensamiento antropológico. En ese sentido, como plantea Mara Viveros (2002), cuando nos preguntamos desde las ciencias sociales por la masculinidad estamos poniéndola en el lugar de la alteridad y por lo tanto descentrándola. Esto tiene un valor académico y político importante pues quita a los hombres del lugar de la medida neutral de todas las cosas y los pone en el lugar de la diferencia.

Por último, la sociología orientó la masculinidad desde el lugar de la construcción social de las identidades de género, con un interés marcado en su formación desde el ciclo de vida y la vida cotidiana, lo que abre una puerta especial a los agentes de socialización como la familia, la escuela y los pares.

Esta perspectiva ha mostrado además que la formación de la masculinidad está atravesada y definida por relaciones de poder expresadas no sólo a partir de las instituciones socializadoras, sino también por fuertes conflictividades al interior de la misma masculinidad lo cual obliga a pensar no sólo en la masculinidad sino en masculinidades, tema en el cual nos centraremos posteriormente.

Hay que anotar, que el desarrollo de los estudios sobre masculinidades ha sido bastante desigual en las distintas regiones del planeta. Como lo veremos más adelante, ha sido en el mundo cultural anglosajón donde se ha avanzado más. Respecto a América Latina, solo a partir de fines de los ochenta, es posible percibir experiencias de grupos, seminarios, etc., en varios países de la región sin que ello vaya acompañado de una producción cognitiva semejante a la anglosajona. (Careaga, 2006; Olavarría, 2002).

En 1949 Simone de Beauvoir escribió *El Segundo sexo*, un texto hoy ineludible para la teoría feminista en el cual sentenciaba que “la mujer no nace, se hace”. Con esto la autora dejaba claro que no se era mujer por tener una vulva o un útero, sino por un determinado proceso de socialización que inscribía ciertos cuerpos en una estructura social estableciendo determinados lugares en ese orden. (Beauvoir, 1981).

Ahora, esa sentencia hoy nos implica ubicar el lugar de las mujeres dentro de una estructura social más amplia en la que también los varones son actores sociales lo que nos obliga, en la búsqueda de la construcción de una ciudadanía igualitaria, a preguntarnos por las formas de la construcción de las identidades de género de los varones y por lo tanto de eso que Occidente ha llamado Masculinidad. En ese sentido, lo anterior nos obliga a decir que al igual que las mujeres, los varones no nacen, se hacen.

Como hemos mostrado en el aparte anterior, la pregunta por ese “hacerse” de los hombres no es nueva. Ha estado de manera soterrada en las ciencias sociales a través de todo el siglo XX y se ha desarrollado como pregunta explícita y como campo propio dentro de los Estudios de género desde la segunda mitad del siglo XX. En este apartado quisiera recoger algunas precisiones sobre el uso del concepto masculinidad, algunos debates actuales sobre sus posibilidades y dificultades y resaltar puntos importantes que atañen directamente al objetivo de esta investigación. Preguntarnos entonces por los usos, dificultades y debates del campo de la masculinidad hoy nos implica también establecer algunas coordenadas del momento en que escribimos sobre el tema.

Para la descripción de este momento histórico en el campo de las masculinidades se ha usado comúnmente la noción de crisis de la masculinidad para describir cómo las transformaciones en las relaciones de género hoy han hecho un quiebre con las masculinidades tradicionales producto de los movimientos de mujeres y feministas y del nuevo orden mundial en las estructuras sociales y los imaginarios culturales. Ejemplos de esto son: la ascendente inserción laboral de las mujeres, la lucha por la autonomía corporal de las mujeres expresado en los métodos de anticoncepción y aborto libre, los ascendentes índices de nivel educativo en las mujeres, la presencia de mujeres en los espacios de toma de decisión como el Estado y la economía, el desarrollo de legislación y programas estatales que protegen a las mujeres de agresiones y promueven la equidad de género, la presencia cada vez más fuerte de los movimientos por la diversidad sexual y de género que interpelan las identidades y las sexualidades tradicionales, entre muchas otras. Estas características del mundo contemporáneo pueden ser leídas desde muchas orillas, pues si bien podemos afirmar que con respecto al siglo XIX, hay evidentes transformaciones en las relaciones de

género sobre todo en las últimas décadas, también es importante señalar que aún falta mucho camino por recorrer para lograr la anhelada equidad.

Sin embargo, más que entrar en un debate maniqueísta de si sí existen cambios o no, es necesario pensar que el escenario donde nos desenvolvemos e investigamos ha sufrido cambios, movimientos y giros en las relaciones de género, y no podemos ser ciegos/as a ellos pues es necesario ubicar esas particularidades del mundo contemporáneo en lo que a las relaciones entre mujeres y varones atañe.

Ahora, si bien la noción de *crisis de la masculinidad* ha sido útil para evidenciar estas transformaciones, también es insuficiente. Esta insuficiencia está dada por el hecho de que más que una crisis directamente en la masculinidad, o una crisis específica del lugar de los varones en el orden social, lo que se ha transformado ha sido el orden de género lo que ya nos pone en un nivel relacional. Lo que ha cambiado entonces han sido las relaciones entre hombres y mujeres por lo cual la comprensión de esa crisis tiene que implicar una mirada a ambos lugares. Por ello Connell prefiere hablar del concepto de “tendencias a la crisis” que explica así:

El concepto de tendencias a la crisis tiene que distinguirse del sentido coloquial en el cual hablamos de una “crisis de la masculinidad”. Como término teórico, *crisis* presupone un sistema coherente de algún tipo, que se destruye o restaura gracias a lo que la crisis produce. La masculinidad, como hasta ahora hemos visto, no es un sistema según este sentido. Más bien, es una configuración de la práctica dentro de un sistema de relaciones de género. No podemos hablar de forma lógica de la crisis de una configuración; en su lugar hablaremos de su fractura o transformación. Sin embargo, sí podemos hablar



lógicamente de la crisis de un orden de género como un todo, y de sus *tendencias a la crisis* (Connell, 2003: 126)

En consecuencia con una transformación en el orden de las relaciones de género, hay reconfiguraciones de los lugares y formas de ejercicio del poder entre hombres y mujeres. Por ello, una clave importante de la comprensión relacional de esta crisis es la pregunta por las relaciones de poder. Tal vez la característica central de este orden en rápida transformación tiene que ver con la reconfiguración del lugar antes “incuestionable” de la Dominación Masculina. Como ampliaremos posteriormente, la identidad de los hombres se constituye a partir de la ocupación de un rol de dominación, de un lugar de poder y privilegio, su identidad está configurada por su lugar en la Dominación Masculina. En esta línea argumentativa, ¿Qué implica entonces para los hombres construirse como varones en un contexto de redefinición de sus lugares de privilegio y ejercicio del poder? Y ¿Cuáles podrían ser esas redefiniciones y transformaciones?

Pensar en unas re-definiciones y transformaciones del orden de género nos permite no tanto indagar en una lógica dualista de quién pierde y quién gana, sino de pensar que el nuevo orden mundial genera a su vez una reestructuración en las relaciones entre hombres y mujeres, en la organización de los roles, en la formación de las identidades de género en el mundo contemporáneo, en la división socio-sexual del trabajo, en las posibilidades de autonomía, en las prácticas sexuales, en la organización familiar, entre otras, panorama en el cual podremos encontrar continuidades y discontinuidades, permanencias y giros inesperados.

Esta situación se complejiza pues si por un lado se ha reestructurado el lugar de los varones al transformarse el orden de género tradicional –por lo menos ya ha sido ampliamente cuestionado el lugar de privilegio económico y político de los varones-, por el otro,

debido a los procesos de globalización, se ha ido construyendo un modelo de masculinidad hegemónica más fuerte que impacta a estos hombres y sobre el cual se establece un orden mundial en el centro de una dicotomía.

La Globalización, con sus subsecuentes modelos desarrollistas están imbricados y fundados en la colonialidad del poder. En ese sentido, desde el Norte Global, principalmente Europa Occidental y Estados Unidos se ha construido un modelo de masculinidad de hombres exitoso, heterosexual, blanco, proveniente de estos países del norte, limpio, viajero, educado, alto, guapo y que tiene claramente un alto poder adquisitivo que se expresa especialmente en dos artículos de consumo: los autos y la tecnología. Este modelo de masculinidad ha impactado y se ha ido superponiendo cada vez con más fuerza sobre otras formas de masculinidades hegemónicas y no hegemónicas de contextos locales particulares, generando cada vez más un efecto de homogeneidad pero sobre todo de serias dificultades para alcanzar estos modelos por parte de los hombres de países del sur global.

Esta situación está inserta en una lógica más amplia que tiene que ver con las tensiones entre desarrollo, globalización, cultura y desigualdad que de los que me gustaría resaltar dos escenarios: uno, las relaciones geopolíticas de poder; dos, las transformaciones en términos de derechos en los contextos locales. Con el primero quiero resaltar que el paso de los modelos Nacionalistas del liberalismo al modelo actual afincado en el neoliberalismo ha, poco a poco, desaparecido la regulación estatal lo que ha generado un nuevo escenario económico y político tanto para los flujos económicos como para los movimientos sociales. En lo económico porque la progresiva desmantelación de las barreras económicas nacionales de los países del Sur Global –pues los del Norte no las ceden- han puesto a estos países en una situación de competencia a nivel global con la que no logran competir generando cada vez más una brecha ya no sólo entre

unos “ricos” u otros “pobres” dentro de determinada estructura política, sino entre unos países con las condiciones de vida garantizadas y otros con cada vez más obstáculos para alcanzar el anhelado desarrollo.

Esta globalización no sólo de medios de comunicación, sino también de la pobreza de algunas regiones por las concentraciones de capital en ciertas naciones, ha generado también una conciencia internacional de los movimientos sociales que cada vez atraviesan las fronteras nacionales para exigir ciertos derechos y transformaciones ya no sólo a nivel local, sino global. Esto también se ha vivido en términos de derechos orientados hacia la equidad de género y la erradicación de las formas de violencia basadas en el mismo. Pero esta situación, en primera instancia provechosa y necesaria, se teje también en el corazón de una contradicción que tiene que ver con la “externalidad” del origen de las políticas. Con esto quiero señalar que si por un lado se globalizan también los movimientos, por otra, a partir de Organizaciones como la ONU se definen unos parámetros para la igualdad y la equidad a la que los países de manera institucional pero no reflexiva se adhieren sin generar los debates e intervenciones que internamente en el orden de la cultura deben realizar para que no se sólo algo de papel.

Esta tensión, para efectos de este trabajo, puede ser leída a partir de la apropiación por parte de muchos hombres de lo denominado “políticamente correcto” donde a través de sus relatos emergen discursos de equidad, pero cuando se adentra en el análisis las prácticas de vida y las representaciones que sustentan la vida no están claramente permeadas, por ejemplo, por la idea de iguales capacidades entre hombres y mujeres. Situación en la cual emerge también el afán de alcanzar los ideales de masculinidad que el mundo globalizado ofrece y promete.

Por ejemplo, por pensar en escenarios de interpretación, valdría la pena explorar la relación entre narcotráfico, empobrecimiento de la población, violencia, relaciones de género a partir de la tensión que se genera en los hombres jóvenes de ciudades como Medellín entre alcanzar un modelo de masculinidad como el imperante en el orden global y sus condiciones concretas de pobreza y dificultades de acceso a recursos. Pero eso quedará para futuros trabajos.

Ahora, teniendo como escenario la crisis del orden de género del mundo contemporáneo, es necesario precisar la noción de masculinidades que atraviesa esta investigación. La primera precisión necesaria es que la idea de masculinidad es propiamente occidental. En este contexto podríamos hablar de tres perspectivas desde las que se ha intentado explicar la masculinidad en los trabajos de las últimas décadas. (Kimmel, 1992; Connell, 2003)

1. La biologicista que explica la masculinidad como el producto de ciertos rasgos anatómicos y biológicos.
2. La más semiótica que explica la masculinidad como algo meramente cultural desapareciendo el cuerpo mismo.
3. Una tercera que comprende la masculinidad como una suma de rasgos biológicos con rasgos culturales.

La primera explica la masculinidad como el producto de una serie de orientaciones propiamente biológicas donde el compartimiento de los hombres es producto de los efectos de las hormonas, o del desarrollo muscular lo que los hace más propensos al uso de la fuerza, entre otras del mismo estilo. Estas interpretaciones son productos de la sociobiología y son claramente rechazadas en los estudios sociales de masculinidad pues terminan por esencializar a partir del cuerpo los modelos y formas de masculinidad.

Los segundos, como reacción a los más biologicistas y esencialistas plantearían que la masculinidad es la posición en el orden social y discursivo. Este enfoque es propiamente semiológico y es muy útil para analizar la construcción simbólica del orden de género, pero oculta completamente las relaciones de producción o el orden material de existencia donde esas significaciones se producen, por ende, parte de lo que termina quedando borrado es la existencia del cuerpo mismo y al tiempo de la sexualidad.

Como crítica a las perspectivas deterministas tanto del orden biologicistas como culturalistas, surgen propuestas que buscan mantener un equilibrio entre la influencia de la diferencia sexual y las significaciones culturales. Estas perspectivas pueden ampliar la mirada pero está aún sometida a un régimen dicotómico donde naturaleza y cultura se oponen y se establecen como bloques aislados y antagónicos.

Por ello, siguiendo la propuesta de Connell se busca una perspectiva construccionista que permita mostrar de qué forma la experiencia del ser hombre se va configurando a partir de las representaciones sociales que a través del lenguaje nos constituyen como sujetos y nos orientan la mirada y la interpretación, pero que también esta experiencia y la racionalización de la misma toma forma a partir de las sensibilidades mismas que la situación de habitar un cuerpo permite.

En ese sentido, entiendo el construccionismo a partir de Kenneth Gergen como una perspectiva que busca ir más allá del empirismo y el racionalismo al comprender las relaciones sociales y el conocimiento como un proceso de intercambio social. Así, esta perspectiva busca comprender cómo el sujeto describe, explica y da cuenta del mundo en que vive.

Es la comprensión de la experiencia de las personas pero no desde una perspectiva individualista más cercana al constructivismo que explicaba la experiencia humana desde una visión muy centrada en la significación individual, sino comprendiendo la dimensión del intercambio social, cultural y simbólico que forma la experiencia individual (Gergen, 2007).

Este paradigma me permite no establecer una ruptura dicotómica y cartesiana entre mente y cuerpo. Pero además me permite una interpretación dialógica entre la identidad subjetiva donde el individuo configura y significa su experiencia y una dimensión más amplia donde aparecen en la trayectoria de vida unas representaciones de masculinidad, unas instituciones que garantizan y rectifican esa masculinidad y unos agentes socializadores que les dan forma como la familia, la escuela o los pares.

Ahora, si bien el campo de las masculinidades es hoy claro dentro de los estudios de género, el concepto de masculinidad se encuentra aún en construcción y sujeto a amplios debates (Guasch, 2006; Connell, 2003; Careaga, 2006). Sin embargo, en un esfuerzo por explicitar el lugar de enunciación del cual hablo, podríamos definir desde Oscar Guasch la masculinidad como un concepto "sociológico de tipo instrumental que tiene su origen en el feminismo y en el movimiento gay, y que sirve para reflexionar sobre el género en cuanto elemento de estructura social" (Guasch, 2006:22) en ese sentido, "la masculinidad es una forma de género y tiene carácter relacional: eso significa que es preciso estudiarla de manera histórica (y no natural), analizando las relaciones de poder que permiten subordinar a quienes no se ajustan al modelo" (Guasch, 2006:23).

En ese sentido, para la comprensión de la masculinidad es necesario tener en cuenta que es el "resultado de estructuras de género que organizan la identidad y los roles socialmente previstos" (Guasch,

2006:23) para los hombres y que por lo tanto “engloba tanto las normas como sus desviaciones”. Sin embargo, es necesario dejar claro que como la masculinidad es una noción relacional también afecta a las mujeres.

Otra definición interesante la aporta David Gilmore quien plantea que la masculinidad es la forma aprobada de ser varón en una sociedad determinada, aclarando que ese ideal de masculinidad no es psicogenético o mítico sino que se constituye como un ideal impuesto culturalmente, al cual los hombres deben adecuarse concuerden o no psicológicamente con el mismo. (Gilmore,1990 citado en Burin y Meler, 2009:78).

En este escenario de definiciones aparecen varios elementos que se proponen desglosar. El primero tiene que ver con que es necesario pluralizar y visibilizar que la masculinidad no es una sola, sino el conjunto de una serie de formas de ser hombre que convergen, conviven pero también entran en conflicto. Partir de esta premisa nos obliga entonces a hablar de Masculinidades como esas diferentes formas de construir la experiencia de los hombres. Esto nos muestra dos direcciones importantes: existen diferentes formas de masculinidad pues existen múltiples contextos de organización social, cultural y política incluso en un determinado espacio. Pero también existen esas diversas formas de masculinidad por las diferentes formas de apropiación de los códigos culturales por parte de los individuos.

La existencia de múltiples masculinidades nos acarrea la pregunta por otra dimensión del análisis: las relaciones de poder dentro de las masculinidades. Si bien existen diferentes formas de masculinidad, no todas son igualmente aprobadas o por lo menos deseadas y legitimadas. En cada contexto social y a nivel del orden mundial como ya analizamos, se configuran masculinidades hegemónicas, pero

también formas de resistencia o claras desviaciones que se proponen como masculinidades alternativas (Connell, 2003). En este sentido,

El concepto de hegemonía utilizado para hablar de masculinidad se entiende más como un proceso que como algo terminado. La hegemonía es la cuestión de cómo grupos particulares de hombres encarnan posiciones de poder y bienestar, y cómo legitiman y reproducen las relaciones sociales que generan su dominación (Ramírez, 2006: 41)

El uso de la noción de masculinidades hegemónicas permite varias cosas: pone la discusión de la dominación y el poder en plano social de las relaciones y no de individuos cara a cara; permite descentrar la masculinidad como única y muestra su carácter fracturado; permite mostrar que hay relaciones de dominación, pero esa dominación no se da de un solo grupo sobre otro, sino en una gradación de escalas donde se valoran otros elementos como raza, clase, edad, origen social, orientación sexual, procedencia geográfica, etc.; sólo existe hegemonía en un medio de relaciones por lo tanto, al igual que género y masculinidad es una noción relacional de análisis de poder; permite analizar las estrategias y las formas en que se produce y reproduce la Dominación Masculina.

La comprensión de la hegemonía parte del análisis del uso de la persuasión, pues como planteó Antonio Gramsci [1930], la hegemonía es efectiva más que por el uso de la fuerza física, por la generación de una cierta sensación de consenso entre quienes ostentan los privilegios y los que no. También debe involucrar la división sexual del trabajo y las relaciones de producción tanto entre hombres y mujeres, como al interior de los hombres. Y por último, debe dar cuenta de las formas en que el Estado y todo el aparato institucional moderno promueven manifestaciones específicas de masculinidad y castigan otras (Ramírez, 2006: 41).



La masculinidad hegemónica se configura a partir de una serie de estereotipos de género que a modo de representaciones sociales generan unas imágenes de “hombre de verdad” basadas en un profundo rechazo hacia cualquier elemento que pueda ser significado socialmente como femenino. Así los “estereotipos de género conforman un sistema binario en el que lo masculino define su contrario. Se trata de una perspectiva simplista que elimina matices y entiende que lo masculino es propio de varones” (Guasch, 2006: 28). Así, estos estereotipos refuerzan una estructura binaria que antagoniza hombres y mujeres.

También es necesario preguntarse si es posible no sólo hablar de masculinidades frente a masculinidad hegemónica, sino que también sea necesario resaltar la existencia de masculinidades hegemónicas en plural, pues atendiendo a la realidad social es difícil encontrar un prototipo único de masculinidad en un determinado contexto. Esto cobra especial sentido pues si damos continuidad a la reflexión en torno a la globalización de un modelo internacional de masculinidad de autores como Connell (2003) o Seidler (2007), no podemos olvidar la existencia de otras masculinidades hegemónicas locales, lo que genera un encuentro conflictivo entre estas. Por ejemplificar, si pensamos en la ciudad de Medellín podemos encontrar unos modelos de masculinidad en los barrios populares de la ciudad que no concuerdan necesariamente con los modelos hegemónicos de los barrios de las clases altas de la ciudad, donde, por ejemplo, estos últimos si bien tienen mayor poder económico, pueden ser leídos como modelos muy femeninos de masculinidad por parte de los primeros.

Por último, en cuanto a la masculinidad hegemónica vale la pena señalar que tampoco es posible comprender la relaciones entre masculinidad hegemónica y masculinidades alternativas, como si fuesen opuestas o como si las masculinidades alternativas

destruyeran o pusieran claramente en crisis el sistema, pues muchas veces las masculinidades alternativas también se construyen con las mismas bases que la hegemónica, por ejemplo, en muchas ocasiones algunos contextos de las culturas gay se construyen a partir de los elementos de la masculinidad hegemónica como la dureza o la fuerza.

En síntesis, esta perspectiva implica pensar que si bien tenemos claro que la masculinidad es un proceso que se va formando en la trayectoria de vida de los hombres como camino obligado, proceso que puede ser castrante, difícil, tortuoso incluso traumático; también es un camino que ofrece una serie de privilegios, el más claro es el de ocupar el lugar de poder en una sociedad basada en la Dominación Masculina y por ende el acceso y la legitimación del uso de la fuerza y la violencia simbólica hacia las mujeres, hacia los y las niñas y hacia otros hombres como aquellos que optan por estilos de masculinidades no heteronormativas. Esto es importante pues, al analizar las masculinidades es necesario siempre tener presente que los hombres en el orden de género más allá de las tensiones intragénero y las fracturas con la masculinidad hegemónica ocupan un lugar de poder. En ese sentido, la masculinidad se forma en una tensión entre poder ocupar el lugar dominante y el miedo continuo a perder ese lugar lo que lleva a los hombres a defender ante sus pares de manera reiterada su posición en la estructura.

Es común encontrar en los análisis sociales, sobre todo para América Latina por la forma de construcción de la Dominación Masculina en este contexto, una relación directa entre Patriarcado, Machismo y Masculinidad, siendo cada uno de estos diferente, sin negar sus posibles relaciones.

Sin embargo, es necesario diferenciar estas categorías de análisis pues su imbricación oscurece la comprensión de los fenómenos sociales. En primera instancia, la categoría Patriarcado muy en boga

en los años setenta especialmente en los estudios feministas refiere un sistema estructural de organización del poder entre hombres y mujeres, donde ciertos grupos de hombres ejercen dominación sobre otros hombres y todas las mujeres. Esta categoría surge en el contexto del feminismo radical para dar un nombre concreto a la concentración del poder por parte de los varones.

En desarrollos subsecuentes como el de Elizabeth Badinter (1993), se encuentran reflexiones sobre el Patriarcado que apuntan a pensar en la figura del Padre como sustento del Patriarcado, como una figura simbólica que organiza las relaciones a partir de la denominada "Ley del Padre" como ha sido analizado desde el psicoanálisis. Pero no sólo un Padre como rol familiar, sino también pensado como el espacio social y políticamente legitimado para ejercer el vínculo entre familia y Estado como en el planteamiento de Carole Pateman (1995). Así se configura una relación de desigualdad simbólica y política que relega a las mujeres al espacio de lo privado en el cual puede tener un nivel de autoridad pero solamente a través de la legitimación real o simbólica de autoridad del Padre.

Por otra parte, el machismo podríamos comprenderlo como una de las formas que adopta la masculinidad como "estrategia radical dentro del género que algunos varones emplean para definir sus identidades sociales y personales" (Guasch, 2006: 24), mientras la masculinidad o las masculinidades es un proceso más elaborado y sutil central en las formas de ordenar el género como ya ha sido referido.

Para terminar esta parte, quisiera volver a la propuesta de Connell como autora articuladora de las ideas de esta investigación. Esta, plantea que el conocimiento sobre la masculinidad debe surgir en el marco del conocimiento de las relaciones de género. Define entonces las masculinidades como configuraciones de prácticas estructuradas

por las relaciones de género, que son inherentemente históricas y cuya construcción y reconstrucción es un proceso político que afecta el balance de intereses en la sociedad y la dirección del cambio social. (Connell, 1981)

En esa vía, la autora dirige su atención a cómo la estructuración social se refleja en el cuerpo de los hombres -lo que lo acerca sin duda al planteamiento de *encarnación* o *incardinación* de Foucault continuado por otros autores-. Por esa razón, plantea que la encarnación social de la masculinidad debe ser considerada en relación con cada una de las cuatro estructuras de género (Connell, 2003):

- Relaciones de producción y división del trabajo.
- Relaciones de poder.
- Relaciones de cathexis o de vínculo emocional.
- Relaciones de simbolización.

El pensar en las relaciones de producción tiene una insistencia de Connell en no olvidar en los estudios de masculinidades los efectos concretos de las relaciones materiales de existencia como lo es los efectos de la división sexual del trabajo y por lo tanto de unas autonomías económicas distintas entre mujeres y hombres y al interior de los hombres también que determinan posiciones y posibilidades dentro del sistema económico.

Como ya ha sido varias veces expresado no podemos comprender las masculinidades sino a través de la pregunta por las relaciones de poder y los lugares de conflicto y privilegio entre género e intragénero. Las relaciones de Cathexis tienen que ver con los vínculos sociales, los deseos, la sexualidad y las prácticas de relación afectiva. Por su parte, la simbolización, como ya analizamos a partir

de Scott, tiene que ver con las representaciones sociales a partir de las cuales se significan las prácticas y las relaciones.

Por último, Connell propone cuatro categorías para este análisis: hegemonía, subordinación, complicidad y marginación. La primera noción ya la hemos ampliado en este texto. En cuanto a la subordinación el autor plantea que la existencia de la hegemonía implica la subordinación de otras subjetividades y existencias, creando unas especies de jerarquías, subordinaciones que no necesariamente tienen que crear marginalidad pues se crea un pacto de complicidad. La complicidad tiene que ver con una especie de tensión entre la existencia de unas masculinidades hegemónicas con que la mayoría de hombres no corresponde, pero donde se generan unos acuerdos de, digamos, umbrales de normalidad donde no necesariamente alcanzas el modelo ideal pero te sostienes a través de la complicidad dentro del sistema a cambio se obtienen algunos de los dividendos que el sistema otorga. Ahora, el encuentro entre la hegemonía, la subordinación de ciertas masculinidades y su complicidad, generan en el encuentro con otros vectores como las formas de racialización o las sexualidades no normativas unas masculinidades que quedan casi excluidas de los dividendos del orden sexo-genérico, como por ejemplo los negros esclavizados en los contextos coloniales que no tenían ni siquiera derecho a reclamar el lugar de *Pater familias* que la sociedad otorgaba a los hombres.

## **1.2. SOCIALIZACIÓN Y GÉNERO.**

Pasando a otro plano, ya hemos hecho mención a la propuesta de Joan Scott que nos plantea la relación entre representaciones, códigos normativos, institucionalidades, prácticas e identidades. Podríamos pensar que los primeros niveles tienen que ver con una

esfera de las relaciones sociales colectivas, mientras la identidad se pregunta además por la construcción individual del sujeto.

¿De qué forma es posible pensar el eje articulador o el punto de fusión entre los dos niveles, el colectivo y el individual? Tal vez la respuesta obvia puede ser la familia y la escuela como agentes de socialización, sin embargo, es necesario explicitar esta relación y problematizarla. Hay dos vías de reflexión que se me han hecho útiles para comprender esta relación. Una es la pregunta por los Agentes y momentos de socialización y la segunda la propuesta de Pierre Bourdieu en particular su noción de *Habitus*.

La noción de *Habitus* de Bourdieu es propuesta como un concepto que logre superar la oposición entre objetivismo y subjetivismo, entendiendo la primera como una perspectiva que explica el sujeto a partir sólo desde la estructura lo que deja al individuo casi sin campo de acción posible como el estructuralismo, mientras el subjetivismo sería una posición contraria que busca explicar la construcción del sujeto dando preeminencia a la capacidad del sujeto, dejando casi de lado las fuerzas y relaciones sociales que configuran el sujeto. Así, el autor define el *Habitus* como:

Como sistema de disposiciones en vista de la práctica, constituye el fundamento objetivo de conductas regulares y, por lo mismo, de la regularidad de las conductas. Y podemos prever las prácticas [...] precisamente porque el *habitus* es aquello que hace que los agentes dotados del mismo se comporten de cierta manera en ciertas circunstancias (Bourdieu, 2007: 40)

En este sentido, el *habitus* es una estructura estructurante de la subjetividad y las prácticas individuales que funciona además a partir de la naturalización de la cultura, de hacer ver los comportamientos culturales como si fuesen esencias humanas. La configuración de la

identidad de género funciona de esta forma, como una estructura que naturaliza los comportamientos y los lugares sociales desde la interiorización de una norma que se hace inconsciente. Por eso, de cierta forma el trabajo con los relatos de vida permite profundizar en ese espacio y verbalizar y hacer consiente algunos elementos que configuran estas prácticas en nuestro caso asociadas a la masculinidad.

Ahora, las prácticas y la identidad dentro de esta estructura que construyen a partir de unos procesos concretos de socialización que son culturales. Las pautas de socialización, las instituciones que intervienen, los ritos de paso, etcétera son productos sociales que varían en el tiempo y en el espacio. Para el contexto donde realizo esta investigación considero pertinentes tres agentes centrales: Familia, Escuela y la relación con los pares leídos a partir de las preguntas que permitan desentrañar estas trayectorias de vida, los significados y prácticas que se generan, las discursividades y las relaciones que se construyen.

Ahora, la socialización es un proceso de relacionamiento entre el sujeto y su medio a través del cual circulan una serie de representaciones a partir de las cuales se configuran marcos normativos de comportamiento que serán apropiados (no copiados) por el sujeto y significados a partir de su experiencia particular. Este proceso se observa a través de toda la trayectoria o curso de vida en el cual se atraviesan diferentes espacios, instituciones y órdenes sociales.

La socialización ha sido analizada desde tres puntos de vista constantemente recurrentes a partir del influjo que la sociedad ejerce en el individuo, en cuanto proceso que moldea al sujeto y lo adapta a las condiciones de una sociedad determinada, perspectiva que pone énfasis en el carácter normativo de la socialización y que

explica este proceso desde una perspectiva estructural del proceso; la segunda, subjetivamente, dando prioridad a la respuesta o reacción del individuo a la sociedad y en esa vía a sus posibilidades de agencia, acción y significación; o, como tercero, a partir de una propuesta como la de Bourdieu o la de Berger y Luckman (1986) que permiten pensar una relación dialógica entre la estructura social y la subjetividad que permitan visualizar los contextos de formación como la capacidad de agencia sin caer en la cárcel de la dicotomía.

Así, la socialización es vista por la sociología como el proceso mediante el cual los sujetos son insertados en la cultura y por medio del cual los individuos aprenden conocimientos específicos, desarrollan potencialidades y habilidades para la participación socialmente aceptada en la vida de la comunidad. Así, es la manera en que los miembros de una colectividad aprehenden el orden social y simbólico y se configuran como sujetos, insistiendo en que no como copia sino como reconfiguración y resignificación.

Algunos sociólogos han planteado el proceso de socialización desde perspectivas diferentes, y aunque difieren en algunos aspectos, finalmente se complementan: según Durkheim, los hechos sociales son exteriores al individuo, (entiendo hechos sociales como modos de actuar, pensar y sentir, exteriores al individuo, y que poseen un poder de coerción en virtud del cual le son impuestos). También plantea que la educación cumple la función de integrar a los miembros de una sociedad por medio de pautas de comportamiento comunes, a las que no podría haber accedido de forma espontánea, ya que la finalidad de la sociedad es crear miembros a su imagen, por lo tanto el individuo es un producto de la sociedad. Por otro lado, Max Weber plantea que la sociedad no puede existir sin la acción de los individuos. De esta manera, el punto de partida de los hechos sociales son las acciones de los individuos.



Más recientemente, Berger y Luckman (1986) se propusieron demostrar desde la relectura de Durkheim (facticidad objetiva) y Weber (complejo de significados objetivos) sobre el funcionamiento social, una teoría amplia de la acción social que vinculara la posición de ambos autores.

En esta posición, Berger y Luckman plantean que las realidades sociales varían a través del tiempo y el espacio, pero es necesario percibir una dualidad común de todas las realidades. Por un lado la realidad, como todo fenómeno que es independiente de la voluntad del individuo y por otro las institucionalizaciones. El ser humano se forma en interacción con su ambiente cultural y el orden cultural y social. El orden social, sin embargo, no es considerado como externo e impuesto al individuo, sino que aparece a través de una relación dialéctica con éste, como producto humano. Esta institucionalización conlleva la tipificación recíproca de acciones entre los actores, hasta llegar a convertirse en una forma de control social. Posteriormente, este comportamiento institucionalizado se experimenta como una realidad objetiva, externa a la voluntad del individuo. En síntesis, los autores destacan tres momentos básicos en este proceso: la sociedad es un producto humano; la sociedad es una realidad objetiva; el ser humano es un producto social. Aquí el lenguaje cumple una función imprescindible: como forma de extender la comprensión y el sentido de la realidad de una manera consistente y coherente con la realidad subjetiva de los individuos, y eso tiene lugar, fundamentalmente, a través de la creación de universos simbólicos. Estas ideas sentaron las bases para el desarrollo del llamado construccionismo social que ya hemos expuesto.

Esta perspectiva mucho más amplia y menos maniqueísta, permite pensar que si bien la familia o la escuela son agentes de socialización fundamentales en la formación del individuo, no son los únicos referentes para la configuración del sujeto, sino que aparecen otros

agentes como los medios de comunicación o las discontinuidades históricas de su tiempo, estableciéndose así en reiteradas ocasiones y momentos una relación de tensión entre lo aprendido y normativizado en la infancia y las transformaciones sociales (por ejemplo en el orden legal) que obligan una reconfiguración de la subjetividad. Por ejemplo, al pensar en el orden de género, si por un lado se pueden identificar unos mensajes por parte de los padres que buscan sostener la autoridad del Padre, aparece por otra parte toda una "ética" de las relaciones igualitarias entre hombres y mujeres propias de los discursos de Derechos del mundo contemporáneo que generan conflictos entre la subjetividad, el dicho y el hacer por parte de algunas mujeres y sobre todo hombres hoy.

Berger y Luckmann diferencian dos procesos de socialización, los cuales denominan primario y secundario. El primario, que tiene lugar durante los primeros años de vida, sirve de base para la comprensión del mundo como un todo compacto e invariable, así como para la comprensión de la vida como un sistema donde uno existe en relación con otros, donde el yo cobra sentido como yo social: asimismo, es una socialización filtrada, es decir, el individuo ocupa un espacio social concreto y en función del mismo y de las relaciones que conlleva se produce una identificación propia, una identidad. El individuo se convierte en miembro de la sociedad. Se da en los primeros años de vida y se remite al núcleo familiar. Se caracteriza por una fuerte carga afectiva. Depende de la capacidad de aprendizaje del infante, que varía a lo largo de su desarrollo psico-evolutivo. El individuo llega a ser lo que los otros lo consideran (son los adultos los que disponen las reglas del juego, porque el niño no interviene en la elección de sus otros significantes, se identifica con ellos casi automáticamente) sin provocar problemas de identificación. La socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo. A esta

altura ya es miembro efectivo de la sociedad y está en posición subjetiva de un yo y un mundo.

La Socialización Secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. Es la internalización de submundos (realidades parciales que contrastan con el mundo de base adquirido en la sociología primaria) institucionales o basados sobre instituciones. El individuo descubre que el mundo de sus padres no es el único. La carga afectiva es reemplazada por técnicas pedagógicas que facilitan el aprendizaje. Se caracteriza por la división social del trabajo y por la distribución social del conocimiento. Las relaciones se establecen por jerarquía.

Durante la socialización secundaria, el individuo internaliza submundos diferentes, tiene acceso al conocimiento de una realidad compleja y segmentada. Asimismo, no accede a todo el conocimiento, sino a una parte en función de su rol y posición social: el conocimiento también se segmenta. Esto último ocurre porque los medios de acceso al conocimiento se institucionalizan: es necesario aprender a través de cauces y procesos adecuados.

Esta segunda forma de socialización corre el riesgo de convertir las internalizaciones anteriores en algo vulnerable, situación que se ve minimizada por la existencia de determinados medios de mantenimiento de la realidad, entre los cuales destaca la rutina diaria como afirmación del conocimiento de la vida cotidiana; no obstante, un cambio profundo en la realidad subjetiva puede tener lugar si se produce una reinterpretación radical de los hechos, lo que los autores denominan alternación, mediante un nuevo proceso socializador y legitimador.

Es necesario tener en cuenta que estos momentos de socialización no tienen una línea clara de división taxonómica en la trayectoria de

vida, sino que más bien sirven para pensar analíticamente las diferencias de diferentes momentos de vida en los procesos de socialización. Y que para esta investigación más que pensarse en dos momentos previamente definidos, aparecen como problematización a examinar en el análisis.

Ahora, dentro de este proceso socializador se forma la identidad del sujeto que se instala como una naturalidad y que surge de la relación dialéctica entre individuo y sociedad: se forma por procesos sociales, es mantenida, modificada o aun reformada por las relaciones sociales. En ese sentido, la masculinidad debe verse "como un proceso identitario que ayuda a los varones a pensar a sí mismos y a ubicarse respecto a su entorno social. La masculinidad es una forma de identidad social y personal que regula las relaciones con los demás y que se aprende en los procesos de socialización" (Guasch, 2006: 29)

Ahora, existen diversos agentes de socialización, que juegan un papel de mayor o menor importancia según las características peculiares de la sociedad, de la etapa en la vida del sujeto y de su posición en la estructura social. En la medida que la sociedad se va haciendo más compleja y diferenciada, el proceso de socialización deviene también más complejo y debe, necesaria y simultáneamente, cumplir las funciones de homogeneizar y diferenciar a los miembros de la sociedad a fin de que exista tanto la indispensable cohesión entre todos ellos, como la adaptación de los individuos en los diferentes grupos y contextos culturales en que tienen que desempeñarse.

Se puede decir que la sociedad total es el agente de socialización y que cada persona con quien se entre en contacto es en cierto modo un agente de socialización. Entre la gran sociedad y la persona individual existen numerosos grupos pequeños, que son los principales agentes de socialización de la persona. El comienzo

natural del proceso para cada niño recién nacido es su inmediato grupo familiar, pero éste pronto se amplía con otros varios grupos.

En la historia del Occidente moderno, la familia ha sido la agencia de socialización más importante en la vida del individuo. Algunos autores plantean que los cambios sociales producidos por los procesos de industrialización y modernización han llevado a una pérdida relativa de su relevancia ante la irrupción de otras agencias socializadoras como el sistema educacional, los grupos de amigos y los medios masivos de comunicación. Sin embargo, su importancia sigue siendo capital. La familia es el primer agente en el tiempo, durante un lapso más o menos prolongado tiene prácticamente el monopolio de la socialización y, además, especialmente durante la infancia, muchas veces selecciona o filtra de manera directa o indirecta a las otras agencias, escogiendo la escuela a la que van los niños, procurando seleccionar los amigos con los cuales se junta, controlando, supuestamente, su acceso a la televisión, etc. En este sentido, la familia es un nexo muy importante en el individuo y la sociedad.

Toda familia socializa al niño/a de acuerdo a su particular modo de vida, el cual está influenciado por la realidad social, económica e histórica de la sociedad en la cual está inserta. Hay autores que han señalado la existencia de diferencias en las prácticas de socialización, según diferentes situaciones del contexto de cada familia.

En el proceso de socialización uno de los factores principales es la educación; y más especialmente la formación social que se da dentro de la educación secundaria. Este punto podemos abordarlo desde varios ángulos. El primero de ellos es el punto de vista del educador. Para conocer este punto de vista hemos conversado con diversos profesores de secundaria, obteniendo importantes conclusiones. Respecto al contacto extraescolar profesor-alumno, la opinión general es que es positivo, ya que ayuda a un mejor conocimiento mutuo

fuera del ambiente docente. Dentro de este trato, se puede incluir la atención personalizada, presente en tutorías, ayudas, interés por el desarrollo del alumno-compañero. Creando así una corriente interactiva muy productiva para la socialización y el rendimiento académico.

Otro elemento es la mentalización sobre temas tabú en nuestra sociedad. El ambiente académico parece más propicio a esta "enseñanza", ya que dentro del ámbito familiar existe, por una enseñanza tradicional, una mayor resistencia a tratar estos temas, con el consiguiente peligro para los jóvenes debido a que se ven obligados a buscar la información a través de métodos poco ortodoxos; sin embargo, dentro de la enseñanza puede ser incluido dentro de los distintos temarios que abordan las diferentes asignaturas. Estos valores se encuentran en permanente conflicto con la realidad social que se produce alrededor.

Otros medios de socialización tienen diversos y variados efectos en las diferentes fases de la vida de una persona. Como el aprendizaje social es un proceso continuado en todos los niveles de edad, la persona se ve constantemente refrenada en alguno de sus impulsos y estimulada en otros. Fracasos y satisfacciones, esfuerzos y readaptaciones, todo con experiencias que ayudan a aprender. La madre que explica las diferentes maneras como sus diversos hijos han atravesado las fases del crecimiento, indirectamente está afirmando que ella misma ha aprendido no poco de estas experiencias

Por último, la relación con los pares laborales, amigos y demás es un espacio central para comprender las masculinidades, especialmente porque la masculinidad se juega en el espacio de una constante reafirmación del lugar de hombre que a cada momento puede ser impugnado por estos pares.

## **CAPÍTULO 2**

### **HUELLAS DEL HACERSE HOMBRES: LOS RELATOS DE VIDA COMO CAMINO PARA LA COMPRENSIÓN DE LAS MASCULINIDADES**

#### **2.1. Una pregunta por la masculinidad.**

Dentro de mi recorrido de formación académica, tanto en mi País, Colombia, como en España, y desde la formación básica como licenciado en educación, profesional en trabajo social y luego a través de los postgrados en Trabajo Social Familiar, y en Investigación Social, así como el máster en Desarrollo y Cooperación; se fue profundizando la inquietud de acercarme y aprender sobre el tema de género que siempre estaba alrededor de lo visto en cada uno de los ciclos de estudio mencionados. También en la práctica profesional que iba desarrollando, pude ir constatando de forma notoria las tremendas inequidades que se daban en las relaciones de género tanto en la escuela, en la familia, en la ciencia y en el trabajo.

Por lo tanto, opté por continuar en mi proceso formativo doctoral en un espacio académico de trabajo específico en el tema de género, sobre todo porque su mirada partía desde las ciencias sociales que en general es mi campo de acción por lo que enriquecería mi trabajo académico, mi práctica profesional, mi práctica como docente universitario, como investigador y como activista en asuntos de género y diversidad sexual. Ya llevaba algunos años antes de irme a España a estudiar mi máster e iniciar el doctorado siendo parte del Centro Interdisciplinario de Estudios en Género de la Universidad de Antioquia, que es la segunda universidad pública más importante del País, por su tamaño y liderazgo en investigación y su activa participación en acciones e intervenciones sociales y políticas.

Es así como inicio el camino de preparación en el área específica del género, para entender mejor cómo este concepto, y más que el concepto la aplicación en cada campo, de la perspectiva de género

realmente puede transformar las relaciones entre hombres y mujeres y aportar, de lo cual estoy convencido, a la construcción de una sociedad más equitativa y justa.

La hipótesis o premisa que guio mi mirada y este análisis consistía en que el trabajo desde el género debe incluir necesariamente a los hombres de manera participativa y responsabilizadora en cuanto a su papel en la contribución a la equidad y a los cambios profundos que se debía dar en la relación entre hombres y mujeres en el mundo; y que si se continuaba empoderando a las mujeres sin la mirada relacional del género podría terminar trayendo más y nuevos problemas entre hombres y mujeres, y para la sociedad en general, pues estaríamos de nuevo dejando mucha, sino toda la responsabilidad del cambio a las mujeres y dejando intacto el lugar de los varones. Fue hacer consciencia entonces de la real exclusión que han experimentado las mujeres por siglos, y de la forma brutal cómo los hombres ni siquiera se preguntaban por dicha exclusión pues todo estaba hecho a su medida.

En ese sentido, los conceptos de género y perspectiva de género plantean la posibilidad de que sean usados como estrategias que promueven cambios profundos en la forma como se abordan las relaciones entre hombres y mujeres con sus connotaciones y particularidades, y por sobre todo hacer consciente la inequidad con que han sido tratadas las mujeres durante mucho tiempo, lo cual permite poner en el escenario público una problemática milenaria. No es gratuito que el famoso periodista Ryszard Kapuscinski <sup>1</sup> en agosto del año 2000, dijera que las desigualdades en el mundo comienzan en la familia, donde de todos modos, la mejor situación es la del hombre; la peor la de la mujer, los niños y niñas.

---

<sup>1</sup> El Colombiano. Domingo 27 de agosto del 2000. Pág. 1D. Entrevista realizada por Reinaldo Spitaletta, José Guillermo Palacio y Carlos Mario Gómez.



Tampoco es gratuito que en la IV Conferencia Mundial sobre mujeres organizada por las Naciones Unidas y realizada en 1995 en Beijing-China, los gobiernos de 189 países adoptaran por consenso un documento en el que dice:<sup>2</sup>

*Decididos a promover los objetivos de igualdad, desarrollo y paz para todas las mujeres del mundo, el interés de toda la humanidad, Reconocemos que la situación de las mujeres ha experimentado avances en algunos aspectos importantes en el último decenio, pero que este progreso no ha sido homogéneo, que persisten las desigualdades entre mujeres y hombres y que sigue habiendo obstáculos importantes que entrañan graves consecuencias para el bienestar de todos los pueblos,*

*Reconocemos asimismo que esta situación se ha visto agravada por una creciente pobreza, que afecta a la mayoría de la población mundial, en particular a las mujeres y a niñas y niños y que tiene sus orígenes en el ámbito nacional y en el ámbito internacional*

Esto lo que hace es constatar que la conciencia de las discriminaciones existentes en el mundo, basadas en el género, es cada vez mayor, tanto de ciertos organismos internacionales, como de gobiernos locales, académicos y sujetos de la sociedad civil en general que reclaman que el tema sea abordado. De otro lado es importante que sea la perspectiva de género en las Ciencias Sociales, pues hace tambalear los modelos de estas, que se han basado históricamente en el hombre como razón y referente universal, excluyendo a las mujeres y sosteniendo las relaciones androcéntricas en las que se sustenta el sistema sexo-género patriarcal.

Por ello, uno de los objetivos es indagar y aportar al estudio de las

---

<sup>2</sup> Declaración de Beijing y Plataforma para la Acción. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Gabinete de relaciones internacionales del Instituto de la Mujer. Madrid-España. 1996.

masculinidades, tomando como marco teórico la perspectiva de género y las corrientes de los estudios de masculinidades pues como ya he planteado hoy se hace apremiante extender el concepto y la práctica de género a una mirada relacional, es decir a la profundización del estudio sobre los hombres y de las relaciones entre hombres y mujeres, donde se induzca a los hombres a pensarse, reflexionarse y sobre todo a hacerse responsables de la transformación de la sociedad aportando a la disminución de una cultura machista, heteronormativad, y androcéntrica.

Una de las preguntas que me llevó a inquietarme por el tema de masculinidades tuvo que ver con el por qué las mujeres eran consideradas como seres generizados y los hombres no, por qué ellas podían aprender y des-aprender comportamientos impuestos por la cultura y por qué los varones no podían hacerlo, pero sobre todo porque creo profundamente en la tremenda necesidad que tiene esta sociedad de EQUIDAD y de JUSTICIA SOCIAL y empecé a estudiar el tema de género, relacionado con los hombres y la importancia de trabajar con ellos para propiciar un cambio real en las relaciones entre hombres y mujeres, y por consiguiente en las demás relaciones y posturas frente a la vida de los hombres.

En la medida que profundicé en los estudios sobre masculinidades encontré que efectivamente muchos autores coincidían en que el hombre también se hace en el sentido del aprender a ser hombre, como lo había planteado Beauvoir al referirse a las mujeres. Uno de los más enfáticos en este aspecto es D. Gilmore quien intentó comprobar cómo se fabricaba la masculinidad y si tenía rasgos de carácter universal. Después de estudiar el comportamiento de decenas de culturas humanas, llegó a varias conclusiones, por ejemplo, que ninguna de las características que definen la masculinidad es universal, pues encontró en varias culturas que muchos varones no se comportaban como se decía era la norma.

También encontró que la gran mayoría de las culturas tienen modelos de socialización masculina dedicada a que los hombres adquieran habilidades para cumplir con tres funciones que el autor llama "las tres P": Procreador/Proveedor/Protector. Para lo cual son "arrancados" del dominio nocivo y la influencia malsana de la madre, asunto que se da a través de una serie de "ritos de paso" con el fin de convertirlo en un ser duro, valiente, competidor, depredador, etc.; asuntos que se ven reflejados en la estadísticas y en los medios de comunicación cada día, en la muerte violenta de muchos hombres jóvenes a causa de actos violentos.

En ese sentido, esta investigación pretende también ampliar un camino que permitirá futuros desarrollos, nuevas líneas de investigación y otras fuentes de conocimiento en la ciudad y el país y, además, para las diferentes áreas de las ciencias humanas interesadas en la comprensión y transformación de las desigualdades de género de nuestros contextos.

Esto lo considero de especial relevancia pues el tema de las masculinidades en países de América Latina y del Caribe es un tema que no se ha posicionado y que aún se aborda con cierto temor, pues la larga historia de androcentrismo no ha dado la posibilidad de explorarlo, pues considerar al hombre como amo y señor que es y representa todo, no permite dimensionarlo como objeto de estudio. Además cuando se empieza a estudiar o a pensar, lo hace desde la reclamación de sus derechos. Sólo hasta hace algunos años surgen grupos de hombres pro-feministas, dispuestos a hacer una autocrítica y a proponer elementos de cambio.

Es importante entonces continuar con investigaciones sobre los hombres, no sólo por el avance que tienen las mujeres y los desequilibrios que esto produce en las relaciones, sino y sobre todo porque en la medida en que las mujeres se empoderen y los hombres

no entiendan las implicaciones de ese empoderamiento, negándose a aceptarlo como parte del desarrollo de las sociedades, lo verán como una amenaza a su hombría y por consiguiente su respuesta será violenta, impositiva y de lucha por no perder unos privilegios mal entendidos. Lo cual ha traído como consecuencia el mantenimiento de una cultura machista y paquidérmica, donde los altos niveles de violencia de género se deben en gran parte a la ignorancia, y al intento de conservar el lugar del amo, que ya la mujer no está dispuesta a aceptar.

Por último, el principal fin que subyace a esta investigación tiene como base un compromiso social que radica en intentar que estas reflexiones contribuyan a hacer que las sociedades en las que vivimos sean más igualitarias.

## **2.2 Aprender las masculinidades: significación, experiencia y relatos de vida. Reflexiones sobre el método.**

Con los debates críticos en torno a la categoría género de los años ochenta y noventa la pregunta por la formación de las identidades de género y el descentramiento de la masculinidad se instaló como un elemento central para la comprensión de la organización social y las formas de reproducción del orden de género. (Butler, 2001)

Estamos de acuerdo en que la identidad no es un elemento esencial del sujeto, no le viene dado, no es natural ni divino. La identidad es una construcción que se teje a través de procesos de identificación en medio de las interacciones con los otros/as y las dinámicas políticas, económicas y culturales. (Hall, 2003)

Sin embargo, estar de acuerdo con esto no implica perder de vista la importancia de la construcción de ciertas identidades sociales en el marco social, pues desde ellas significamos el mundo, leemos y somos leídos, interpretados, nos relacionamos. Es una parte estructurante de nuestra subjetividad.

Esta contextualización es relevante pues en esta investigación me interesa analizar los significados del hacerse hombres que tienen que ver directamente con la formación y significación de esa identidad de género que es social, pero además me interesa ver las formas de operación social de la misma. En ese sentido hay una posición crítica frente a la formación de las identidades, sin dejar a un lado su existencia y centralidad en el plano social y en la significación de los individuos entrevistados.

Como han mostrado perspectivas como las de Butler o incluso Bourdieu, las identidades se forman a partir de actos reiterativos en el tiempo que poco a poco se vuelven parte del sujeto, de su cuerpo, su mente, su piel y termina por naturalizarse. (Butler, 2001; Bourdieu; 2000). Esa naturalización ha implicado pensar que son esencias inmanentes necesarias para el orden. Paralelo y en diálogo con estas posiciones provenientes de la academia también los Movimientos Sociales han apuntado a demostrar el carácter contingente y opresivo de ciertas formaciones sociales como las de género. Uno de los espacios que en las últimas décadas mayores interpelaciones ha recibido han sido las masculinidades hegemónicas. Un trabajo como este se inscribe en estas trayectorias y lo que permitirá es mostrar el carácter fragmentado y formado de ese proceso, es un aporte académico y político.

En esta vía de indagación aparece en el camino como una pregunta ineludible la inquietud por la subjetividad. Para Foucault la subjetividad es lo que hace al sujeto un sujeto, es una formación que se da en medio de relaciones de poder y que configura las interacciones, saberes, sentimientos, relaciones pero también las posibilidades de agencia. (Foucault, 1978; 2000, 2009; 2010a; 2010b; 2010c; 2011)

En ese sentido, podríamos identificar dos grandes formas de pensar los procesos de construcción de subjetividad. Uno tiene que ver con las perspectivas, por demás muy cercanas a Foucault, que analizan las formaciones discursivas que construyen los marcos de representación de los sujetos. Por ejemplo, los estudios que analizan las formaciones de unas condiciones de posibilidad que crean al sujeto "loco" o al sujeto "homosexual". Estas perspectivas están generalmente muy ligadas al análisis histórico, sociológico o político. Por su búsqueda estas apuntan sobre todo metodológicamente a métodos de investigación histórica o análisis del discurso. Sin embargo, generalmente las experiencias concretas individuales pueden desaparecerse en la bruma de la estructura.

Otras perspectivas se preocupan mucho más por la formación de la experiencia individual. En estas relucen sobre todo los análisis desde diferentes perspectivas psicológicas y psicoanalíticas y optan por enfoques biográficos o incluso historias de vida. Como la preocupación es el sujeto, a veces, se crea un ambiente donde los actores se quedan sin escenario, donde la sociedad se pierde.

Por mi parte quisiera ubicarme en otro lugar, uno que me permita analizar las relaciones de poder, las dinámicas sociales, las conflictividades, las formaciones discursivas pero desde las realidades, significaciones y experiencias propias de algunos hombres. En ese sentido, este trabajo se interesa por el significado de hacerse hombres en su trayectoria de vida que involucra la familia, la escuela y los pares. Mi objeto de estudio no son los hombres en sí, ni sus biografías, sino los significados que ellos le dan al proceso de hacerse hombres y su relación con los procesos sociales que enmarcan esos significados.

Ahora, es necesario ubicar las posibilidades y opciones metodológicas que permiten responder una inquietud que gira en torno al qué ha

significado hacerse hombre en los sujetos entrevistados. Lo primero que vale la pena resaltar es la pregunta por los significados. Esta investigación indaga por las valoraciones y significaciones que determinados sujetos a partir de una narración inducida (entrevista a profundidad) tejen en torno al proceso de cómo se hicieron hombres, al igual que las representaciones y significaciones que dan a ese proceso.

Esta orientación de la pregunta nos remite necesariamente a una reflexión sobre la voz del sujeto, el género y la posibilidad de construcción de conocimiento de las mismas. Si bien los hombres han ostentado siempre la palabra y por lo tanto han detentado el poder en torno a lo que se dice, no por ello han podido decir todo. El hablar sobre su vida sensible, sus renunciaciones en el orden de género, la imposibilidad para expresar sentimientos debido a la presión social, entre otros, son elementos que socialmente les han sido negados a los varones a cambio de su lugar de poder. El lugar de privilegio y el rol de dominación han implicado precisamente el silencio frente a una serie de experiencias que son constitutivas de su identidad. Un ejemplo paradigmático es el *acto de habla* "los hombres no lloran" que es repetido una y otra vez en la infancia y que va generando la imposibilidad de sentir y expresar ciertas cosas.

Dejando claro que no es una oda apologética y mucho menos victimizante de los varones, sí se considera la necesidad de verbalizar la narración y reflexión de una serie de voces, tanto hegemónicas como subalternas a partir de las cuales se pueda reflexionar sobre la formación de la masculinidad y dejar en evidencia su carácter social, conflictivo y fracturado.

Llegados a este punto surge la pregunta por el cómo ha sido realizado este trabajo, cuáles han sido las opciones que en términos

de metodología he elegido para la recolección y análisis de la información.

En primera instancia, se ha optado por la metodología cualitativa. Tomar esta opción no es sólo un asunto que tiene que ver con la empiria de la investigación, sino que por el contrario tiene que ver con asunto más de trasfondo y del orden si se quiere filosófico: cómo conocer y comprender la realidad. De tal manera que en esta investigación optamos por una metodología cualitativa, pues se considera que la cuantitativa nos enfocaría más hacia el hallazgo de tendencias y regularidades y no aportaría a la comprensión del plano de las relaciones y los significados que interesan a este proyecto. Así, se estoy de acuerdo con que:

En la metodología cualitativa, la investigación hace énfasis en el significado (la interpretación que hace el autor de su realidad), contexto (aspectos que forman parte de la vida social, cultural, histórica, física, del actor), perspectiva holística (concepción del escenario, los participantes y las actividades como un todo), cultura (qué hace el actor, qué sabe el actor y qué cosa construye y utiliza). (Gutiérrez, S.A.: 5).

La realidad social es única y depende del contexto y por lo tanto permite que conozcamos los motivos de las acciones de las personas. La metodología cualitativa proporciona esta posibilidad puesto que posiciona al sujeto de manera predominante en la construcción del conocimiento científico; lo cual en este caso posibilita y valida que sean los mismos sujetos varones los que reflexionen sobre su proceso de hacerse hombres, su significado, las condiciones acerca de su masculinidad; y que esta reflexión viabilice el poner en presente sus vivencias en la realidad actual y el de la sociedad a través de ese proceso subjetivo que proporciona conocimiento.



Hay que añadir a lo anterior que, como ha destacado Jesús Ibañez (1991a), lo central de la investigación con metodología cualitativa es la posibilidad del uso del lenguaje como *representación simbólica* que permite acceder al mundo subjetivo de las creencias, los valores, las motivaciones, los deseos y los significados que caracterizan a los hechos sociales.

En cuanto al paradigma epistémico, la misma forma de elaboración de la pregunta problema de este trabajo ha implicado una perspectiva que parte del construccionismo social que plantea cómo los sujetos se forman a partir de una relación dialógica con las dinámicas sociales, culturales, económicas y políticas (Gergen, 2007). El construccionismo social tiene su lugar de surgimiento en la reflexión de la sociología y la psicología, al construir una crítica a dos tradiciones imperantes: el conductismo y el movimiento cognitivo, el primero ubicado en un horizonte causalista donde el sujeto solo responde a modo de “efecto” frente a los estímulos externos. El segundo, muy centrado en el sujeto como procesador de información desapareciendo así las relaciones sociales.

En ese sentido, el construccionismo como crítica a los anteriores propone una perspectiva donde se pueda comprender de manera dialógica la relación entre individuo y sociedad, la cual si bien entiende que el sujeto se forma a partir de las relaciones sociales pues estas los configuran, también valora y tiene en cuenta los procesos de subjetivación del individuo y se interesa por ellos. En ese sentido, el construccionismo permite entrar a la vida, la experiencia, las sensaciones, ideas, sentimientos pues abre la posibilidad a comprenderlos como un elemento valioso y central de la significación de la vida, proceso inminentemente social y formado en medio de la interacción social.

En este sentido, el construccionismo es un paradigma de análisis que tiene claramente en su horizonte de reflexión la pregunta por la

experiencia individual como hecho social, es por ello que he optado por esta perspectiva ya que el trabajo de investigación se realiza a partir de las trayectorias de vida de hombres concretos a partir de los cuales podré elaborar un análisis de estructuras sociales más amplias. Así, el construccionismo social me permite analizar la relación de estos hombres con su entorno y las relaciones sociales para indagar sobre el significado de hacerse hombres parte de pensar que: 1) Esos hombres no nacen, se hacen, 2) Que ese hacerse es un proceso inminentemente social, 3) Que esos "hombres" han construido una subjetividad en ese proceso, 4) Que durante ese proceso de subjetivación emergen representaciones, prácticas y significados.

Para la recolección de la información necesaria que arroje los datos que necesitamos en este análisis hemos partido del uso de Relatos de vida a partir de entrevistas a profundidad que buscaron, sobre todo, generar una conversación que más que responder de manera unívoca a unas preguntas fuese poco a poco el generador de nuevas historias, de nuevos puntos, de nuevas ventanas para la reflexión.

En esa línea, como ya habíamos planteado, el análisis de las relaciones de género implica necesariamente una perspectiva desnaturalizante pues parte del efecto del orden de género es la idea de naturalidad de esas relaciones. En ese sentido, esta investigación apunta de cierta forma a hacer visible lo invisible, a hacerse preguntas que pasan desapercibidas en el sentido común. Ya dije también que el método o estrategia que he optado usar para lograr este cometido es el de Relato de vida. Sin embargo, el relato de vida no es solamente una estrategia o herramienta para mi cometido, sino que, por lo que se busca en esta investigación estos relatos adquieren un carácter vertebral para este trabajo.

El uso de relatos de vida es principalmente de principios del siglo XX en el marco de la investigación sociológica. Tal vez uno de los trabajos más emblemáticos es *El campesino polaco en Europa y*

*América* (Chicago, 1918–1920) de Thomas y F. Znaniecki. El libro se compone de dos grandes elementos, uno que buscaba la recolección de datos e información sobre las prácticas sociales cotidianas de campesinos polacos migrados, la segunda está enfocada a la reconstrucción autobiográfica de uno de los campesinos. Esta perspectiva lograba proponer otra vía de investigación a las corrientes imperantes basadas en un determinismo sociologista, y por el contrario lograba darle un valor al sujeto pero no desde un individualismo sino desde la valoración del sujeto con su contexto. (Cornejo, 2006)

De allí se desarrollaría la denominada Escuela de Chicago interesada en el desarrollo de una investigación que valore los procesos micro sociales sin renunciar a la teorización y la explicación de los procesos macro sociales. Estas perspectivas se mantendrán hasta la segunda guerra mundial, momento a partir del cual serían casi olvidados y retomada años después sobre todo por el análisis antropológico con obras como la de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* donde se estudia las dimensiones de la vida de una familia campesina muy pobre, pero analizando la construcción de la noción de “cultura de la pobreza” y analizado desde la estructura socioeconómica.

Ahora intentemos comprender las dimensiones metodológicas y epistemológicas del uso de Relatos de Vida. Como plantea Daniel Bertaux (2005), el relato de vida aparece cuando “un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia vivida”. En esta perspectiva el contar o narrar es esencial pues es el momento donde una experiencia se convierte en un producción discursiva a partir de la narración. En ese sentido los relatos de vida permiten acceder a los significados que hacen los sujetos de determinados puntos de su vida (Bertaux, 1989).

Este elemento es relevante pues los relatos de vida no buscan la reconstrucción de la totalidad de la vida es por ello que en las últimas décadas se ha hecho una diferencia entre historias de vida y relatos de vida. Las historias de vida buscan la reconstrucción de las vidas de determinados sujetos, información que se suele contrastar con algunas otras fuentes vivas como familiares o personas cercanas o fuentes documentales, gráficas, etc. que permitan alcanzar una realidad más fidedigna y objetiva de toda la vida de esa persona. (Siles, 2006)

Por su parte, los relatos de vida se producen a través de la conversación y sólo dan cuenta de aspectos particulares de la vida, de fragmentos o temas relevantes de la misma. Esto, evidentemente no descarta la existencia de aspectos “históricos” y acontecimentales de las vidas de los entrevistados, pero estos aparecen como parte del tejido de la narración y no como objeto en sí de estudio.

La reflexión y rastreo de esta diferencia nos ha llevado, por ejemplo, al tercer y último volumen de *The Polish Peasant*, de Thomas y Znaniecki de 1920 donde empezó a usar el término *life history*, para describir tanto la narrativa vital de una persona recogida por un investigador, como la versión final elaborada a partir de dicha narrativa, más el conjunto de registros documentales y entrevistas a personas del entorno social del sujeto biográfico, que permitan completar y validar el texto biográfico inicial (Pujadas, 2002).

Posteriormente, se introdujo el término *life story* para referirse exclusivamente a la narración biográfica de un sujeto que, a veces, puede ser publicada sin retocar, con fines de proporcionar una mayor fuerza testimonial, conservando incluso las propias peculiaridades lingüísticas de la persona. Hasta etapas muy recientes se ha tendido a solapar, al menos parcialmente, el significado de ambos términos, hasta que hace

dos décadas el sociólogo norteamericano N. Denzin fijó definitivamente ambos términos, siendo después secundado entre otros por el francés D. Bertaux (1981). (Pujadas, 2002: 13).

Así, la *life story* (en francés *récit de vie*) corresponde a la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta, mientras que el término *life history* (en francés *histoire de vie*) se refiere al estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story*, sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible. Se propone el término *relato de vida* (sinónimo de resonancias literarias como relato biográfico o narración biográfica) para referirse al concepto de *life story*, frente al término *historia de vida* correspondiente al concepto de *life history*. (Pujadas, 2002). Así, es el concepto de "life story" o "relato de vida" el que se adopta para esta investigación, pues los hombres sólo narran sus vivencias a partir de lo que ha significado hacerse hombres desde las indagaciones que sobre esta parte significativa de su vida se les pidió para ser contado desde sus vivencias, pues como lo ha planteado Strauss y Corbin (2002): El relato examina una parte significativa de la vida, tal como es contada por los individuos.

Otra distinción fundamental entre Relato de vida e Historia de vida tiene que ver con su forma de construcción. La Historia de vida es producida por el investigador que a partir de las entrevistas y fuentes documentales procura la reconstrucción de una trayectoria, por su parte los relatos de vida son producidos por el sujeto mismo, si bien pueden estar inducidos a partir de la entrevista por el investigador, en última instancia es el individuo mismo quien a partir de su experiencia teje la narración y el significado (Cornejo, 2006). Esto tienen un valor especial sobre todo a la hora de adentrarse al plano subjetivo, pues algunos otros enfoques biográficos como la historia

de vida misma pueden servir para intentar comprender subjetividades particulares sin embargo por su forma de construcción no tienen la posibilidad de entrar de tal manera al campo de las representaciones propias de las personas como sí los relatos. (Sharim, 1999).

En esta vía, el ejercicio de esta investigación se centró en una parte de la vida de los hombres seleccionados, a quienes, haciendo uso de la entrevista a profundidad se les formularon una serie de preguntas que permitían la conversación abierta y narrada únicamente sobre el tema de su vida que fue objeto de indagación para la presente investigación; es decir, sobre el significado de hacerse hombres, desde sus trayectorias vitales. La historia de vida, en cambio, hubiera supuesto, la consulta de otras fuentes además de la entrevista, tales como cartas, diarios y encuestas biográficas, y la consideración de elementos más complejos como el tiempo con el fin de reconstruir el acontecer completo o parcial de la vida de las personas entrevistadas.

La perspectiva que me permite el análisis de esos relatos es la hermenéutica pues lo que articula esta investigación son los significados que se dan al proceso de hacerse hombres. La hermenéutica me permite indagar sobre la construcción de las masculinidades en hombres colombianos a la luz de aspectos personales, sociales, culturales y las historias que abordan esa construcción desde sus subjetividades como una práctica en permanente construcción (Arfuch, 2007). Este proceso implica el desarrollo de una conciencia en los sujetos que interpretan desde su experiencia y la cotidianidad los recuerdos, las vivencias, y la memoria de lo existido. Y que permite que se exprese, desde el análisis del pasado en un acto consciente, la interpretación propia de la trayectoria de vida o su itinerario biográfico desde el hoy.

Así, estos significados han sido producidos por las propias voces de los sujetos que a través de la narración expresan su experiencia. En estos relatos se conjuga el tiempo de la memoria al traer al presente un tiempo pasado a través del acto de la recordación, pero también un momento presente desde el cual se significa ese pasado. (Ricoer, 1995; Arfuch, 2007; Berteaux, 2005)

Si bien es difícil poder establecer un límite preciso y claro entre estas diferentes operaciones, Berteaux propone tres categorías para la descripción de estos tiempos que configuran unas realidades. El primero de ellos es la realidad *histórico-empírica*, que refiere “la historia realmente vivida” que el autor denomina *itinerario biográfico* que tiene que ver con lo que se ha vivido, con esos momentos, prácticas, acontecimientos pero también con la forma en que en ese determinado momento fueron vividas, actuadas, interpretadas, percibidas.

El segundo es denominado por Berteaux como la realidad *física y semántica* que refiere “lo que el sujeto sabe y piensa retrospectivamente de su *itinerario biográfico*.” Este, elaborado ya desde el presente y en muchas ocasiones en el momento mismo en que la pregunta genera la acción reflexiva, es ya el producto de una “totalización subjetiva” que el sujeto hace desde el cúmulo de experiencias desde aquel momento a este.

Sin embargo, estos dos tiempos y realidades no agotan el tiempo mismo del discurso y la narración, por ello el autor propone una tercera realidad que denomina *realidad discursiva* y que tiene que ver con “el relato mismo como producción en la relación dialógica de la entrevista, y que corresponde a lo que el sujeto quiere decir acerca de lo que sabe (o cree saber) y piensa de su itinerario” (Berteaux, 2005: 76).

Así, el relato de vida alrededor de lo que ha significado hacerse hombre pasa por la narración de un pasado y de unas prácticas, pero también por la significación subjetiva de ese proceso al igual que por las transformaciones que en el tiempo y a partir de la experiencia de vida esa subjetividad atraviesa (Scott, 2002).

En la misma línea de reflexión sobre los tiempos y las producciones narrativas que se producen en los relatos de vida es bastante aportante la perspectiva de Alicia Lindón (1999) quien plantea algunos elementos centrales para tener en cuenta en esta materia. El primero consiste en que "los procesos de memorización transforman la experiencia de quienes la almacenan" refiriéndose a que la memoria comprendida como un devenir es parte central en la configuración del individuo como sujeto social.

El segundo consiste en señalar que los procesos de rememorización transforman la experiencia en el momento en que se trae a colación el recuerdo. La acción misma de producir el relato, de la entrevista, también genera sensaciones, ideas y resignificaciones de la trayectoria de vida. Esto, como lo veremos luego fue reiterativo en los hombres entrevistados.

El tercero hace referencia a que como los procesos de socialización nunca están terminados en el momento en que nos encontramos con un sujeto estamos haciendo parte de un devenir de esa socialización y por eso el acto de la entrevista puede tener un valor significativo para la construcción de esa experiencia y en ese sentido el tema en sí que analizamos con un relato determinado no es un producto acabado.

El relato como acción narrativa no sólo tiene un valor referencial externo sino que también está configurado por la forma en sí misma, por lo cual es necesario poner atención a las opciones estéticas que el sujeto toma para la producción de su relato. Ese es el punto cuatro.



El quinto tiene que ver directamente con lo anterior al mostrar que el patrón narrativo que se elige para contar está formado por una serie de elementos que le constituyen: qué se cuenta, qué se deja por fuera, qué se oculta o deja relegado, qué busca el sujeto hacer sobresalir, qué secuencias de causalidad establece.

El sexto punto recuerda que como investigador no estoy exento de una realidad como sujeto que es también leída por el otro, por lo cual su producción narrativa está también determinada por la percepción de ese sujeto sobre el investigador, por cómo le percibe y así elegir qué contar o qué imagen crear ante ese sujeto que le indaga.

Y por último, en esa relación es importante atender a cuál es esa imagen de sujeto o totalidad que el entrevistado quiere proyectar. Por todo lo anterior y como hemos insistido aquí en reiteradas ocasiones, el relato de vida se mueve en un plano subjetivo pero también en una dimensión social que dialoga con esa subjetividad.

De otro lado, retomando la reflexión desde Bertaux, una parte central de los Relatos de vida es la significación del acontecimiento, en términos del mismo autor los acontecimientos son la columna vertebral del Relato de Vida. La pregunta por el acontecimiento, la memoria, las prácticas sociales y la significación nos pueden ubicar en el clásico debate entre si la narración de la vida puede ser apropiada objetivamente o pasa solamente como una invención del sujeto por lo cual perdería su valor para las ciencias sociales. Este debate está ubicado a su vez en medio de las disputas entre objetivismo y subjetivismo a las cuales no me gustaría subsumir este trabajo.

Sin embargo, sí me gustaría explicar algunos lugares desde los cuales hablo. A esta investigación no le interesa determinar o no la realidad fáctica de los acontecimientos o las prácticas. La razón estriba en que no se conciba que el significado sea determinado por la práctica en sí.

Se considera entonces que los significados se producen en las relaciones sociales y si aparecen en la narración de determinado espacio de la vida, en este caso de la formación de la masculinidad, es porque ocupa un lugar en el proceso de significación y es su relación con otros significados y con otras macro esferas lo que mostrará sus posibilidades y fisuras.

Como el mismo Foucault planteó, el efecto que produce el discurso –y la narración es un discurso- es la ficción de la homogeneidad (Foucault, 1978, 2010<sup>a</sup>, 2010<sup>b</sup>). Pero un análisis crítico y contextual del mismo puede mostrar sus condiciones de formación y sus fisuras. Esas fisuras, esos titubeos, esos amarres o esos desplazamientos no demuestran “lo falso”, lo “no verdadero”, lo “no positivo”, sino que es parte constitutiva del discurso en sí, son las que permiten pensar en sí mismo la racionalización –o no- de lo narrado, las propias estrategias de configuración de una imagen deseada y en ese sentido de un sistema de valoraciones y en esa vía de los significados. Esas fisuras también son ganancias. Así es que, salirse de la dicotomía objetividad/subjetividad, falso/verdadero o realidad/falsedad permite ver otros giros de la significación de la experiencia.

Quiero agregar que la discusión sobre objetividad y subjetividad estaría basada también ya sea implícita o explícitamente sobre el afán de totalidad. Es decir, que las posiciones objetivistas reclaman la posibilidad de totalizar el conocimiento de un hecho, proceso o problema. Este trabajo no busca eso, sino la comprensión de un proceso desde la visión parcial, pues como ya se ha dicho se refiere a una parte de la vida. Esto no es una posición, digamos derrotista frente a la posibilidad de conocer, sino una opción que surge después de comprender que ningún trabajo podrá representar la totalidad de la realidad. Sin embargo, lo que le da legitimidad a la construcción de este trabajo más que la idea de totalidad objetiva es la noción de situación.

En ese sentido, más que interesarse por la realidad de un hecho o acontecimiento que aparece en el relato en sí, este trabajo se interesa por la forma en que esa realidad se procesa, por el lugar que ocupa en la narración, por el significado que se le otorga, por cómo se construye y a partir de qué parámetros sociales se establece un filtro de interpretación en ese momento y en el hoy. Ahí está el valor de los relatos de vida. Eso no implica una imposibilidad de los relatos para hacer análisis, por ejemplo, históricos; sin embargo, no es el uso que interesa a esta investigación.

Bertaux en su trabajo habla, partiendo de perspectivas como las de Bourdieu, de la existencia de mundos sociales para mostrar la heterogeneidad del mundo social. Estos mundos sociales son microcosmos que se forman a partir de ciertas actividades o prácticas que configuran relaciones concretas dentro del amplio marco del macrocosmos, además, al igual que el mundo social no son propiamente homogéneos. Él se refiere principalmente a los mundos sociales que se forman a partir de actividades asociadas al trabajo, por ejemplo, el microcosmos que se forma en torno a la panadería, o de una oficina, o de un restaurante donde se tejen unas reglas, unas formas, unas representaciones, unos comportamientos, unas formas de relación, etcétera. No podría pensar que la masculinidad en sí misma es un mundo social, pues más bien es una relación que está presente en cualquier microcosmos, pero sí es un espacio particular de la vida que a pesar de atravesar otro puede analizarse en su particularidad.

Así, la masculinidad está relacionada mucho más con una segunda categoría que el autor plantea es la de *situación*. Antes de continuar vale la pena resaltar que es una categoría que ha sido central en el pensamiento francés, especialmente después de la influencia de Kojève y la reapropiación de Hegel. Ha estado presente de forma latente en el feminismo, por ejemplo en la obra de Beauvoir donde

se establece como una categoría central de su pensamiento (Beauvoir, 1981 [1949]). Esta lo que permite mostrar es la existencia de determinadas formas de habitar en el mundo a partir de ciertas realidades que condicionan la existencia y la experiencia del sujeto de acuerdo a ciertas características o “situaciones” que le hacen vivir el mundo desde diferentes lugares. Por ejemplo, el ser hombre o el ser mujer es una situación, el nacer en un país del Sur Global o del Norte Global, el tener o no hijos, el ser madre o padre soltera/o, el ser joven, adulta o trabajadora sexual, entre muchas otras. Esas determinadas experiencias van formando, no de manera determinista sino en el plano de las relaciones y la contingencia, distintas formas de habitar y significar el mundo.

Estas situaciones y mundos sociales se van formando, configurando y resignificando a partir de las contingencias mismas de la trayectoria de vida que se va formando con el paso del tiempo. En ese sentido, los relatos de vida se van constituyendo en ese entramado que forma la subjetividad a partir de determinadas situaciones, mundos sociales y unas trayectorias que pueden ser interpretadas en las narraciones producidas en las entrevistas. Por esto, los relatos de vida permiten epistémicamente una posición privilegiada de análisis a la formación de las identidades, pues como plantea Dariela Sharim Kovalskys (1999; y 2005) “la identidad es el relato que hacemos sobre nosotros mismos” por lo cual

Los relatos entregan la posibilidad de mirar la doble relación entre un individuo con su historia, en tanto determinado por esta, pero también en cuanto a su capacidad de actuar sobre ella. (Sharim, 2005: 3)

Este lugar epistémico que ocupa el relato de vida permite, como ya hemos insistido en este texto, una relación estrecha entre la experiencia individual y el marco social, para lo cual la subjetividad

más que algo a neutralizar se convierte en “un material privilegiado a investigar” (Sharim, 2005).

Para continuar quisiera resaltar la centralidad de la categoría de *situación* pues es el lugar de expresión de los mundos sociales y las relaciones de poder, es un lugar en un sistema que nos permite pensar y explicar las voces particulares con las que se trabajará, en este caso las voces de hombres heterosexuales, voces que se escucharán desde la polifonía pues entre estos existen múltiples diferencias. Esto para señalar que no interesa lograr un coro unísono con estas voces, por el contrario se quiere mostrar esas diferencias que se tejen, esas discontinuidades, sin renunciar, claro está, a la posibilidad de hallar puntos de encuentro entre ellas.

También vale la pena llamar la atención sobre la pregunta por la *polifonía*, noción propuesta por el crítico literario Mijail Bajtin (1987; y 1989). Este plantea la existencia de la polifonía del discurso al mostrar las múltiples voces que se encuentran y que tejen una realidad discursiva, unas voces que se encuentran, que dialogan y disputan así el discurso no esté construido precisamente como un diálogo entre voces. Lo más interesante de la noción de polifonía es que Bajtin no sólo la planteó para describir la existencia de varias voces, sino para romper la idea de que existe un Yo que produce un discurso unísono, en ese sentido mostraba que el discurso que produce un sujeto es en sí mismo polifónico porque se compone de múltiples voces que van alimentando la experiencia en el decurso de la vida. Esta relación se da por el carácter socialmente construido del sujeto, lo que permite tejer una intertextualidad en la narración que posibilita el análisis de las relaciones sociales a través de las voces particulares, en este caso de los entrevistados.

El uso de Relatos de Vida para la investigación requiere también cierto desafío a las propuestas clásicas de producción de

conocimiento científico. El uso de este método de investigación requiere renunciar al paradigma científico totalitario que busca leyes –sean naturales o sociales– del funcionamiento y la organización del mundo, pues estas están basadas en la premisa de que la regla general debe ser la medida para la interpretación de lo particular. Para lograr esto existirían entonces dos caminos: el análisis que busca una buena cantidad de casos para que sumados puedan mostrar una tendencia que opera en la interpretación como si fuese una especie de regla. La otra consistiría en, una vez hallada la regla, ponerla a prueba con cada caso, lo que genera una lógica de interpretación basada en la comprobación de hipótesis, detrás de esta incluso podemos encontrar perspectivas que simplemente aplican reglas sin siquiera interpretar de manera concreta el fenómeno en particular.

Los relatos de vida como método de investigación se encuentran en medio de los debates sobre la producción de conocimiento pues de alguna forma su uso ya implica necesariamente otra comprensión de las formas de producción de conocimiento. Esto pues el uso de ellos de entrada no busca la comprobación de hipótesis, incluso no busca la generación de metarelatos explicativos (Bertaux, 2005). Los relatos de vida sirven para comprender temas específicos a partir de la subjetivación y la significación que los sujetos hacen de ellos. Ahora, esto no implica que no se pueda hallar en esas experiencia una relación con los campos de lo social y de lo “macro social”, sino que la relación es diferente a la pretendida por el positivismo. Los relatos de vida permiten particularizar la experiencia y ver desde una reducción de escala la relación entre sujeto y sociedad, en este caso del proceso de hacerse hombre y de los significados que en este proceso los entrevistados producen.

En esa vía, desde la perspectiva hermenéutica comprensiva las ciencias sociales deben ser más descriptivas y concentradas sobre la

comprensión interpretativa que en ser predictivas o explicativas. Desde posiciones como las de Weber sí es posible generar ciertas “reglas sociales” pero no como inmanentes sino como teorías explicativas útiles para determinados contextos socio-temporales (Gutiérrez y Denis, 1989). Desde este punto de partida nos interesa ver cómo esas narrativas se tejen como un texto que permiten interpretar la realidad, no “leerla” como relación unívoca del signo al significado, sino comprenderla.

Por último, quisiera insistir en la importancia de la hermenéutica para el análisis de los relatos de vida no sólo pensando en el análisis o en la visión construccionista del mismo, sino también en la reflexión por sus condiciones de producción. En primera instancia el relato se configura a partir de una identidad narrativa (Ricoer, 1995; Arfuch, 2007) que en sí misma es social y que además no es homogénea, es fracturada y contradictoria, es incompleta y está llena de vacíos. Sin embargo, el relato tiene la capacidad de construir lo que Bourdieu (1997) denomina la “ilusión biográfica”, esa sensación de totalidad y estabilidad que cumple la función discursiva que también señalaba Michel Foucault en su *Arqueología del saber* (2010 [1970]). En ese sentido la posibilidad de la hermenéutica es poder aprovechar esas fracturas y totalidades, vacíos y saturaciones, equilibrios e inestabilidades del relato (Cornejo, 2008).

En ese sentido el trabajo con los relatos de vida se juega en múltiples niveles de la producción narrativa y por lo tanto de la interpretación. El relato en sí mismo es una interpretación múltiples veces reinterpretada que al llegar al investigador (así sea producida con él) sufre transformaciones, recortes, añadiduras y por lo tanto entra en otro nivel de interpretación que se elaborará de nuevo en la acción de la escritura y del lector de un trabajo. Casi que la investigación es en sí una práctica inevitablemente hermenéutica que se juega en el marco de la interpretación constante.

### **2.3. Los varones entrevistados.**

Como ya he dicho el objetivo principal de este trabajo es analizar los significados de hacerse hombres a partir de relatos de vida. Estos relatos han sido obtenidos a partir de entrevistas a profundidad a hombres heterosexuales entre 20 y 50 años de edad. Inicialmente pensé en hacer un trabajo que comparara esos significados entre hombres jóvenes y hombres adultos. Esta idea fue descartada por varias razones: 1) Porque implicaba un trabajo mayor sobre la categoría de género y las relaciones etarias, tema que no constituía el interés mayor de este trabajo. 2) Por ciertas dificultades para, en este tema en particular poder establecer el punto de quiebre entre el "hombre joven" y el "hombre adulto" y el más importante, 3) Decidí no partir de la existencia de ese contraste, pues realmente nos cuestionamos la existencia de diferencias estructurales en esos significados entre "adultos" y "jóvenes" ya que tanto en el trabajo político y comunitario, como en el proceso de investigación se puede notar que el grueso de las representaciones hegemónicas sobre la masculinidad son similares para ambos. Sin embargo, a través de la investigación iremos desarrollando los bemoles de esta discusión.

He decidido que fueran hombres heterosexuales por las siguientes razones. Lo primero que hay que decir es que el marco de esta categorización se encuentra lo que Adrienne Rich ha denominado la Heterosexualidad Obligatoria, como una institucionalidad de la sexualidad heterosexual que atraviesa toda la organización social, el mundo está hecho a la medida de "lo heterosexual" (Rich, (1998) [1980]; Wittig, 2006 [1978]). Esta lógica basada en la existencia de una especie de muro entre homo y hetero ha generado también que las prácticas y representaciones sociales alrededor de masculinidad no sea igual hacia homos que hacia heteros. Como ejemplo de esto, la relación con los pares, los espacios de socialización, la forma de organización de las relaciones afectivas y familiares, la valoración



social de ambas, etc. En ese sentido, me interesaban hombres heterosexuales pues me permitían analizar la construcción de esa “normalidad” y el lugar que se ocupa allí. En ese sentido, la heterosexualidad no es sólo o no se reduce a ser “una orientación sexual” sino una posición dentro de un sistema que organiza el género y la sexualidad y configura una experiencia y una subjetividad.

Una segunda razón tiene que ver con un imaginario donde se piensa que los hombres gays/homosexuales tienen una identidad de género o algún tipo de identificación con “lo femenino”. Aclaro que no estoy de acuerdo con esto, pero quisiera poder a partir de este trabajo generar eco en la transformación y para ello quería demostrar que las masculinidades “normales” o “hegemónicas” están fracturadas, no son un bloque sólido como quienes se aferran a ellas pretenden hacer creer, por eso partir de ellas.

Un parámetro importante para la selección de los hombres entrevistados era que no tuvieran nada que ver con la reflexión feminista, ni de género fuese académica o políticamente, que estuvieran “lejos” del tema. Consideré importante este parámetro pues quería poder analizar y representar la realidad de la mayoría de hombres de la ciudad, de la gente “común” para poder pensar en la masculinidad hegemónica, en ese esquema antioqueño tradicional, machista y heterosexista en el cual los hombres no pueden llorar, sentir públicamente, expresar sentimientos pues aunque se les ha concedido el privilegio de la voz para dominar, exaltarse, sobresalir o mandar a callar; a cambio deben guardar silencio en lo que respecta a su ser como sujetos sensibles, a su vida, sus vivencias, contradicciones y demás. Así, consideré importante escuchar las voces de ellos, las voces desde adentro de lo que ha significado hacerse hombre.

Se decidió que los entrevistados fueran de diferentes estratos socio-económicos porque permitía una mirada amplia al contexto de la ciudad, además de la oportunidad de preguntarse si en realidad existían diferencias de “clase” en la experiencia de hacerse hombres en Medellín. En ese sentido, Colombia es un país estratificado en 6 niveles. La estratificación es una forma de ubicar las capacidades económicas de la población, el Departamento Nacional de Planeación encargado de este sistema define el estrato así: “La estratificación socioeconómica colombiana, es una clasificación de los domicilios o viviendas a partir de sus características físicas y de su entorno, en seis grupos o estratos”. En teoría, el Estado usa esta estratificación para procurar cierto nivel equitativo y orientar sus políticas sociales. Los niveles 0 y 1 son las poblaciones de más bajos recursos en el país, los que pertenecen a 2 y 3 son, podría decirse las clases bajas y media-bajas; en los estratos 4 se encuentran las clases medias y los 5 y 6 son las clases media-altas y altas de la población. Esta estratificación se hace por barrios en la ciudad. Esta división no es absolutamente exhaustiva, hay personas con niveles adquisitivos altos en los estratos bajos o viceversa, pero a grandes rasgos permite un mapa socio-económico de la población. Las personas entrevistadas se encuentran entre los estratos 2 y 6. De igual forma, los entrevistados se encuentran en diferentes niveles de educación desde bachilleres hasta profesionales y posgraduados.

La selección de la ciudad está relacionada con asuntos de orden personal y subjetivo, al igual que razones de orden académico e investigativo. Me interesa la comprensión de las masculinidades en la ciudad de Medellín pues es allí donde por varios años he realizado un trabajo académico y político. Considero entonces necesaria una comprensión profunda del tema para así aportar de un modo más pertinente a la transformación de las relaciones desiguales desde el trabajo con masculinidades.

Por otra parte, el interés académico surge principalmente de una inquietud por comprender las transformaciones de las masculinidades en la ciudad que hemos vivido en las últimas décadas. Medellín, es una de las principales ciudades del país después de la capital, Bogotá. Se ha caracterizado por su importante papel en la industrialización del país y en la generación de circuitos financieros nacionales e internacionales, pero también por las amplias brechas económicas y sociales en la población atravesadas por una experiencia del conflicto intraurbano.

Gran parte de la lógica de este conflicto está relacionada con el impacto que tuvo el narcotráfico y posteriormente el paramilitarismo en la ciudad. En los años ochenta la ciudad fue uno de los epicentros del fenómeno del narcotráfico en el país, experiencia que, como se sustenta en esta investigación, afianzó las diferencias y las desigualdades de género. A este proceso se sumó a finales de los ochenta y durante los años noventa la presencia activa de grupos paramilitares que también llegaron a “ordenar” la ciudad, principalmente en los barrios populares, según los parámetros que ellos veían como adecuados.

De tal manera, la cultura en la ciudad de Medellín hasta los años setenta todavía estuvo muy marcada por el pasado campesino y rural de sus pobladores, quien en su mayoría habían llegado a la ciudad en el último siglo en busca de los empleos que la industrialización ofrecía, pero también otros y otras, huyendo del conflicto armado que vivían en las zonas rurales de donde la mayoría fueron desplazados por grupos armados. Esas tres décadas posteriores representaron un cambio del panorama de la ciudad que estuvo intimamente relacionado con el fenómeno de la violencia intraurbana, sumado a los cambios de la configuración urbana de la ciudad, al impacto del neoliberalismo y las prácticas de consumo contemporáneas y a los nuevos lugares laborales y políticos conquistados por las mujeres en este mismo

periodo, los cuales cambiaron las relaciones sociales y las formas de habitar la ciudad.

Estas reconfiguraciones han cambiado también las relaciones de género, y en ese sentido las masculinidades en la ciudad todavía se debaten entre los fuertes arraigos de una masculinidad tradicional, frente a los modelos de unas masculinidades “globalizadas” que el neoliberalismo actual ofrece. Hoy, se hace imperante la comprensión de esas masculinidades para demarcar caminos posibles que nos permitan desde la perspectiva de género aportar a la erradicación de las violencias basadas en género, pero también de la guerra y la violencia que en general vive la ciudad y el país y donde sus principales actores son, precisamente, los varones. Esta situación es un asunto vertebral en la comprensión de la guerra y el conflicto, pues el vincularse a la guerra sea como ejército o como grupo al margen de la ley termina es una forma de acatar, de cumplir y reproducir los mandatos propios de la masculinidad hegemónica.

Después de definidos los parámetros utilicé una estrategia de selección aleatoria, bola de nieve a partir de colegas y amigos/as conocidos para llegar a ellos. El contacto fue fácil, pero convencerles implicó un poco más pues se les hacía muy raro que se estuviera trabajando sobre masculinidades, o sobre hombres en perspectiva de género, lo que demuestra que es un tema desconocido y que los hombres no hablan de ellos, no lograban comprender la relación entre género y hombres, eso, para la mayoría, era un asunto de mujeres, sin embargo, se logró construir una credibilidad en el trabajo y al tiempo que les parecía extraño les causaba curiosidad. Estuvimos en el proceso de entrevistas durante un año aproximadamente entre 2010 y 2011, los encuentros fueron mínimo tres con cada uno de aproximadamente dos horas.

Luego de la elaboración de la primer guía de relato se realizó una prueba piloto con dos entrevistas que me permitió darme cuenta de

algunas cosas. En primera instancia, uno de ellos pertenecía a grupos de reflexión sobre hombres y su entrevista me demostró que la experiencia de estos hombres no era representativa a la de los hombres de la ciudad, de allí la necesidad de excluir a estos hombres del grupo de entrevistados.

Esta prueba piloto me sirvió también para pensar que la entrevista no debía ser demasiado dirigida o muy estrictamente predeterminada, sino que debía poder darse como una conversación y no como cuestionario, sin dejar por ello de apuntar a unos objetivos concretos en las mismas, esto también para poder lograr producir en las entrevistas los relatos de vida narrativos esperados.

Llegados a este punto valdría la pena hacer un pare para una breve reflexión sobre una parte que es constitutiva de esta investigación y de aquellas que trabajan desde los relatos de vida: la entrevista. La entrevista es comúnmente vista como una técnica o herramienta para poder conseguir un relato de vida, su papel en el proceso de producción de conocimiento es visto de una manera utilitarista y el desarrollo de una reflexión profunda sobre esta es generalmente ausente. La entrevista es una parte fundamental pues de ese espacio de diálogo, de ese espacio de encuentro depende el acceso a la información que sirve de base para la investigación.

Como ha planteado Bourdieu (1999) la entrevista en sí misma puede ser un acto de intrusión violenta en la vida de un otro por lo cual es necesario dimensionar la carga de violencia simbólica que puede operar a partir del encuentro de dos sujetos diferentes y en lugares de poder asimétricos donde, no necesariamente el investigador es el que ocupa ese lugar "de poder", es ante todo una relación dialógica. La reflexión sobre la violencia simbólica debe estar presente desde el diseño mismo de la entrevista, desde los preparativos previos al encuentro (Bourdieu, 1997; Aceves, 2002).

Sin embargo, la existencia de relaciones de poder que configuran la

entrevista en sí no deben ser tomados como una imposibilidad, sino como un espacio de reflexión necesaria que debería poder elaborarse desde cualquier método de investigación, incluso alguna tan aparentemente frío y “objetivo” como el análisis documental.

En ese sentido, Bourdieu nos pone una reflexión sobre el otro y su lugar y sobre el lugar que ocupa el investigador para lograr que una entrevista permita un encuentro dialectico, más horizontal. Para ello es necesario renunciar a la entrevista cuestionario para buscar una estrategia basada más la conversación, pero no un diálogo sin objetivo que simplemente pone al otro a hablar lo que desea sino que precisamente implica dos voces, una que cuenta su experiencia y otra que está atenta a los ritmos y procura sostener el objetivo buscado. Para ello también es necesario ponerse en el lugar del otro/a por lo que amerita una reflexión previa de auto reconocimiento y apertura hacia ese otro sujeto (Aceves, 2002).

Del proceso de entrevistas en sí quisiera destacar algunos aspectos. En primera instancia si bien hubo una buena conexión con los entrevistados, fue muy difícil al inicio del proceso lograr que hablaran, que logran expresar y recordar esos acontecimientos, prácticas y significados que habían tejido alrededor de su vida. Al inicio todo les parecía “normal” y era precisamente la normalidad y naturalidad de las cosas la que explicaba todo el funcionamiento de su vida. Lo que quiero insistir es que esta dificultad de “narrarse” no estribaba solamente en un abismo generado en sí por el acto de la entrevista, sino porque para estos hombres fue inicialmente difícil desnaturalizar su trayectoria de vida para empezar a ver las piezas del engranaje de su construcción de vida y del hacerse hombres, lo cual se evidencia en respuestas tipo “no, no sé, nunca he pensado en eso, uno simplemente hace las cosa así y ya”. Sin embargo, detrás de la naturalización también en cierto momento había un miedo a desnaturalizar expresado en un rechazo a recordar. Pero sobre todo,

lo más gratificante del proceso fue ese momento de inflexión donde se fue derrumbando la barrera y se logró que estos hombres decidieran entrar en el laberinto mismo de sus vidas y terminaran valorando como positiva la experiencia de este trabajo tanto en términos de lo personal como de lo político pues casi todos al final terminaron dándose cuenta de la importancia de este tipo de investigaciones y acciones para que las transformaciones sociales se den.

Aquí hay una reflexión importante pues si bien no se pretendía hacer “cátedra” sobre equidad a estos hombres, el sólo proceso, las preguntas, los tiempos, las elaboraciones que se tejen en el diálogo les llevaron poco a poco a comprender por un lado cómo en lo social se construyen los hombres y las mujeres y segundo la importancia política de comprender la formación y las relaciones que configuran la masculinidad para la erradicación de las violencias y desigualdades de género.

### **CAPÍTULO 3**

#### **¿USTED NO ES PUES UN HOMBRE?: MODELOS DE SER VARÓN Y REPRESENTACIONES HEGEMÓNICAS DE LA MASCULINIDAD EN MEDELLÍN**

La categoría género, proveniente de algunas líneas del feminismo, ha defendido de manera insistente el carácter socialmente construido de las relaciones de género y en ese sentido de las identidades de género binarias –masculina y femenina- que el mundo occidental ha configurado. Como sabemos, el sistema sexo/género de Occidente se ha construido a partir de lo que Pierre Bourdieu llama *La Dominación Masculina* (2000) o lo que el feminismo radical de los años setenta ha denominado Patriarcado Millet, 2010 [1971]).

Las tensiones generadas entre el uso de estas nociones no son vanas pues hablan de las distintas formas de comprender este modo de organización/dominación social y, como bien lo señaló Gayle Rubin [1975], de cómo construir un proyecto político para resistirlo y transformarlo. Sin embargo, me alejaré un tanto de aquel debate pues en su carácter constitutivo ambas propuestas se acercan bastante. Por un lado la noción de Patriarcado tal como fue usada por Kate Millet [1971] demostraba que aquel sistema era contingente y se reproducía a partir de la configuración de unas determinadas subjetividades que debían derivar en ciertos roles para hombres y otros para las mujeres y que todo este sistema se asentaba en la creación de una relación causal entre determinados cuerpos frente a unas identidades sociales.

Pierre Bourdieu por su parte usó la noción de Dominación Masculina en un intento por historizar aquello que pareciera que la noción de Patriarcado deshistorizaba por lo cual su planteamiento partía de preguntarse no tanto si ese sistema era cambiante o no, sino de qué forma y a través de qué procesos ese sistema logró eternizarse y generar esa ficción de naturalidad. El autor plantea:



No voy a afirmar que las estructuras de dominación sean ahistóricas, sino que intentaré establecer que son el producto de un trabajo continuado (histórico por tanto) de reproducción al que contribuyen unos agentes singulares (entre los que están los hombres, con unas armas como la violencia física y la violencia simbólica) y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado (Bourdieu, 2000: 50)

Tanto la propuesta de este como de Millet coincidían, por ejemplo, en la importancia de comprender las instituciones y su lugar en la producción y reproducción de los sistemas sexo/género, sin embargo, hay un énfasis en la propuesta de Bourdieu que es de gran utilidad para este trabajo: el uso de la noción de representaciones. Según Bourdieu:

Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya, se establece una relación de causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas. (Bourdieu, 2000: 24)

Con esto, lo que el autor quiere demostrar es que el género no se asienta en una diferencia preestablecida, sino que construye esa distinción, la cual termina por configurarse en un "principio de visión social". Este principio de visión social –históricamente construido– se convierte de manera artificial en el sustento "natural", "científico" y

“racional” del sistema y se empeña en borrar las huellas que dan cuenta de su propio carácter artificial. Pero lo más importante es que se convierte en un principio de distinción que edifica el “cuerpo como realidad sexuada” y como origen último de las divisiones sexuales:

El programa social de percepción incorporado se aplica a todas las cosas del mundo, y en primer lugar al cuerpo en sí, en su realidad biológica: es el que construye la diferencia entre los sexos biológicos de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, inscrita a su vez, junto con la división del trabajo, en realidad del orden social (Bourdieu: 2000, 24)

En este sentido, la diferencia sexual tanto a nivel biológico como psíquico termina por ser vista como el origen fundante de las diferencias sociales en términos de roles, temperamentos, identidades, valoraciones y demás que a partir de la diferencia sexual se tejen lo que implica la legitimación de un sistema donde ciertos grupos sociales, en este caso ciertos varones, ocupan un lugar de privilegio, poder y dominación sobre otras y otros sujetos. Para que este proceso de inscripción y perpetuación -o eternización como diría el autor- opere se hace necesaria la participación de las instituciones que ordenan el mundo social.

Ahora, ¿cómo este proceso se hace posible? En la línea del citado autor es central la comprensión de las representaciones sociales que configuran esos principios de distinción y que se expresan en determinados discursos, al igual que de las prácticas sociales concretas donde esas representaciones y discursos entran en funcionamiento y forman las subjetividades de las personas que las apropian como verdad constitutiva de sus vidas. Vale la pena enfatizar en este punto.

Como bien demostró la teoría del lenguaje producto del giro lingüístico en los años setenta, como seres humanos no tenemos acceso directo al mundo, accedemos a él por medio de una imagen del mismo, una imagen que define individual y colectivamente una serie de valoraciones e interpretaciones que nos permiten apropiarlo, significarlo y de esa forma poder estar inserto en las dinámicas sociales (Saussure, 1945; Chartier, 1992). Las representaciones no son individuales sino que se tejen en el marco de las relaciones sociales y culturales, pero también políticas y económicas. El énfasis en lo político y económico parte de que no se puede comprender la noción de representación desde el simplismo maniqueo de la antinomia idea/realidad, como si las representaciones estuvieran en el mundo "irreal" de la Idea y no tuviera una existencia material y práctica, lo que haría del estudio de las mismas un trabajo poco más que innecesario (Chartier, 1992).

Para esta investigación se partió de otra interpretación sobre la noción de representaciones en la línea de lo propuesto por autores como el mismo Bourdieu o Guillermo Núñez al plantear que con el:

poder de la representación" nos referimos al papel de las valoraciones y conceptualizaciones (aquí llamadas genéricamente representaciones) que compartimos de la realidad en la estructuración de las posibilidades de acción de todos como individuos, y con ello, de nuestras posibilidades y tipos de experiencia emocional, cognitiva, corporal a lo largo de nuestras vidas: nuestra percepción de quiénes somos, qué queremos, qué podemos ser o hacer, cuál es nuestro valor y nuestra capacidad, cómo sentimos y cómo nos relacionamos con nuestro entorno humano y natural. (Núñez, 1999: 29)

Quisiera insistir en un asunto de la anterior cita de Núñez. El poder de las representaciones consiste en que es a través de ellas que

vemos el mundo, son las que configuran nuestro punto de vista frente a la sociedad y por lo tanto nos configura la experiencia emocional, cognitiva o corporal. En ese sentido, lo que se propone es que la comprensión de las representaciones en torno al género es una vía para comprender la formación de los marcos y los parámetros a partir de los cuales se define la masculinidad en un determinado contexto social, pero también para comprender la estructura cognitiva a partir de la cual se va a significar la experiencia del hacerse hombre en los relatos de vida que se analizan.

Por otra parte, no podemos perder de vista que el poder de representar y en ese sentido las representaciones, se elaboran también a partir de valoraciones sobre la realidad y así de las definiciones de lo “negativo” o “positivo” y en esa misma vía de lo “prohibido” o “permitido”. Al pensar en el tema de las valoraciones entramos necesariamente al carácter social, colectivo y relacional de las representaciones pues los marcos de negativo o positivo no se juegan a nivel individual sino en el de una colectividad traduciéndose además en unas pautas de existencia y comportamiento que serán o no reguladas, vigiladas, sancionadas e incluso castigadas en caso de no ser cumplidas. De cierta forma las representaciones aportan el material necesario para la formación de un guion que nombra lo “posible” o “imposible” en la vida social. Así, para Núñez:

El poder de representar se refiere al poder de nombrar la realidad, de clasificarla, de adjetivarla y hacer esa representación en la mente (y en el corazón) de los individuos, construyendo de esa manera una estructura de posibilidades de acción, así como un sistema de diferenciación y distinción social. Se establece un poder invisible de coacción que incluso cada individuo puede ejercer sobre sí mismo, pues ha interiorizado la representación (o convertirse en el ejecutor de ese poder en otros individuos) (Núñez, 1999:48).

Hasta aquí hemos hablado de las representaciones como una noción central en las Ciencias Humanas. En este punto se hace necesario resaltar el carácter plural de esta noción. Cuando hablamos de representaciones no hablamos de una, no hablamos de una única y auténtica representación de la masculinidad, la feminidad o el trabajo. Siempre existen múltiples representaciones sociales sobre cada objeto elegido, algunas se encuentran, otras se enfrentan, otras van paralelas y nunca se tocan, algunas tienen largos tiempos de duración como las representaciones arquetípicas sobre hombres y mujeres, algunas otras duran un poco menos en el tiempo como la representación sobre el matrimonio monógamo y otras son tan efímeras como las representaciones que se construyen en determinadas coyunturas a través de determinados personajes sobresalientes (Vovelle, 1985).

Sin embargo, no es suficiente con señalar el carácter plural de las representaciones, es necesario además insistir en que las representaciones forman las estructuras cognitivas a partir de las cuales se lee el mundo o partes del mismo, por lo cual el poder de las representaciones estriba en su capacidad para generar lo que se asume como verdadero. En ese sentido el poder de representar o el control de las representaciones imperantes se puede traducir en el dominio sobre los marcos o parámetros de interpretación de la vida. De allí, por ejemplo, el interés de Michel Foucault sobre cómo unos determinados saberes se logran imponer sobre otros y convertirse en "verdad", mientras otros quedan en el olvido, desaparecen o se mantienen en la marginalidad para luego emerger de nuevo como una verdad posible o incluso como la única posible (Foucault, 1978; 2010<sup>a</sup>, 2010<sup>b</sup>).

Pero ¿cuál es la relación entre las representaciones y la masculinidad? La masculinidad es una construcción social que opera a partir de la vinculación de unos determinados valores y unos

determinados roles a unos ciertos cuerpos sexuados. Pero este proceso no es natural, causal o simple, sino que opera a partir del establecimiento de unos parámetros o de un destino para estos cuerpos, futuro configurado a partir de la asignación de roles, comportamientos y estimaciones que se vuelven un deber ser. La masculinidad está en ese sentido formada por una serie de representaciones que crean una especie de guión o pauta que rige el camino de ciertos sujetos imponiendo unas rutas posibles y desechando, prohibiendo y sancionando otros caminos en teoría también posibles (Fuller, 1997; Viveros, 2002). Comprender entonces las representaciones imperantes de la masculinidad es la posibilidad de acceder a la matriz de sentido que crea los caminos posibles e imposibles y que, como señala Núñez (1999) genera una coacción que constriñe las decisiones y esperanzas de los individuos.

Para cerrar un poco la idea son interesantes las nociones de motivación y estado de ánimo propuestas por el antropólogo norteamericano Clifford Geertz en sus análisis sobre los sistemas religiosos (2003). Este plantea que lo que hacen los sistemas religiosos, y diríamos que la cultura en general, es que esbozan una cosmovisión, un grupo de representaciones que establecen unas motivaciones que podríamos leer como metas del sujeto, por ejemplo: ser fuerte, ser exitoso económicamente, ser exitoso con mujeres, tener personas a cargo, ser atractivo, etc. La relación con el logro o dificultad para alcanzar tal meta puede generar una serie de estados de ánimo. Por ejemplo, se quiere ser fuerte pero la contextura corporal no encaja en el modelo de representación corporal dominante, esto puede generar un estado de ánimo de frustración. De cierta forma, lo que hacen las representaciones, para este estudio sobre la masculinidad, es establecer una serie de motivaciones que operan como modelos de sentido y existencia y que

orientan (no definen) las decisiones de los hombres en proceso de construcción.

### **3.1. MASCULINIDAD, HEGEMONÍA Y DOMINACIÓN.**

Reconocer que existen múltiples representaciones sociales no equivale a creer que están en igualdad de condiciones. El plano de la representación, el plano del horizonte simbólico es un lugar de lucha y confrontación pues es fuente de significados sociales. La hegemonía sobre las representaciones puede significar también el control de una fuente de identidades y subjetividades y por lo tanto de ritmos sociales, formas de vida, valoraciones morales. Es por ello que:

En cada sociedad existe una lucha a nivel de la representación, de las valoraciones y concepciones del mundo, una lucha por el poder de imponer tales o cuales representaciones estéticas, éticas o de saber cómo las únicas legítimas (Bourdieu, 2000: 30).

En la historia podemos encontrar múltiples ejemplos de confrontaciones, por alcanzar el control hegemónico de las fuentes de representación, por ejemplo, las guerras religiosas entre cristianos e islámicos, los esfuerzos durante el periodo de Contrarreforma en Europa por el control del dogma católico, la preocupación por el control de la prensa y la publicidad en la época pre-independista en América Latina, o el interés actual por los medios masivos de comunicación como la televisión y la internet, por poner algunos ejemplos, no en vano, los medios de comunicación han ocupado en sus diferentes manifestaciones a través de la historia un lugar central en el control de lo político y lo económico. En esta línea, el plano de las representaciones es un lugar constitutivo de las relaciones de poder.

Por lo tanto, es importante así como la relación entre representaciones y poder sobre la cual ya insistiré, recordar que las

representaciones son sociales y por lo tanto deben ser comprendidas en relación con el plano de las instituciones, los discursos que producen, las prácticas sociales y las formas de resistencia, su comprensión de manera aislada y al margen de estas relaciones constituyentes genera que pierdan toda su fuerza explicativa e interpretativa. Así, en medio de estas relaciones (sociales y de poder) algunas representaciones se configuran como hegemónicas. El que una representación o grupo de representaciones se convierta en hegemónica implica que “se constituyen en la fuente principal de la construcción de las subjetividades, y, con ello, de las relaciones de poder entre los sujetos” (Núñez, 1999: 24) en clave de género, esto implica que algunas representaciones se han constituido como las fuentes principales o como los modelos primordiales para ser hombre o ser mujer en Medellín u otro contexto. Señalando además que la sola existencia dicotómica entre hombres y mujeres y las formas en que interpretamos el origen biológico de esta diferencia es también una representación y como tal un artificio, un claro ejemplo de lo que es una representación hegemónica (Fausto Sterling, 2006; Butler, 2002, Haraway; 1995).

La categoría de hegemonía fue propuesta y elaborada por Antonio Gramsci, “Lingüista profesional, filósofo político y militante fundador del partido comunista italiano” quien “enfrentó el fascismo decididamente hasta el punto de vivir preso los últimos diez años de su vida” (Betancourt, 1990). Esta categoría ha sido una de las nociones marxistas más apropiadas en la teoría crítica y en general en las teorías sociales contemporáneas. Su utilidad ha estribado sobre todo en las posibilidades que abrió para superar algunos maniqueísmos, dogmatismos y determinismos presentes en la teoría marxista clásica –no necesariamente en Marx- en especial en las vertientes más dogmáticas vinculadas con los proyectos del socialismo real en lugares como la Unión Soviética.



La noción de hegemonía es una categoría central en el pensamiento de Gramsci, para su mayor comprensión es necesario mirar algunos otros elementos que son pilares en su pensamiento y que tienen que ver con algunos de sus debates en el orden de las nociones constitutivas del marxismo tales como Estado, Superestructura, Infraestructura o Sociedad Civil.

El eje articulador de la propuesta Gramsciana es la de Bloque Histórico (Portelli, 1998) que es la forma en que sintetiza la relación entre lo que Marx denominó Superestructura e Infraestructura. La primera hace referencia a la esfera política y a las relaciones sociales y aunque está presente de manera menos explícita se encuentran en esta esfera los marcos culturales, las instituciones políticas o los aparatos ideológicos, por lo cual, se podría ubicar allí el plano de las representaciones y el orden simbólico (Althusser, 1998). La infraestructura es principalmente la esfera económica o los modos de producción que organizan unas formas de relación económica y social.

Hasta aquí, su propuesta es aún cercana a los usos imperantes de los planteamientos marxistas de principios del siglo XX. El desplazamiento de Gramsci aparece en la forma en que interpreta la relación entre ambas esferas. En el marxismo más clásico se había asumido que la propuesta de Marx consistía en demostrar que el plano económico y por lo tanto la infraestructura o los modos de producción, eran la base primera de las formas de organización de la sociedad, por lo que la superestructura, o sea el Estado, lo político y sobre todo la cultura eran simples epifenómenos de las relaciones económicas.

Vale recordar que este modelo se encuentra atravesado por la idea de la existencia de una lucha de clases en dos grupos antagónicos: los dueños de los medios de producción, la burguesía; y los que sólo

tienen su mano de obra, el proletariado. En este sistema de pensamiento, la burguesía, dueña del Estado lo usaba para ejercer dominación. El Estado era entonces igual a Dominación. Además, ese Estado era sostenido y hacía parte de un grupo de ideas que opacaban o impedían ver la realidad objetiva de las condiciones de subyugación del proletariado en un orden económico. Así que, la ideología se constituía como un artificio falso, no objetivo de la realidad. Esta perspectiva implicaba que los artefactos culturales, los medios de comunicación, las representaciones sociales o las valoraciones morales no eran más que elaboraciones falsas al servicio de la dominación lo que terminó por desecharlas en el horizonte de la lucha al igual que de las prioridades académicas para el análisis crítico. (Portelli, 1998; Althusser, 1988; Villoro, 2007).

Es necesario resaltar algunas implicaciones de aquellos planteamientos. Este determinismo económico, sumado a la relación simplista entre Estado y dominación generó una interpretación sobre las formas de operación del poder y las relaciones de poder claramente estática y con un espectro muy reducido de espacios de análisis, esta visión veía el poder como una relación unidireccional vertical de los de arriba sobre los de abajo, lo que volvía a los grupos oprimidos casi como entes pasivos y casi ignorantes de las dinámicas políticas al no poder ver la verdad objetiva de la economía y perderse en la bruma de productos y representaciones políticas como el Estado o culturales como el folclor o la religión.

Este horizonte interpretativo del poder también tenía implicaciones en las praxis política concreta y por lo tanto en la definición de las agendas y las prioridades de los movimientos sociales que buscaban la transformación del sistema. En esta orientación sólo las luchas enfocadas a la transformación radical de los modos de producción feudal y capitalista generaban un cambio sustancial que directa y causalmente alteraría el orden del Estado y por ende del poder y de

los marcos culturales de una sociedad. Como ampliaremos un poco después, esta posición trajo como consecuencia la obstaculización e infravaloración de otras apuestas de cambio que propugnaban no sólo la transformación de los sistemas de producción, sino también de las condiciones de vida de otros sujetos en menor medida definidos por el capitalismo, como las mujeres, las poblaciones racializadas o las personas con opciones sexuales no normativas. Esto, pues para el marxismo las ideologías están al servicio del Estado y por lo tanto de los grupos dominantes, al igual que las representaciones y por lo que al enfocar una lucha hacia la transformación de las representaciones sociales que sostienen a las mujeres o a los homosexuales en condiciones de subalternidad, era enfocarse en la ideología y no en las relaciones de producción, origen de todo, y por lo tanto sostener una lucha desde una falsa conciencia (Fraser, 1997).

El último efecto en la orientación teórica que quisiera señalar de esta comprensión simplista del orden social tiene que ver con las relaciones de poder. Ubicar las relaciones de poder solamente en el espacio de la lucha “pública” como lo hizo el marxismo clásico, solamente en lo que ha sido denominado “esfera pública” ha dejado de lado las relaciones privadas, interpersonales, cotidianas, sexuales, lo que ha derivado en una analítica del poder muy limitada.

Hasta ahora he intentado esbozar algunas de las líneas generales del marxismo clásico a partir del cual Gramsci construyó su aparato crítico para intentar desplazarse de allí y lograr una intelección mayor de las relaciones. Ahora quisiera esbozar cuáles fueron esos desplazamientos que el autor propuso y que nos explican por qué la utilidad de la categoría “Hegemonía” en una investigación sobre masculinidades desde la perspectiva de género.

Para Gramsci el funcionamiento del Bloque Histórico no podía operar desde el determinismo económico. Para él la relación entre

Superestructura e Infraestructura y en ese sentido entre cultura, política y economía tendría que ser más dinámica, más dialógica. Por ello no sería posible una comprensión del mundo social sólo a partir de una de sus partes, sería necesario el análisis de esas relaciones (Gramsci, 1981).

Esta concepción alteraba radicalmente todo lo consiguiente. Al romper el determinismo, el Estado, la cultura y las ideologías no se constituían más como un artificio casi falso, sino como elementos centrales tan reales y objetivos como cualquier relación económica; pues de manera temprana el autor comprendió que las representaciones nos instalaban como sujetos y nos generaban unos marcos de concepción de la vida. De cierta forma, se escapaba a un maniqueísmo entre falsedad y verdad de los objetos de análisis social.

En esa misma vía, hoy nos podríamos preguntar por qué la apropiación de Gramsci ha provenido principalmente de las demandas contemporáneas de comprender otras formas de opresión y dominación diferentes al capitalismo como el racismo, el patriarcado o la colonialidad, todas en relación con el capital, pero no sólo efectos derivados de él. La respuesta tiene que ver precisamente con que la propuesta de Gramsci guarda aún la crítica y la orientación marxista en asuntos como el de poder acercarse y comprender la experiencia del oprimido o del subalterno, pero muestra que no solamente se es oprimido a razón del orden económico sino también de otras formas. Él no lo expresó de manera específica, pero hoy, a partir de sus postulados, podríamos plantear que los sistemas sexo/género llegan a articularse con ese orden económico, pero no se subsumen a él, tiene sus propias dinámicas y sus propios ritmos lo que se demuestra en que mucho antes del capitalismo ya existía la opresión de las mujeres. En este sentido, ubicarse en el plano de la cultura y con ello de las representaciones sociales deja de ser una lucha orientada por

una "falsa conciencia" y adquiere un lugar legítimo de transformación (Hartmann, 1980).

Pero, más allá de este desplazamiento que es muy importante para pensar las formas de movilización política contemporánea, lo que más nos interesa es el vuelco de Gramsci en su comprensión del poder. Como consecuencia de su idea de Bloque Histórico, el poder tampoco puede ser estático y vertical, es una relación más compleja del que participan tanto los dominantes como los dominados.

Para este italiano el Estado se compone de la *sociedad civil* que son todas las personas y de la *sociedad política* que son las clases gobernantes que direccionan el Estado, el espacio privilegiado del poder es el Estado, pero a diferencia de la posición que llamamos clásica u ortodoxa, el poder también hace parte de la sociedad civil en general. Sin embargo, no es suficiente con decir que el poder está en todos lados, es imperante ubicar sus formas de actuación.

Es allí donde aparece en el panorama la noción de hegemonía en relación con la de Dominación. La Dominación se efectúa de una manera directa y generalmente tiene entre sus herramientas la violencia y la opresión para poder sostener los intereses que lo movilizan. La Dominación se establece, por ejemplo, en la prohibición y el miedo al castigo. Sin embargo, esta posición es realmente insuficiente porque para que exista una "dominación" real el sujeto subalterno sería absolutamente consiente de su lugar y de las violencias que se ejercen sobre él y buscaría de alguna forma una resistencia o respuesta a esta acción. No obstante, lo que se observa –y observó Gramsci– es que los sujetos subalternos no se escapaban a la lógica del dominador, podrían hacer parte de ella, se subsumían en ella y colaboraban con ella a pesar, incluso, de sus propias condiciones o las de los que, para nosotros, serían personas de su misma "clase". Esto, que podría ser leído por la ortodoxia como

simple y llana “falta de conciencia”, para Gramsci era más bien una evidencia de las formas en que opera el poder.

Es allí donde Gramsci usa la noción de hegemonía. Las formas de opresión o la reproducción de ciertos lugares en determinados sistemas no se logra siempre y necesariamente a través de la dominación, que también es posible, sino a través de hacer partícipe a la sociedad civil para producir así una sensación de consenso que termina por convertir a los mismos oprimidos en quienes defienden un orden del que se sienten parte.

Gramsci había iniciado en sus escritos asociando hegemonía a coerción pero después tras la lectura del comportamiento de las personas en el contexto del fascismo italiano empezó a dirigir la mirada a otro lugar, ver que las formas de control político tenían que ver más con el consenso que con la coerción. En ese sentido, la hegemonía era una mezcla entre coerción y consenso (Parrini, 2007). Por otra parte, el control del consenso y el establecimiento de formas coercitivas no provenían únicamente del Estado, sino que la sociedad civil participaba activamente de esta al servicio de las representaciones imperantes. No obstante, hegemonía y dominación no son nociones antagónicas, no se contraponen. Ubicarse en la pregunta por la hegemonía es de manera implícita preguntarse por la dominación, su funcionamiento, su reproducción, pero sobre todo por sus formas de legitimación

Por otra parte, no dice esto que no haya violencias en la hegemonía, sino que esas violencias no tienen que ser sinónimo de fuerza o no tienen que pasar por el mandato directo. La hegemonía implica seducción, implica negociación, acuerdos. Un ejemplo paradigmático de ello es la ficción democrática donde se supone que todos están representados, incluidos y donde se supone que las mayorías ven reflejadas sus demandas (Parrini, 2007; Ramirez, 2006). Mientras

que las dictaduras o los regímenes militares de opresión directa pueden ser más cercanos a la Dominación y el uso de la fuerza, aunque a través del siglo XX lo que puede hallarse es la emergencia continuada de regímenes políticos dictatoriales a través de la seducción y el consentimiento de las mayorías. El nazismo y el fascismo fueron pioneros en ello. Así, en términos de Guillermo Núñez:

A esta forma de ejercicio del poder que organiza una relación de autoridad y dominación entre individuos, grupos y clases sociales, no sólo a través de la violencia o la posibilidad de ella sino a través del consenso que genera la difusión e imperio de ciertas representaciones de la realidad sobre la mayoría de la población se llama hegemonía (Núñez, 1999: 31).

De tal modo que, la hegemonía como forma de poder entre la dominación y el consenso necesita primordialmente de la construcción de unas ciertas formas de comprensión de la realidad, de unas ciertas representaciones que instalen en la subjetividad de las personas los móviles y las razones para que a pesar de la condición de desigualdad hagan parte del orden establecido. Es por eso que el problema de la cultura y en esa vía de las representaciones sociales no es de menor importancia frente a la economía en la propuesta de Gramsci, tampoco es una vuelta al Idealismo alemán, sino una perspectiva de análisis más integradora de los campos sociales.

De lo anterior se desprende que estas formas de organización del poder no pueden quedarse sólo en el debate público o las acciones públicas, sino que ante todo tienen que conquistar los espacios privados, deben instalarse en la subjetividad individual y en los marcos de comportamiento social para así integrarse no como algo externo, sino como cotidianidad. Así, la hegemonía a través de la

configuración de unas subjetividades instala los intereses de quien moviliza esas representaciones en los esquemas cognitivos de los sujetos, en esa vía Núñez define la hegemonía como:

La penetración a través de la sociedad civil de todo un sistema de valores, actitudes, creencias, moralidad, que de una u otra manera contribuye a sostener el orden establecido y los intereses de la clase dominante (Núñez, 1999: 106).

También debemos evitar caer de nuevo en la verticalidad de la noción de Dominación, si bien la hegemonía vincula los intereses de las clases o de los sectores dominantes, también implica desplazamientos de esos intereses, negociaciones, pactos, algunos disensos, imprevistos que terminan por generar transformaciones y reorganizaciones, todas ellas necesarias para el sostenimiento del orden. Sin embargo, nunca hay hegemonía completa, siempre quedan espacios para la resistencia, quedan fisuras a través de las cuales se producen las fugas posibles para las transformaciones radicales.

### **3.2. GÉNERO, MASCULINIDAD Y HEGEMONÍA.**

Luego de este panorama sintético de la noción de hegemonía en Gramsci quisiera plantear algunas ideas en torno a la utilidad de sus propuestas interpretativas para una mejor comprensión de las relaciones de poder en torno al orden de género. De entrada se podría afirmar que el primer elemento que tiende un puente entre la pregunta por el poder y la dominación desde Gramsci hasta la pregunta por las relaciones de género tiene que ver con la perspectiva sobre el poder de Gramsci que pone la dominación en un nivel que atraviesa la subjetividad y por lo tanto las relaciones cotidianas. La relación de poder no se encuentra sólo en lo público, en la calle, en la política, sino que está presente en la subjetividad individual lo que termina por definir las formas de relación social a



niveles microsociales. No hay que ir hasta Antonio Gramsci para encontrar esta idea pues está también presente en Michel Foucault (2010c, 2011) y en el feminismo de los años setenta (Millet, 2010 [1971]), sin embargo, su reflexión elaborada desde nociones centrales de la construcción de la institucionalidad occidental como el Estado o la Sociedad Civil se ha hecho atractiva y útil para este momento del trabajo. Sobre todo a la hora de pensar la relación entre las representaciones sociales, la constitución de las identidades de género y la subjetivación de las mismas en un marco de relaciones sociales y políticas.

El asunto señalado, aunque ha sido casi naturalizado por su recurrente uso, no es trivial. Vale la pena insistir en que la eficacia de la reproducción del sistema sexo/género estriba en que aunque presente en los debates públicos, se inscribe en las disposiciones de los individuos, en sus prácticas más desprevenidas, en los momentos menos consientes pues ha estado presente de manera protagónica en la formación de nuestro *habitus*. Por eso se está de acuerdo con Rodrigo Parrini al plantear que:

Consideramos que esta aproximación a lo cotidiano puede ser relevante para el estudio de las relaciones de género desde la perspectiva de la hegemonía: la pequeña rutina diaria que ordena las tareas según una adscripción de género, que no posee la espectacularidad de los debates públicos, las leyes o los “grandes” temas, es, sin embargo, su anclaje profundo y sistemático (Parrini, 2007: 106).

De otro lado, la noción de hegemonía no interpreta la relación entre “clases” como esencialmente antagónica. Esta es una reflexión elaborada por Gramsci a partir de pensar por qué en Italia fueron los campesinos del sur los que usó el Estado para reprimir la emergencia de las revueltas obreras en el norte que buscaban una sociedad más

igualitaria y una redistribución del acceso a los medios de producción. Esto quiere decir que esencialmente los desposeídos no tienen una conciencia como grupo social que los oponga antagónicamente a los dueños de los medios de producción o burguesías, sino que hay que romper el binarismo presente en esta relación y elaborar una teoría del poder que evidencie la contradicción. En ese mismo sentido, si bien podemos hablar de la existencia de un foco de poder de hombres que ostentan un lugar de privilegio y dominación sobre otros hombres y las mujeres, tampoco es posible comprender la relación entre hombres y mujeres u opresores y oprimidas como si fuese una relación esencial, mecánica, que pasa por la conciencia de los varones y por la ausencia de conciencia de las mujeres o que termina por negar la participación de las mujeres en la reproducción de esta relación. Cabe aclarar que esta posición no pretende defender esos privilegios, sino demostrar que una lectura "simple" de esta relación más que propender a una deconstrucción terminaría por esencializar unas dinámicas que es necesario ubicar, historizar, complejizar y evidenciar sus contradicciones.

A partir de esto y como se mostrará desde los relatos, la forma en que se elabora y se ejerce el poder en las relaciones de género, responde más a la lógica de la hegemonía como la entiende Gramsci, que a la de dominación del marxismo clásico. Esto no quiere decir que se no ejerzan formas de violencias y dominación para lograr lo que Bourdieu llama la Dominación Masculina, sin embargo, la producción discursiva, el marco de representaciones como las del cristianismo, el Estado o la familia, sumado a ciertas prácticas de organización del género lograron producir un nivel de consenso en esta asimetría que tanto hombres como mujeres, sin importar las desventajas, opresiones, renunciadas y pérdidas que les implique a una u otro terminan por legitimar y defender:

Y siempre he visto en la dominación masculina, y en la manera como se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica, consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento (Bourdieu, 2000: 12).

A partir de lo anterior se puede afirmar que el sujeto subalterno no sólo no se defiende de su condición de oprimido por miedo al castigo del "amo", por ejemplo, sino porque el marco de interpretación y representación de la vida que ha formado su subjetividad le ha hecho aceptar y ver como natural esta relación. En ese sentido la fuerza de los imaginarios y las representaciones se halla en su capacidad para producir y reproducir ciertos ordenes sociales por lo cual la lógica del consenso que subyace a la hegemonía, termina siendo más efectiva que la de la Dominación. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en el mandato que establece que los hombres son quienes pagan y por lo tanto a las mujeres no se les forma en la autonomía económica. Este mandato se traduce poco a poco en una experiencia de vida que facilita el acceso al mundo público entendido como la política y el trabajo a los hombres y obstaculiza el mismo para las mujeres. En este ejemplo hay una relación de poder que por su carácter llega a ser menos percibida. Ahora veamos un ejemplo de lo que podría ser una acción de Dominación atravesada por la violencia: la del marido golpeador. Esta sí puede generar una reacción de resistencia mayor pues la primera pasa desapercibida como algo "normal" incluso "deseable" (formar más a los varones en su autonomía), mientras la segunda, a pesar de no ser completamente sancionada, tampoco llega en la actualidad a ser bien vista. En esta misma línea es común

encontrar en varios de los relatos analizados que estos hombres veían que en sus hogares no había relaciones de género marcadas, que la relación entre padre y madre, o madre y padrastro eran muy igualitarias y que ese mensaje siempre fue recordado en la formación en su infancia. Pero en el momento en que se indagaba por el manejo de la autoridad en el hogar inmediatamente aparecía el padre o el abuelo como la última instancia de autoridad, instancia a la que no siempre se llegaba porque solamente se usaba para cosas graves. En ese sentido, al mirar con detalle esta jerarquía se hace evidente que aunque no pase por el golpe o la dominación directa, sí existe una lógica de organización del poder que es asimétrica y que llega a pasar casi desapercibida.

En síntesis, la hegemonía termina por ser más efectiva que la dominación. En consecuencia con lo anterior, Parrini hace explícita la vinculación de la noción de hegemonía con la de masculinidad al plantear que:

Existen dos formas paradigmáticas de teorizar respecto al vínculo entre poder y masculinidad, a saber, la dominación y la hegemonía. Una y otra nos conducen por rutas diferenciadas en la comprensión de la masculinidad y de lo social en su conjunto; ambas advierten distintas intensidades para su funcionamiento y arraigo. La hegemonía apuesta por una especificidad histórica para la masculinidad y una comprensión de la apertura de lo social (al menos en las sociedades capitalistas avanzadas y en las sociedades altamente complejas), así como por un posicionamiento contextual y variable de cualquier relación social, incluidas las de género. En tanto, la dominación postula un dominio transhistórico y transcultural de los hombres sobre las mujeres, y de lo masculino sobre lo femenino, no remitido a contextos sociohistóricos específicos sino a relaciones estructurales

constitutivas de la cultura y de la sociedad: la dominación masculina es conceptuada como la forma modélica, y tal vez primaria, de toda dominación. No obstante, ambas perspectivas coinciden en comprender el poder como un elemento básico y conformador de cualquier forma de masculinidad, quizás la pieza más importante de su estudio (Parrini, 2007: 97).

De esta manera se insiste en que no podemos perder de vista que la pregunta por nuestro objeto de estudio, la masculinidad, implica ver allí un lugar tanto simbólico como material de concentración de poder, ahora, lo que se pretende evitar es caer en una analítica del poder simplista. Un ejemplo de ello tiene que ver con el análisis no sólo de las relaciones intergénero, sino también de las relaciones intragénero. Es desde este lugar que es posible ver que la masculinidad, como construcción cultural, social e histórica no es un bloque unificado, sino que se presenta en una multiplicidad de rutas, opciones y manifestaciones dentro de las cuales unas se constituyen como las hegemónicas, dejando en condición de subalternidad a otras, situación que obliga en el análisis de las masculinidades a estudiar las dinámicas e implicaciones de estas relaciones también asimétricas. Además de no perder nunca de vista la relación intergénero tomando como punto de vista a estas masculinidades marginadas pues no será la misma relación entre hombres blancos de clase media y mujeres blancas de clase media, que entre estas mujeres y hombres racializados, por poner un ejemplo.

Por otra parte, estas rutas nos permitirían también demostrar que la masculinidad hegemónica se constituye más como representación y modelo a alcanzar que como realidad fáctica de la vida cotidiana de la mayoría de hombres. En ese sentido, la hegemonía no es sinónimo de cantidad sino del peso que pueden tener determinadas ideas en los imaginarios colectivos.

Desde esta orilla de análisis que busca la desnaturalización y deconstrucción de esas masculinidades hegemónicas se hace necesario descentrar esa masculinidad imperante y evidenciar las múltiples y diferentes formas del ser hombre y/o de habitar la masculinidad, lo que implica también preguntarse por los procesos de formación histórica de determinadas formas de masculinidad hegemónica y los contextos sociales que las promueven, las permiten y las mantienen.

Ahora, ocupar el lugar de privilegio no es algo que viene dado automáticamente. Si bien a partir del nacimiento de un cuerpo macho se establece la posibilidad de ocupar ese lugar como hombre, es necesaria toda una formación y una lucha para que ese cuerpo pueda conquistar y ejercer efectivamente desde ese lugar. La perspectiva de hegemonía implica que el dominante debe trabajar primero en la conquista de ese lugar, pero además debe esforzarse por sostenerse allí a través del juego entre la coerción, la seducción y el consenso lo que implica para los hombres unas determinadas lógicas de vida, unas prácticas y un *habitus* que no pongan en riesgo su lugar. Esto no se forma como una dicotomía entre estar o no en el lugar de poder, este se puede ocupar de muchas formas lo que produce una especie de gradaciones entre los lugares de poder. Metaforizando un poco la relación que se quiere plantear, no sólo se es amo o esclavo, también se puede ser capataz, ese cargo te pone en condición de subalternidad frente al amo, pero te permite privilegios frente a la mayoría, los esclavos. Es precisamente esa lógica la que está presente en la masculinidad, algunos hombres no pueden habitar de manera absoluta la masculinidad hegemónica por múltiples razones: raciales, económicas, físicas, psíquicas, comportamentales, de identificación y demás, pero eso no impide que participen de alguna u otra forma en el sostenimiento del sistema así sea sólo a partir del silencio y la complicidad que ya permite un confort y representa

menor riesgo que quien hace evidente su no pertenencia o incluso rechazo a la masculinidad hegemónica. En esta misma vía de análisis Eleonor Faur plantea sobre la complicidad lo siguiente:

La mayoría de hombres no responden al tipo ideal de masculinidad hegemónica. No obstante, colaboran en su manutención porque, de algún modo, el sistema de dominación patriarcal les ofrece ciertos beneficios por el hecho de ser hombres, que no sólo se expresa en el prestigio y el poder sino también en la posibilidad de generar recursos económicos más altos que los de las mujeres y mayor valoración simbólica de sus voces, de sus cuerpos y de su racionalidad. (Faur, 2004: 58)

A pesar de esto, se configuran unas representaciones alrededor de algunas características que dan forma a expresiones de la masculinidad que no cumplen con el canon, que no logran insertarse y por ello se rechazan, o aquellas que conscientemente disienten y se convierten en una alteridad subyugada y marginada.

Es necesario hacer notar también que gran parte de lo que se repugna y está vetado para la masculinidad es aquello que se interpreta como femenino y por lo tanto propio "de las mujeres". La masculinidad hegemónica se organiza de manera casi absoluta como un espacio ontológicamente enfrentado al de las mujeres lo que termina por sancionar y castigar cualquier presencia o espacio de contacto con algún elemento socialmente significado como perteneciente a la "feminidad" (Connell; 2003 Fuller, 1997; Bonino, 2000). Pero, aun así, a pesar de la construcción de esta relación como antagonismo, no se puede perder de vista que existe una relación dialógica inminente entre ambos.

Así, autoras como Joan Scott (1990) habían hecho hincapié en el carácter relacional del género entre hombres y mujeres con lo que se

está de acuerdo, pero también es necesario, insisto, como lo ha propuesto Connell (2003), analizar las tensiones "intragénero" pues esta disputa entre las masculinidades dominantes y la subordinadas develan el carácter fracturado y múltiple de las masculinidades ya que entre estas también se configuran códigos de conducta, marcos de representación, formas de ejercicio de la dominación, tácticas y estrategias de resistencia. En síntesis, determinadas relaciones de poder.

En ese sentido, para hablar de la masculinidad se hace necesario hablar de los privilegios que otorga y de las formas de operación de esos privilegios, cómo se construyen, logran y sostienen esas relaciones de poder. (Kimmel, 1992; Ramírez, 2006). En medio de esta tensión entre la posibilidad de acceso al privilegio y la posibilidad de pérdida del mismo se juega en gran medida la experiencia y la subjetivación de la masculinidad, rasgo fundante que, como veremos, aparece de manera estructural en los relatos. En ese sentido, el "sexo macho" abre la puerta a un proceso de formación que pondrá a determinado sujeto en un lugar de dominio, sin embargo, hay que insistir que no es automático y que se convierte en una lucha que día a día los hombres deben dar con el temor presente al escarnio de sus pares e incluso de su propia subjetividad formada desde ciertos parámetros, pues las restricciones que la masculinidad obliga no son solamente controladas por los pares, sino que, además, e incluso de manera más fuerte, por el esquema cognitivo formado a partir de esas representaciones que operan como ente autorregulador generando miedos y culpas en el sujeto.

La comprensión de la masculinidad desde la noción de hegemonía no es nueva. Ha tenido ya usos importantes, sobre todo desde R. Connell (2003) quien propone para el estudio tanto de las masculinidades hegemónicas como de las masculinidades subordinadas que para comprenderlas es necesaria la investigación



tanto de los marcos de representación que las dotan de sentido y significado, como también de las prácticas concretas a través de las cuales se produce, legitima, institucionaliza y subjetiva la masculinidad hegemónica. Para ello plantea tres órdenes centrales como vías necesarias para estudiar su estructura y organización: las relaciones productivas, las relaciones de poder y las relaciones de cathexias. Las primeras tienen que ver con las formas en que se organiza la división sexual del trabajo, pero también el mundo económico desde una perspectiva intergénero. Esto permite explorar las relaciones materiales de existencia a partir de las cuales se puede significar las experiencias sociales del hacerse hombre. La segunda comprende que la masculinidad es un espacio conflictivo y tenso y debemos seguir con lupa el desarrollo de esas fracturas para lograr hallar las fugas que puedan deconstruir la masculinidad hegemónica como sustento del sistema sexo/género patriarcal. La tercera hace relación con el análisis de la experiencia corporal, erótica y afectiva que además da cuenta del carácter intersubjetivo de nuestro objeto de estudio.

### **3.3. MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS: UNA CONTEXTUALIZACIÓN DE LA CIUDAD.**

Como se ha planteado de manera reiterativa, las masculinidades son contextuales. No es posible comprenderlas al margen de los procesos políticos, económicos y sociales que las conforman. Los contextos no sólo se configuran por los elementos o acontecimientos a nivel "actual" sino también por las trayectorias históricas que forman esos universos socioculturales. Por ello al tener en cuenta las diferencias etarias entre los hombres entrevistados, no se encuentra que hay unos contextos de ciudad que varían entre la experiencia de los varones los mayores (entre 40 y 50 años) y los más intermedios (entre 30 y 40), frente a los de menor edad (entre 20 y 20) aproximadamente.

Hay varios elementos que emergen como punto de diferenciación entre ellos. Las últimas dos décadas, y sobre todo la última década ha sido un momento de cambios acelerados en la ciudad, no sólo a nivel de lo que a género corresponde sino a las dinámicas macro que tienen, evidentemente, un efecto en las relaciones de género. En ese sentido, la ciudad ha vivido unas transformaciones que tienen que ver con los cambios a nivel "global", como por ejemplo, las mutaciones a nivel de las orientaciones políticas y económicas más globalizantes y también neoliberales, donde Medellín ha jugado un papel preponderante a nivel del país. Eso ha implicado transformaciones en el plano laboral, económico, pero también de participación y prácticas ciudadanas que afectan directamente las relaciones. De igual forma estos últimos años han sido centrales en lo que a políticas públicas enfocadas al tema de género atañe. Temas como violencia contra las mujeres, equidad de género, "respeto por las diferencias" o temas de inclusión se han posicionado en la ciudad y, aún a pesar de los pendientes, existe un ambiente político donde estos temas cobran importancia.

Este contexto político ha generado una contradicción, pues si bien por un lado Medellín sigue siendo una ciudad de tradiciones conservadoras y muy religiosas en particular católicas con cada vez más presencia de corrientes del protestantismo, por otra parte, es una ciudad donde poco a poco se ha ido instalando una idea de "respeto" e "inclusión" en temas de género, sobre todo lo relacionado con mujeres. Pero esta idea no ha transformado, como veremos, radicalmente las prácticas y representaciones, sino que ha funcionado como una ficción de inclusión que denomino en este trabajo "políticamente correcto". No es políticamente correcto golpear a la esposa, o admitir en ciertos espacios que las mujeres deben estar en la cocina y el "macho" no y que por eso nunca "ayuda", sino que está bien insistir en que se ayuda mucho en las labores domésticas sin

que eso atravesase profundamente la vida o sea una realidad cotidiana. Este fenómeno ha generado que se dé una ficción de inclusión en la ciudad, mientras los indicadores de la calidad de vida de las mujeres y algunos hombres, por ejemplo, homosexuales, no aumenten significativamente.

Por otra parte, podemos señalar que, como efecto de los procesos de globalización, la internet y las nuevas propuestas en los medios de comunicación “tradicionales” como televisión, prensa, revistas e incluso radio, los modelos y las representaciones hegemónicas del género han cambiado (Castells, 2001). Esto atraviesa la vida entera, por ejemplo, los programas con los que crecieron los hombres de cuarenta a cincuenta años no fueron los mismos, ni tuvieron los mismos contenidos que los que vieron los hombres de veinte. De igual manera elementos como video juegos, ciertos programas para niños y adolescentes y la internet generaron unas prácticas y vivencias en torno a la infancia muy diferenciadas en la generación que creció en los años noventa, frente a aquellas que crecieron en los sesentas, setentas y principios de los ochenta. Un ejemplo de esto podemos verlo en los juegos. Valdría la pena analizar la transformación de los juegos de infancia en las últimas tres o cuatro décadas desde una perspectiva comparada entre niños y niñas, pues se podría encontrar, tal vez, que el efecto de los videojuegos y demás tecnologías contemporáneas es que hicieron que los niños varones estuvieran mucho más cerca del plano doméstico o al menos de la casa en la última década, frente a unos juegos que implicaban más “salir” de la casa en décadas anteriores. Habrá que hacer una revisión juiciosa, pero no podemos dedicarnos a ello en este trabajo particular.

En menor medida también se puede notar en los relatos analizados una mayor inserción de las madres en las dinámicas laborales lo que también implicó una transformación en las formas de vida y en la

organización de los modos de vida en la casa. En realidad no es el elemento más radical que se nota en los relatos, pero sí se esboza como huella de las pequeñas pero rápidas transformaciones que la ciudad ha dado en las últimas dos décadas.

Sin embargo, sin lugar a dudas el proceso histórico que más transformó las representaciones sociales y las prácticas y modos de relación en torno al orden de género fue la violencia y en particular el narcotráfico que tuvo como epicentro importante la ciudad de Medellín. En los relatos se hacen evidentes tres momentos: los hombres mayores hablan de una ciudad en transformación entre una pequeña urbe con características aún muy rurales hacia una metrópoli mucho más industrializada y “citadina”. En estas prácticas y discursos se hace mucho más notable la presencia de prácticas de familias provenientes de la ruralidad, muchos de ellos podrían ser la primera o cuando mucho la segunda generación nacida propiamente en esta capital de Departamento. Estos logran narrar un antes de la explosión del narcotráfico. El segundo grupo tiene conexión con lo anterior, vivieron una educación y unos parámetros aún muy anclados a la “tradición” con la religiosidad y el conservadurismo que implicaba. Pero narran además en su adolescencia la llegada del Narcotráfico y los cambios que tuvo para la vida de los y las jóvenes, en especial para los hombres jóvenes de la ciudad. Vale la pena ampliar aquí varios elementos.

La cultura antioqueña, más reconocida como “paisa” tiene unos elementos idiosincráticos muy marcados respecto a otras zonas del país. En esa idiosincrasia el elemento que más resalta es una fuerte insistencia en la “verraquera” y en la capacidad de poder ganarse la vida a pesar de las dificultades, de no “vararse” y en esa línea, de poder conseguir dinero y bienes materiales a como dé lugar para garantizar un bienestar a sí mismo y a su familia. Este discurso ha estado desde el siglo XIX sobre todo dirigido a los hombres como

cabeza de familia. Cabe aclarar que no necesariamente ese discurso está enfocado a incitar el crimen como medio de conseguir dinero, sino que favoreció o ha dejado sembrado cierto aire de competitividad y una angustia por conseguir el éxito económico sobre los otros. Este discurso entraba en contradicción con una ciudad que si bien había tenido un rápido desarrollo producto de la industrialización de principios del siglo XX, tampoco podía ofrecer a sus jóvenes un ritmo de vida en torno a la posesión de altas sumas de dinero. La mayoría podía aspirar, a menos que lograra un título universitario, a ser un obrero o algún pequeño cargo de tipo administrativo que le podría garantizar, quizá cierta seguridad de vida, pero no nivel de vida precisamente alto. La educación universitaria no se constituía en esa idiosincrasia como una necesidad mayor, especialmente por la inversión en dinero y tiempo que requeriría y que terminaría aplazando la posibilidad de estabilidad económica.

Por otra parte, el proceso que se denomina en Colombia la “Violencia” no era un fenómeno reciente ni producto del narcotráfico de los ochentas. La “Violencia” en Colombia era el producto de una serie de hechos y decisiones políticas aún irresueltas desde décadas atrás (Sánchez, 2008). Sin entrar en los debates propios de la historiografía sobre la violencia en Colombia, podríamos afirmar, por lo menos, que la “Violencia” habría sido un proceso continuado desde la década del cuarenta o cincuenta. Todo esto, aunado a la promesa de Medellín de una ciudad industrializada a partir de algunas grandes textileras (Botero, 2003; 2006) generó un flujo migratorio importante a lo cual se sumaron los procesos de desplazamiento forzado del campo a la ciudad, sobre todo desde los años setenta. Medellín fue una de las ciudades, entre otras cosas por su desarrollo industrial, que más recibió estas personas migradas lo que se tradujo en un crecimiento acelerado no planificado de la ciudad. Este panorama

empezó a configurar un mundo de desempleo y pocas oportunidades paralelo a un Estado en proceso de modernización hacia modelos neoliberales y por lo tanto un desplome de las políticas de bienestar. Todo esto sumado a los sueños y la presión social por el progreso y el éxito económico que la fuerte idiosincrasia de la “verraquera” exigía.

Todo esto configuró una serie de condiciones de posibilidad para que la promesa de desarrollo económico del narcotráfico tuviera un impacto irreversible en la ciudad, en las representaciones sobre el ser hombre y ser mujer y sobre todo en la vida de los hombres y las mujeres más jóvenes. El Narcotráfico irrumpió en la ciudad en los años ochenta alrededor de figuras como el tan conocido Pablo Escobar. El narcotráfico no sólo se dedicó al tráfico en sí, sino que por el peso del negocio construyó toda una red nacional de personas que “velaban” por los intereses de aquel mercado. Esta red fue generando poco a poco un cada vez más grande grupo de hombres y algunas mujeres que funcionaban casi como milicias para la protección del mismo. Pero el asunto no era sólo algo económico, por la gravedad, lo ilícito del negocio, la cantidad de dinero que movía y el interés sobre el tema de gobiernos extranjeros como el Estadounidense y la presión que ejercieron sobre el país a raíz del tráfico, razones por las cuales se volvió un problema principalmente político atravesó todas las estructuras estatales del país.

Sin embargo, lo que queremos resaltar no es tanto el efecto macro del narcotráfico sino la transformación en las dinámicas micro sociales. Aunque en varios relatos aparecía de manera recurrente, por las contingencias de la vida uno de los hombres vivió de manera muy cercana la llegada del narcotráfico y sus capos al barrio. Por ejemplo, (Pablo) creció en Envigado, municipio aledaño a Medellín que hace parte del Área Metropolitana y que fue uno de los sectores que más se usó como centro de operaciones de estas dinámicas. Pablo cuenta que:

*Mis amigos, los que eran unos muchachos bien del barrio, porque yo era la plaga, empezaron a caer en drogas, yo nunca he caído en drogas, empezaron a caer en situaciones de droga, narcotráfico, sicariato, que en Envigado eso pasaba mucho, y más en esa época a mí me tocaron toda la época de los 80 y 90 ahí en San Marcos, desde Pablo Escobar, Gustavo Upegui y todo el mundo, todos por allá y criados al lado mío [.....]Gustavo Upegui y Pablo Escobar iban y se sentaban allá a pagar, entonces todos empezaron a caer en eso y de eso ellos se fijaron en mí, todo ese grupo de señores, porque bueno sí ésta es la plaga del barrio, éste puede ser un potencial trabajador nuestro o algo así, vamos a tratar de cautivarlo (Pablo, 35 años)*

Así, los hombres del barrio, de los barrios de la ciudad y sus alrededores eran potenciales contratables para las mafias. Si bien habían unos grandes capos como los aquí mencionados, también habían otras pequeñas redes que competían con esta o participaban de ellas en otro nivel, lo que forjó una amplia oferta de criminalidad laboral para los jóvenes. Por ejemplo, él mismo narra una experiencia de su adolescencia en la cual sus amigos le llevan a un prostíbulo para que tuviera su primera relación sexual. En este contexto se encuentra con un grupo de hombres pertenecientes a estas redes que ve en el grupo de chicos una opción de vinculación a su negocio:

*allá estaba HH, uno de los trabajadores de Pablo Escobar y entonces nos vio ahí riéndonos y haciendo bulla, porque nosotros nos sentíamos ya en confianza y él decía ¿"estos pelados qué" no es que vienen mucho acá?, ah no estos pelaos son unos verraquitos, pelados de 15, 16 años que se metan a una cosa de estriptis a tener sexo, eso son los que yo necesito y entonces fue y habló con, en ese entonces ya se había integrado el grupo, uno que había venido de Estados Unidos y era mayor que nosotros, y sí era más acuerpado y él era el que mandaba, se llamaba Wilmar y le decíamos Shaggy como el de Scooby Doo porque era flaco y alto y fue y le dijo a Shaggy que no, que nosotros le parecíamos un grupo muy*

*interesante y que si queríamos trabajar con él que le probáramos finura y había unos pelados con una plaza de vicio allá atrás en "La Sebastián" la que queda pues en Envigado detrás de La Magnolia, que había que ir a prenderles a plomo la casa y nos pasaron armas a todos que si íbamos, yo me acuerdo que yo me puse casi a llorar, yo no sabía qué hacer y entonces yo lo que hice fue "ya vengo voy a ir al baño" y el baño quedaba cerquita de la puerta y me les escurrí entre el muro que donde a uno lo vean lo matan, eso era muy violento y fa, pa' bajo y de ahí corrí hasta la casa y yo no me acuerdo, de la Casona a la casa son 5 cuadras yo creo que yo las corrí en menos de un minuto, vea yo seguí como una flecha, a mí me parecía que venían a disparar por haberme ido, los amigos míos después llegaron al mucho rato, no sé cómo salieron por allá llegaron diciendo que sí, que se habían zafado de ese problema que uno de ellos sí se fue, uno de los amigos míos que dijo que él sí se iba con los trabajadores de él y no sé qué, después nos contaron y entonces nosotros dijimos "no, no, no volvemos allá" y fue donde yo empecé a cambiar, a mí eso me marcó mucho, ahí fue donde yo empecé a distanciarme, yo dije, esto ya se está complicando (Pablo, 35 años).*

Lo más interesante de este relato es que deja ver otro elemento. El narcotráfico no sólo brindó una manera fácil de lograr dinero, sino que además pudo calar en un contexto en el cual se idolatraba una masculinidad basada en elementos como la fuerza, el no sentir miedo, el ser duro, de sangre fría, individualista, machista, mujeriego, etc. Es bastante dicente el relato: la presencia de un grupo de jóvenes que a pesar de su edad estaban allí en su rol de hombres heterosexuales activos ya era muestra de hombría, ahora debían "probar finura" con respecto a las armas y la capacidad de poner esos valores por encima de la vida de otros y otras.

Y esto demuestra la huella del narcotráfico que en las relaciones de género en la ciudad dejó un ethos en hombres y mujeres alrededor de sus prácticas. Para los hombres: una representación de la



masculinidad donde son los dueños de todo incluso de la vida de las otras y otros, donde puede acumular grandes sumas de dinero más allá de cualquier parámetro moral o ético, una aversión al disenso que se expresa en la eliminación de los otros y otras, una presión social hacia la violencia, una altísima valoración de la fuerza y el dinero sobre las capacidades intelectuales y las relaciones sociales, la necesidad constante de probarle a los demás su gran hombría poniendo en marcha los elementos anteriormente descritos. Al respecto, Marco cuenta sobre el colegio en aquella época que: “estábamos en esa época como de los ochenta y pico a los noventa entonces muchos compañeros llevaban armas al colegio y hablaban de drogas” y describe el mundo de la masculinidad como un espacio que gira alrededor de: “viejas, de carros o motos y de futbol”. (Marco, 40 años).

Y eso no fue sólo para los hombres, impactó evidentemente a las mujeres. Para ellas dejó un ethos basado en la obligatoriedad de una belleza construida de mujer voluptuosa, de curvas pronunciadas, sumisa, que hace lo que sea por dinero, acrecentó la idea de que la mejor forma de vivir es poder pertenecerle a un gran capo o líder de estos mundos para por medio de él alcanzar cualquier cosa material. En ese sentido, las mujeres comenzaron a valer en tanto objeto. Y aquí vale la pena establecer una diferenciación histórica. Las mujeres también fueron oprimidas antes del narcotráfico, especialmente a partir de la asociación entre mujer, madre y esfera privada. Lo que el narcotráfico inventó para la ciudad fue que a ese modelo de mujer, que igual sigue siendo persistente, se sumó el de otra mujer, en menor medida madre, pero sí un objeto hipersexualizado, totalmente objetivado, sin ningún tipo de rol o “función” social, sólo la de ser un recipiente de las ganas de otro. Ahora, hoy, después de la caída de las grandes redes del narcotráfico, casi podríamos afirmar que se instituyó una representación de las mujeres basada por un lado en el

ser madre y esposa, sumado a la obligatoriedad de ser bella bajo los parámetros ya descritos. No en vano, Medellín es la principal ciudad del país en todo lo relacionado con cirugías y procedimientos estéticos, en especial, para mujeres.

En síntesis, lo que quiero plantear es que los marcos de la tradicionalidad "paisa" estaban constituidos por unos fuertes parámetros de género donde los hombres tenían amplias libertades, participaban de manera activa de la esfera pública, eran coquetos y mujeriegos, pero también y sobre todo "verracos" y proveedores, padres de familia y las mujeres debían ser madres, generalmente de muchos hijos, mujeres de la casa casi sin proyectos de vida que debían dedicar sus vidas a los hijos y al hogar, mujeres cuidadoras, sumisas, fieles, contenidas. Todo esto alrededor de una fuerte presencia de ideas política y socialmente conservadoras pero económicamente liberales y con una presencia muy fuerte de la religiosidad católica. En este panorama ya hay evidentes desigualdades. Pero lo que hicieron los años ochenta y principios de los noventa con influencia del narcotráfico fue acrecentar todos estos valores, llevarlos a otras formas de expresión sobre todo muy corporalizadas, evidentes, claras y donde el límite máximo estaba puesto por el alcance mismo del dinero. Esto terminó por hacer mucho más profunda la brecha de desigualdad entre las representaciones de hombres y mujeres y por llevar a unos niveles de exageración e incluso casi caricaturescos del ser hombres y ser mujer.

Así, si bien no podemos decir que significaba lo mismo para todos y todas, esta experiencia sumada al cubrimiento mediático, la producción de novelas y seriados donde se movilizan estas representaciones, se ha instalado como un fuerte modelo de masculinidad y feminidad para las generaciones de la últimas dos décadas. Podríamos decir que no es un modelo que reproduzca la

mayoría, pero como planteamos anteriormente la masculinidad hegemónica no se configura tanto por la cantidad de personas que se inscriben a ella, sino por la legitimidad que adquiere.

### **3.4. LAS CARACTERÍSTICAS DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA EN LA CIUDAD**

Ya hemos planteado que las representaciones hegemónicas de la masculinidad se configuran como guiones que se expresan a través de discursos, de unos actos de habla (Butler: 2004) que dan cuenta de una serie de concepciones y valoraciones a partir de las cuales se enuncian las ideas o parámetros de lo que la sociedad considera propio de hombres y propio de mujeres. En este punto quisiera explorar cuáles son esas características que componen el modelo de ser hombre y cómo se constituye la masculinidad hegemónica a partir de las mismas. Para ello es necesario tener en cuenta dos elementos. El primero: si bien se busca identificar esos rasgos centrales que componen la generalidad de las representaciones hegemónicas sobre los hombres en la ciudad, se tiene claro que no son esencias arquetípicas de la masculinidad, sino que son formaciones sociales. La segunda es que estas representaciones adquieren sentido, forma y práctica en el contexto de las últimas décadas de la ciudad anteriormente esbozado.

A través de los relatos hay tres elementos que se configuran como centrales en lo que debe ser un hombre: debe tener éxito económico, debe ejercer una heterosexualidad activa y debe ser padre de familia con la autoridad subsecuente que conlleva. Estos se constituyen como grandes parámetros que se conforman a su vez de una serie de características, comportamientos, cualidades, un ethos, que permitiría lograr cada uno de estos elementos. A su vez, este ethos es necesario para conseguir ocupar determinados roles sociales que se establecen como el "lugar de los varones". Si bien la teoría de

género ha puesto ya en discusión la noción de rol y rol sexual muy en boga en los años sesenta e incluso setenta, sí es necesario volver a este tema pues en la lógica subsecuente que aparece en los relatos se establece una relación entre unos roles esperados y “tradicionalmente” legitimados con unas ciertas cualidades o características, lo que da cuenta del carácter “generizado” de los hombres. Así, la representación social de la masculinidad se legitima a través de la creación de una relación causal entre ese ethos de ser hombre y un rol social que le correspondería, donde lo primero debe lograr reunir las características para hacerlo “servible”, “útil” para lo segundo.

En ese sentido, recojamos algunas voces que nos hablan sobre esas características de la masculinidad hegemónica. Santiago plantea ese modelo de varón como:

*exitoso, era el que tenía a las viejas más buenas, plata, o sea en términos generales el que tenía más viejas, el que tenía plata, el más rumbero, no el mejor estudiante, de hecho un poquito vago estaría bien, tampoco era que se fomentara eso pues, como en la cultura interna, no sé cómo se llama, pero no era pues un requisito, ser buen estudiante, sí el fiestero, medio irresponsable, ese es el exitoso, el vacan, el vacan antioqueño que todavía pues existe, "el vivo vive del bobo", todas esas cosas, así era (Santiago, 26 años).*

En ese mismo sentido, Rodrigo habla del modelo de varón como: “*el verraquito el hombre es el verraco, el fuerte, el macho, el que no se la deja montar, manda la situación*”. Notemos que los dos relatos sacan a flote asuntos relacionados con la construcción de aquello que denominamos “*idiosincrasia antioqueña*”. El primero hace énfasis en el éxito económico, el dinero y la habilidad para lograr pasar por encima de los otros sintetizado en el refrán popular local “*el vivo vive del bobo*”. El segundo habla de la misma representación pero hace énfasis en la fuerza, en la capacidad de “no dejársela montar”. De

cierta forma el modelo de hombre se sintetiza en el hombre como "verraco".

Pero la verraquera requiere necesariamente la negación del límite en dos sentidos. Del límite "otro" pues si soy más vivo, más inteligente puedo pasar por encima de él, pero sobre todo evitar que el límite sea uno mismo, en ese sentido casi que ni el cuerpo, ni las sensibilidades pueden constituir aquel obstáculo para lograr superar el reto. Como veremos en el segundo capítulo, las prácticas en torno al reto que demuestra el nivel de valentía son un pilar fundamental para ganarse un lugar como hombre. Esta valentía aunada a la astucia, la fuerza, el "empuje" (perseverancia) son características necesarias para lograr ese elemento central, el éxito económico. Notemos que la única característica intelectual que se resalta en ese modelo de hombre tiene que ver con la astucia y mucho más como malicia que como "inteligencia". En esta representación social de la masculinidad, las habilidades corporales que son las que demuestran estos elementos son puestas por encima de la posibilidad de conocimiento y desarrollo intelectual. En esa línea, Néstor cuenta su experiencia de marginación social a partir de este elemento:

*los descansos míos eran con un libro, entonces en esa época me acuerdo que leía mucho a Neruda, me gustó mucho y me gusta todavía mucho Neruda y mis descansos eran, leyendo, escribiendo, haciendo mi poesía, tenía una terapia que me gustaba mucho y era 20 minutos de silencio y ese momento yo lo dedicaba para mí, para estar conmigo, para pensar la vida, para relajarme y era alguna vez la entrega de notas, el tipo era el director de grupo de nosotros y le dice a mí mamá (...), otra guevonada que yo tenía o que tengo aún es que cuando yo lucho por algo y me lo gano, o sea, yo lo considero un triunfo, la celebración mía no es "ay qué felicidad", no, yo brinco, salto, hago monerías [...] y llega alguna vez y le dice a mi mamá: "doña Doris vea, este muchacho por un lado la celebración de él parece de maricas y por otro lado el aislamiento que él tiene es de*

*psicólogo. (Néstor, 28 años).*

En esa misma línea Julián contaba que:

*El bachillerato sí fue un poquito más complicado, porque me acuerdo sobretodo que ya empezaban las etiquetas "ese nerdo", y yo era muy buen estudiante, a mí me gustaba estudiar mucho, a mí no me tenían que decir que hiciera las tareas ni nada, yo las hacía y entonces por quitarme esa imagen de encima, empecé a ser más descuidado por eso, o a hacer una imagen, a hacer todo lo posible por crear una imagen de que no hacía las tareas, de que no me importaba; eso fue como de séptimo para delante, en sexto empezó la transición. (Julián. 25 años).*

Para la lectura de "los otros" la opción de lectura, aislamiento e introspección fue leída por un lado desde una mirada medicalizadora y normalizadora del comportamiento humano, pero además desde un lugar que pone en entredicho "la hombría". En ese sentido, el desarrollo de ciertas habilidades cognitivas e intelectuales no hacen parte de los elementos característicos de esa masculinidad. Este elemento hay que verlo con detalle. Los estudios feministas, sobre todo los que se han enfocado al estudio de la Ilustración y la construcción de los Estados decimonónicos, especialmente los de españolas como Celia Amorós (1985), Amelia Valcárcel (1994) y Cristina Molina (1994) han insistido en la configuración de una dicotomía entre lo que se considera "masculino" y "femenino". Entre las características de esa dicotomía fundada desde el surgimiento de la modernidad con rasgos del periodo clásico y medieval, tiene que ver con la relación de masculinidad con razón y feminidad con sensibilidad.

En esa línea, Robert Connell plantea que:

La masculinidad hegemónica establece en parte su hegemonía al reclamar la corporalización del poder de la razón, y por lo

tanto, representa los intereses de la sociedad como un todo; es un error identificar la masculinidad hegemónica sólo con una agresión física (Connell, 2003: 229)

Si bien esta lógica sigue persistiendo y se encuentra de manera estructural en las formas de organización de lo público, también vale la pena resaltar que en el mundo contemporáneo esas alineaciones han sufrido algunas transformaciones, no precisamente estructurales pero sí en las formas en que se presenta. Actualmente la valoración de la "racionalidad" y en particular en el contexto analizado han cambiado de eje y se han priorizado ciertas formas de "racionalidad" en un contexto de maduración del capitalismo neoliberal. Esa racionalidad es, ante todo, una racionalidad basada en lo económico que se expresa en la preocupación, casi única, de adquirir estatus a través del dinero. Ahora, lo que sí es claro es que la masculinidad hegemónica hoy se ejerce cada vez menos desde la agresión física y empieza a configurar su hegemonía desde otros lugares que exploraremos. Eso ha transformado la relación clásica entre masculinidad y razón que tiene que ver con un desplazamiento en el mundo contemporáneo de una valoración por el conocimiento y valores asociados a la intelectualidad, hacia una gran estima por el éxito económico y la acumulación de capital.

Por otra parte, aparece en estos un elemento que tiene que ver con que la masculinidad sea vista como una especie de movimiento hacia afuera, exteriorizante. La representación de los hombres comprende una obligatoriedad de socialización, de relación con el otro/otra, no de aislamiento, es así que funciona la conquista de lo público. Por ejemplo, Diego de 27 años resalta entre esos imperativos del ser hombre, que en su experiencia quienes mayor reconocimiento como "hombres" tenían eran quienes "eran los más populares y donde iban hacían reír a todo el mundo y no sé, no sé, eran como los líderes del grupo, siempre tenían planes, digamos que siempre tenía algo que

hacer". Esa capacidad de "socialización" es bien valorada, es incitada pues demuestra seguridad y sobre todo garantiza la capacidad de liderazgo. El ser hombre se asocia a autoridad y se espera que esos niveles de autoridad puedan ser efectivos incluso sobre otros hombres, eso implica para los hombres la búsqueda del verse rodeado, de convertirse en una persona con un rol protagónico dentro de los grupos a los cuales pertenece.

De igual forma, paralelo a esto, implica una acción de contención frente a su ser y capacidad sensible que se expresa en el acto de habla más común en la vida de los hombres: "los hombres no lloran". En ese sentido, la representación hegemónica de la masculinidad se juega en la contradicción entre ser sociable, tener una vida pública activa pero atravesada por un fuerte y estricto código de conducta que a medida que se hace adulto se hace cada vez más rígido. Esto, se expresa en los relatos como una generalidad, especialmente a partir de la identificación de la figura del padre como figura poco expresiva:

*siempre era mi mamá la que lloraba, pues mi mamá y mi hermana llorando, llorando, llorando, y mi papá nunca llora y ese tipo de cosas, entonces aun, hoy estaba viendo una película y hubo una escena donde de Pacha, éste médico, de repente hubo una escena que me conmovió muchísimo y me dieron muchas ganas de llorar y estaba con mi hermano y yo me aguanté todo eso que sentía porque me daba pena, "uy, vos sos una mujercita", y me ha pasado muchas cosas así, con mi novia por ejemplo lloro mucho, y a veces me siento mal, porque siento que ella es más fuerte que yo, entonces sí, hay como un imperativo de que el hombre tiene que ser más eso yo nunca lo he escuchado o seguramente sí, pero sí sé que lo he sentido y lo he vivido, que un mandato es que los hombres no lloran, pues para resumirlo, los hombres no lloran, los hombres no se enamoran, no se quedan supremamente enamorados (Julián, 25 años).*



Esta representación de la sensibilidad tiene un fuerte efecto en la subjetividad de los varones al crear una especie de obstáculo, de barrera de contención frente a las formas de expresión de afecto. Por ejemplo Jaime narra que:

*Hace poquito yo aprendí a abrazar, hace más o menos 10 -12 años en grupos de caminantes, gente con las que camina uno, la gente es muy amable muy dinámica, muy fraterna, y era el temor así como me van a abrazar y ya aprendí, ya me suelto, ya más suelto el abrazo, me parece que no tiene, ósea se hace según la intención y muy bacano de hecho lo llamamos la abrazo terapia. Al abrazar yo sentía temor miedo no sé qué para el abrazo. (Jaime, 49 años).*

Por el contrario, la feminidad es vista como un movimiento hacia adentro, como la obligatoriedad de callar, de ser contenida, de guardar su opinión a cambio de la posibilidad de expresar ciertos rasgos de la capacidad sensitiva y sensible.

Todos estos elementos asociados a la masculinidad: valentía, fuerza, dinero, carácter, redes de amigos, apropiación del espacio público, egoísmo redundan sobre todo en dos elementos. Por un lado, el trabajo como vía para la consecución del dinero, el segundo, el “tener” una esposa e hijos como acreditación de una masculinidad completada a través de la autoridad. La primera establece entonces que la incapacidad para laborar o la dificultad para obtener un empleo te pone en el papel de hombres disminuido, esto es leído además como la incapacidad de valerse por sí mismo, lo que redundo además en la incapacidad para velar por alguien más como una esposa o un hijo. El dinero se constituye entonces como la forma de obtener una preeminencia en el núcleo familiar y adquirir un lugar en su mundo social.

A pesar de ello, vale la pena resaltar un matiz a esta idea. Si bien el dinero es una vía para alcanzar el lugar de autoridad, tampoco es lo único necesario. Por ejemplo, un hombre desempleado no pierde la

autoridad absoluta en un núcleo familiar, o un hombre que gana igual o menos que su esposa tampoco, en ello se juegan otros elementos que tiene que ver con las formaciones posibles entre ese grupo de elementos que han sido señalados: como fuerza, carácter, valentía, además de una representación social que le legitima en ese lugar a través de la coerción y el consenso, incluso más allá de las situaciones contingentes que ponen en riesgo su lugar de privilegio. Esto tampoco significa que pueda simplemente tranquilizarse pues su pene no le garantiza un lugar de poder, sino que, evidentemente hay unas ventajas que le sostienen desde una red cultural que garantiza ese lugar a partir de la sobrevaloración de su condición de hombre.

En ese sentido, el tema de la autoridad del padre como lugar máximo de expresión es vertebral sobre todo para la relación que se constituye entre la esfera pública y la esfera privada. En primera instancia el hombre al convertirse en padre, en *páter familiar*, se convierte en la cabeza de un cuerpo corporado denominado familia. Esa instancia de decisión última, de poder máximo opera también como elemento que articula el espacio público y el espacio privado. Su autoridad y lugar de poder le viene dado desde una exterioridad que lo legitima como el interlocutor válido entre ese adentro denominado familia y un afuera llamado espacio público (Pateman, 1995). Su lugar de autoridad en la casa opera en una serie de lógicas de coerción y consenso que establecen una relación vertical entre los sujetos que componen el núcleo. Por ejemplo Marco habla de la experiencia con la familia de su pareja

*Yo tenía un espacio en esa casa muy dominante y entonces yo llegaba a la casa de ella y era hora de almorzar o de cualquiera de las comidas y al primero que le servían era a mí, independiente de quien tuviera hambre y quien no tuviera hambre y si yo había acabado de almorzar o no, entonces yo llegaba me sentaba saludaba y sin preguntarme nada mejor dicho, yo iba sin comer porque me llenaba,*

*entonces esa es otra cosa como ruptura, a uno la sociedad así uno no comparte esa situación, porque yo peliaba con ella: no venga dele primero a ella porque ella tiene hambre, entonces terminaba yo peleando con ella pa' que me recibiera el plato, no me lo recibía, me servían a mí primero y aunque todos los demás estaban con hambre les tocaba esperar (Marco, 40 años).*

Esto nos sirve para analizar algunos asuntos. En primera instancia, esa autoridad se traduce en privilegios cotidianos a través de los cuales claramente se expresa un orden de valencia o jerarquía entre las personas. Segundo, que cuando hablamos de autoridad no hablamos necesariamente de las formas de dominación que se expuso en la primera parte de este capítulo, sino también de unos "consensos" que se sostienen y que redundan en la reproducción del sistema en un marco en el cual son cotidianidades naturalizadas.

Es necesario llamar la atención en torno al problema del poder. Lo que se encuentra detrás de la autoridad y la capacidad económica como elementos pilares de la masculinidad es una asociación entre masculinidad y poder. La familia y el trabajo son consideradas las vías para garantizar lugares de poder que se traducen por un lado en la legitimidad frente a los pares, pero por el otro en la garantía de tener lugares de privilegio que se podrían sintetizar en ser "beneficiario" de todos los "servicios" agrupados dentro de lo que el feminismo ha denominado "ética del cuidado" y que expresa la relación de poder en las estructuras más elementales, cotidianas y estructurales de la vida; además del acceso privilegiado a la esfera pública.

Esta relación entre éxito y autoridad redunda alrededor de una de las características centrales en la representación social de la masculinidad hegemónica y tiene que ver con el tema de la autonomía. Dejemos claro de una vez que no pretendo plantear que la autonomía sea negativa, de hecho es una de las necesidades

primordiales de la construcción de sujetos en un contexto de derechos. Pero lo que se encuentra en esta lógica es que la autonomía se asocia a la masculinidad casi como característica propia y exclusiva, dejando para las mujeres el plano de la dependencia. Esto hace parte de todo el proceso de formación de hombres y mujeres en la cual los hombres tienen mayores libertades, experiencia a través de la cual pueden formar tal autonomía, mientras las mujeres son amarradas a la clara dependencia de otros y en unos pocos casos de unas otras:

*De parte de, no sé sí de ambos, pero sobre todo de mi papá, me parecía a mí que mi papá sí era mucho más machista, pues ambos en realidad, pero mi papá sí, o sea, la mantenía como cuidando (a la hermana), como que en la calle no se encuentra sino basura, pero del otro lado, por ejemplo a mí me mantenía diciendo o cuando no tenía novia, me daba a entender que el hombre debía de ser un aventurero, estar aquí y allá. (Rodrigo, 35 años).*

Esto se expresa en una clara sanción e incluso castigo para las mujeres que expresan de alguna u otra manera su autonomía y que viven el espacio de afuera de la misma forma que un hombre, representación que es apropiada por los hombres quienes terminan por leer a las mujeres de su entorno desde este lugar sin poner en duda la diferencia de lo que implica, por ejemplo, la calle para uno y otro. Al respecto es revelador el relato de Julián que cuenta cómo su hermana fue vista como el problema de la familia pues quería salir de la casa y habitar la calle de la misma forma que cualquier hombre lo cual generó una serie de problemas internos en su familia:

*Me acuerdo también que, eso puede ser interesante, por esa época de pronto, también por el bachillerato, mi hermana estaba viviendo su adolescencia de los 15 a los 20 o más tarde, tal vez los 20 ya, en todo caso, entonces ya ella, las relaciones de ella con su novio, las salidas a rumbear y de todo, y eso era el conflicto en mi casa, el conflicto era la relación con mi hermana, yo me ponía siempre del*

*lado de mi papá, me parecía que mi hermana era mala, salía, se iba a rumbear, se volaba de la casa o a veces llegaba borracha y mi papá no le abría la puerta, eran cosas muy duras en la casa con relación a mi hermana (Julián, 25 años).*

Aquí vale la pena llamar la atención sobre un asunto y es sobre lo que la autonomía de las mujeres genera para los varones. Uno de los elementos más naturalizados y que es más difícil de asumir para los hombres es el de la autonomía de las mujeres, la autonomía de ellas es vista casi como una amenaza a sus lugares de privilegio. La autonomía es aún vista como un privilegio casi exclusivo de los hombres. Como veremos posteriormente, la negación de la autonomía generalmente se encubre en la idea de protección para las mujeres o de argumentar mayores facilidades para su vida. La idea de que el rol de los hombres es el de proteger a las mujeres encubre e implica para los hombres la obligatoriedad de la autonomía y para las mujeres el mandato de la sumisión y la espera. Esta lógica puede encubrirse en asuntos tan simples tales como el que podemos leer a continuación en el relato de Rodrigo:

*P: Ahora decías algo interesante. En tu relación actual con tu esposa, te gustaría que también fuera así, que vos fueras el proveedor y que ella chévere que tenga el dinero. Pero ¿ella qué piensa?*

*P: es ahí donde quiero indagar*

*R: Porque ver que se siente bien, que pueda pasarla rico y que... puede que eso no esté pasando, que pueda darse sus gustos. A mí me hace feliz verla feliz.*

*P: ¿Y tú crees que ella estaría feliz dependiendo de un hombre?*

*R: No, para nada, por eso te digo que es mi deseo y obviamente me parece chévere que ella un día compre el mercado, pues o sea, no lo digo de manera despectiva.*

*P: En el sentido de ser hombre protector, te enseñaron eso, que es importante, que eso hace parte del machismo, pero pareciera que eso no hace parte del machismo, porque es la mujer a la que se tiene que cuidar.*

*R: Yo digo que no sería que no haga nada no... pero sí que la mayor parte de la responsabilidad económica...*

*P: ¿La tenga el hombre?*

*R: Si, pero es más como, es más complacencia que decir que eres una inútil. (Rodrigo, 35 años).*

Como vemos en este relato, Rodrigo limita la autonomía y el nivel de importancia en el sostenimiento del hogar de su pareja. Para este él debe ser quien paga las cuentas principales por lo que el dinero de su pareja se convierte en un ingreso más que puede ser perfectamente sustituible e innecesario para la estabilidad familiar, lo que de manera indirecta se traduce en un lugar de poder para él. Lo más interesante es que esto pasa como si fuera un acto de amor o como si fuera un regalo y no como una forma de garantizar su autonomía y de cierta forma, su autoridad. Son estas pequeñas lógicas las que todavía prevalecen, se perpetúan y pasan desapercibidas manteniendo el lugar del hombre en el sistema sexo/genero.

Ahora bien, la lógica entre el dinero y la autoridad tiene un espacio donde se realiza y socialmente se legitima: la relación con las mujeres. Tal vez el elemento más central que aparece de manera estructural y reiterada en los relatos tiene que ver con la relación con el mundo de las mujeres. Por un lado, la masculinidad se forma a partir de un profundo rechazo hacia cualquier cosa que se considere socialmente femenina. Por ejemplo, la asociación entre Neruda, poesía, sensibilidad, que hicieron los compañeros de Néstor y su profesor y la asociación de estos elementos con la feminidad y por lo tanto con la "no hombría", fue leído entonces como un elemento

feminizante y por lo tanto rechazado. Pero esto pasa en todos los niveles: códigos de conducta, de comportamiento, de vestuario, de sentimientos, de relaciones afectivas, familiares, etc. Esto no pasa sólo con cosas más evidentes como vestirse de azul o de rosa, pasa también con el uso de accesorios donde se van configurando unas formas correctas o no de usar ciertos elementos extensivos del cuerpo o que lo adornan. Por ejemplo Néstor contaba su experiencia de usar el cabello largo o de tener el cuerpo tatuado:

*ante todo yo creo que más les afectó fue lo de las locuras mías, empezando por el arete que me los puse a los 16 años, empezando por el pelo largo que lo tuve, siempre era el rechazo de: "a usted no lo van a recibir en ningún trabajo por tener el pelo largo" y es más, ayer inclusive me lo volvieron a decir; los hombres no tienen el pelo largo, los hombres no tienen aretes; el rollo de los tatuajes, aunque en cierta manera el rollo de los tatuajes, como siempre ha sido simbolismo del machismo, para mí tiene otro simbolismo totalmente distinto, el rollo de los tatuajes era más pasable, porque es que un hombre que se aguanta ,por ejemplo, el que tengo en la espalda que duro 2 horas y media de mucho dolor, es bravo. (Néstor, 28 años).*

Evidentemente hay un cambio generacional que da cuenta de otras formas de comprender el asunto. Sin embargo, este cambio generacional no rompe completamente con el paradigma binario del orden de género, reordena elementos que aún lo sostienen. El problema de la construcción de una idea de antagonismo con lo "femenino" ha sido central en la construcción de la masculinidad hegemónica pues como ha planteado Elizabeth Badinter o Norma Fuller, el hacerse hombre consiste en sacar al niño y al adolescente de los espacios y roles que pueden ser leídos como propios de las mujeres, eso implica no sólo unas representaciones diferentes o unos diferentes códigos normativos para unos y otros, sino, sobre todo la separación arbitraria de ambos mundos haciendo más énfasis sobre las diferencias que en las similitudes.

Esta relación tiene varios momentos que en el capítulo segundo exploraremos más a fondo, pero que es importante esbozar desde ya. Durante la primera parte de la formación temprana de niños y niñas la preocupación por hacerlos partícipes de lo que se considera la esfera tradicional de lo que significa ser hombres o ser mujer es mucho mayor. Si bien hay una conexión muy importante entre las madres y los niños por la forma en que se estructuran los dispositivos de organización social en torno a la diferencia de género, también es constante la búsqueda de establecer ciertos parámetros diferenciadores en la psiquis del niño en crecimiento.

En ese sentido, en el caso de Antioquia y de muchas regiones de Colombia es notable la fuerte relación entre hijos/as y madres. Esto se da generalmente más que por un vínculo presocial, por la fuerte carga que tienen las mujeres en el país y en particular en la región en todo el trabajo de maternidad y labores domésticas que terminan por verse reflejadas en la formación de un vínculo fuerte entre ambos/as. Por ejemplo Julián habla de esta relación en los siguientes términos:

*siempre he sido muy apegado a mi mamá, siempre hemos tenido una relación muy bonita me parece a mí, aunque, bastante por ratos como bastante fusionada, claro que últimamente eso ha cambiado un poco, me acuerdo que vivía, la guardería quedaba al frente de mi casa y yo siempre en la guardería del preescolar, siempre sabía que mis papás estaban al frente, siempre me consideré un niño muy tímido, ¿o no?, en estos momentos me acuerdo que yo era un niño muy tímido, que me mantenía jugando LEGO, siempre he sido un niño así, muy detrás de mis papás. Y cuando empecé el colegio, ya el colegio era el "Salazar y Herrera", nosotros vivíamos en Belén, esa semana lloré todo el tiempo porque no estaba al frente de mi casa, ya era otro país. ¿Qué más me acuerdo? Me acuerdo volviendo a una parte como más adulta, porque la primaria fue bastante agradable, yo me acuerdo que era muy buen estudiante, siempre me iba muy bien, mi mamá me ayudaba a hacer las tareas, mentiras pero yo las*



*hacía solo casi todas, el bachillerato sí fue un poquito más complicado. (Julián, 25 años).*

Un tipo de relación con la madre presente en casi todos los relatos. Paralelo a esta relación fuerte, también se encuentra una serie de discursos y prácticas que lo que buscan es dejar muy clara la existencia de la diferencia sexual y de la implicación social de la misma. Hay un pasaje muy llamativo en el relato de Jaime que es muy diciente al respecto:

*Un detallito de esta época dentro de los elementos adicionales otra anécdota estábamos a ver jugábamos nosotros tres apostábamos al que orinara primero, entonces veíamos una película lo que fuera y entonces decíamos a orinar, entonces nos íbamos para el baño, orinábamos los tres juntos y no había problema el que primero orinara en la misma taza, en alguna oportunidad nos bañamos los tres juntos, de hecho, uno de los baños, eran dos baños, uno de los baños era destapado junto al patio porque caía el sol el chorro todo y nos metimos a bañarnos los tres hermanitos y la menor, la niña, que pela tan verraca nos pego mi mama que porque nos metimos con la niña a bañarnos nunca supimos que fue lo que paso nunca supimos por qué fue que mi mamá nos pegó, ahora es que con los años uno es que ve su concepción conservadora, su concepción religiosa, pues ¿qué estaba pensando? los niños bañarse con la niña nooo. (Jaime, 49 años).*

Este fragmento permite evidenciar algo: los niños inicialmente no ven la diferencia sexual corporal como parte constitutiva de sus diferencias, ellos no pudieron entender qué pasó hasta tiempo después, pero ya quedaba un discurso, una idea sembrada a través de una acción no necesariamente verbal. Los discursos no siempre tienen que pasar por la palabra. El ojo adulto, inserto dentro del sistema sexo/género ejercía el castigo que deja una impronta clara: el mundo de hombres y mujeres no es el mismo y no lo es pues sus

cuerpos diferentes son la prueba de ello. Un sentencia más social que natural.

Como ha mostrado María Cristina Palacio (2001), a medida que se crece esa conciencia se apropia y los niños y niñas tienden a aislar sus espacios sociales, a establecer formas de diferenciación y a establecer unos parámetros claros para cada identidad de género. Los juegos son una instancia central en ello, pues a través de esos juegos se asignan a cada uno de los géneros unos valores y comportamientos esperados para cada uno. A los niños se le incita al mundo público, hacia el afuera, hacia los objetos materiales y que ostentan estatus económico, pero también aquellos que forman ciertos niveles de independencia y autonomía. Por su parte, de las niñas se espera sobre todo belleza (las barbies son el juguete estrella en esta asociación) y maternidad (las muñecas en general son el juguete a través del cual se forma una subjetividad enfocada en la "ética del cuidado").

La representación de la masculinidad en este momento de la vida está principalmente asociada a la demostración de fuerza y valentía. Al respecto es interesante un elemento del relato de Pablo sobre su infancia en el cual se ve obligado a trepar árboles para poder demostrar su masculinidad frente al reto establecido por alguno de sus amigos:

*entre los amigos se marca mucho eso entonces "ey, tenés que ser duro, rudo, aquí no valen los que lloran, sí te caíste jugando futbol y te abriste la cabeza hermano no puedes llorar, no le puede dar miedo nada", por ejemplo yo vivía, al frente de mi casa había un parquecito y ese parquecito tenía muchos árboles y los árboles eran muy altos y yo descubrí que yo le tengo vértigo a las alturas, pero varias veces me tocó subir al copo, yo temblando interiormente, por demostrarle a mis amigos que yo era el hombre, que yo me quedaba en la primer rama y yo les decía "no voy a subir", entonces me decían, y pa'*

*acabar de ajustar, no sé, de pronto por parte genética yo era como el más fuerte del grupo y yo era el que les podía a todos en el momento de pelear, pero entonces para ellos era muy difícil aceptar que el más fuerte del grupo fuera una gallina y se quedara en la primera rama del árbol y ellos no entendían que yo no era capaz de subir a la copa del árbol y eran árboles muy altos: eucaliptos, gualandays, incluso hay una ceiba, hay eucaliptos, gualanday, cuál otro había ahí, el gualanday es muy alto y ellos "no, usted tiene que subir hasta el copo con nosotros" y eso en ese copo cuando ventea, esas ramas se mueven, se balancean, que uno cree que eso lo va a escupir y lo va a lanzar lejos y yo las veces que subía allá nadie sabe, yo lloraba internamente, yo no podía llorar por fuera y yo era pegado de esa rama así aferrado y ellos riéndose y a ellos no les daba miedo de las alturas, a la mayoría de mis amigos, a ellos les daba miedo otras cosas que a mí no me daban miedo, después de subir eso y entonces a partir de ahí uno empieza a sentirse condicionado por todas esas normas que impone la sociedad y que imponen los amigos, que te ponen todo eso, "bueno usted tiene que subir hasta allá y allá hermano ojo que eso lo van a hacer y usted no puede llorar. (Pablo, 35 años).*

Este relato evidencia varios elementos: por un lado muestra unos ritmos. Los ritmos de la casa y de "los amigos" no eran los mismos. La "calle" está llena de retos que acreditan esa masculinidad, de ojos vigilantes que recuerdan a cada momento el guion: tienes que ser valiente, no puedes llorar, debes hacerlo.

Esta lógica interna dentro de los niños generalmente iba acompañada de una fuerte exclusión del mundo de las niñas pues son vistas desde los mandatos que han escuchado de sus mayores, por ejemplo al leerlas como seres de inferiores capacidades corporales. Rodrigo narra sobre un pasaje de su niñez donde se hace evidente este imaginario:

*Lo que pasa es que el 80% de mis amigos tenían bicicleta de Cross y el 5% teníamos monareta y me acuerdo mucho que en esos juegos, yo tenía 11 o 12 años, dábamos vueltas por el barrio y no dejábamos que las niñas fueran, porque saltábamos andenes, saltábamos policías acostados, y era como un tema de... creíamos que no eran capaces y le poníamos todas esas... (Rodrigo, 35 años).*

Posteriormente las formas de socialización entre hombres y mujeres implican una representación diferente, queda aún latente la fuerza y la valentía pero ahora la relación con las mujeres toma otro rumbo. Ahora, más que la fuerza, más que superar el reto, más que demostrarse valiente, lo que te acredita como hombre tiene que ver con la capacidad de acceso a mujeres. Inicialmente pueden ser coqueteos o besos, pero luego será medido a partir de la cantidad de relaciones sexuales y la cantidad de mujeres con las cuales se sostienen las mismas. Ahora, ya no se es valiente por subir a un árbol, ahora se es valiente por ser capaz de hablar con muchas y conquistar a muchas.

Este desplazamiento en la relación con las mujeres estructurará la vida de los hombres, sus expectativas y sus presiones. Y es en esta paradoja que se juega la masculinidad, entre un profundo rechazo por habitar el espacio de "lo femenino", pero una preocupación insistente por lograr poseerlo.

Esta representación que asocia masculinidad con acceso a muchas mujeres implica otros aditamentos. Primero, la ya planteada preocupación por el dinero. Esta está inserta en una lógica de relación entre hombres y mujeres donde los hombres deben ser quienes pagan, quienes proveen. El aporte económico de las mujeres cada vez está mejor visto, pero generalmente en términos de aporte o ayuda. Esto, como el feminismo materialista ha demostrado, en un contexto capitalista y de prácticas de consumo no es un asunto menor pues marca una lógica de autoridad que reproduce el carácter

activo de los hombres, frente al carácter pasivo e incluso “perezoso” de las mujeres, como se puede leer en el pasaje ya citado de la relación entre Rodrigo y su pareja. Pero también se constituye como una angustia pues establece para los hombres una obligatoriedad de alcanzar la capacidad adquisitiva necesaria para poder “tener” una mujer. Un ejemplo de ello tiene que ver con el significado que socialmente se le da a la situación de desempleo en hombres y en mujeres. Para los primeros es visto casi como una anulación a su ser hombre, mientras que para las mujeres sin ser bien visto, tampoco llega a ser sancionado pues no queda anulada su existencia en términos de los roles sociales esperados.

Aunado a la cada vez mayor preocupación por los ingresos, aparece otra preocupación para los hombres: el cuerpo. Este elemento es muy relevante pues como ha planteado R. Connell (2003) no podemos seguir reproduciendo la idea de que el sexo es el cuerpo y el género la cultura, perspectiva que termina estableciendo una separación arbitraria e inexistente entre la construcción y significación de un cuerpo sexuado frente a la de una identidad de género. En ese sentido, los procesos físicos donde el cuerpo está claramente involucrado adquieren un sentido en la formación social de la masculinidad a partir de los relatos analizados. Julián hablando sobre la experiencia de crecimiento en la adolescencia narraba:

*...era más que la estatura o el grosor físico, era el pensar que ya podía tener una relación sexual por ejemplo, porque ya estaba en el momento, ya tenía pelo, ya tenía todo eso, ya era el momento [...] es que de verdad como qué es lo que era tan vergonzoso que había en ser niño, pues yo ahorita lo pienso y no, ser niño no es pecado, ¿cierto? Pero en ese momento en el colegio sí era muy duro, tal vez era porque los compañeros jugaban mucho con ese asunto de que “yo estuve con ésta mujer, yo tuve una experiencia con ésta mujer” y uno no, porque la necesidad estaba era porque estaban los otros hablando de eso, no porque fuera una necesidad física o una*

*necesidad auténtica, y me acuerdo también que mi hermano me marcó mucho, me decía "cerdo", me decía "seto", por lo gordito y también me decía mucho "niño". (Julián, 25 años).*

Este relato hace evidente varios asuntos: el momento de adolescencia donde el cuerpo tiene una serie de cambios es donde se hará socialmente evidente "la hombría", por ejemplo el crecimiento del bello o el engrosamiento de la voz, pero también los desarrollos posibles que a través del prácticas como el deporte se pueden generar. Este proceso no es algo que se viva a nivel individual, sino que generalmente se vive con otros pares en el colegio o en el barrio. Algunos cuerpos logran alcanzar más rápido el canon, algunos se acercan más a la representación hegemónica que otros. La participación y el destacarse en deportes empiezan a ser un imperativo como la mejor forma de desarrollar esas características. Esa representación hegemónica de cuerpo se vincula entonces a la fuerza, característica "propiaamente masculina", pero también a la belleza. Ambas necesarias para ser más exitoso en la relación con las mujeres.

Este elemento es llamativo, pues si bien la fuerza es un elemento estructural en todos los relatos, el de la belleza o el de las formas de belleza masculina asociada a al canon del cuerpo atlético no. La preocupación por la belleza masculina da cuenta de un proceso más contemporáneo surgido en la última década, incluso en el imaginario de los hombres mayores la masculinidad es sinónimo de ser tosco, despreocupado, a veces bien puesto, pero nunca vanidoso, cuenta Pablo:

*Yo me acuerdo que yo estaba con mi papá en un taller yo le ayudo a él con los carros y llego ahí un señor barrigón y como que le choco y comentó "esos pelados de hoy en día que no son bien hombres a toda hora cuidándose un hombre debe de ser culi chupado y con barriga. (Pablo, 35 años).*

Ahora, características como el trabajo y la responsabilidad son más enfatizadas. Los relatos producidos por hombres más jóvenes evidencian todo el tiempo la conciencia y preocupación por esos cánones, incluso, quienes admiten no interesarse por estar en ellos, sí afirman su existencia y su presencia como modelo hegemónico. Pablo hablaba mucho de este elemento a partir su relación con su primo. Su primo era un hombre considerado el más atractivo y el que mayor éxito tenía en el barrio por lo cual se generó cierta presión para él:

*el que era más hombre ... cuando uno fui niño era mi primo porque era el más acuerpado, el que jugaba futbol, él escuchaba música en inglés y aunque a uno no le gustaba uno la escuchaba porque eso era de hombres que el merengue y la salsa es para las mujeres y los viejitos el definía que se hacía y que no, en ese tiempo mi primo, luego ya más grande era Wilmar porque él era el gigoló del barrio, hay que ser como él, caminar como él, todos como él en la universidad había un muchacho que era el líder que decía que a mí nadie me la va a montar y le pegaba a uno y así se hacía respetar, ese es el modelo a seguir y él me decía que los jean me quedaban muy apretados y todas las mujeres andaban detrás de él por qué tenía una moto. (Pablo, 35 años).*

En este relato se hace también evidente el proceso de diferentes momentos de la trayectoria de vida pues habla de cómo en cada etapa de acuerdo a ciertas valoraciones sobre la edades y la vida ciertos modelos se van armando, primero el atlético jugador, luego el hombre que tiene la facilidad para la conexión con las mujeres pero luego también el hombre que ostenta el “tener”.

Sin embargo, no es sólo el cuerpo en sí lo que interesa, es también cómo se viste, cómo se usa. Los discursos sobre la masculinidad le exigen a ese cuerpo cierta rigidez, cierta contención, si bien puede desplazarse libremente, puede ocupar el espacio, pero debe ser

contenido en sus movimientos, en sus expresiones. Se le es vetado ciertos colores como el rosa, se le es vetado ciertas figuras y siluetas como aquellas que resaltan el cuerpo.

La representación hegemónica de la masculinidad se juega entre tapar el cuerpo, no permitir su exhibición como cuerpo, de allí que los hombres que son modelos son leídos como afeminados, por ello deben usar ropas anchas, nada que los resalte, pero a su vez da la libertad de que ese cuerpo pueda llevar el torso desnudo, es un péndulo que va entre la posibilidad de estar libre y el absoluto control de esa espacialidad. En ese sentido, los códigos de vestuario son uno de los elementos más claramente establecidos y normados, por ejemplo:

*Lo que sí me gozaban era el traje de ciclo montañista es una licra, entonces "ah, que velo se le está viendo todo forrado, se le está volteando la torta", pero eso es más desconocimiento que cualquier otra cosa, porque todas las personas en el gremio de las bicicletas saben que tienen que ponerse una cosa apretada al cuerpo para que en cualquier momento usted va a hacer un movimiento y no se enrede en la bicicleta si va muy rápido (Cristián, 20 años).*

Como vimos claramente en el relato de Julián la preocupación por la maduración del cuerpo también está asociada con la ansiedad por la iniciación sexual. Es común encontrar en los discursos familiares, de la escuela y de los medios una insistencia porque no se inicien las relaciones sexuales hasta que el cuerpo haya completado su maduración, esto se ha traducido en una serie de angustias de los jóvenes adolescentes por si ya ese cuerpo está listo. No quiero decir con esto que los jóvenes eviten tener relaciones sexuales hasta madurar su cuerpo, sino que este mensaje se instala como una angustia para los que tienen un desarrollo más lento. Por ejemplo, Julián de contextura ancha, con 1.80 de altura que supera por alrededor de 10 centímetros la estatura media de los hombres



colombianos, hablaba de la angustia que sintió al ver que el cuerpo de sus compañeros tenía un desarrollo más acelerado que el suyo lo que le generaba timidez y una frustración por no ser atractivo aún para las chicas y por lo tanto no iniciar prontamente su vida sexual.

Generalmente, esta obsesión por el sexo en hombres adolescentes no responde solamente a un asunto hormonal o a las necesidades propias del cuerpo sexuado macho, ni cosas de ese estilo. La preocupación por el sexo se instala en el corazón de las representaciones y de los diferentes momentos que esa representación social del ser hombre acarrea. Ya entrada la adolescencia se añaden características al guion exigido a su edad, ya no es suficiente con afrontar el reto, con la valentía, con la fuerza, con cierta belleza, con ciertas habilidades deportivas, incluso con una relación pública con una mujer, ahora es necesario por un lado, que tenga más de una mujer a su “disposición” y como segundo elemento, una vida sexual activa con la mayoría de ellas, eso es lo que denominamos en términos de José Olavarría una “Heterosexualidad activa” (2001<sup>a</sup>, 2001<sup>b</sup>, 2006). Vale la pena insistir en que esta “Heterosexualidad activa” es vista desde diferentes lugares y en diferentes momentos. En el plano familiar sobre todo se identifican los discursos, en particular por parte de figuras masculinas, de tener una novia o relación pública. Por ejemplo, Rodrigo narraba:

*me acuerdo por ejemplo que una vez, como por esa represión que yo tuve en la casa, yo no presentaba mis novias, entonces me decían: “ay tiene novia” y yo estaba ahí todo rojo, o : “ay no yo no tengo novia”, y yo por ahí de 14 o 15 años, mi papá me llamó un día porque yo tenía una novia a escondidas, y me invitó a almorzar y me sentó y me dijo: “puedes hablar conmigo tranquilamente con confianza”, él pensó que yo era gay, o sea, se sentó y me dijo: “puedes hablar conmigo Felipe tranquilamente, yo te quiero mucho, yo te adoro, te amo con todo mi corazón, eres mi hijo del alma, es*

*que yo no te he visto novias, tu no hablas de novias, dime ¿A ti te gustan las mujeres o no te gustan o qué? yo me acuerdo que yo solté una carcajada pero ya después como que le dije "pero ¿usted por qué me pregunta eso?". (Rodrigo, 35 años).*

También aparece en algunas ocasiones, sobre todo en hombres mayores, las propuestas de familiares y amigos de visitar prostíbulos para iniciar sus relaciones. A partir de este tema en particular emerge una serie de discursos que son interesantes para analizar la relación entre dinero, poder, sexualidad. Julián narra la siguiente experiencia:

*Como 16 años, yo me acuerdo que mi mamá casi lo acaba, "¿usted cómo se le ocurre, descarado?" que no sé qué. Yo creo que yo me quedé fue pálido, porque empezando que era un papá, que pasaba en la generación mía y yo creo que sigue pasando un poquito menos gracias a Dios, que nunca le hablan a uno de sexo y que la primera vez que le venga a hablar a uno de sexo es esai, "venga usted es virgen, ¿usted es cachucho?, venga yo me lo llevo pa' donde una muchacha yo le pago una muchacha pa' que le enseñe lo que es eso y le bote cachucha", y uno: "ahhhh" y yo ahí mismo le dije: "no gracias, yo no, vean a éste" pues y uno no tiene argumentos y ...yo le dije que no porque, primero porque como nunca me había dado él confianza de hablar de eso, yo no sentía confianza de hablar con él de mi sexualidad, segundo porque a mí me daba miedo porque como yo fui tan tímido con las mujeres yo no me imaginaba que él me llevara allá y yo estar con una mujer y peor aún que yo no lo hiciera bien y que saliera y le dijera a mi papá: "vea ese muchacho ...", y entonces mi papá "ah no éste me salió marica", "éste muchacho no hizo nada", y uno no iba a hacer nada, ¿uno qué iba a hacer allá?, sí ahí mismo yo lo miré y yo miré a mi mamá como: uy, ayúdemei porque él estaba con licor en la cabeza y él juraba que me llevaba allá, pero o sea, es que era una cosa que me iba a llevar a las buenas o a las malas, era la insistencia: "venga a ver que yo me lo llevo, venga a ver que yo me lo llevo para donde las putas" y nunca me había hablado sobre sexualidad, ni en buenos términos ni en malos*

*términos, ni nunca había hablado de putas en la casa, era la primera vez que él hablaba de eso, entonces para mí muy teso que mi papá me viene hablando la primera vez que me va a hablar de sexualidad me dice "yo me lo llevo pa' donde una puta", o sea, ¿cuándo me ha preguntado si yo vivo sexualidad?, cómo la vivo, si tengo dudas, o sea nunca me ha preguntado de sexualidad pa' que venga a decirme eso, entonces a mi hermanita nunca le iba a decir eso: "ah venga yo me la llevo pa' donde un hombre pa' que le enseñe, pa' que le bote esa virginidad, ah no, porque la virginidad de las mujeres es sagrada, la virginidad de las mujeres eso hay que guardarla en un cofre y más en mi papá y en mi familia y en ésta cultura nuestra que es tan católica, la virginidad de la mujer es el mejor regalo para el esposo, eso si usted es capaz de llevarlo, ya se ha perdido, no obviamente pues eso ya se ha perdido, pero no se ha perdido porque la tradición lo haya querido así, porque se ha ido rompiendo esa tradición, hay una gente que ha ido rompiendo esos paradigmas, pero la gente de antaño, la tradición, los abuelos, todavía quisieran eso. (Julián, 25 años).*

Vale la pena analizar otro relato alusivo a esta relación:

*Decía así, incluso pues, mi hermano con novia, "usted sí es charro, se pone a cachoniarle a ésta mujer y gasta un montón de plata, en vez de simplemente estar con aquella", pues con una mujer, ¿cierto?, una prostituta; y ya, pasa un buen rato, se desfoga, y ya, y gastó plata pero hubiera gastado más cortejando una mujer. (Julián, 25 años)*

En estos relatos se puede ver cómo la voz del padre establece un discurso que plantea que el gasto, el cortejo y demás prácticas en torno al flirteo con las mujeres responde a una lógica que tiene como objetivo principal lograr un acto sexual lo que termina por reforzar la necesidad de alcanzar éxito económico como principal garantía de poder ejercer siempre la heterosexualidad activa y que demuestra el vínculo que establece este sistema sexo/género entre la relación en dinero, poder y sexualidad.

Por último, esta heterosexualidad activa no es suficientemente legitimada a través de una relación pública, ni siquiera de una sexualidad hecha pública dentro de esa relación, después se exige de ella el sostenimiento de prácticas sexuales no sólo en el contexto de esa relación sino de múltiples relaciones.

Toda esta lógica no es casual, está claramente inserta en el sistema sexo/género y además está regulada, tal como lo han planteado Gayle Rubin [1975] y Adrienne Rich [1981] por la Heterosexualidad Obligatoria. En la teorización que hace Rubin sobre el sistema sexo/género se encuentra un llamado a analizar cómo una preocupación por la sexualidad normal termina por ordenar y sostener los rasgos binarios y antagónicos del sistema. De tal forma, podríamos afirmar que el miedo a la homosexualidad se constituye en la cara o el reflejo negativo de la masculinidad normal. Se construye así una antinomia entre el ser hombre y la homosexualidad. Ser hombre, esencialmente es no tener elementos que puedan ser leídos como femeninos y, sobre todo, no ser homosexual.

De allí que se establezca una diferenciación entre hombre y homosexual como si ambos no pudiesen referirse al mismo sujeto. Para la masculinidad hegemónica los homosexuales o gays no son hombres, al menos no son verdaderos hombres y es precisamente esta noción de "hombre verdadero" la que sintetiza la masculinidad hegemónica. Existen hombres verdaderos, esos son los que reúnen o al menos buscan reunir aquellas características, y se encuentran los hombres e incluso No-hombres que son los que no logran reunir dichas características, no se esfuerzan por alcanzarlas o claramente las rechazan.

De cierta forma, la heterosexualidad obligatoria y las representaciones sociales que genera aparece como la ordenadora, sintetizadora y guardiana de los demás elementos estableciendo

como la otra orilla, casi como un abismo la feminidad y la homosexualidad. Esta lógica también establece un parámetro de valoración donde lo "femenino" es inferior, indeseable y donde se establece que las mujeres lo habitan casi como un infortunio, pero que los hombres, que no estarían condenados a él, no están obligados a vivirlo y el hacerlo es condenable (Bonino, 2000).

Esta lógica de la masculinidad hegemónica anclada a la heterosexualidad obligatoria se sostiene y opera tras la representación de la masculinidad como protección (Gilmore, 2008). Si bien la autoridad como dominación en las transformaciones de las últimas décadas ha sido cuestionada por las mujeres y algunos hombres, ha sufrido una transformación hacia la figura de protección. Ahora el discurso hacia los hombres, por demás políticamente correcto, no orienta a buscar el ocupar un lugar de poder por la posibilidad de ejercer dominación sobre otras y otros, sino ante todo para protegerles lo que genera que la acción de dominación que sigue existiendo pase más fácil por el consenso social y su consecuente legitimación. De tal modo que el éxito económico, la autoridad y la heterosexualidad activa se juegan, se sostienen y reproducen bajo la lógica de la protección masculina.

Esta idea de la protección opera tras el establecimiento de unos espacios a proteger o de la categorización de las mujeres en términos de mujeres a proteger y mujeres a apropiar. Las mujeres a proteger son aquellas del núcleo familiar cercano con las variables consecuentes: madre, hermanas, novia/esposa, hijas, tal vez (aunque no comúnmente) primas, tías y demás; dejando así el resto de mujeres a merced de la apropiación que a su vez tendrán otras figuras masculinas que se arrogan su protección estableciendo como mandato de la masculinidad la posesión de aquellas vidas y aquellos cuerpos. La socióloga María Cristina Palacios encuentra este fenómeno y muestra que la relación con las mujeres:

....se configuró en forma contradictoria al perfilarles dos tipos de mujeres: las amadas, respetadas y cuidadas que eran aquellas que se proyectaban a través de la madre y las hermanas; y las que debían ser reducidas y conquistadas públicamente para demostrar su virilidad, que encontraban en el grupo de pares generacionales amigas, vecinas y compañeras (Palacios, 2001: 98)

Esta lógica no es contemporánea ni solamente propia de Occidente, está presente en sociedades pre-modernas y no occidentales también, de hecho, del análisis de esta lógica parte el estudio de Gayle Rubin donde teorizó sobre el sistema sexo/género (1976). Pero, lo que vale la pena pensar son las formas en las que esta lógica se sostiene y se recicla a pesar de los cambios en las relaciones de género del mundo actual pues es vista como un sentimiento positivo de protección y no como una forma de dominación.

### **3.5. MASCULINIDADES, RAZA Y CLASE.**

Ahora quisiera elaborar algunas reflexiones que desde la pregunta por la interseccionalidad se encontró en esta investigación. En primera instancia hay que destacar que los diez hombres que participaron del proceso pertenecen a diferentes estratos socio económicos de la ciudad desde sectores populares hasta hombres de las clases altas de la ciudad. Ninguno de los hombres entrevistados asumía una identidad racial definida diferente a la de "blanco/mestizo" que opera como el "universal" en esta ciudad.

Al pensar en las diferencias de los marcos de representación hegemónica de la masculinidad entre las diferentes clases sociales se encuentra que los elementos hasta ahora descritos son transversales a la población. Los mandatos de éxito económico, autoridad sobre un núcleo familiar y heterosexualidad obligatoria atraviesan como elementos comunes la representación de la masculinidad en los

diferentes estratos socio-económicos; sin embargo, sí es posible hallar algunos elementos de diferenciación en las formas como se traducen tales mandatos. Pablo es un hombre de clase media de la ciudad. Cuando inicia sus estudios universitarios logra ingresar a la Universidad EAFIT, la más costosa de Medellín en la que, en aquella época, sólo lograban estudiar personas de las clases altas de la ciudad y algunas de clase media con grandes esfuerzos:

*como siempre me gustó el estudio y yo ya había pasado, yo ya tenía matrícula en EAFIT y todo, ya a mí ya me daba son, o sea yo ya me soñaba en EAFIT, lastimosamente no lo supe asumir, y cosas tan simples, llegué a EAFIT y primero la timidez con las mujeres, segundo mi papá obviamente no tenía muchos recursos económicos me pudo pagar la universidad pero no fue más allá, entonces yo no tenía ropa pa' ir, entonces yo me iba con un jean y las zapatillas con que había hecho la confirmación y un busito y yo no me mantenía sino con eso y entonces a mí me generó burla, generaba comentarios y a mí eso me fue acomplejando y me refugié en el refugio mío que de niño era el fútbol, siempre han sido los deportes, me refugié en la natación, yo iba a clases y todos sabían, yo llegaba con un maletín grande y llevaba todo lo de natación y salía de clases y me iba para la piscina pero era a esconderme, era a esconderme porque yo sabía que yo estaba generando burla, porque no visto bien, porque estábamos estudiando Ingeniería de Sistemas, aunque en eso los computadores eran muy caros, pero aunque eran caros, todos tenían su pequeño portátil o su computador en la casa y calculadoras científicas grandes y yo no tenía ni calculadora científica, que sí necesitaba pa' la ingeniería pal cálculo, ni tenía el computador, ni el chiquito ni el grande en la casa, entonces yo empecé a sentirme menos en todos esos aspectos y me refugiaba era en la piscina, pero también después logré integrarme un poquito, pero la parte académica la deje muy descuidada, hice sino 2 semestres y la descuide en uno, que esos dictámenes de hombría son casi iguales, varía la forma , pero sí, ya en EAFIT vos te tenés que vestir muy bien, tenés que tener plata pa' invitar la pelada un fin de semana en*

la discoteca y sino vos no sos un hombre, luego de la discoteca llevarla a un motel y si no vos no sos hombre y la ropa influye mucho y mire pues, uno teniendo el potencial pa' estudiar y uno no estudiaba por eso, y más en una universidad pues que hoy en día se ha vuelto un poquito más, ha bajado el nivel y se ha vuelto más abierta, sí, más plural y gente de más estratos pues yo estoy hablando del 92, EAFIT no era sino puro estrato 6 no más, entonces no era fácil y para ellos no era fácil ver llegar un pelao de Manrique porque yo ya vivía en Manrique, "usted dónde vive", "en Manrique" porque eso sí yo nunca he sido pues, "ah yo vivo en Manrique", "en Manrique y usted cómo hace pa' estudiar acá y entonces no faltaba 2 o 3 que habían venido de hacer el bachillerato en high school en Estados Unidos y entonces, "ay, o sea y tú vives en Manrique y eso qué es? Uy gas", es muy teso, pero esos dictámenes siguen ahí, la sociedad siempre nos va a poner muchas taras y muchas cosas. Cómo te vestís, cuánto te metés en el bolsillo, invitás a tu novia a motel o no la invitás, la invitas a discoteca o no la invitás, eh, entonces después, entonces yo ya aprendí a vivir eso y eso sí me alejó de la vida de Envigado y todo eso, ya iba donde mi abuela, pero donde mi abuela, no más, no salía de ahí, y bueno ya empecé a sumir todo eso, pero ahí todavía la timidez con las mujeres exagerada, yo recuerdo en EAFIT ese amor por una de las pelaítas que había vivido en Estados Unidos, se llamaba Paulina, no, yo decía "ay que esa niña me hablara" yo no soñaba sino con eso, yo creo que yo no estudiaba sino por eso, no "que me hablara que me dijera algo, Dios mío", y un día nos pusieron en una clase a trabajar en parejas, usted con usted, y yo al lado de ella, yo ni le hablaba, yo ni le hablaba y más que yo sabía que ella se burlaba de mí, porque era muy evidente, la burla hacia mí por las condiciones sociales que eran distintas, me vestía distinto a ellos, el bolso era distinto, el refrigerio era distinto, ellos tenían y en la cafetería compraban y a mí me empacaban el sánduche, porque no había y yo digo, hoy en día yo hubiera asumido eso distinto, llegaría orgullosísimo con mi sánduche y me lo hizo mi mamá con mucho amor y ustedes con una hamburguesa que hasta sin amor se las dieron, pues obviamente,



*pero si uno fuera un joven con la madurez de un adulto la vida sería fabulosa (Pablo. 35 años).*

Luego debe retirarse de esta Universidad y se va a una universidad donde asisten personas de sectores más populares y clase media. Hablando de esa experiencia y comparando su habitar en diferentes contextos socio-económicos narra:

*Sos hombre en la medida en que sos autosuficiente, en la medida en que vos produzcas, en la medida en que vos sepás trabajar, en la medida en que... hay unos que todavía siguen estando ahí sigue estando ahí en la medida en que vos sos mujeriego , sí vos sos hábil con las mujeres y te acostás con muchas vos sos muy hombre, en eso sí sigue siendo muy similar al otro, en la parte sexual "parce usted tiene una noviecita y usted se le dedica a esa sola noviecita, parce usted es un guevón", no, tenga bastantes hermano, porque ahí fue que yo boté la timidez, la construcción de la masculinidad en nuestra sociedad o por lo menos en la experiencia mía, y que fue vivida en diferentes barrios y eso, parte como de los mismos elementos, siempre tiene en cuenta como las mismas variables, la relación del hombre con la mujer, esa capacidad de conquista, de ser el gigoló del barrio, entonces eso es signo de más masculinidad, la fuerza, la fuerza física, ciertos elementos ya de la sociedad como algunos deportes casi que son hechos para hombres, y el futbol, por ejemplo, se ha tomado que es para hombres aunque hoy en día ya no tanto, eso ha variado un poquito, pero en la época mía sí, entonces son como esa serie de elementos, ehh, el alejarse de las tareas domésticas, del hogar, de la cocina, porque acercarse a hacer esas labores domésticas de lavar, planchar, y ayudar en la casa son signos de que estás débil en tu masculinidad. (Pablo, 35 años).*

Lo que evidencia este relato es que la diferencia en las condiciones materiales de existencia se traduce también en algunas diferencias en los mandatos que se implantan a los hombres en las clases medias y altas frente a los sectores populares. Lo que resalta entonces es que

en las clases populares los hombres se deben perfilar como quien pueda "sacar su familia adelante", ayudar a sus padres. Creo que es importante resaltar que es común que sean familias monoparentales donde, en muchas ocasiones, el éxito económico de los hijos se traduciría en una estabilidad para la familia y mejores condiciones de vida, pero además de eso, se construye alrededor de este tema una legitimación como varón. En ese sentido, el contraste que quisiera hacer evidente es que en los sectores populares se establece una obligatoriedad de que los hombres se inserten rápidamente a los circuitos laborales, así demostrar empeño, responsabilidad, autosuficiencia y sobre todo ayuda a sus padres; mientras tanto en los sectores de clase media y alta, si bien también se establece la obligatoriedad del éxito económico para los hombres, este debe ser una parte constitutiva de su proyecto de vida a largo plazo, no es un mandato que deba ser realizado en la inmediatez. Esto está acompañado del apoyo económico de sus padres para cursar estudios universitarios o acceder a ciertos bienes materiales, por ejemplo; por su parte, para las personas de sectores populares estos, generalmente, deberán ser conseguidos por sus propios medios y para ello la vinculación al mundo laboral se instituye como una necesidad de primer orden y desde muy tempranas edades.

Esto configura además formas diferentes de legitimación frente a sus pares. Para los hombres de clases bajas la legitimidad como varones se demuestra a través de una marcada autosuficiencia y de la responsabilidad por otros y otras, para los de clases medias y altas esto podrá esperar un poco por lo cual durante la juventud importarán mucho más factores como los bienes económicos que se tengan, el liderazgo en el grupo de amigos, la relación con las mujeres y el pasarla bien.

Hay otro elemento que aparece como diferenciador entre las clases de estratos bajos frente a las de estratos medios y altos y tiene que

ver con la relación con los hijos. En los relatos de los hombres de clases bajas y medias bajas aparecía de manera renuente un afán, una pregunta o una relación temprana con la paternidad. Tener hijos, la llamada "pinta", se establece como un elemento central en la legitimación como hombre por lo cual, en etapas muy tempranas el tener hijos, a pesar de la conciencia de lo que puede acarrear, está cargado de una significación positiva pues en últimas redonda en su legitimación como varones. En las clases medias y altas, si bien también hay un mandato a formar familia, ese mandato está atravesado por otros elementos como alcanzar ciertos títulos universitarios y alcanzar un confort económico para llegar finalmente a ser esa autoridad familiar. En ese sentido, la llegada de un hijo o hija no esperada es significado mucho más como un obstáculo o una dificultad para la continuación de tal proyecto de vida. En términos de lo anteriormente planteado desde Clifford Geertz (2003), lo que se encuentra es la construcción de "motivaciones" diferentes entre los hombres de acuerdo al capital simbólico relacionado con su condición socio-económica de origen.

Frente al tema de racialidad y etnicidad se encontraron menos elementos pues no se hizo un trabajo con hombres pertenecientes a grupos pertenecientes a poblaciones tales como afrodescendientes, indígenas o población ROM por lo cual sólo haremos una reflexión que emergió de uno de los relatos de los hombres entrevistados. Pablo narraba:

*Yo fui muy tímido con las mujeres, mis amigos no, por ejemplo yo fui muy tímido por algo muy esencial y muy fácil que, yo hoy en día lo entiendo muy fácil. Con el primo que yo me crie, físicamente somos muy distintos, entonces él es mono, de ojos azules, blanco, yo soy moreno o trigueño, de cabello oscuro, ojos oscuros, entonces no es fácil cuando salíamos los dos para la escuela como hermanitos, que todo el mundo "ay, el mono tan lindo, el monito tan lindo" y al del lado nada le dicen nada, y todas las peladas "ay el mono tan lindo, el*

mono tan lindo" y el otro nada; entonces qué pasó, que eso generó en mí un choque, una reacción y yo empecé a ser muy violento y como te digo yo por contextura yo les ganaba a todos mis amigos, hacía daños en el barrio, yo no respetaba ninguna señora del barrio, porque sí a mí una señora del barrio me decía algo, yo cogía y le quebraba los vidrios y sabían que no me podían decir nada porque yo volvía y se los quebraba o ya les hacía otro daño más grande, entonces llegaban al punto de decir "no, éste es el diablo" pero yo hoy en día entiendo por qué, el diablo pues porque la sociedad lo hace a uno, incluso en mi familia era lo mismo, era el monito, es que el monito es muy juicioso, entonces cada día como una bola de nieve y se va volviendo pero porque primero era sólo por la diferencia física, ya luego era por el comportamiento, porque el comportamiento obedecía a esa diferenciación física que ellas hicieron, me explico en un principio "ah, éste es monito, éste no", entonces como eso en mí generaba un choque yo empecé a ser plaga, entonces ya generaba de todo, había más rechazo mío, ya no sólo por no ser monito y de ojos azules y ser moreno sino porque era el moreno pero era la plaga, pero era la plaga como "ey, véanme aquí estoy yo, respétenme" como llamando la atención y diciendo "aquí estoy presente porque a mí nadie me dice nada", entonces yo quise marcar la diferencia con dos cosas, por un lado era muy buen estudiante, porque mi primo no era un buen estudiante, entonces yo como pa' salirle adelante yo era muy buen estudiante y entonces me iba superbién en todo pero era muy plaga y tenía problemas de conducta en el colegio, en todo lado y hoy en día descubro que yo no soy así, de hecho soy una persona súper calmada, después cuando yo superé eso, en toda parte me he diferenciado y me he distinguido, en el seminario yo me distinguía por serio, por aplomado, pero en la niñez no era la forma de reaccionar, y entonces eso en mí creó una timidez muy grande hacia las mujeres, pues claro, decían, es que éstos son los bonitos, mi primo y los amigos que de casualidad el grupo de los amiguitos casi todos también eran blancos todo eso y yo era el único moreno entonces yo entendí mal y como "moreno, sinónimo de feo" y entonces yo no me interesé por las mujeres y no me atreví ni a

*hablarles porque yo detrás yo mismo me respondía por ellas, "no, este man que me va a interesar si éste man es moreno, no me interesa". (Pablo, 35 años).*

Este pasaje hace evidente de qué forma se articula las formas de racialización con el orden de género. La masculinidad está, como ya fue analizado, anclada a lo que se denominó "heterosexualidad activa". Esta heterosexualidad activa depende del éxito con las mujeres, lo que este relato hace evidente es que las posibilidades de Sergio frente a las de su primo se veían reducidas pues el contexto social que habitaban establecía como bello aquello asociado al fenotipo caucásico, mientras el fenotipo más mestizo fue infravalorado. De entrada también se hace evidente una predisposición social que asocia lo blanco con lo "apacado" o "juicioso", mientras "lo negro" o "lo oscuro" es directamente asociado al mal comportamiento.

A partir de lo anterior, lo que se quiere plantear es que la masculinidad hegemónica también configura unos privilegios raciales y de clase que, generalmente, se expresan en facilidades para alcanzar el desarrollo de estos tres elementos: autoridad familiar, éxito económico, heterosexualidad activa; pero sobre todo en los dos últimos elementos (Viveros, 2002). Si bien esa masculinidad hegemónica tiene unos rasgos generales que son transversales, también desde su intersección con otras formas de organización y dominación como el racismo o el clasismo establecen apropiaciones diferenciadas de esas representaciones y sobre todo condiciones de posibilidad o contextos de *situación* que generan diferentes experiencias en la significación del hacerse hombre.

### **3.6. CONSIDERACIONES FINALES.**

Quisiera retomar algunos elementos para hacer un ejercicio de síntesis. Este capítulo parte de la premisa de que el análisis de las

representaciones sociales sobre la masculinidad es central para comprender cuáles son los parámetros y valoraciones que configuran el guión establecido para el hacerse hombre. Ese guión se construye en medio de relaciones de poder que no atraviesan solamente el género, sino también los diferentes momentos del trayecto de vida, condiciones étnico-raciales y de clase.

Estas representaciones no son únicas, por el contrario emergen como multiplicidad, sin embargo, dentro de esas multiplicidad de representaciones y de existencias de la masculinidad se tejen algunas representación que se constituyen como hegemónicas. A partir de este trabajo encontramos que los tres ejes articuladores de esa masculinidad son la autonomía económica, la autoridad de un núcleo familiar y una heterosexualidad activa. Estos elementos coinciden con los análisis de José Olavarría (2001a; 2001b, 2001c, 2006) en Chile donde analiza también estos mandatos.

Estos tres ejes que organizan las representaciones hegemónicas de la masculinidad generan una lógica de funcionamiento que privilegia ciertas características que son vistas como necesarias para lograr estas tres: fuerza, liderazgo, autonomía, independencia, belleza, un rechazo a aquello visto como "femenino", una apropiación de las mujeres, instalarse como figura de protectora de cierto grupo de mujeres, investirse de autoridad, tener éxito económico, entre otros.

En esa línea Bonino plantea que:

Para comprender su grado de exigencia, estos imperativos/creencias deben ser entendidos desde la Lógica del todo/nada masculina (Lt/n.m) (Kuper, 1995), para la cual el no cumplimiento del ideal que propone una creencia (lo deseable/idealizado) arrastra inevitablemente al incumplidor a su extremo opuesto: el negativo del ideal propuesto por dicha creencia (lo temido/lo persecutorio), sin matizaciones. Los

enunciados a que nos referimos son los siguientes (Bonino, 2000: 48).

Este planteamiento desconoce un asunto centran la organización de las representaciones hegemónicas de la masculinidad y es que no necesariamente funciona en la lógica del todo a nada pues la pertinencia a esta masculinidad se negocia a partir de varios elementos. En ese sentido, se hace parte de la masculinidad hegemónica porque se encarna ese lugar o porque se es cómplice así no se llegue a encarnar el modelo de masculinidad.

Ahora, en la vía de esa lógica que se configura a partir de esos mandatos Bonino plantea cinco elementos constitutivos de la masculinidad:

1. No tener nada de mujer
2. Ser importante
3. Ser un hombre duro
4. Mandar a todos al demonio
5. Respetar la jerarquía y la norma

Quisiera llamar la atención sobre todo del último ítem pues tiene que ver con lo que aquí se sostiene. El “respetar la jerarquía y la norma” da cuenta de que la masculinidad se juega no tanto en el “hacer lo que se quiere” porque se es libre, porque se es hombre, sino en saber recibir el beneficio o privilegio que la jerarquía y la norma puede ofrecer. Eso implica, por ejemplo, el hacer parte de la masculinidad hegemónica cuando no se encarna completamente como “complicidad”, esto, sin tener en cuenta si quiera que la masculinidad hegemónica funciona más como representación o como modelo a alcanzar que como realidad encarnada por la mayoría de los hombres.

Ahora, volviendo a los cinco elementos propuestos por Bonino es importante plantear que estos elementos particulares que él retoma no funcionan como metas o motivaciones en sí mismos, sino que hacen parte de unos parámetros mayores que definen el lugar social de los varones, son elementos necesarios para alcanzar las tres ya mencionadas a través de este capítulo: la autoridad sobre un grupo familiar, el éxito económico y la heterosexualidad activa. Esto que denominamos meta y tiene que ver directamente con lo que denominamos "lugar social" y que tiene que ver con cuáles son las funciones que se esperan de los hombres. Este asunto nos arroja a otro debate que ha sido ya clásico dentro de los estudios de género: los roles de género.

Si bien es sabido que el paradigma de los roles sexuales o de género fue insuficiente para explicar la construcción y reproducción del orden de género, la pregunta por los roles y su relación con todo el entramado sigue siendo pertinente y necesaria. Producto del rechazo a esas perspectivas clásicas hemos dejado este asunto a un lado, sobre todo de la teorización. Al realizar esta investigación, que no partió preguntándose por los roles, emergía una y otra vez en los relatos una asociación entre todas estas características con funciones sociales o roles sociales: dirigir, cuidar, proveer, engendrar. De cierta forma la educación que produce determinadas identidades de género lo que está haciendo es formando sujetos que deberán ocupar determinado rol social. No en vano estas tres características que emergen de este análisis y que coinciden con las halladas por Olavarría tienen una relación con los tres elementos definitorios de la masculinidad que señala Gilmore: Protector, Proveedor, preñador y que corresponden entonces a el problema de la Autoridad, el éxito económico y la heterosexualidad activa. Lo que sí vale la pena señalar es que a pesar de su relación no son lo mismo, un asunto es la función/rol que se espera y otra cosa son las características que se



establecen y se forman; de tal manera que, aunque existe una relación directa, hay que hacer el esfuerzo analítico por comprender su funcionamiento concreto.

## **CAPÍTULO 4**

### **“USTED NO ES UNA NIÑA, COMPÓRTESE COMO UN VARÓN”: AGENTES DE SOCIALIZACIÓN, DISPOSITIVOS DE GÉNERO Y PRÁCTICAS INSTITUYENTES DE LA MASCULINIDAD**

#### **4.1. El *Habitus* y las prácticas de institución de la masculinidad: la incorporación del orden de género.**

En el capítulo anterior analicé las representaciones sociales sobre la masculinidad hegemónica apoyándome en lo que en la ciudad de Medellín configura aquello que, R. Connell ha denominado “Masculinidad hegemónica”. Por lo tanto, estudiaré la construcción de las representaciones sociales que construyen lo que se legitima como masculinidad y que son inculcadas e impresas en los cuerpos y las subjetividades de hombres y mujeres a través de una serie de instituciones que por medio de múltiples dispositivos las incorporan en la formación de las identidades de género de los varones. Esos dispositivos los denomino *prácticas instituyentes de la masculinidad*, noción que construyo a partir del concepto de “prácticas” y el de *habitus* de Pierre Bourdieu. En este sentido, el autor define el *habitus* como:

Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin, sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu, 2007: 86).

Desglosando esta definición se puede afirmar que: 1) El *habitus* se forma en contextos concretos a partir de la experiencia vivida de ciertas particularidades o “condiciones de existencia”, se configura en medio de las trayectorias de vida de las y los sujetos. 2) Estas trayectorias vinculan la experiencia del sujeto no como un cúmulo de acontecimientos que determinan su percepción frente a la vida y su comportamiento, sino como el producto de unas estructuras sociales que establecen ciertas regularidades, pero que la existencia de estas “regularidades” no implican la imposibilidad del cambio y la contingencia. El *habitus* es por tanto un grupo de “disposiciones duraderas” que se transmiten históricamente y que nos estructuran como sujetos, que organizan nuestras prácticas y representaciones. Hay que enfatizar en términos como disposición que apunta mucho más a la orientación regulada y reguladora de estas estructuras que a una visión determinista de las mismas lo cual dejaría automáticamente de lado la contingencia y la transformación. Lo anterior aparece cuando el autor dice “sin ser el producto de la obediencia a reglas”. 3) Estas “estructuras estructurantes” se ordenan y sostienen colectivamente, pero no son el producto de la voluntad racional de un sujeto o un grupo determinado. En esta línea Bourdieu plantea que:

Aunque no se excluye de ningún modo que las respuestas del *habitus* vayan acompañadas de un cálculo estratégico que trata de realizar conscientemente la operación que el *habitus* realiza de otro modo, a saber, una estimación de las probabilidades suponiendo la transformación del efecto pasado en el objetivo anticipado, esas respuestas se definen en primer lugar fuera de todo cálculo, en relación con potencialidades objetivas, inmediatamente inscritas en el presente, cosas por hacer o no hacer, decir o no decir, en relación con un porvenir probable que, al contrario del futuro como “posibilidad absoluta” (*absolute*

*Möglichkeit* ), en el sentido de Hegel (o Sartre), proyectado por el puro proyecto de una "libertad negativa", se propone con una urgencia y una pretensión de existencia que excluye la deliberación. (Bourdieu, 2007: 86).

El *habitus* no es algo que se vive conscientemente y que se construye como un guion racionalizado que sirve como guía de consulta para la toma de decisiones o para comportarte. Sin embargo, tampoco es una fuerza oscura, metafísica que determina todo sin ninguna conciencia. El *habitus* como ya fue dicho establece disposiciones que pueden ser incorporadas y que, aunque pueden funcionar como guías, no lo hacen a modo de libro de consulta "guía de consulta externa" sino como una orientación hacia ciertos elementos que determinan la subjetividad y por lo tanto la lectura del mundo. Aun así hay cierto conocimiento de los elementos que pueden configurar tal guion, esos elementos son precisamente las normas sociales que el sujeto habita y reproduce entre un ir y venir entre la conciencia y la naturalización de la misma.

Este elemento de la propuesta de Bourdieu cobra sentido entre su insistencia en superar dos perspectivas una inscrita dentro de lo que podríamos llamar "voluntaristas" que niegan toda estructura social estableciendo que las prácticas sociales son el producto de una racionalización que busca siempre un fin de acuerdo a ciertos objetivos, y una visión contraria que pone todo el peso en las estructuras sociales volviendo al sujeto un simple receptor y reproductor de las representaciones y normas impuestas "desde afuera". La noción de *habitus* va más allá al mostrar que lo que se hace, lo que se piensa y lo que se dice se encuentra en esas intercepciones entre unas estructuras históricas, unas trayectorias particulares de vida que configuran una experiencia, una racionalización a partir de cierto nivel de información limitada que el sujeto tiene de su entorno y el mundo, una relaciones que se

establecen con el entorno, pero también una serie de contingencias que se van dando en diferentes órdenes.

Estas disposiciones se expresan en el habitar y vivir diario, en lo que se hace y lo que se dice, en el hacer de la vida cotidiana, a esto es lo que denominamos prácticas sociales. Sin embargo, para no caer en un "subjetivismo", las prácticas no son sólo lo que el sujeto hace como habitar o cocinar, sino que también las prácticas se establecen en el hacer de las instituciones mismas y, de manera crucial, en las relaciones que se establecen en el trayecto de vida, en los vínculos que esas relaciones tejen y en los conflictos que aparecen en tales relaciones. En ese sentido, no quiere decir que las instituciones produzcan lenguajes normativos que son leídos como representaciones y lo que el sujeto hace sea visto como prácticas, sino que esas prácticas se viven de manera individual y colectiva y tienen focos de emergencia tanto institucionales como de las cotidianidades mismas de los individuos y sus relaciones, en últimas sería imposible optar por una opción analítica que borra las evidentes e inquebrantables relaciones entre los individuos, la colectividad y las instituciones. En este sentido, la masculinidad se constituye en esa intercepción entre la subjetividad, las relaciones que se tejen, el lugar de las instituciones expresadas en códigos normativos y las representaciones sociales.

Por otra parte, la incorporación del *habitus* es un proceso histórico y lo es en, por lo menos, dos sentidos. Por un lado, en tanto las instituciones, las prácticas sociales y las representaciones colectivas que lo conforman se transforman con el tiempo y por lo tanto generan variaciones, transformaciones, conflictos, fracturas y rupturas a pesar de su carácter estructural y estructurante. El segundo, desde una visión más micro de los sujetos que incorporan estos elementos a través de unas trayectorias de vida que generan significaciones de la experiencia y que se forman dentro de las

regularidades sociales, pero también desde las contingencias y particularidades mismas que cada quien vive. En ese sentido, Bourdieu plantea que:

Historia incorporada, naturalizada, y, por ello, olvidada como tal historia, el *habitus* es la presencia activa de todo el pasado del que es producto: es lo que proporciona a las prácticas su *independencia relativa* en relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato. Esta autonomía es la del pasado ya hecho y activo que, funcionando como capital acumulado, produce historia a partir de la historia y asegura así la permanencia en el cambio que hace al agente individual como mundo en el mundo. Espontaneidad sin conciencia ni voluntad, el *habitus* se opone por igual a la necesidad mecánica y a la libertad reflexiva, a las cosas sin historia de las teorías mecanicistas y a los sujetos "sin inercia" de las teorías racionalistas. (Bourdieu, 2007: 91-92).

Quisiera enfatizar dos elementos de este enunciado. El primero consiste en que esta visión no define el presente a partir del pasado de manera determinista, ni ve en los desarrollos del presente la capacidad de transformar los objetos y sujetos como si estos no tuvieran ya unas cargas del pasado, sino que ve este encuentro como una relación que reinventa día a día el mundo en una dialéctica entre lo que viene, lo que llega, lo que nace. Esto es de vital importancia a la hora de comprender las transformaciones contemporáneas sin desconocer procesos de larga y mediana duración que forman los objetos que estudiamos. Lo segundo, el éxito en la operación de la formación del *habitus* es que si bien es producto de una historia, esta se incorpora de manera tal que pasa por natural y termina por olvidar la historia misma que la forma generando la ficción de inmutabilidad y permanencia. Lo que queda terminar de explicitar en esta relación que el autor nos plantea es que el *habitus* se configura en el

intersticio de las formaciones de unas disposiciones frente a unas condiciones de posibilidad que estructuran las posibilidades de operación de esas disposiciones.

De tal manera, podríamos decir que es estructural en tanto es una lógica que subyace al acontecimiento, que va más allá de lo contingente pues se encuentra en un tejido mayor que le define como los marcos culturales/simbólicos, los lazos sociales, la economía o la política. Es estructurante en tanto esa estructura al funcionar como una cierta lógica se constituye como escenario que da cierta forma y marco de significación a la experiencia y la subjetividad. Sin embargo, la estructura no es inmóvil, el día a día, lo acontecimental, la contingencia, la coyuntura y el devenir de las relaciones que se establecen van dando nuevas formas a esa estructura dando paso a una historia en movimiento que no cesa y que de ninguna forma, a pesar de su carácter estructural, puede quedarse estática.

Ahora bien, el *habitus* no es noción totalizadora. Como bien lo señala Bourdieu se forma en campos particulares de la vida. Por ejemplo, se construyen ciertas disposiciones para trabajar como panadero o para ser docente en una escuela primaria, pero también se forman *habitus* en la formación de las identidades de género, o de la pertenencia a tal o cual región o de un estrato socio-económico alto, medio o bajo. Estas regularidades que se forman en los diferentes grupos sociales a partir de una serie de experiencias compartidas a partir de la situación dentro de un orden económico, pero también político y cultural, no implica una homogenización de los mismos, sino el reconocimiento de unas trayectorias comunes que se expresan en actitudes frente a la vida, en prácticas sociales, políticas, estéticas, etc; en representaciones colectivas, entre otras.

En ese sentido, podemos pensar el orden de género como “un campo” (conjunto de estructuras objetivas) dentro de la

denominación de Bourdieu, un espacio de prácticas, discursos y representaciones, que en este caso tiene como particularidad el ser transversal a la sociedad desde cualquier punto de vista (geográfico, etario, racial, de clase), se encuentra en el trabajo, la escuela, la familia, la sexualidad, el cuerpo, en síntesis, cualquier espacio de la vida.

Así, la noción de *habitus* es útil para el análisis de género en tanto permite comprender la incorporación de unas representaciones sociales de la diferencia sexual que se constituirán como el marco identitario para la identificación de los sujetos dentro de las categorías que socialmente se ofrecen: hombres y mujeres, proceso que se a través de una serie de dispositivos que la forman y la incorporan como producto de una historia que vincula estructuras sociales y trayectorias de vida, sociedades e individuos y que, como ya lo hemos planteado desde la noción de sistema sexo/género, es apropiado por los sujetos a través de una historia que termina por ser borrada, esencializada y naturalizada. La categoría género ha sido “una herramienta útil” por parafrasear a Scott, que ha permitido develar que las identidades de sexo y de género no son productos pre-sociales ni acabados, sino construcciones sociales artificiales y en permanente construcción. Por su parte, la noción de *habitus* permite establecer una ruta de cómo poder seguir el rastro de las formas en que efectivamente se produce este sistema sexo/género.

Como ya he planteado este trabajo se interesa por seguir esos rastros para analizar las formas de producción y significación del hacerse hombre, en ese sentido se orienta a preguntar por el proceso de construcción del “*habitus* del ser hombre” lo que implica pensar en el proceso de “hacerse hombre”. Se ha propuesto entonces alcanzar una comprensión de ese *habitus* a partir de una serie de elementos que lo conforman: las representaciones, las prácticas, los significados de la experiencia. Ya se ha ahondado en la primera parte sobre el



primero de estos tres elementos, ahora exploraré el segundo para poder analizar esos dispositivos presentes en las trayectorias de vida a través de los cuales se incorpora “el ser hombre”. A esto le denominaré entonces como *prácticas instituyentes de la masculinidad*. En esta línea, Martín de la Cruz López Moya desde la perspectiva de género define la noción de prácticas como:

La apropiación de un conocimiento que producen los individuos cuando éstos ejecutan acciones concretas. De tal manera que al adoptar las conductas y los comportamientos que se suponen esenciales, adecuados o “normales” de su género –maneras de pensar, caminar, vestir y hablar- y al incorporar nociones relativas a las funciones y usos legítimos de sus cuerpos, los varones (y las mujeres) durante sus interacciones cotidianas producen y reproducen nociones dominantes de lo que debe ser un hombre, o una mujer (López Moya, 2010: 67).

En ese sentido, en las trayectorias de vida de los hombres es posible identificar una serie de prácticas sociales que en diferentes espacios de la vida relacionadas con diferentes instituciones como la familia o la escuela y en determinados momentos y edades son ejercidos por los entornos para garantizar que los cuerpos machos cumplan con lo que las representaciones hegemónicas esperan de estos cuerpos. Así, prácticas como el castigo o la injuria se convierten en dispositivos a través de los cuales se instituye la masculinidad y que poco a poco logran incorporar los mandatos de la masculinidad hegemónica en los varones.

Estas prácticas que instituyen la masculinidad en el cuerpo de los varones operan en un esfuerzo continuado del día a día. Este esfuerzo continuado se da en los diferentes momentos de la vida y se expresa a través de instituciones, discursos y relaciones con otros y otras. Ese proceso relacional que se a través de la vida es lo que se

denomina socialización y por medio de esta se configuran estos marcos que servirán de referencia para las identidades de género permitidas y prohibidas. Los sociólogos Berger y Luckman plantean la socialización como un proceso por el cual las personas aprehenden la estructura de organización social con sus consecuentes reglas y formas de relación, en ese sentido plantean que la socialización:

Puede definirse como la inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él. La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. (Berger Y Luchkmann, 1968: 164).

Es muy importante la primera parte de este enunciado. Si bien la teorización de estos sociólogos es ya clásica, fue escrita en los años cuarenta, si no perdemos de vista su horizonte más amplio puede dar varias luces de análisis. Ese horizonte más amplio consiste en su insistencia de que la socialización tiene que ver con la aprehensión de lo que denominan como "realidad objetiva" y que tiene que ver con una construcción misma de la realidad social, en otras palabras, la socialización es el proceso por el cual las personas son inscritas en una construcción social considerada realidad objetiva que le permite al sujeto poder estar inscrito en determinadas relaciones sociales, en determinados contextos.

El proceso de socialización no es nunca un proceso acabado. Es siempre una construcción que no cesa y que hasta el final de una vida adopta nuevos rumbos por lo cual no es sólo un proceso que tiene que ver con la infancia y la adolescencia. Por otra parte, la socialización es también el proceso de inscripción de determinados

lugares sociales para los sujetos, de determinadas posiciones en los sistemas de estructuración social y por ende de determinadas identidades sociales dentro de la cual las identidades de género ocupan un lugar transversal, estructural y paradigmático. En ese sentido, estos autores plantean que:

Recibir una identidad comporta adjudicarnos un lugar específico en el mundo. Así como esta identidad es subjetivamente asumida por el niño, también lo es el mundo al que apunta esta identidad. Las apropiaciones subjetivas de la identidad y del mundo social son nada más que aspectos diferentes del mismo proceso de internalización, mediatizados por los mismos otros significantes. (Berger y Luckmann, 1968: 165).

De tal manera que la inscripción de la masculinidad es la adjudicación de “un lugar específico en el mundo” a partir de determinadas representaciones sociales y a través de determinadas prácticas que instituyen estos mandatos en las subjetividades de los varones.

Por otra parte, como puede verse en la primera cita, los autores proponen dos niveles en el proceso de socialización: primaria y secundaria. La socialización primaria se da en los primeros años de la vida, donde, según los autores, los niños y niñas reciben una serie de discursos por parte de su esfera familiar que en un primer momento se constituyen como los únicos posibles al ser los únicos a los que se tiene acceso y se erigen como verdades absolutas de ese mundo. Así, se va elaborando un proceso en el cual el niño y la niña interiorizan esas voces no como una posición particular en el mundo, sino como una generalidad social:

El niño no internaliza el mundo de sus otros significantes como uno de los tantos mundos posibles: lo internaliza como el mundo, el único que existe y que se puede concebir, el mundo tout court (Berger y Luckmann, 1968: 169).

Por otra parte, los niños y niñas empiezan a construir una percepción sobre las identidades y en esa vía sobre los lugares sociales y los "roles" sociales específicos a través de la constitución de la división sexual del trabajo. Por ejemplo, los niños empiezan a identificar y apropiar la división binaria del género y en ese sentido a reconocer a hombres y mujeres. Luego se identifica con algunas y ve cómo en su casa son las mujeres las que están siempre para las labores domésticas, mientras los hombres se eximen de las mismas. Este niño o niña no leerá el fenómeno como una particularidad de su hogar sino que lo verá a partir de una generalización que se podría expresar en: todas las mujeres deben estar en las labores domésticas. Si un niño o niña ve otra forma de organización y división del trabajo en su hogar, generará otro tipo de generalizaciones pues como ya hemos argumentado, la utilidad de nociones como la de socialización es que insisten en el carácter construido de las realidades sociales. De tal manera que, la división sexual del trabajo que se configura en el ámbito doméstico se constituye a través de la ejemplificación de los roles en una práctica constituyente de la masculinidad estableciendo en los varones un lugar de privilegio dentro del hogar.

En cuanto a la socialización secundaria, Berger y Luckman la definen como:

La socialización secundaria es la internalización de "submundos" institucionales o basados sobre instituciones. Su alcance y su carácter se determinan, pues, por la complejidad de la división del trabajo y la distribución social concomitante del conocimiento. Por supuesto que también el conocimiento relevante en general puede estar distribuido socialmente –por ejemplo, en forma de "versiones" basadas sobre la clase-, pero a lo que aquí nos referimos es a la distribución social del "conocimiento especializado", que surge como resultado de la

división del trabajo y cuyos “portadores” se definen institucionalmente (Berger y Luckman, 1968: 173).

En ese sentido, la socialización secundaria comienza cuando los escenarios con los cuales el sujeto interactúa y dentro de los cuales genera formas de relación se multiplican en muchos más escenarios. Este contexto enfrenta al sujetos a otros discursos, representaciones e instituciones, al igual que se transformarán sus relaciones sociales, experiencias que dialogan, complementan y enfrentan las anteriores. Estos “submundos” aparecerán a través de toda la trayectoria de vida por lo cual el proceso de socialización nunca será cerrado totalmente. Por ejemplo, dentro de lo que Berger y Luckman definen como “segunda socialización” podemos identificar procesos como la educación en sus diferentes niveles o el trabajo, pero también una intensificación de la relación con los pares en diferentes tipos de escenarios.

Ya ha sido dicho que a través de este apartado se busca analizar a mayor profundidad el proceso de socialización y sobre todo en su relación con la formación de un *habitus* relacionado con la formación de la masculinidad y la “identidad de varón”. Sin embargo, antes de continuar se hacen necesarios un par de llamados respecto a la noción de socialización aquí esbozada.

La teoría y los conceptos que acuñamos en el intento por dar cuenta de la sociedad y sus fenómenos también son circunstanciales, también responden a determinados contextos históricos que generan las condiciones de posibilidad y, si se quiere, las realidades desde las cuales hablamos. La noción de socialización que encontramos en autores tan clásicos, pero necesarios, como Berger y Luckmann no son una excepción al paso del tiempo. Su propuesta y enfoque para el análisis de la socialización los considero aún hoy válidos, pero, a la

luz de este trabajo es necesario hacer dos salvedades, ambas relacionadas con la división entre socialización primaria y secundaria.

En primera instancia, con las transformaciones propias de la segunda mitad del siglo XX y sobre todo de sus últimas dos décadas las formas en que funcionan los momentos de socialización han cambiado. Sin ser completamente exacto, sí se podría afirmar que antes de la masificación de los medios de comunicación, para un niño o niña los discursos que recibía en la unidad familiar podrían constituirse como la mayor fuente de conocimientos sobre “el mundo objetivo” y que sólo con su salida al espacio público a través de la educación o el trabajo podría ingresar a esa segunda esfera de socialización. Hoy, pensar de esta manera es una imposibilidad. Desde una edad muy temprana los niños y niñas están expuestos no solamente a los discursos de que reciben de los integrantes de la unidad familiar, sino también de una serie de medios que hacen presencia en la cotidianidad inmediata dentro del hogar: televisión, música, video juegos, juguetes interactivos, etc; todos ellos ofreciendo sus propias versiones del “mundo objetivo” y por ende de lo que son los hombres, las mujeres y sus relaciones; todo lo anterior reforzado con una cada vez más amplia y variada oferta de productos y servicios en telecomunicaciones dirigidos directamente a los niños y niñas, donde sobresalen canales como Discovery Kids o Nickelodeon o consolas y videojuegos desde la primera infancia hasta la adolescencia. Para un ejemplo del poder de estos medios en el mundo contemporáneo basta con escuchar el lenguaje y las formas de comunicación de un niño o niña con un contacto prolongado con alguno de estos medios, sobre todo los televisivos, allí podemos notar que su lenguaje, sus gestos, expresiones y palabras que usa no tienen, muchas veces, nada que ver con el de su contexto familiar. A esto, debe sumarse cada vez la mayor disminución de la edad promedio para ingresar al mundo educativo. Antes establecido entre

los seis o siete años y ahora entre los tres y cinco años, transformación que evidencia el desplazamiento del interior de la casa hacia otros espacios de “afuera” que ha ocurrido en las formas de socialización.

En este sentido, hoy no podemos reconocer de la misma manera la socialización primaria como un campo de únicos discursos pues los niños y niñas desde una corta edad se están enfrentando a múltiples escenarios, representaciones y prácticas incluso dentro de la misma unidad familiar.

El segundo elemento sobre el cual quisiera llamar la atención tiene que ver con otro elemento diferenciador entre el primer y segundo momento de socialización. La teoría de Berger y Luckmann enfatizan la socialización secundaria a partir de la inserción a ciertos submundos que para ellos tienen que ver principalmente con el acceso a mundos laborales, y aunque reconocen que no es el único modo, sí enfatizan en este y en la educación formal. Ahora, pensar en la socialización desde la formación de las identidades de género, en particular de las masculinidades, es necesario señalar que estos cortes tienen otras formas de articularse. Por ejemplo, un niño será tratado como tal y a cierta edad se introducirá al mundo de las galerías de arte en el cual debe generar un conocimiento y ciertas prácticas en torno a ese mundo. Esa es casi una identidad adquirida que a partir de cierta edad se constituirá. Esto mismo puede pasar con el médico, el panadero, el zapatero o comerciante. Sin embargo, los cuerpos sexuados machos serán tratados como hombres desde su nacimiento (incluso antes dadas las tecnologías para determinar el sexo desde un temprano momento de la gestación) y esta identidad se irá actualizando en el trayecto de vida, sin embargo, estará siempre ahí latente. En ese sentido, si bien se hace útil pensar en los diferentes procesos de socialización que nos obliga a pensar en las diferentes relaciones que se tejen, cabe resaltar que la socialización

secundaria del género no está definida a partir de la inserción en “submundos” sino más bien en la aparición de nuevas exigencias para alcanzar el modelo o la representación que su contexto le exige y que operará en articulación con otras “identidades” socializadas que el varón en particular desde su experiencia se le asigna, elige o experimenta: un contexto laboral, unas condiciones de clase, unos procesos de racialización, etc; además, de otras experiencias en la relación que se teje con otras personas como las relaciones de amistad (pares), las relaciones afectivas, o la constitución de una familia.

#### **4.2. Familia, socialización y masculinidad.**

Es ya una verdad de Perogrullo la importancia de la familia como agente socializador de los sujetos. Ha sido un tema recurrente desde el surgimiento mismo de las Ciencias Sociales y ha sido concebida como una piedra angular en la organización social imaginada durante el proceso de construcción de los Estados modernos. Sin embargo, la centralidad misma que ocupa, la cantidad de literatura de diferente índole al respecto y el lugar que ha recibido en la estructura política, han creado un halo de sacralidad sobre la misma que ha obstaculizado los análisis críticos sobre esta.

En este sentido, cabe resaltar que como efecto de los estudios demográficos al igual que de los estudios feministas y de género se ha logrado la producción de una serie de literatura que permite pensar el lugar de la familia en el orden de género. En esta línea, en este apartado se analizarán las *prácticas instituyentes de la masculinidad* que en el escenario llamado “familia” se pueden identificar en los relatos de vida como una contribución a analizar la familia como un dispositivo moderno que construye y reproduce el orden de género. La centralidad y a su vez particularidad de este dispositivo tiene que ver con que (como generalidad más no



universalización), la familia es el primer agente socializador de los niños y niñas, se constituye en el primer acercamiento a otras personas y también a los primeros conocimientos e interpretaciones sobre la realidad objetiva. Como plantea Graciela DiMarco:

Las familias son los primeros espacios donde los niños y las niñas se vinculan con otros. Son también los ámbitos donde se incorporan normas de relaciones interpersonales y representaciones sobre la equidad en esas relaciones (Dimarco, 2005: 7)

De tal manera, parto de comprender la familia como un dispositivo moderno a través del cual se producen una serie de prácticas orientadas a la definición de identidades de género binarias ordenadas desde las representaciones hegemónicas afincadas en el sistema sexo/género ya esbozado. Esta afirmación también implica hacer ver que ese mismo dispositivo y agente socializador particularizado, o sea, cada familia en concreto, a través de su formación y desarrollo mismo puede generar otras posibilidades más o menos alternativas a lo que las representaciones hegemónicas plantean. En esa línea Dimarco plantea que:

El papel de las familias en la socialización de las generaciones jóvenes puede ser considerado como el de simple reproductor de los patrones de jerarquía por sexo y edad, de la desigualdad y el autoritarismo, o como el lugar donde se configuran y recrean sistemas de creencias y prácticas acerca de varias dimensiones centrales de la vida cotidiana, entre ellos, los relacionados con los modelos (convencionales o no) de género y autoridad. En las interacciones familiares, es posible que se expresen acuerdos, desacuerdos o prácticas contradictorias en relación con esos patrones culturales. Las familias, entonces, pueden ser comprendidas como los sitios de la reproducción de

valores y normas culturalmente tan arraigados que se los considera “naturales” o bien como aquellos sitios donde se cuestionan y se cambian las reglas, es decir, donde se producen procesos de transformación. (Dimarco, 2005: 17)

Ahora, a pesar de esta aclaración, se puede afirmar que de manera estructural, con algunas importantes variaciones, los núcleos familiares de los varones analizados en este trabajo sí generaron prácticas, algunas más violentas, otras más sutiles, para la formación de una “correcta” masculinidad o de “verdaderos hombres”. De tal forma que la masculinidad o la preocupación por la verdadera hombría de cada uno de estos varones no se expresaba solamente como parte del hacer y la cotidianidad familiar, sino que funcionaba como una preocupación continua y latente.

Aunque, tal como pasa con el *habitus*, estas prácticas fueron naturalizadas y casi ocultas en el relato propio de los hombres, pero al activar las preguntas estos varones terminan por reconocer la importancia y la centralidad que tuvieron sus familias en la formación de su idea del ser hombre y de las angustias, sensaciones, necesidades, preguntas y preocupaciones que la búsqueda por el llegar a serlo les implicó. La familia es el primer elemento con el cual los sujetos entrevistados tejían un lazo explicativo de sí mismos, ya sea a través de la identificación o el rechazo con figuras, escenas o acciones concretas que en la cotidianidad familiar ocurrían.

La experiencia de la familia como primer agente socializador concuerda entonces con la etapa de la primera infancia. En esta, podemos identificar un grupo de prácticas que tienen que ver con la categorización que realiza Julián Fernández de Quero. Este autor agrupa las prácticas que forman las identidades de género de los varones en la infancia en el contexto familiar en seis ítems:

1. Colores

2. Lenguajes
3. Las conductas
4. Las emociones
5. Los juegos
6. Los dispositivos en torno a la sexualidad.

El primer ítem es quizá uno de los más reconocidos: a los niños se les viste de azul a las niñas de rosa. A pesar de lo banal que siempre puede sonar este ejemplo, hay que recordar que lo que se oculta en el trasfondo de esta práctica es la búsqueda por clarificar a como dé lugar la diferencia sexual. Elementos como poner aretes o por lo menos abrir los orificios en las orejas para estos accesorios son una forma de indicar al mundo de que sexo hace parte el niño o niña, pero también se convierte en uno de los primeros elementos diferenciadores en la construcción de la subjetividad de niños y niñas.

El segundo elemento tiene que ver con el funcionamiento de un lenguaje que no necesariamente define de una manera clara y categórica la diferencia, pero que en su uso la produce, por ejemplo, el que a los hombres se les hable con tonos más contundentes o más fuertes y con palabras más duras como "grandulón", "terco", "travieso", mientras a las niñas se les hable en tonos más suaves y con palabras tales como "linda" o "princesa".

El elemento de las conductas tiene que ver con la construcción de toda una ortopedia corporal y comportamental para niños y niñas, donde a los hombres se les empieza cada vez más a restringir la habitabilidad de su cuerpo a través de mandatos como: "no se siente así", "no tuerza la mano" o de un atento cuidado a las formas de caminar, moverse, bailar, etcétera. Si bien los anteriores tienen que ver mucho más con acciones por parte de sus padres/madres y parientes, en la regulación de las conductas hay una mayor

interacción entre lo que el sujeto empieza a ser y vivir y la intervención por orientar esa existencia.

Pero la ortopedia de los cuerpos no se dirige solamente a las conductas o las expresiones, es sobre todo incisiva en todo lo que tiene que ver con el control de la sensibilidad, de la expresión de las emociones lo que se evidencia en mandatos tales como "los hombres no expresan sentimientos en público". Este es quizá uno de los elementos que transversalizan más los relatos, Julián narraba que:

*Era mi mamá la que lloraba, pues mi mamá y mi hermana llorando, llorando, llorando, y mi papá nunca llora y ese tipo de cosas, entonces aun, hoy estaba viendo una película y hubo una escena donde de Pacha, éste médico, de repente hubo una escena que me conmovió muchísimo y me dieron muchas ganas de llorar y estaba con mi hermano y yo me regué todo eso que sentía porque me daba pena, "uy, vos sos una mujercita", y me ha pasado muchas cosas así, con mi novia por ejemplo lloró mucho, y a veces me siento mal, porque siento que ella es más fuerte que yo, entonces sí hay como un imperativo de que el hombre tiene que ser más eso yo nunca lo he escuchado o seguramente sí, pero sí sé que lo he sentido y lo he vivido que un mandato a los hombres no lloran, pues para resumirlo, los hombres no lloran, los hombres no se enamoran, no se quedan supremamente enamorados. (Julián, 25 años).*

En ese sentido, no es sólo llorar, es cualquier comportamiento o expresión de sentimientos que pueda ser leída como femenina, que te haga "una mujercita", creando así una asociación entre cierta frialdad de las emociones con el ser fuerte. Esto será un elemento presente en diferentes etapas, como el relato al llevarlos al plano de familia, amigos y pareja lo demuestra. Por ahora, quisiera hacer notar cómo la figura del padre y cierta permisividad implícita a nivel de las familias entre unas personas que pueden llorar, las mujeres, y otros que deben comportarse convirtiendo así el espacio doméstico mismo en una esfera de presión y regulación de los sentimientos, que

quizá sea más fácil de romper por la cercanía, pero aun así conserva su carácter de dispositivo. (Julián, 25 años) también lo expresa de manera sintética al decir: *"yo nunca he visto llorar a mi papá"*.

Valdría preguntarse por la aparición inmediata de este elemento en los relatos, su aparición no es gratuita. Esto no sólo tiene que ver con que sea una práctica común en la formación de los hombres, sino también porque es quizás una de las más desnaturalizadas. Es más fácil escuchar una familia decirle a su hijo que tranquilo, que puede llorar porque los hombres también lloran, pero no será tan común que un padre o una madre le diga a su hijo puedes jugar con estas muñecas, eso no te hace menos hombre.

Sin embargo, en cuanto al tema de expresión de emociones es necesario hacer notar algo. Si bien la masculinidad hegemónica impone un estricto código de control de las emociones a los varones, no impide la expresión de cualquier tipo de emociones, de hecho, promueve algunas de ellas como las que expresan ira o enojo. Esto quiere decir, que se construye una categorización de emociones que se asumen "masculinas" y algunas "femeninas". Quiero insistir en esto porque determinar de una manera categórica que un hombre no puede expresar ninguna emoción es negar precisamente la promoción de ciertas conductas violentas basadas en emociones que la sociedad alimenta.

Todos estos elementos son reforzados a través de uno de los primeros dispositivos de socialización que son clave en la formación de niños y niñas, los juegos. Los juegos son formas de preparar al niño y la niña para su vida futura, pueden desarrollar habilidades y "competencias", de cierta forma los juegos son una de las primeras formas de introducir al niño (y sobre todo a los niños, sobre las niñas) al espacio de lo público. A través de los juguetes se promueven también ciertos roles a los niños y niñas, a las mujeres se

les forma sobre todo para la maternidad y el cuidado, mientras que a los varones se les incita al espacio público, al tener objetos materiales y al desarrollo personal. Esto no tiene que ver solamente con los juguetes como tal, sino también con otro tipo de juegos como los que se realizan al aire libre. En ese sentido, cuenta Pablo que:

*yo recuerdo, bueno fuera de la calle y de la casa y de los juegos, porque en la misma casa condicionan los juegos, porque a veces también no era bien visto "bueno usted porqué está jugando muñecas, ahah, valla juegue con carros" y a una de mi hermanitas que le gustaba jugaba con carritos "ahah, valla juegue con sus muñecas", ehh, además de eso también es diferente, yo pienso que en las casas también hay diferencias muy marcadas, haber por ejemplo, por decir algo, yo entraba en cocina "no, usted pa' fuera, los hombres no entran en la cocina, valla ayude a lavar ese carro o ayude a cortar el césped del antejardín, pero usted en la cocina nada (Pablo, 35 años)*

Este relato hace evidente la marcación de género en los juegos y el control del "correcto uso" de los mismos, pero además hace evidente un elemento que ya analizaremos: una cierta territorialización con base en el orden de género dentro del hogar, donde, por ejemplo, la cocina es un lugar vedado para los hombres o ciertos lugares de ocio para las mujeres. En este relato también se hace evidente otra práctica instituyente de la masculinidad que tiene que ver con la formación de determinadas tareas o cosas que se asumen que pueden compartirse entre hijas y madres e hijos y padres. Las mujeres pueden compartir lo doméstico, los hombres son expulsados de esa esfera para, digamos, "no corromper su masculinidad" y son socializados en prácticas "masculinas" como lavar el carro. De tal manera que la constitución de la masculinidad tiene una relación profunda con el uso de los espacios, al respecto Martín de la Cruz López Moya plantea a partir de un estudio sobre masculinidades en una comunidad indígena en México que:

Las prácticas constitutivas de la masculinidad también están relacionadas con el uso de espacios que se suponen exclusivos de cada género. Por ejemplo, la casa ejidal constituye un lugar de interacción masculina durante la celebración de las asambleas comunicativas; lo mismo ocurre con las ciudades en las que los varones migran estacionalmente a trabajar. (López Moya, 2010: 68).

Sin embargo, esta configuración de los espacios no tiene solamente que ver con la estructuración de lo público y lo privado, como en el caso de la casa ejidal que trae el autor a colación, sino también dentro de la misma casa como se ha hecho evidente.

El mismo intento de un niño de hacer “otras cosas” también da cuenta de la no naturalidad del contenido generizado de esas tareas, es cuando aparece la restricción que el niño y la niña empiezan a subjetivar esa norma y hacerla natural. En esta misma línea Julián cuenta que:

*Los hombres por ejemplo, alguna vez me llamaba la atención la costura y me parecía como interesante y un día le dije a mi mamá que me enseñara, y me dijo “esto no es para hombres”, pues mi mamá es una experta en esas vainas y nunca me quiso enseñar. (Julián 25 años).*

El último de los elementos mencionados es el del manejo de la sexualidad. Desde la infancia a las mujeres se les enseña a ocultar su cuerpo, incluso, casi a odiarlo, en consecuencia su cuerpo debe permanecer vedado, los dispositivos se encargan de obligar a que las niñas deben sentir pudor de sí mismas. En esa vía, su sexualidad es reprimida a través de una serie de dispositivos que buscan su represión. Por ejemplo, en su infancia nunca se celebrará la desnudez de las niñas, mucho menos su exhibición pública. En cuanto al cuerpo de los varones en su infancia la historia es diametralmente opuesta:

no se ve problema en su desnudez, su cuerpo es visto o promovido como fuerte, exhibible, como libre al punto incluso de celebrar (no sin cierta mojigatería entre el regaño y la chanza) reacciones como una erección que son vistas por los adultos como una prueba de su hombría latente.

Pero, las prácticas familiares que buscan la institución de la masculinidad no se reducen sólo a estas. En los relatos aparecen varios asuntos que tienen que ver con la relación entre la voz y la figura del padre y la autoridad. Independiente del tipo de familia (nuclear, monoparental, extensa, de padres separados, etcétera) la figura del padre aparece ya sea como simbolismo o como encarnación de la autoridad. Esta afirmación no tiene que coincidir necesariamente con el caso del padre golpeador y la madre absolutamente sumisa a cualquier orden paterna, sino que puede pasar incluso por dispositivos muchísimo más sutiles. Muchos de los varones analizados narraban e insistían en sus relatos en que en sus hogares había un ambiente de igualdad entre hombres y mujeres y que su padre y madre mantenían un equilibrio de autoridad. Sin embargo, al indagar por elementos más cotidianos, si quiere más inconscientes o no racionalizados empieza a perfilarse de manera clara el padre como autoridad última. El que fuese autoridad última implicaba que no tenía que enterarse de todo, sólo de aquello realmente relevante y, sobre todo, si tenía que ver con la ejecución de los fondos económicos de la familia. Por ejemplo, Santiago contaba que en su casa:

*la mamá era la primera instancia a la solución de los conflictos, el papá era ya, cuando pasaba ya a instancias del papá, "hijueputa" estoy grave, me van a castigar o algo, pero cuando eran cosas por ejemplo de: paseos, de salidas, de plata, pues de antojos, como de que quiero comprar una raqueta de squash nueva, por ejemplo yo jugaba squash, eran los dos, eran los dos, pregúntale a la mamá,*



*pregúntale al papá, y hablaban, nunca, nunca, nunca, ellos se desautorizaron, jamás, jamás. He mi papá más alcahueta con temas de, de caprichitos, pues con términos de deportes y de cosas, mi mamá más profunda. (Santiago, 26 años).*

Aunado a lo anterior, este lugar de última instancia no aplica solamente para lo que tiene que ver con la toma de decisiones, sino también de la encarnación de la figura encargada del castigo y la regulación de lo que ocurre. La madre ocupa siempre un rol central en lo que tiene que ver con regulación y castigo, pero lo hace al ser una figura de presencia constante o al menos de mayor presencia, pero sin llegar a desplazar nunca la figura del padre como autoridad última. En ese sentido, el padre ocupa un lugar de privilegio tal que ni siquiera tiene que hacer presencia real para poder ejercer esa autoridad.

Al respecto es paradigmática la relación con el padre de los varones que tienen a su padre y madre separados. Incluso en estos casos, donde la figura es lejana y no tiene injerencia directa en el transcurrir de la vida doméstica, guarda aún su lugar de última instancia en lo que tiene que ver con la vida y la legitimación de las decisiones de su hijo, en este caso de los varones entrevistados. En esta línea Rodrigo narraba:

*Yo quería mucho a mi papá pero siempre diferí de su machismo, porque él tenía ciertas normas como que los hijos tenían que seguir el trabajo de sus papás, por ejemplo, entonces como él vivía en otra ciudad, yo siempre lo vi con autoridad, o sea, mi mamá le tenía respeto, ella le tenía miedo a mi papá. (Rodrigo, 35 años).*

En este relato, el único que habla de la experiencia de un padre residente de una ciudad diferente se evidencia el lugar de autoridad del padre sobre el hijo, salta a la vista el "respeto" o más bien "miedo" de la madre al padre, incluso a pesar de la presencia inmediata de la madre. Pero hay varios elementos que nos permiten

analizar esa relación, pero antes, a propósito del mismo tema es reveladora una anécdota que él mismo cuenta. En su adolescencia, Rodrigo tuvo un momento en que recibió una oferta para ser modelo en un desfile, su madre lo permitió pero con dos condiciones, sólo lo podría hacer una vez y su padre no debía enterarse pues no estaba ni estaría de acuerdo. Él narra:

*cuando yo estaba chiquito, yo quería trabajar y a mí me apasionaba la radio, pero yo no quería ser papuchis, yo quería saber de música y meterme en el cuento y programar música y hacer algo serio, porque siempre he sufrido de pena ajena entonces no quería ser el payaso que fingía la vez, no, quería hacerlo bien. En ese momento tenía un auge fuerte, con mis amigos montamos una emisora del barrio y no sé qué y tales, y en una de esas cosas a mí me contactaron de dos agencias de modelaje, hice unos castings para presentar programas y cosas y me invitaron a hacer un desfile y yo fui y le conté a mi mamá y mi mamá me dijo: "no hágale, pero me preocupa, pero no le diga a su papá..." y mi mamá me lo acolitó eso fue en el 90, yo nací en el 75, como 15 años, pero yo me acuerdo que llamé súper feliz y le dije: "no papá, voy a estar en un desfile", "¿en un desfile? Eso es de maricas!", entonces por eso digo yo que era como ese lado machista, pues eso me pegó un vaciadón que sí él hubiera sabido que yo... porque yo terminé desfilando, yo creo que eso habría sido un problema... pues fíjate que con esos 2 argumentos que te doy, de uno, que es que los hijos son como esos retrógrados que ellos no saben, son papás que los hijos tienen que rendirse, y con eso del desfile, o sea, mi mamá me acompañó y fue al desfile y estuvo en un coctel y fue una cosa, o sea, era una cosa formal... y yo pude haber seguido por ahí, porque de hecho hice varias cosas y luego también hice varias cosas para Ecopetrol, como varios programas, yo creo que era muy subidito por estar adelantado para la edad que tenía, y mi mamá me acolitó, pero me dijo: "ésta es la primera y la última vez que lo vas a hacer" y mi papá había estallado en cólera, entonces por eso te digo que es como el lado machista y obviamente yo sí veía gente pero gente que tenía como otros comportamientos, sí ese es*

*como el término adecuado, o, sí me entiendes?, gente que tenía otra manera de pensar o de asumir como su personalidad o su vida, pero eso a mí no me afectaba en lo absoluto, como que yo estaba haciendo las cosas desprevenido entonces para que vienen y le meten a uno, prejuicios tontos además... (Rodrigo, 35 años).*

Este relato tiene varios elementos que nos interesan para comprender el transfundo de esta relación de autoridad. Primero, hace evidente el lugar de autoridad del padre, incluso sobre la madre en lo que tiene que ver con la autorización de ciertas prácticas. Ahora, tampoco son cualquier tipo de prácticas, lo que se puede notar es que el lugar del padre también toma un lugar preponderante en todo aquello que tiene que ver con el cuidado, vigilancia y control de la masculinidad, tal vez en otros asuntos un enfrentamiento entre el padre y la madre fuera más probable, pero cuando la acción o el comportamiento puede provocar alguna discusión en torno a la identidad de varón o incluso a la "normalidad sexual", la voz del padre se esgrime como un estamento inapelable, esa voz misma se constituye como una *práctica constituyente de masculinidad*. El otro elemento, del que hablaremos posteriormente, pero que vale la pena enunciar es el miedo a la homosexualidad como un fantasma recurrente que aparece como una práctica normalizadora en diferentes dispositivos.

He decidido catalogar esta forma de organización de la autoridad como una *práctica instituyente de masculinidad* pues aunque tiene que ver principalmente con una manera de estructuración del poder, a través de los procesos de identificación y la mimesis se convierte en una forma, de las más efectivas por demás, de la construcción de la masculinidad; en otras palabras, al niño se le convierte en hombre y la familia induce de alguna u otra forma la identificación con su padre, a quién, como hombre, debe acercarse e imitar. Como plantea María Cristina Palacio frente al padre:

El padre aparece entonces, como referente real y simbólico que ordena la vida de los integrantes de la familia. Revestido de un halo misterioso proyecta una distancia que no se ignora, todo lo contrario, se hace presente como dispositivo de regulación de los comportamientos familiares cotidianos (Palacio, 2001: 77).

Así, en la identificación con el padre y por ende con la masculinidad se halla una promesa para los niños de ocupar el lugar de poder en algún momento. Esta promesa de acceso a un lugar de poder se convierte en una de las principales prácticas instituyentes de la masculinidad.

El tema de la organización de la autoridad y la figura del padre, está íntimamente relacionada con el problema de los roles dentro del ámbito doméstico. La importancia de la lógica de lo doméstico radica en que es estructurante en la formación de las subjetividades y sobre todo en la concepción de los roles, en tal sentido es formador de un *habitus*, además es un elemento de organización del poder que pasa comúnmente desapercibido. Por ejemplo frente a ser preguntado por la distribución de los oficios en el hogar Marco respondía que: los hacía "mi hermana, porque ella no sé, siempre ha sido colaboradora, le ha gustado dedicarse al hogar, ser aseada."

En este relato es claro a quien le correspondían los oficios domésticos, pero lo más interesante es que el sujeto que habla no ve en esto una relación de poder o un asunto de organización del género, sino que lo asume como una cierta inclinación, quizá por ser mujer, hacia el ser aseada o preocuparse por el hogar. Al respecto, (Alexis o de Cristián) cuenta un panorama similar, pero sí hace evidente el discurso diferenciado hacia hombres y mujeres:

*Nos decían que las niñas hacían eso que las niñas barrían, trapeaban y que lavaban cocina y que nosotros no hacíamos nada igual nosotros*

*le les ayudábamos a tender las camas, a sacudir y eso a mantener la casa limpia. (Alexis, 22 años).*

Pero, incluso, no siempre es tan claro, a veces con el tema de lo doméstico lo mismo que con el tema de la autoridad, muchos de ellos identifican que en sus hogares existía un igualitarismo en las relaciones, algunos incluso arguyendo una preponderancia de las mujeres. Pero al indagar por la profundidad de este tipo de enunciados se encontraba que la responsabilidad por labores como cocinar, el arreglo de la ropa o del cuidado de las personas menores estaba a cargo de las mujeres. Los hombres también participaban, asunto en lo que los entrevistados insistían mucho, pero todos, sin darse cuenta, siempre hablaban en términos de “ayuda”, de colaboración a su madre, abuela o hermanas. El uso del término “ayuda” aunque siempre pasa muy desapercibido, da cuenta precisamente de que la vinculación de los varones con la esfera doméstica y con las labores del cuidado era como colaboración, no como responsabilidad directa. Prueba de ello es que nunca este tipo de obligación, a excepción de casos muy específicos y en circunstancias muy específicas, llegaba a convertirse en un obstáculo o una obligación que imposibilitara o tan solo interfiriera con otro tipo de actividades generalmente fuera de casa lo que sí ocurría para las mujeres.

En esta línea hay un elemento que es bastante llamativo. Hay familias donde se encuentra un mayor equilibrio en lo que tiene que ver con las labores domésticas, que son en las que la mayoría de varones insisten en una relación muy igualitaria entre hombres y mujeres, en particular entre el padre y la madre y las hermanas y hermanos; estas, son, y no por coincidencia, la de los varones que crecieron en familias de clase media alta y alta de la ciudad. Digo que no es por coincidencia no porque considere que las familias de clases medias y altas por su condición de clase construyan relaciones de

género más igualitarias, sino porque logran solucionar algunas de las disputas del orden doméstico a través del dinero, por ejemplo las labores domésticas contratando empleadas domésticas, lo cual tampoco rompe la estructura de género porque el hecho de que las personas que trabajan en labores domésticas sea casi en un 100% mujeres da cuenta de la relación cultural que se establece entre esfera doméstica y mujeres.

Incluso, es tan fuerte este imaginario frente a las mujeres que algunos hombres pueden expresar una inconformidad o rechazo frente a los padres que por alguna u otra razón estuvieron ausentes, pero incluso, generalmente pueden llegar, de alguna u otra forma, a excusar, comprender y justificar esas faltas arguyendo que son padres formados en una cultura machista en la cual no les enseñaron. Sin embargo, cuando de una madre ausente se trata, los reclamos llegan a ser despiadados y mucho menos justificadas sus faltas.

Ahora, es de resaltar que, incluso con la presencia de empleadas domésticas en el hogar, siempre la madre o alguna otra mujer debía ser quien estuviera al pendiente a pesar de que no sean quienes hagan las labores directamente y frente a un eventual cambio de las condiciones económicas hacia realidades más precarias que imposibilite pagar una empleada, serán las madres o alguna mujer de la casa la que deba volcarse a las labores del hogar.

Esta lógica de organización de las tareas domésticas también se constituye como una práctica instituyente de la masculinidad, pues establece en la subjetividad de los varones un desentendimiento con el mundo doméstico que será reiterativo en el resto de sus vidas, en particular a la hora de establecer relaciones de pareja con mujeres. Esta exclusión de los hombres de la esfera doméstica se constituye como un privilegio que será apropiado por los varones como un lugar

de confort y como la traducción del lugar de poder que ocupan en este sistema sexo/género estableciendo incluso como feminización, y por lo tanto según el orden cultural como negativa la participación de hombres en lo doméstico.

Ahora, la mayoría de estos mecanismos o prácticas instituyentes de la masculinidad podríamos decir, con gradaciones entre ellos, que son más sutiles, pasan más desapercibidos y podríamos catalogarlos en la noción de Bourdieu de violencia simbólica. Pero también hay prácticas que pasan por la violencia directa, por la violencia que no pasa desapercibida, por la violencia física.

La administración de los castigos y su forma de aplicación también están organizados desde la estructura de género. Los hombres hablan de una mayor experiencia de castigos y de agresiones físicas, especialmente por parte de sus padres. Con el cuerpo de los varones no hay mayores consideraciones pues se asume como fuerte, como resistente e incluso llega a verse en algunas familias como una práctica necesaria que reforzará la masculinidad de los hombres. Pablo cuenta que:

*cuando mi papá vino yo ya tenía 7 años, mi papá tomó la potestad de mi crianza ya asumió como papá, a mí el mundo me cambió del todo porque yo venía de ser rebelde con mi papá y todo y con mi papá me volví más rebelde y todo porque mi papá me tiraba muy duro, fuera de eso que mi papá es un hombre muy bueno pero desafortunadamente a los papás no les enseñan a ser papás y reprenden, él a mí me reprendió muy poquitas veces en la vida, pero me reprendió muy mala, porque me reprendió, me golpeaba en la cabeza, o sea, eran golpes muy fuertes, me decía de todo, palabras "bruto, tal cosa" tan, y para un niño esa parte es muy, esa parte sí todavía no la he podido superar y todo, lo perdono pero no entiendo, cómo fue capaz de tirarme un puño en un ojo un niño que, a mí me dejó un ojo así, yo tuve que decir en la escuela que yo me había caído, pero fue mi papá y por una tontería me llevo a un parque en*

*Malibú a la Unidad Deportiva Belén y un amiguito mío de toda la vida de vivió toda la vida en San Marcos, se había ido a vivir a Malibú y de casualidad no lo encontramos en el parque y entonces él me dijo "venga pa' que conozca mi casa" y yo me fui, y uno de pelao es muy loco, uno no le dice al papá, "voy pa' donde un amigo, no yo me fui detrás de él y ahí mismo salí y me fui, entonces a él le toco buscarme en la unidad deportiva mucho rato, y entonces cuando ya aparecí: "a dónde estaba?", "yo estaba con mi amigo" y entonces ya furioso se salió de casillas, que de pronto sí uno esa parte la entiende, y trán un ojo así, eso casi que le da separación con mi mamá porque obvio, para mi mamá eso fue muy duro. (Pablo, 35 años).*

Al respecto narraba también Néstor que:

*y entonces cuando yo ya empiezo hacer mis necesidades, empieza el pequeño problema de que los golpes, me acuerdo mucho una frase de mi mamá, que era, "fórrese el rabo en lata", porque el rejoy viene luego, entonces mi mamá fue incapaz de golpearme alguna vez, mi papá cuando llegaba, le informaban las, lo que yo había hecho en el día, entonces era bájese los calzones y tome 5 correazos, y si botaba sangre, botaba, fueron los primeros años, donde tú le tenías miedo a tu papá, donde veías a tu papá como una persona, llega de su oficina, todos los días a las 5 de la tarde, si la cagaste, te golpean, si no, te pones a ver televisión con él, juegan, algún juego de mano o alguna güevonada así. (Néstor, 28 años).*

En este último emerge el tema del castigo claramente, pero también de la jerarquía administradora de la autoridad y el castigo. Es el padre quien se instaura como norma y ley. En este asunto es necesario clarificar algo. En este trabajo no se interpreta esta relación desde la perspectiva psicoanalítica que establece como organización estructural humana la figura del Padre como autoridad y ley. Esta perspectiva tiene riquezas como señalar que esa relación opera independiente o no de la presencia efectiva del padre o un varón, por



lo que pone el problema de la ley del padre en el plano simbólico y por ende de lo cultural. En tal sentido, como plantea Mara Viveros:

En la familia, los varones interiorizan el imperativo de “ser hombres” y empiezan a llenarlo de sentido. Sus padres señalan las pautas que orientan su comportamiento como varones y sus madres se encargan de convertirlas en *habitus* sexuados mediante las interacciones repetidas de la vida cotidiana. El padre es una figura relevante en los relatos de los entrevistados, independientemente de su presencia real en sus vidas cotidianas. Una de las explicaciones de esta aparente paradoja es que el relato del padre depende, en gran parte, de la interiorización de su imagen durante la infancia y que, en este proceso, la madre juega un papel fundamental. Es ella la que transmite e inculca los principales mensajes sobre el lugar que debe ocupar el padre, la que en cierto sentido construye su lugar simbólico. ...De alguna manera, las figuras paternas no existen sin la mediación de las figuras maternas. La afirmación de la importancia simbólica del padre en las sociedades patriarcales y la diferenciación entre el rol paterno (tareas realizadas por los padres reales) y la función paterna (marcar simbólicamente el límite con la madre) han sido asociadas fundamentalmente al aporte de Lacan a la teoría psicoanalítica. Este autor plantea que el sujeto se estructura frente al significado del padre (y a la función paterna) y no con respecto a la realidad de sus conductas ni en relación con su presencia o ausencia en la vida familiar cotidiana. El padre, como representante de la ley, de la norma que separa al niño de su madre, es un referente ideal y ocupa un lugar importante en su imaginario, como modelo. (Viveros, 2002: 187)

Sin embargo, es necesario hacer notar que en la búsqueda misma del psicoanálisis se encuentra una cierta interpretación estructuralista de

este orden lo cual termina dejando en el aire una sensación de imposibilidad de cambio de esa forma de organización, lo que haría imposible su transformación y termina por inmovilizar las formas de estructuración de la familia estableciendo un cierto orden simbólico naturalizado al cual las formas de organización del parentesco deben responder, como por ejemplo, las posiciones conservadoras adoptadas por reconocidas antropólogas como Francois Heritier (2002).

Por el contrario, lo que se quiere insistir es que esta relación que es reproducida tanto por hombres como por mujeres a través de su participación en tal legitimación sea como instauradoras o como mediadoras de la misma, es un producto social que culturalmente se ha implantado como una necesidad "natural" del padre como ley.

Por otra parte, varios de los hombres entrevistados hablaron de esta relación con el castigo y su carácter violento, pero lo hacían agregando de manera insistente una comparación con el trato a sus hermanas pues, decían, que si se comparasen con sus hermanas mujeres, sintieron hacia ellos mayor rudeza, peores castigos, menores consideraciones. Por ejemplo, Pablo narraba que:

*mi papá cuando tuvo las dos niñas, no ya, estás son las luces de mis ojos y usted hermano lleve del bulto, incluso hoy en día es muy paradójico porque hoy en día él me dice que bueno sí estamos en un proyecto grande, nos tocó, le tocó a mi papá una herencia grande aquí en el estadio de mi abuela y yo lo ando empujando y yo conseguí peliar eso y le gané a mis tías ese derecho sobre esa propiedad porque mis tías le iban a dar en la cabeza a mi papá y él sí tiene un amor enfermizo por las hermanas pero así una cosa que yo digo, ese mismo amor que tiene por las hermanas se lo traslado a las hijas, o sea, y entonces él se iba a dejar dar en la cabeza de las hermanas simplemente porque él las idolatra y yo dije, mi relación con mi familia por el lado de mi mamá fue más que excelente, de hecho yo me crie con ellos por el lado de mi papá fue catastrófica*

*porque ellos nunca nos aceptaron, siempre hubo un rechazo por mi mamá, entonces luego por nosotros y más por mí por ser moreno, porque mi familia es blanca y yo soy moreno, entonces "no vea éste nos salió negro, qué pena", la familia de mi papá es de los que el color de piel les importa mucho, muchísimo, entonces ahí, o sea sí yo lo vivía en el barrio, allá sí que lo vivía fuerte, y "no es que éste salió negro, nooo, y tal cosa", entonces yo obviamente, yo, uno tiende a repetir eso y yo le di la pelea a mis tías y más que yo no sentía afecto por ellas ni nada, entonces yo lo hacía con más gusto y con el abogado y conseguí un abogado que es amigo mío y dimos la pelea y ganamos eso y estamos construyendo un proyecto allá de unas unidades de vivienda y entonces yo le dije a mi papá, vea como le estoy trabajando aquí pa' que me haga poner la escritura de eso y me dijo "a usted, jjj, vaya consiguiendo lo suyo eso es pa' las niñas" y yo "pues sí ellas están allá haciendo nada y mire yo lo que me estoy matando acá" y dice "ahh pero esas son mis niñas" y yo "ahhh". (Pablo, 35 años).*

El tema de los castigos violentos puede ponernos en dos dimensiones: los castigos en general y las sanciones que fueron producto de no cumplir con la norma de género. Lo que quiero señalar es que en la administración misma de los castigos físicos violentos para los varones se inscribe una práctica instituyente de la masculinidad, independiente de lo que se esté castigando. Pero también hay pasajes de la vida donde lo que claramente se castiga es el haber incurrido en una acción que se considere no propia de un hombre como el caso ya analizado de F. M., que, aunque no fue castigado existía la tensión por hacer cosas que para él podían ser propias del ser hombre, pero para su padre no. De tal manera que cierto comportamiento, cierta actitud, cierto comentario como el vestirse de mujer, decirse mujer, expresar afecto por otro hombre, haber tenido una conducta "inadecuada" podría acarrear fuertes consecuencias. Así, estos castigos imprimen en la subjetividad de los varones un claro código de conducta que cada vez más opera desde

el mismo sujeto, pues el efecto de todas estas prácticas es que en última instancia serán sentimientos como el miedo o como la culpa los que vigilen el correcto funcionamiento de masculinidad desde el interior del individuo, un poder más efectivo que el del disciplinamiento social.

#### **4.3. Los dispositivos escolares de incorporación de la masculinidad.**

Es difícil, en realidad imposible, establecer un punto de corte exacto y preciso en cada momento de la vida. La socialización es un proceso que entrelaza aprendizajes del pasado con los del presente y no necesariamente de manera lineal, sino también paralela, zigzagueante y fracturada. De tal manera el paso de la familia a la escuela no se da como de una escala a otra, donde la estadía en un escalafón implica la superación de la anterior. Por el contrario podríamos verlo como la inmersión en nuevos campos y la participación y reconfiguración de los anteriores. Que el sujeto empiece a hacer parte del dispositivo escolar no lo saca de la esfera familiar, pero sí se generan en su vida otras dinámicas que le constituyen como sujeto y como varón: enfrentar otros discursos, habitar otras espacialidades, generar nuevos vínculos y relaciones, nuevas prácticas, nuevas sensaciones; cambios todos que serán entrelazados, dialógicos e incluso conflictivos con las que en el núcleo familiar se han vivido y se viven. De tal manera, la escuela se constituye como un espacio central en el proceso de socialización y de constitución de la masculinidad al ser una forma de habitar lo público, de poner otros discursos, de posibilitar otras experiencias más en relación con la autonomía y que, de una u otra forma, sacan a los varones de la esfera doméstica, esto aunado a la posibilidad de tejer otros vínculos ya no sanguíneos, pero que al igual que la familia serán determinantes en su trayectoria de vida. Así:

En relación con la temática que nos ocupa, la socialización de género de los varones, es pertinente pensar que la institución escolar toma el relevo de la familia como instancia socializadora determinante para la construcción de la identidad masculina y participa en la creación de “mundos posibles diferenciados por género” (Estrada 2001). En ella los niños se apropian cotidianamente de una serie de imágenes de lo femenino y lo masculino, reguladas por pares de opuestos que sirven para clasificar las actividades, las habilidades académicas, el uso y la percepción de los espacios, según el género (Mara Viveros, 2002: 195)

Por lo anterior, en este apartado estudiaré las prácticas instituyentes de la masculinidad que en el contexto de la escuela aparecen. De tal manera, será inevitable que otros dispositivos como la familia o los pares emerjan al ser imposible establecer una división que corte la relación existente con el contexto familiar u otros contextos y dispositivos de socialización como lo es la relación con los pares.

A pesar de este nivel relacional, sí es posible identificar unas lógicas en la producción y reproducción del orden de género que son propias de los dispositivos escolares. No está demás añadir que lo que se denomina aquí dispositivo escolar aparece en un momento temprano de la vida de los varones analizados y está presente en la trayectoria de vida en alrededor de una década de sus vidas, por lo cual atraviesa diferentes momentos, acompañando la transición de la infancia a la adultez.

La escuela es un dispositivo que produce y reproduce los valores hegemónicos del sistema sexo/género. Este no es su carácter esencial, pero en Medellín se ha configurado como un claro mecanismo disciplinar encargado de la reproducción de las identidades binarias afincadas en la heterosexualidad obligatoria

imperantes; lógica oculta tras una discursividad enfocada a la defensa de ciertas formas de ciudadanía que reproduce las diferencias y las desigualdades. Esta lógica de división y de valoración diferenciada para hombres y mujeres aparece de manera continua en los currículos y manuales de convivencia, en las prácticas cotidianas de los y las docentes, en las actividades extracurriculares y en los espacios de contacto fuera del aula. Frente a este panorama podemos notar que el dispositivo escolar no está constituido solamente por los programas curriculares de los cursos o las normas mismas de la institución, sino por una serie de espacios, discursos, prácticas, representaciones que en la cotidianidad escolar aparecen, por lo cual:

la escuela educa no sólo desde la educación formal, su currículo académico, sino desde lo que se ha denominado el “currículo oculto”, es decir, todo lo que sucede en el aula de clase y por fuera de ella (en el patio del recreo, por ejemplo), y es transmitido por maestros (as) y compañeros(as) de clase sin hacer referencia a los contenidos educativos (Mara Viveros, 2002: 195)

Aunque se puede afirmar que cada escuela, según sus orientaciones, su carácter público o privado, entre otra serie de variables posibles, hace parte de un sistema educativo más amplio que funciona a partir de ciertas regularidades que es lo que lo definen como dispositivo escolar y que crea unas ciertas “disposiciones institucionales mediante las cuales funciona la escuela”. En palabras de R. Connell, “el conjunto de estas disposiciones conforma el régimen de género de una escuela”, así, a pesar de que “los regímenes de género varían de escuela a escuela, estos deben acomodarse a los límites establecidos por la cultura más amplia y a las restricciones del sistema educativo local” por lo cual es posible analizar ciertos hilos comunes que se tejen entre los diferentes relatos analizados.

“El paso” a la escuela paralelo a los juegos son las primeras salidas de los niños a la esfera pública. Por una parte porque son los primeros mundos donde pueden ser un tanto más autónomos, autonomía que incluso emerge como una obligación para ellos, pero también porque se multiplican sus relaciones con otros y aparece de manera más clara el tribunal de control de su masculinidad, los pares. Así, la escuela es a su vez un escenario de múltiples actores y tipos de relación: la formación oficial establecida en los currículos, la presencia de los y las docentes con sus propias perspectivas frente al orden de género que se instituyen como lo que se denomina “currículo oculto”, así como las relaciones horizontales con los y las compañeras; por mencionar los más evidentes. Estas relaciones tejen múltiples caras, posibilidades y agentes que intervienen en este dispositivo.

Los juegos no son sólo un espacio socializador sino que allí a través de la simulación y la emulación de un “mundo objetivado” se establecen los parámetros de diferenciación del género, pero además se prepara a niños y niñas para ocupar los lugares sociales que le corresponden, en palabras de Julián “los juegos de los niños son más de carritos, de correr, de cosas más activas, mientras que los de las niñas, juegos más pasivos, más de la mamacita”. La connotación de actividad y pasividad no es vana porque denota precisamente el lugar simbólico de la feminidad y la masculinidad. Lo que hay que agregar, es que la relación del sujeto con el juego no es natural, los niños no se predisponen a correr o las niñas a jugar al ser madre, los parámetros, los regalos, la espacialización de los juegos y el lugar de los juguetes en las escuelas comienzan a establecer mecanismos de disciplinamiento de esos cuerpos sexuados para incorporar en ellos el sistema sexo/género. En esta tarea, en apariencia insignificante, participan los padres y madres desde las casas, pero también los y

las profesoras desde las aulas y desde espacios como el recreo, las actividades lúdicas o las "horas de juego".

R. Connell propone cuatro ejes en los cuales se articula lo que denomina "Régimen de género": relaciones de poder, división del trabajo, patrones de emoción y patrones de simbolización. La autora plantea sobre las relaciones de poder en el ámbito escolar que:

Estas incluyen supervisión y autoridad entre los maestros, así como patrones de dominación, acoso y control de recursos entre los pupilos. La asociación de masculinidad con autoridad y el predominio de hombres en los cargos de supervisión en los sistemas escolares, son dos patrones familiares e importantes; las relaciones de poder pueden ser igualmente visibles entre los pupilos." (Connell, 2001: 161).

La presencia de los varones siempre encarnando el lugar de poder y dominación en el ámbito escolar extiende una relación con la misma experiencia que ya fue analizada en el hogar, los varones siguen ocupando un lugar simbólico de administración del poder lo cual redundaría en la asociación cada vez más asentada en la vida de los varones entre masculinidad y dominación. Aún así, sobre todo en los colegios públicos que tienen un poco menos de orientación religiosa, sí es posible notar cierto desplazamiento en esa figura, en otras palabras, la escuela puede reproducir en menor medida la figura del Padre que lo que comúnmente hace el hogar, por ejemplo, al poder encontrarse de manera más común con mujeres como profesoras e incluso ocupando ciertos cargos directivos, lo cual no excluye que aún, a pesar de estos desplazamientos, la escuela continúa siendo un dispositivo que reproduce y regula el orden de género hegemónico al concentrar el poder en los varones.



Lo que Connell llama división del trabajo tiene que ver con cómo se establece la división del trabajo entre los y las docentes pues allí también se reproduce una relación entre género y roles sociales. Por ejemplo, la presencia de mujeres en la enseñanza de los asuntos relacionados con la economía doméstica, el lenguaje, la literatura y las artes y de los varones en áreas como las ciencias naturales, las matemáticas o lo que tiene que ver con la industria. Esto es muchísimo más evidente en colegios que tienen flexibilidad en los currículos. Esta relación también emerge al ver los diferentes niveles del proceso formativo, a mayor nivel en la escala educativa, menor cantidad de mujeres se encuentran. Es de reiterar este asunto y su relación también con la familia y lo doméstico pues la presencia de una mayoría de mujeres en los primeros grados demuestra la relación socialmente establecida entre mujeres y labores domésticas y de cuidado pues estos primeros grados son vistos como aquellos donde no se encuentran los aprendizajes complejos sino "el cuidado" y algunos saberes básicos. Por el contrario, en los grados más altos se encuentran los conocimientos complejos que se asumen como propiamente masculinos. Esto reproduce en los varones la lógica de la división del trabajo basados en la idea de "roles de género" y que termina por constituirse como una práctica instituyente de la masculinidad hegemónica y que articula la relación entre masculinidad y poder.

El tercer elemento que señala Connell lo denomina "patrones de emoción". Estos tienen que ver con esas "reglas de sentir" que se establecen en el ambiente escolar. Una orientación en las formas de manejar y expresar las emociones a partir de distinciones de género que extienden el mandato ya establecido en la casa, de unos sentimientos permitidos y otros prohibidos para los varones. Connell señala además, que "entre las reglas del sentir más importantes en las escuelas, están las relacionadas con la sexualidad" donde "la

prohibición de la homosexualidad puede ser particularmente importante en las definiciones de la masculinidad” (Connell, 2001: 161).

El último tipo de relación del régimen de género en la escuela que esboza R. Connell le denomina “simbolización”. Esta tiene que ver con las formas en que se simbolizan las relaciones de género. Este proceso de simbolización no se genera de manera autónoma en las instituciones educativas, sino que se apropian de la simbolización que produce la cultura más amplia en la que están inscritas las instituciones y tiene que ver con todo un sistema que incluye códigos de vestuario y “presentación personal” (uniformes por ejemplo), lenguajes formales e informales, norma, comportamientos y actitudes permitidas. En el caso colombiano los manuales de convivencia son corpus paradigmáticos para analizar esta relación.

Estos cuatro elementos no se constituyen en sí mismo en lo que aquí se denominan prácticas instituyentes de la masculinidad, sino que son lógicas más profundas, sistemas de producción y relación que operan en el régimen de género en la escuela. Ahora, estas se traducen en una serie de prácticas que operan como dispositivos: la vigilancia, la injuria, el castigo, la premiación y el reconocimiento, la organización de las relaciones entre maestros, maestras, estudiantes varones y estudiantes mujeres, entre otras.

Una de las prácticas que claramente emerge como una forma de organizar la masculinidad es la disciplina. El tema de la disciplina puede ser muy variable entre los diferentes instituciones educativas, sobre todo si tienen orientaciones militares o religiosas. Sin embargo, más allá de estas diferencias las prácticas disciplinares estructuran la división entre hombres y mujeres como lo son la formación en filas en los actos conmemorativos o en el inicio de la semana.

Quisiera hacer un énfasis en este elemento pues tal vez el principal papel de la familia como dispositivo de incorporación del orden de género es el de crear la diferencia de género y lograr la apropiación y subjetivación en los sujetos. La mayoría de las prácticas de institución del orden hegemónico de género en la familia están orientadas a la incorporación de las identidades de género binarias. Sin embargo, este trabajo no está acabado allí y será un vector que también funcionará de manera central en la escuela sobre todo en los primeros años, pues luego los mismos niños y niñas harán parte de los dispositivos de regulación a partir del disciplinamiento y regulación de sus pares. Pero, si la familia sobre todo insiste en la creación de la diferencia –no en vano los análisis desde el psicoanálisis se han especializado en la incorporación de la diferencia sexual en esta esfera-, la escuela, además de reforzar esta división, servirá de escenario para generar nuevos contenidos de esas identidades y se constituirá como el espacio donde los varones deberán poner en operación estas representaciones recibidas, deberán afirmarlas, hacerlas públicas. De igual forma, esa misma escuela puede ser el escenario de desencuentro y resistencia al canon hegemónico. Como plantea Mara Viveros.

Mientras que en la familia, los varones entrevistados incorporaron valores que invitaban a la cohesión, la solidaridad y la obediencia, en la escuela desarrollaron sus potencialidades individuales y se construyeron como sujetos autónomos y activos académicamente, reforzando aquellos mismos valores mediante un elemento nuevo: la dinámica de la competencia, elemento que los obliga a encontrar, afirmar y defender públicamente su lugar como varones. (Viveros, 2002: 213)

En esta línea, alrededor de la escuela se configuran también diversos escenarios posibles. Algunos tienen que ver con el contenido directo de los programas curriculares, otros que tienen que ver con lo que se

ha denominado el currículo oculto. El encuentro de estos dos espacios, que se inmiscuyen y se presentan conjuntamente todo el tiempo constituyen una serie de prácticas orientadas a mantener una clara diferenciación: “Los uniformes o las convenciones en el vestir, los baños separados, las formas de dirigirse a otras personas, prácticas como hacer dos filas diferentes para hombres y mujeres, y competencias como muchachos del salón contra muchachas del salón se encargan de hacer todo el trabajo”. Pero estas prácticas no funcionan aisladas, van acompañadas de otra serie de elementos como la implantación de cargas morales para quienes agreden la norma como entrar al baño “equivocado”, ponerse la falda del uniforme muy corta o demasiado larga, rechazar la fila asignada, no sentirse identificado con la división de los “muchachos” contra las “muchachas”. El otro elemento, que por cuestiones de orden analítico analizaré con más profundidad posteriormente en este capítulo, tiene que ver con la aparición de los pares que operarán como un tribunal encargado de controlar y regular la masculinidad de los varones. En síntesis desde el planteamiento de Mara Viveros:

Los regímenes de género crean definiciones institucionales de masculinidad y los estudiantes participan de ellas por el simple hecho de interactuar en medio de estas estructuras (Viveros, 2002: 198)

Esta definición de masculinidad parte de la división binaria de género que evidentemente no se inventa la escuela en particular sino que proviene de la cultura mayor en la cual se inscribe, y que se convierte en la base para un trato diferenciado a niños y niñas. Ese trato diferenciado no es siempre claro ni se expresa en todo momento ni en todas las formas. Hay momentos donde los y las estudiantes son tratados con una cierta igualdad, pero hay otros espacios donde se exagera el “uso” de la diferencia que termina por hacerla más clara y contundente.

Uno de los espacios donde de manera más clara se evidencian los parámetros de género que como institución establecen las escuelas son los llamados Manuales de Convivencia, que recogen el corpus normativo que cada institución educativa determina para la “sana convivencia” de su comunidad académica. Si bien en su mayoría de las instituciones estos Manuales tienen serios sesgos patriarcales, no podemos leerlos como si fuese una carta transparente de lo que pasa. Los manuales son leídos desde cada docente y son aumentados, reducidos y sobre todo alimentados de cargas morales que justifican ciertas prácticas y prohibiciones desde el uso de nociones en ocasiones éticas y en otras morales. De tal manera, estos manuales se convierten en una capa que protege ciertas prácticas de ordenamiento de las relaciones de género. Por ejemplo Rodrigo narraba que

*A las niñas no las dejaban estar con la falda más arriba de la rodilla porque eso estaba mal visto, no las dejaban sentarse con la pierna cruzada porque así solamente se sentaban los hombres, porque los hombres tienen pantalón y las mujeres nunca se deben sentar así con las piernas abiertas, aunque tenga o no pantalones... toda la represión del pelo largo, yo quise tener el pelo largo en el colegio y durante mucho tiempo no me dejaron, pues hasta que me cambié de colegio, pero porque el pelo largo era para las niñas. (Rodrigo, 35 años)*

Estos manuales, que en muchas ocasiones han atentado contra los principios constitucionales mismos, establecen unos parámetros para el uso del cuerpo y su imagen que busca la correspondencia con los estándares del ser hombre y ser mujer en esta cultura. Estas normas eran además reforzadas con un discurso que establecía una carga de simbolización y significación: las mujeres deben ser recatadas y por tanto deben tener una disposición corporal contenida, por su parte a los hombres se les exige llevar el pelo corto, no usar accesorios,

entre otros mandatos y siempre estableciendo como obstáculo y como oposición antagónica un espejo con las mujeres: si cruzas estos límites dejas de ser hombre, te pareces a una mujer. Esto se constituyó como una de las más claras prácticas instituyentes de la masculinidad en la escuela, un estricto control sobre el cuerpo y la apariencia de los estudiantes como prácticas de castigo y control como las narradas por Rodrigo:

*Entonces en el colegio eso era muy marcado, yo tuve el mechón los flecos, tuve el pelo largo, y los colegios regañaban y reprimían mucho a los alumnos por tener el pelo largo: "ahí que esa colita, que parece una niña, que se corta el pelo" Y había profesores que con los dedos medían el largo del pelo y si superaba cierta cantidad de dedos o la medida que ellos tenían, lo mandaban a peluquear a uno, así tuviera el pelo corto. Entonces el tema del arete, que los niños usen arete ahora en el colegio no tiene nada, pero en mi época, tener un arete en el colegio donde yo estudiaba era lo mismo que yo creo que representaba para mi papá un arete, que era de maricas, como decían ellos, de mujeres... un arete era como los términos que usaban, súper despectivos "a que un arete es para niña, que no sé qué", pero me parece muy chistoso porque por ejemplo una niña que tuviera el pelo corto no le decían anda o era bien vista, en el colegio yo tuve muchas compañeritas que tenían el pelo corto e ese era uno de los argumentos que yo daba yo decía que las mujeres que si tenían el pelo corto y me respondía que no era mi problema, porque las mujeres podían pero nosotros no. Entonces me parecía... hice todo... quería tener el pelo largo, entonces me cogía una colita, me lo metía entre la camisa, por allá un amigo sacó una excusa médica y se llevaba un pasamontañas diciendo que sufría de asma y llevaba su pelo largo y como que eran normas que ni siquiera ellos podían controlar. (Rodrigo, 35 años).*

La búsqueda y las estrategias por generar fugas a este rígido sistema ha sido una resistencia que en muchos de los relatos apareció, sobre

todo en el de hombres menores de 35 años por cierta autonomía corporal. Hay que verlo como un proceso colectivo pues en general las generaciones de varones fueron juntos en este cambio, lo que permitía el aval de sus pares y el que una arete pudiese representar para sus profesores/as, padres y madres una acción feminizante, mientras entre los jóvenes se veía como una muestra de otras formas de masculinidad emergentes. Lo que sí queda claro, es que la pregunta por la apariencia y el cuerpo se constituye en fundamental en el proceso y la significación de hacerse hombres en los relatos analizados, al igual que una fuerte preocupación por los dispositivos disciplinares lo que la convierte, a pesar de su aparente “superficialidad”, en un profundo campo de luchas y resistencias en la formación de las identidades de género de hombres y mujeres.

Esta pregunta por el cuerpo tiene una centralidad en el contexto escolar sobre todo de la secundaria que no tiene que ver sólo con la exteriorización en la apariencia del género, sino también con la constitución anatómico-biológica del mismo. Estoy de acuerdo con Connell (2003) en plantear que no es posible establecer una separación clara entre el lugar donde termina lo biológico para dar inicio a la cultura, un enfoque muy en boga en los años cincuenta en el seno de la psiquiatría y que fue constituyente de la formación misma de la categoría género. En tal sentido, la escuela coincide en la mayoría de casos en un momento de transición entre el cuerpo de la niñez y el cuerpo de la adultez, proceso al que los dispositivos escolares no son indiferentes. En este proceso la escuela participa agenciando una serie de prácticas que orientan todo el proceso de significación de esos cuerpos.

Un primer elemento lo constituye la clase de ciencias. Esta área de conocimiento, al lado de cursos como los de ética y religión se han constituido en un grupo de asignaturas, tal vez los más visibles, que legitiman desde un discurso “académico” y “científico” la existencia

de unas diferencias irreductibles entre mujeres y varones. Los cursos de Ética y Religión pueden poner más en evidencia los prejuicios mismos de los docentes, pero los cursos de Ciencias Naturales o Biología se esgrimen como un campo objetivo de saber y son precisamente allí donde emergen las valoraciones del cuerpo de los hombres como superior en ciertas habilidades o el cuerpo de las mujeres como destinado a la maternidad, pero además, también la explicación de rasgos de comportamiento y temperamento que terminan por inmortalizar bajo la sombra de “la naturaleza” los preceptos culturales.

Ahora, la cotidianidad en la escuela, sobre todo la de los colegios públicos mixtos, se da entre un vaivén entre actividades generales para hombres y mujeres como la mayoría de las clases, o los currículos centrales, frente a otro grupo de ofertas curriculares y extracurriculares donde la distinción de sexo se hace presente. Y la acción divisoria misma y los parámetros para tal división. O sea, no sólo se trata de decir o establecer un ambiente que obliga a que los hombres vayan a la derecha y las mujeres a la izquierda, sino que lo más interesante es el subtexto que se establece como parámetro para efectuar la división en ese espacio o actividad concreta.

Hay dos espacios o momentos que en los relatos emergen con una fuerte carga de lugares de construcción de diferencias: los cursos flexibles o electivos junto con la oferta extracurricular, y las clases de educación física. Los primeros componen cursos que en los colegios pueden ser elegidos “libremente” por los estudiantes para enfocarse hacia ciertos oficios o aprendizajes, mucho de ellos en la modalidad de “formación para el trabajo” y donde aparece de nuevo el problema de la División sexual del trabajo. Estos cursos forman en habilidades concretas asociadas generalmente a ciertos oficios y en los cuales se movilizan de manera explícita las representaciones en torno a los roles hegemónicos de género. Por ejemplo, Rodrigo contaba:



*Yo estuve en la banda de guerra del colegio y algunos instrumentos eran prohibidos para las mujeres, solo las tocaban los hombres, por ejemplo las cornetas, yo era uno de los que tocaba corneta, entonces eso sí era muy marcado*

El mismo expresaba que:

*A ver no, el coro, también el coro era para niñas cuando estábamos en primaria, los grupos musicales para niñas, porque la voz de las niñas era más suave y tocaba cantar más suave y eso también era... pero que hayan dicho cosas así marcadas para niñas: Yo creo que los oficios cuando uno estaba en formación en primaria, bachillerato y eso , los oficios eran muy marcados, por ejemplo los profesores al principio daban electivas, por ejemplo: Taquigrafía y mecanografía para las niñas y para los hombres escojan cualquier deporte o un instrumento musical y eso también me parecía muy bobo, porque por ejemplo yo quería ser comunicador social y escuchaba que el hermano de un amigo estaba estudiando esta carrera en la universidad y le hacían tapar las techas de la máquina de escribir para aprenderse y a mí me parecía hasta bacano aprender a escribir rápido con la taquigrafía , pero esas electivas las escogían las niñas supuestamente, porque ahí veían, no sé, como las secretarias del futuro que en ese tiempo era un oficio... eso era súper marcado, muy marcado. (Rodrigo, 35 años).*

Estos relatos nos permiten ver asuntos tales como la forma en que a los niños se les promueven o restringe el uso de la voz para acomodarla (¡algo que parecía tan biológico!) a los estándares de grosor que la cultura impone y que, una vez más, nos demuestra una serie de dispositivos que operan sobre la masculinización de los cuerpos de los hombres. En lo que quisiera enfatizar es en cómo desde estos cursos, como el de taquigrafía narrado en el relato, se establece un orden diferencial que ordena los lugares sociales a través del establecimiento de unos roles de género que desde el

dispositivo escolar incorporan en los hombres el desarrollo corporal, el desarrollo intelectual pues su papel es ocupar esferas de poder y para las mujeres una serie de herramientas que sirvan para labores de servicio como las secretariales. La taquigrafía en sí o cualquier otro conocimiento no es femenino o masculino por sí mismo, es el contexto social, el uso social del mismo el que los carga con tales significados. Por ejemplo, cuando él mismo señala que esa herramienta le sería más útil para sus búsquedas profesionales, pero para los ojos de los formadores la taquigrafía estaría asociada a labores secretariales que hace unos años en la ciudad se consideraba el gran oficio posible para las mujeres.

Planteaba entonces que existían dos espacios donde claramente operaban las prácticas instituyentes de la masculinidad en el dispositivo escolar: los cursos flexibles y extracurriculares de los que se habló y los deportes en los cursos de Educación Física. Los cursos de Educación física son las asignaturas que directamente apuntan a la formación del cuerpo. Estos cursos parten entonces de la diferencia anatómica como base de las diferencias de género y establecen siempre una diferenciación entre las capacidades de los varones frente al de las mujeres, estableciendo claramente una relación entre feminidad y debilidad y masculinidad y fuerza. En estos cursos no hay ambigüedades, no hay "igualdad", se parte de la diferencia y se refuerza la diferencia al exigir a los varones ciertos desarrollos corporales y para las mujeres muy pocos. Por ejemplo, Julián decía:

*no en el colegio pues, yo sí podría decir El Salazar y Herrera, en cuanto a eso estuvo bien, porque no hacía distinción "ah, las niñas trapecan o sacuden", no, por ejemplo nos tocaba sacudir en algún momento, trapear y todas esas cosas, entonces estaba asignado por grupos y ya, o discriminaba que hombres y mujeres, tal vez en la parte de deportes, así sí era claro, ah bueno, no había pensado en eso cuando lo de los juegos, pero en la clase de educación física, sí había como esa separación, que, por ejemplo, nunca jugamos*

*partidos de microfútbol con mujeres, siempre eran los hombres y las mujeres jugaban casi siempre voleibol tal vez, a las mujeres no les gustaba mucho hacer ejercicio, era más de los hombres, que les gustaba hacer ejercicio, por lo menos en esa clase de educación física. (Julián, 25 años).*

Santiago en su relato también planteaba que:

*en educación física nos separaban por ejemplo, entonces los hombres por allá a jugar futbol, a jugar básquet, a no sé qué, deportes agresivos, y las mujeres halla a la jugar, voleibol, o hacer gimnasia o yo no sé qué "guevonadas", ahí si se notaba mucho, los hombres jugando "ordeñadito" y todas esas cosas que son de mucho contacto y muchas patadas, las mujeres obviamente no, los hombres después haciendo barritas, y las mujeres no, se veía, se veía, aunque las mujeres jugaban entre ellas, de pronto también basquetbol por ejemplo, o intentaran que jugaban futbol no les gustaba tanto y entonces en ese entonces no había como el futbol femenino que hoy ya ahí, era más así, lo veo más en el deporte, en lo demás no, en el resto de cosas, en el colegio nunca, o sea, que por ejemplo: el representante tiene que ser un hombre, o que se hace lo que diga un hombre no, eran las personalidades, y si había una mujer líder era la líder, y si había un hombre , era el hombre, y lo mismo profesoras, tuve tanto hombres como mujeres, y sin ningún tipo de discriminación, para nada. (Santiago, 26 años).*

En el primer relato podemos notar cómo la narración inició argumentando que no existían diferencias en el trato para niños y niñas, en realidad en la mayoría de los relatos este elemento es reiterativo. Sin embargo, luego en la exploración de la pregunta el sujeto entrevistado se da cuenta que sí había un espacio donde se hacía clara la diferenciación: los deportes. Las diferencias corporales se constituyen como el límite último de la equidad de género, en las escuelas podría existir más o menos un ambiente "políticamente

correcto” donde no es bien visto del todo que en las áreas básicas los niños y niñas sean tratados con diferencia, de hecho, ni siquiera en las labores de aseo y limpieza. Pero en el plano de las capacidades corporales se conciben como exentas de esta posición pues la naturaleza les hizo diferentes: a unos potentes y a las otras débiles. Por eso, la clase de Educación Física es un espacio privilegiado donde la diferencia de género aparece como una evidencia natural. En esta vía, Mara Viveros plantea que:

El entrenamiento deportivo pretende acentuar la asimetría corporal de los sexos, poner fin a la indeterminación sexual y visibilizar el dimorfismo sexual. Pero este trabajo sobre la plástica, la densidad, la prestancia y la apariencia del cuerpo del muchacho busca no sólo el logro de ciertas características físicas, sino también la incorporación de ciertas virtudes viriles como la fortaleza como la fortaleza de carácter, la fuerza serena y la voluntad, y la estructuración de una identidad de género adecuada. Teniendo en cuenta que la apariencia física es un indicador de masculinidad (o de feminidad), se puede afirmar que el deporte tiene por vocación implícita modelar y codificar el cuerpo viril (Viveros, 2002: 218).

De tal manera, los deportes no se constituyen para los varones como una práctica más de producción y reproducción del orden de género, sino que se establece como una de las principales prácticas instituyentes de la masculinidad pues es un espacio que enfoca sus esfuerzos a la formación de los varones. Lo que mostraba uno de los relatos citados es que en lo que tenía que ver con deportes a las mujeres se les ponía menos atención, había mayor laxitud mientras que eran cursos cruciales para los varones. Allí se les formaba en primera instancia corporalmente en actitudes en gran manera apreciadas socialmente: fuerza, destreza, agilidad pues se asumía

que las destrezas corporales son centrales en la vida y las relaciones sociales de los varones. Pero además, servía para la incorporación de otros elementos del carácter: disciplina, coraje, valentía, fortaleza, competencia, pero también “fraternidad” en términos de generar un lazo de camaradería entre varones cuando se es necesario. Esta lógica misma termina por establecer en los colegios una alta valoración por el desarrollo deportivo en los varones que llega incluso a ponerse por encima de las cualidades académicas y, por lo tanto, de habilidades intelectuales. Así:

Durante el período que se ha denominado adolescencia, el cuerpo masculino empieza a ser objeto de disciplinas y modelos a través de ciertas actividades físicas –como las prácticas deportivas– que buscan adecuarlo al orden de género imperante en su sociedad, desfeminizándolo. De alguna manera, esta etapa del ciclo vital masculino es percibida como un momento “turbulento” en el cual se sufren hondas transformaciones corporales que deben ser encauzadas hacia el ejercicio de una masculinidad adulta “sana” y equilibrada. El cuerpo, en tanto que territorio de inscripción de las diferencias de género, se convierte en el objeto privilegiado de un proceso de socialización en el cual la cultural interactúa con la biología para modelar el volumen, la forma, el tono muscular, las posturas y los gestos que identifican la masculinidad. (Viveros, 2002: 218)

Vale la pena resaltar que esta relación con el deporte hace emerger cada vez más un elemento: el valor estético de cuerpo deportivo. En el mundo contemporáneo en un contexto de globalización, el cuerpo atlético con una tonificación muscular definida se ha convertido, sobre todo en la ciudad de Medellín con respecto a otras zonas, en un imperativo. De tal manera, que estar en los patrones estéticos hegemónicos es una necesidad para los varones de las tres últimas

décadas pues ya no hay un antagonismo entre belleza y masculinidad. De esta forma, los deportes se convierten en una vía para lograr: habilidades corporales, formación del carácter y un cuerpo estético, lo que hace que condense una serie de demandas sociales para los varones. Si bien no ahondaré en este tema en este apartado, es necesario resaltar que todas estas características adquieren especial sentido si vemos que estos procesos coinciden con un mayor enfrentamiento de los varones (sobre todo si se identifican como heterosexuales) con sus pares varones y las mujeres a conquistar, por lo cual, todos estos “agregados” que el deporte brinda son vistos como un *background* de herramientas de conquista. De tal manera esta autora plantea que:

Las prácticas deportivas desempeñan un papel fundamental en la incorporación de *habitus* sexuados. Las relaciones sociales de sexo (o relaciones de género) se inscriben en dos clases de *habitus* diferentes bajo la forma de hexis corporales opuestas y complementarias que conducen a clasificar todas las prácticas físicas según diferencias que remiten a la oposición entre lo femenino y lo masculino (Bourdieu, 1998)....Dicho de otra manera, la incorporación del lugar social masculino, de sus derechos, deberes y cualidades, se traduce en formas corporales que expresan seguridad, dominio de las situaciones, asertividad y autonomía (Viveros, 2002: 226).

Por otra parte, quisiera enfocarme en algunos asuntos que tienen que ver con el currículo oculto, una serie de prácticas escolares legitimadas dentro de la institucionalidad y que no se encuentran establecidas dentro de los programas curriculares de la formación o las normas de la institución, sino que pasan en el transcurrir del día a día.

En ese transcurrir se generan pautas, prácticas y discursos que definen pautas e incorporan comportamientos y valoraciones sobre la masculinidad a los varones. Esas prácticas tienen que ver no solamente con esas relaciones institucionales anteriormente expuestas, sino también con una serie de presiones que los y las docentes ejercen sobre los varones para que encarnen las representaciones hegemónicas sobre el ser hombre, lo que genera que la escuela no sea un espacio de desarrollo sino de aconductamiento desde los parámetros y códigos normativos que la sociedad mayor impone. La cotidianidad de las relaciones en la escuela, atravesadas por las representaciones sociales que las y los docentes tienen sobre lo que deben ser las relaciones de género, aunado al lugar poder que encarnan los y las docentes en la lógica del dispositivo escolar hace que la escuela se convierta en un eficaz formador de las identidades hegemónicas propuestas para los varones, modelos que son producidos y puestos en función en cada interacción entre unos y otros. En este sentido Julián señalaba:

*alguien me pego un calbazo, eso se hacía mucho, pues como abusos físicos de tacto y que era difícil de manejar, entonces yo llegué y le dije, ah, o me tenía la silla y me está corriendo mucho la silla y le dije "quitáte o te sapeo", entonces no se quitó después de varias amenazas y me fui donde la profe a poner la queja y la profe en vez de decir como algo así "vea, organícese", me dijo: "no pues ustedes son niñas o qué, dejen de quejarse por esas bobadas" y así mismo todo el mundo empezó a abuchearme, eso fue horrible pues, eso fue lo más traumático. (Julián, 25 años)*

Este relato hace evidente varios asuntos. El primero la voz del docente, en este caso una docente, que desde el lugar de autoridad establece una jerarquización y una valoración de las identidades de género: las mujeres pueden quejarse, de hecho es lo que hacen, los hombres deben aguantar. Una acción locutiva como esta se

constituye en una práctica que instituye unas determinadas formas de masculinidad desde valores como el ser fuerte, aguantador o incluso violento. Detrás de la comparación con las quejas de las niñas no sólo se encuentra una comparación, sino también una incitación a la resolución del conflicto, al posicionamiento sobre el otro, pero generalmente en apelación a esa forma de masculinidad hegemónica que carga con un mandato de violencia. A los varones, desde la infancia en la familia y en la escuela se les induce hacia la violencia al negarles la posibilidad de sentirse indefensos o de buscar mediación de sus conflictos.

Sin embargo, esas prácticas del dispositivo escolar que pasan por la cotidianidad y en las cuales es central el lugar de poder que ocupan docentes y personal directivo de las instituciones no se reducen a actos locutivos como el anteriormente expuesto, sino también por prácticas mucho más cotidianas, mucho más silenciadas. Marco contaba que:

*No, por ejemplo ésta profesora que era como abogada y de pronto un profesor que era como de español, que sí era muy morbosos pues, la esposa y él trabajan como juntos en el colegio y el tipo era muy pendiente de las niñas, entonces, sí esa era el hecho como extraño, de esos dos profesores sí me acuerdo, pero de resto*

*P: y qué decían de él*

*R: no las niñas trataban de poner mucho cuidado de no estar al lado de él o de sí iban a ir a la oficina de él iban como 2 o 3 juntas porque el tipo era muy morbosos, las empezaba a tocar la espalda y a acariciar y a decirle pues como palabras fuera de lo normal en una relación entre profesor y estudiante*

*P: y qué hablaban los estudiantes de ese señor?*

*R: los hombres, pues uno no les paraba bolas, uno les decía, el tipo aprovecha, las mujeres sí le tenían como cierto respeto y finalmente nunca iban solas a... cuando tenían que ir a hablar con el profesor,*



*nunca iban... siempre iban en grupito, siempre iban 2-3 porque le tenían como cierto recelo. (Marco, 40 años).*

En este relato, que no es un caso particular y aislado, sino que realmente da cuenta de prácticas comunes en los colegios de la ciudad, podemos ver cómo los docentes encarnan su figura de varón conquistador, convirtiéndose incluso en una figura incómoda para las estudiantes, sin embargo, de alguna forma encarna lo que socialmente se espera de él por lo cual su práctica termina naturalizándose, al menos mientras sostenga un límite.

Con esto no quiero señalar una serie de acontecimientos comunes que a modo de anecdotario ocurren en las instituciones. Lo que quiero proponer es que detrás de esa serie de prácticas se construye otra lógica, esa lógica tiene que ver con la configuración de una serie de prácticas que entre diferentes órdenes: los curriculares, lo que denominamos el currículo oculto y la relación con pares que analizaremos posteriormente, constituyen el dispositivo escolar y la forma en que opera en la incorporación y proceso de hacerse hombre en los varones. Esas prácticas tienen que ver con los discursos que directamente se establecen amparados en los programas curriculares mismos y que tienen que ver con de qué manera "el conocimiento científico" o al menos una versión del mismo aporta a la reproducción del sistema sexo/género imperante. Pero también de una serie de prácticas discursivas, de relación, de la cotidianidad que los corpus normativos y curriculares no captan y que llegan a ser más importantes en la significación del proceso de hacerse hombre que, incluso, lo que pasa en la regularidad de los temas del aula.

#### **4.4. Los pares y el control social de la masculinidad.**

En este capítulo he querido esbozar tres dispositivos de producción y reproducción del género que considero vertebrales en el proceso de configuración e incorporación de la masculinidad en los varones

entrevistados. Hasta el momento se han analizado dos dispositivos: la familia y la escuela. En éste último apartado me dedicaré a problematizar y analizar el funcionamiento del “tribunal de pares”, sus relaciones y la forma en que operan sus prácticas en el proceso de hacerse hombre en la ciudad.

Estoy llamando “tribunal de pares” a los otros varones cercanos en un marco de edad similar que se constituye como en un ente vigilador y regulados de las formas del ser hombre de cada uno. Este tribunal está principalmente constituido por otros hombres cercanos, compañeros o amigos con los cuales se comparte con cierta regularidad, pero también por otros hombres que hacen parte de la cotidianidad en ocasiones con menor cercanía. En últimas, aunque lo analizado tiene que ver con los varones más cercanos, cualquier varón o grupo de ellos en determinadas circunstancias puede ser potencialmente un “par” juzgador.

Generalmente la literatura consultada ubica la aparición de los pares en las primeras salidas del niño de su espacio doméstico al “mundo exterior” o espacio público donde los primeros juegos y la escuela se convierten en los escenarios principales de relación con esos otros. Sin embargo, valdría señalar que hay una primera aparición anterior y/o paralela que es muy importante sobre todo si se miran las formas de organización y relación de algunas (por no decir mayoría) de familias de la región, estos son otros hombres pertenecientes a la familia que son contemporáneos y que hacen presencia desde tempranas edades, el caso más común: los primos. Insisto en su importancia, pues las familias de la ciudad tienden a tejer lazos cercanos, encuentros regulares, sobre todo cuando figuras como abuelos o abuelas se convierten en un foco de encuentro para la familia. Por ejemplo, Rodrigo relataba que:

*Con las patinetas recuerdo que estaba muy chiquito y jugaba con mis primos que eran más grandes y como ellos eran los que estaban más*

*grandes y los más fuertes, entonces dominaban más sobre mis capacidades, tanto así que muchas veces me caí por culpa de ellos y se burlaban y me decían que no dijera nada, que no le dijera nada a mis papás, entonces era como el primo que cogían de juguete. (Rodrigo, 35 años).*

Sin embargo, estos tribunales de pares todavía muy insertos en la lógica familiar sí guardan una importante distinción con los “otros” grupos de pares. El mayor factor del grupo de pares es que funciona como una pertenencia del varón a cierta vida pública, al exterior, a un escenario de aprendizajes fuera del hogar, es:

la inserción en un mundo de privilegios, reconocimientos y valoraciones que se encuentran más allá de la vida privada, doméstica y familiar que signó a la infancia, como un tiempo de dependencia para llegar a la adultez como un signo que pretende alcanzar la autonomía e independencia. (Palacio, 2007: 72).

La pertenencia a esa exterioridad de la casa tiene que ver entonces con un largo proceso en el cual el hombre, para llegar a ser reconocido como tal debe desarraigarse de ese primer núcleo socializador para construir otros “propios”. Al respecto Norma Fuller plantea que:

El grupo de pares está constituido por redes de amistad entre varones que se definen entre sí como tales por contraposición a las mujeres que no tienen acceso al espacio de la calle. La identidad grupal se constituye a través de la participación en ciertas actividades exclusivamente masculinas (deportes, borrachera, cortejo, etc.) y por ciertos rituales informales de pasaje (primera pelea, primera borrachera, ida al burdel). En ese contexto, la masculinidad se define como un estatus a lograr y ciertas cualidades a desarrollar por medio de pruebas y

a través del moldeado de la sensibilidad. Ello supone pasar por ciertos rituales en los que el joven varón debe mostrar que es viril, es decir, físicamente fuerte y sexualmente activo. El "otro significativo" es el grupo de amigos que reconoce o no los logros del joven varón en el camino a la hombría. Lo femenino actúa como la frontera de lo masculino... (Fuller, 1997: 119)

A lo que luego agrega que:

La cultura masculina transmitida por el grupo de pares enseña a los jóvenes a ser agresivos, competitivos e insensibles. Es decir, a desarrollar ciertas cualidades opuestas a las que rigen el espacio doméstico, caracterizado por el amor y la solidaridad. Cualquier forma de sensibilidad o empatía con los sentimientos del otro es cuidadosamente suprimida. Un "verdadero hombre" tiene que ser duro y no debe preocuparse por los sentimientos de los otros. (Fuller, 1997: 120)

Eso que denominamos tribunal de pares funciona de una manera ambigua pues aunque ya planteamos que casi cualquier varón puede ser un potencialmente un par juzgador, son principalmente esos hombres cercanos quienes tienen una influencia más permanente, los amigos. De tal manera que el tribunal de pares que vigila, regula e incluso castiga es el mismo de los amigos. De tal manera, no es un espacio ajeno, por el contrario, ese tribunal vigila, pero el varón en cuestión también hace parte de él y participa de sus lógicas, representaciones y prácticas.

Por lo anterior, la familia fue central en la incorporación de la interpretación social del binarismo sexual y con ello de las identidades de género, pero la escuela y los pares van a darle forma a una serie de valores sobre todo en términos de estructuración de la relaciones con otros y otras, la sexualidad y cierto contenido del "ser hombre". Al respecto Fuller plantea que:

El proceso de ser receptores de este mandato cultural se inicia en la familia, pero se evidencia con mayor fuerza en el ámbito social. Para los hombres, sujetos de esta investigación, el escenario social de la escuela y de los grupos de pares estuvo marcado por relaciones y experiencia del aprendizaje de una masculinidad que les enseñó tempranamente a hacerse respetar, a responder a las agresiones del maestro, de los compañeros escolares y de las mismas mujeres; defendiéndose tanto física como verbalmente, en algunas ocasiones y, en otras, a través del silencio y del dolor escondido como mecanismo de evasión. (Fuller, 1997: 206)

Ahora, la forma en que se dan las relaciones con los pares y las demandas o parámetros que en el seno de este se establecen como pautas para el comportamiento de los varones cambia a través del trayecto de vida. Por eso, aunque la vida no se desarrolla como en “momentos” claramente diferenciados, es difícil establecer cortes arbitrarios para diferenciar las transformaciones de ese dispositivo, a pesar de ello y teniendo muy presente siempre esta advertencia sea analizará las formas de operación, las prácticas que genera el funcionamiento de este dispositivo enfatizando sus transformaciones a partir de ciertos hitos en el trayecto de vida.

En la infancia los hombres constituyeron relaciones con otros varones que se convirtieron en sus compañeros de aventuras, de aprendizajes y de devenires. Desde esta experiencia los niños a partir de ciertas representaciones sociales que le vienen de los diferentes espacios discursivos a los que están expuestos desarrollan una serie de pautas que se deben cumplir para lograr diferenciarse como hombre. Este es el primero elemento constitutivo de es la lógica de la relación con pares, la diferenciación. Al igual que los primeros años en la familia y en la escuela, el grupo de pares apunta sobre todo a hacer clara la diferenciación entre niños y niñas, empezar a ver a ese otro cuerpo

como un antagónico del suyo. De tal manera se empieza a construir una relación antagónica con las niñas, no de manera definitiva ni permanente, ambos compartirán múltiples espacios, probablemente muchos más de los que se apartan a menos que los niños se encuentren en centros educativos de sólo varones. Sin embargo, empiezan a notarse una serie de actividades, generalmente juegos que comienzan a darle fuerza y forma a la diferenciación de género. Estas actividades ocupan un lugar central en los relatos de vida analizados pues significaron para los varones la pertenencia no sólo a ciertos espacios, sino a ciertas valoraciones que generaban que ellos estuviesen allí: fuerza, ciertas habilidades, destrezas, liderazgo, valentía.

Estos espacios, estos grupos no generaron acceso inmediato por el simple hecho de ser un cuerpo sexuado macho, estos operan como tribunal de pares en tanto también exigen de manera permanente ciertas características y actitudes para insertarse en él sin problema, así, con muchos bemoles, un niño que no cumplía ni se acercara mucho a las características señaladas tuvo mayores dificultades para hacer parte de estos grupos y de lograrlo siempre estuvo en riesgo o en condición de subalternidad frente a los otros.

Así, en los relatos se hace evidente que la relación con las niñas en la infancia no está aún constituida claramente como antagónica, hay muchos espacios de encuentro y aún no es tan clara la división sexual en muchos de los juegos. Pero, lo que comienza a suceder con los grupos de pares es que su constitución como un grupo de “hombres” empieza a hacer cada vez mayor esa brecha entre mujeres y varones, diferenciación reforzada en conjunción con los discursos de la familia y la escuela, de tal modo que con el paso del tiempo estos niños hacen más clara la diferenciación frente a las niñas lo que se expresa en la cada vez mayor expulsión de ellas de sus juegos y espacios de socialización:

*Después los de barrio y dentro de los de barrio iba a montar mucho en bicicleta y nosotros hacíamos como unos tures por el barrio a dar una vuelta grande por el barrio y precisamente no invitábamos niñas porque decíamos que todas esas vueltas eran de hombres, como eran retos que nos poníamos, entonces nunca las dejábamos participar. Y era el que la bicicleta más grande tuviera, el que la bicicleta de Cross tuviera... de hecho a mí me pasó algo muy chistoso porque cuando yo pedí mi bicicleta de navidad, que yo quería una bicicleta cross, que todos mis amigos tenían, a mí me regalaron fue una monareta y me molestaron mucho por eso mis amigos, porque la monareta era como la bicicleta... no era de los niños, la monareta era más de las niñas, pero a mí me regalaron fue una bicicleta monareta y claro, estando chiquito y viendo las bicicletas de cross de mis amigos lo que yo hice fue cortarle el sillín, tratar de hacer un híbrido, quedó muy chistosa y me sirvió durante un tiempo, pero después... lo que hice fue que la reformé y cuando mi hermana pidió una bicicleta a ella sí le dieron una bicicleta de cross, fue muy chistoso. (Rodrigo, 35 años)*

Este relato permite ver esa construcción de la diferencia a partir de la definición de espacios y de la configuración de un sentimiento de adscripción a un grupo con el que se teje una experiencia de identificación de género. En esta vía, Mara Viveros plantea que:

Al propiciar el encuentro entre pares y la construcción de una experiencia común y casi iniciática entre varones, produce y reproduce actitudes, comportamientos y visiones del mundo que estructuran las relaciones de dominación y subordinación que caracterizan el orden social de género vigente. (Viveros, 2002: 226).

Por otra parte, dentro de la lógica de estos grupos de pares se promueven ciertos valores y habilidades como la fuerza, el coraje, la valentía. La formación y medida de la presencia de estos valores se logrará a partir de la competencia. De tal forma, es la competencia la mayor práctica de incorporación de la masculinidad dentro del

dispositivo de los grupos de pares. La competencia medirá de acuerdo a ciertos contextos en el trayecto de vida diferentes cosas. En la infancia sobre todo tendrá que ver con destrezas, con el desempeño en ciertos juegos, deportes, exploraciones. Estos dejarán clara la preeminencia de unos niños que sí logran demostrarse a los otros y a sí mismos que poseen estas capacidades estableciendo así unas formas de liderazgo y dejando casi en la cuerda floja a otros que no lograron “competir” al mismo nivel. Estas competencias se traducen también en presiones verbales, en injurias, en formas de “bullying”, que generan la presión para incorporar las formas de masculinidad hegemónica.

La escuela ocupa un lugar importante en la reproducción del modelo de competencia. La escuela, tanto a nivel curricular como en términos de “currículo oculto” establece en la competitividad un valor máximo. Esto no podemos desligarlo de cierto económico y político donde las formas del capitalismo contemporáneo han puesto a la competencia como el máximo y más importante medio por el cual lograr el anhelado progreso, sin embargo, este modelo deja por fuera otros valores posibles como la solidaridad o el cuidado por los otros. Esta representación social tiene también una presencia en la escuela al establecer la competencia a través de notas, de reconocimientos, de exenciones. Podríamos ver cómo los deportes ocupan un lugar central pues no se ve tanto en él un desarrollo del cuerpo y la mente o el desarrollo de capacidades para trabajo en equipo que podrían ser otros valores posibles, sino el honor, el prestigio y el logro individual.

Además, aparte de del valor de la competencia que implica por lo tanto valentía, fuerza y agresividad, hay otro elemento que entra a reforzar desde la infancia el dispositivo del tribunal de pares. Este tiene que ver con el mandato de la insensibilidad para los hombres, de la imposibilidad para expresar ciertos sentimientos, con la coartación del afecto en público y por lo tanto la codificación



milimétrica del comportamiento. Así, estos elementos van configurando la existencia de una suerte de cultura masculina, que como antes fue señalado establece como liminal lo considerado femenino.

Las exigencias y las prácticas que operan alrededor del dispositivo que denominamos “tribunal de pares” se transforman hacia la adolescencia. Este cambio se articula por lo menos alrededor de dos asuntos: la relación con las mujeres y la relación misma que se teje con los pares varones cercanos, los amigos. Frente a las mujeres la transformación se da porque ahora las mujeres no son ya solamente un grupo, digamos antagónico, sino que se convierten en potenciales conquistas, en mujeres apropiar empezando a operar de manera clara la obligatoriedad de la heterosexualidad activa para los varones; frente a los amigos varones la relación comienza a reconfigurarse pues a pesar de que existiera la lógica de la competencia, también los niños estaban avocados al juego y la diversión con sus compañeros. Ahora, esto debe ir pasando cada vez más a un segundo plano y con ello las competencias de destrezas y habilidades ya que los esfuerzos deberán enfocarse a la conquista de mujeres. Este será el real medidor de la masculinidad, lo cual no entra en detrimento de la valoración de esos otros elementos, pero siempre mediado por la relación con las mujeres. De tal manera, Maria Cristina Palacio plantea que:

La adolescencia les representa el tiempo de la verdad generacional. Momento social de la demostración y confirmación de una masculinidad que los atrapa en la pregunta por la identidad sexual, imponiéndoles otra lectura de la vida social, de mirar de forma distinta su propio cuerpo y el de las otras personas, de hacer rupturas y cambios en sus relaciones cotidianas. Los retos son diferentes, ya no se trata de escalar montañas, de meter más goles, la exigencia se traduce en la

conquista y la seducción de las mujeres; la demostración de la virilidad se convierte en su razón de ser. (Palacio, 2001: 231)

En los relatos se pudo identificar que, en la línea de lo que Viveros y Palacio esta lógica de la heterosexualidad activa en la adolescencia sumada a las presiones de los pares, al igual que de la familia, termina generando por lo menos dos grandes preocupaciones en los varones: una relacionada con el desarrollo corporal y la otra con la "definición" de la identidad sexual.

En los relatos, algunos de los varones expresaban que una de las preocupaciones que atravesaron su adolescencia fue el de su desarrollo corporal. Este tema adquiere relevancia pues permite pensar en la relación entre los procesos biológicos y la significación social del cuerpo volviendo a poner en escena la relación entre cuerpo y cultura, y rompiendo o alterando la relación dicotómica que se establece en el binomio sexo/género al hacer evidente la imposibilidad de analizar las relaciones de género sin comprender también la significación social del cuerpo.

El desarrollo corporal no es un proceso que se vive de manera individual, es un proceso que se vive en relación a otros. En ese contexto relacional afloran las representaciones hegemónicas del ser varón que establecen unos parámetros corporales para el cuerpo de los varones, de tal manera que los hombres que no cumplen con estos cánones pueden sentir amenazado su lugar como varones con una heterosexualidad activa. Por otra parte, para comprender mejor la preocupación en torno a la identidad sexual es necesario aclarar algunos puntos.

A través de todo este texto ha estado latente un problema de análisis, el cual ha sido transversal y al cual he evitado referirme. He decidido hacerlo ahora pues me permite englobar una serie de ideas y problemas que se encuentran inscritas y tiene que ver con tres

asuntos que están intrínsecamente conectados: la homofobia, el miedo a la homosexualidad y la heterosexualidad obligatoria. Quizás la práctica formadora de la masculinidad hegemónica que transversaliza todas las esferas referidas: familia, escuela y pares y que además es quizá la que de manera más contundente es incorporada por los varones es la homofobia y el subsecuente miedo a la homosexualidad. En la lógica de la formación de la masculinidad se construye como opuesto indeseable, negado y prohibido la feminidad, pero además esa feminidad es asociada a la pasividad social y sexual al igual que a la homosexualidad. Esa carga termina por fundar la homofobia misma y termina convirtiéndose en una de las prácticas más efectivas de la incorporación de la masculinidad hegemónica, al respecto Norma Fuller afirma que:

Debido a que la homosexualidad pasiva representa la última frontera de la masculinidad en su aspecto natural, es también la peor amenaza ya que se supone que la virilidad se constituye el núcleo mismo de lo masculino.....La homosexualidad es sin duda un dispositivo poderoso para la producción de la identidad de género masculino, una tecnología del yo... Debido a su función definidora (última frontera) y de amenaza (el punto en que se deja de ser), la homosexualidad es una fantasía recurrente en la vida de los hombres y un tema central para la constitución de la masculinidad. Actúa como el peligro que obliga al joven a entrar en el patrón de la masculinidad prescrita y canaliza las fantasías masculinas de subversión y escapismo. Así, la homosexualidad pertenece al mundo de fantasías y temores recurrentes de los varones. (Fuller, 1997: 154).

Cualquier acción, comportamiento, expresión o incluso pensamiento que pueda ser asociado con la feminidad puede correr el riesgo de ser visto como expresión de una homosexualidad pasiva lo que pondría al varón en un lugar de abyección, el cuidarse siempre de esta imagen

generó una serie de lógicas para demostrar ante los otros y otras su "hombría", su heterosexualidad activa. Quisiera hacer énfasis en que lo que realmente se pone en lugar de abyección es la feminización, la "homosexualidad pasiva" más que las prácticas sexuales en sí que, incluso dentro de la "cultura masculina" llega aparecer, en ese sentido:

Muchas de las ironías, burlas y críticas dentro de los grupos de pares se referían a las actitudes y los comportamientos que los jóvenes atribuían a las mujeres. Más que un rechazo a las prácticas homosexuales, se producían actitudes homofóbicas cuyo objetivo era reforzar la identidad masculina. Lo que se reprochaba a los compañeros no tenía relación directa con una determinada práctica sexual, sino con los comportamientos que eran designados como femeninos. (Viveros, 2002: 210)

Introducir esto es relevante para la comprensión de la preocupación por la "identidad sexual" para los varones pues la demostración de la heterosexualidad no sólo era algo que debía hacerse hacia fuera, hacia los otros y otras, sino también y tal vez sobre todo, a sí mismos. La angustia por la homosexualidad posible fue una de las preocupaciones que muchos de los varones vivieron y que se esmeraron por esconder, por ocultar, compartirlo o hacer pública esta angustia podría invalidarlos como varones. Por lo anterior, ( ) muestra que: "La homosexualidad pasiva y la feminización son definitivamente identificados con lo "abyecto". No son únicamente una amenaza, son lo inaceptable. El temor a la homosexualidad acosa a la imaginación de los chicos." (Fuller, 1997: 121)

Esta lógica de la heterosexualidad activa generó para los varones que podían insertarse o ser cómplices de los modelos hegemónicos unas formas de vida que giraban alrededor la conquista de mujeres. Quiero insistir que tampoco es la experiencia de todos. Si bien la

preocupación por las mujeres atravesó la adolescencia y sus relaciones a partir de los relatos analizados. Todos, desde sus condiciones vivieron esa experiencia de diferentes formas ya sea por asuntos de orden racial, socio-económico, físico o de personalidad. Por lo cual no todos estuvieron insertos en la lógica de la "hiper-actividad sexual" ya que muchos quedaban relegados de las lógicas de relación hegemónica entre hombres y mujeres lo que terminaba por instaurarse como una angustia en la formación de la masculinidad de estos varones. Por ejemplo, el siguiente relato nos permite ver esta lógica de demostración, de hacer pública la vida sexual.

*por ejemplo a mí me pasó que un amigo se creía el tumba locas, entonces invitaba a los otros a que se escondiera en la casa para ver cómo se besuqueaba a la novia y como le caía. Todos eran metidos, porque se morían de ganas por hacerlo.*

*P: Y tú fuiste?*

*R. No, a mí no me llamaba la atención eso. Porque a mí no me gustaría que yo estuviera en mi intimidad y me estuvieran viendo todo el mundo, y entonces este era el que salía del colegio y en la casa no había nadie por la tarde y llevaba la noviecita, pero antes llamaba a los amigos y yo no sé si era para mostrar su hombría o para que todos dijeran "este si es capaz", porque como en ese tiempo uno le preguntaba a los amiguitos y entre todos nos preguntábamos ¿Qué hubo, ya le dio un beso? ¿ya se acostó con ella? Y si uno decía si era el duro, pero también necesitaba demostrarlo, porque uno podría decir mentiras... "A como así no le creo, no me cree, listo hoy la voy a llamar entonces lleguen a las dos de la tarde porque ella llega a las tres" y uno se escondía debajo de la cama, otros se esconden en el closet. (Rodrigo, 35 años.)*

Las exigencias por parte del "tribunal de pares" con respecto a la conquista de mujeres tuvieron una evolución en el transcurrir de la vida. Los primeros requerimientos y presiones apuntaban al cortejo de mujeres, al lograr contactos como besos y el lograr conquistar a

una chica que asuma el lugar de "novia". Pero "el noviazgo" juvenil como tal es quizá un momento muy transitorio, en términos de Norma Fuller "El noviazgo es un período transitorio, que separa al joven varón de su espacio doméstico y lo conduce a la constitución de una nueva familia. La seducción está asociada a la calle, la versión no domesticada o natural del espacio exterior." (Fuller, 1997: 142).

Sin embargo, entrados los años, el tener una novia no era suficiente, ahora el grupo de pares exigía la experiencia propia del contacto sexual. Frente a este tema se hace evidente en los relatos una fractura que tiene que ver con las transformaciones históricas de la iniciación sexual. Los hombres mayores de 35 años expresaban mucho más la presencia y la naturalización de la iniciación sexual con trabajadoras sexuales, práctica social que se encontraba entre la presión de ciertas figuras familiares como los padres y de su pares por la iniciación social como muestra de la condición heterosexual, pero también da cuenta de un contexto social de difíciles posibilidades sexuales con mujeres en un mundo de profundas limitaciones y ordenes morales de carácter católico que ponía a ciertas mujeres a disposición de los varones para su proceso de "hacerse hombres" lo que da cuenta de desde la "sociedad mayor" se le daba importancia y legitimidad a este rito de paso. Hablo de rito de paso, porque esta iniciación era mucho más que un acto sexual, era toda una práctica ritual donde se vinculaban dispositivos de incorporación del género y del cual estaban al pendiente muchos ojos vigilantes.

Con las transformaciones en la moral sexual que se dieron en la ciudad entre los años ochenta y noventa las formas de iniciación sexual han sufrido cambios. Los encuentros pre-matrimoniales entre chicos y chicas se fueron convirtiendo en algo más común, normalizado e incluso recomendado para garantizar una afinidad conyugal. Por lo cual, se nota en los varones un quiebre en la relación

con el contexto de la prostitución. Esta transformación también tiene fuertes matices. Pues si bien el contexto de los ochenta y noventa favoreció una mayor libertad sexual, tampoco significó el fin de la compra de sexo pues también coincidió con el fenómeno del narcotráfico que en la ciudad aumentó la demanda y oferta de mujeres en condición de prostitución. Sin embargo, lo que comenzaba a ocurrir es que cada vez más sectores de la sociedad veían con mirada de desconfianza y crítica la prostitución, asociando estas prácticas mucho más con el “bajo mundo” del sicariato, el narcotráfico y demás y que también fue claramente rechazado por muchos varones. Pero estas diferencias fueron vividas en medio de una disyuntiva personal por muchos varones, pues si bien no estaban del todo de acuerdo con el pagar por sexo, las presiones de sus amigos los hacían estar en menor o mayor medida relacionados con ese mundo. El vínculo que el mundo contemporáneo sí rompió de una forma más clara sin plantear su total extinción, fue el de la visita al prostíbulo acolitada por los padres o tíos. De tal manera, coincido con los hallazgos de Norma Fuller en su estudio sobre varones de clases medias del Perú:

El grupo de pares está a cargo de la iniciación sexual y de transmitir una cultura que no puede ser enseñada por el padre, la madre o los profesores. El padre y la madre representan la sexualidad domeñada y los profesores pertenecen a la esfera pública, que en la cultura peruana está asociada a valores religiosos. Así, los padres, madres y maestros no puede introducir a los chicos a la sexualidad; ésta es tarea del grupo de pares.” (Fuller, 1997: 121).

También vale la pena explorar los significados y subjetividades que se constituyen alrededor de la experiencia del prostíbulo pues si bien en la relación de un varón con una trabajadora sexual hay una relación de género atravesada por el poder en términos de patriarcado, pero

también de transacción económica, la relación de poder que allí se da no es simple y directamente vertical. Este encuentro, en su generalidad, no está marcado por una relación de deseo ni afecto mutuo, por lo cual, como la Fuller plantea "es instrumental para ambas partes". Para ella es su medio de trabajo y no necesita expresar mayores consideraciones, mucho menos frente a un hombre inexperto, para él es la demostración a los otros y para sí de su hombría, es el momento de lograr poner en práctica las representaciones que a través del trayecto de vida ha construido sobre lo que constituye una relación sexual con una mujer que para él representa lo que la cultura ha planteado que no debe ser una mujer, por lo cual, sin negar la relación de poder que allí está presente, se podría afirmar con Fuller que "El relato de la iniciación sexual en el prostíbulo recrea una experiencia humillante, casi cruel".

Pero la iniciación sexual no era suficiente, era necesaria además el sostenimiento continuado de una vida sexual activa mujeres y hago énfasis en el plural pues la masculinidad hegemónica concibe el nivel de "hombría" a partir no sólo de la generación de un deseo heterosexual, o de la construcción de un vínculo con una mujer, sino de la cantidad de mujeres "apropiadas". Al respecto Pablo relataba que:

*Hay unos que todavía siguen estando ahí sigue estando ahí en la medida en que vos sos mujeriego, sí vos sos hábil con las mujeres y te acostás con muchas vos sos muy hombre, en eso sí sigue siendo muy similar al otro, en la parte sexual "parce usted tiene una noviecita y usted se le dedica a esa sola noviecita, parce usted es un guevón", no tenga bastantes hermano, porque ahí fue que yo boté la timidez. (Pablo, 35 años).*

Esta lógica lleva en realidad un implícito: lo importante en últimas no es con cuántas mujeres se ha logrado ligar realmente, sino cuánto puedes convencer a tus pares de tu heterosexualidad activa lo cual se



refleja en una serie de acciones constantes por demostrar/se la hombría que incluyen el mentir sobre su vida sexual lo cual fue determinante para la relación de los varones con sus pares pues esta estaba siempre mediada o más bien determinada por la necesidad de posicionarse como hombre frente al otro a través de las mujeres y sus logros con ellas. No sobra señalar las angustias, preguntas, miedos que esta lógica contrajo para la mayoría de hombres y, sobre todo, la necesidad de ocultar y olvidar los mismos al no poder expresarlo pues hacerlo sería someterse a la feminización de sus colegas.

Ahora, este dispositivo es también un mecanismo de formación de cierta subjetividad en términos de vivencia y significación de los sentimientos. Estos mandatos de actividad sexual terminaron también por construir una cierta banalización de las relaciones afectivas y sexuales en los varones pues mutilaba la posibilidad de sentimientos de afecto y obligaba ya desde el prostíbulo, ya desde la exigencia de "promiscuidad", una separación entre sexo y afecto. Vínculo que deberá, como algunos relatos hacían evidente, ser resignificado en la constitución de relaciones más estables y en la conformación de proyectos de familia, sin perder nunca de vista la mirada aconductante de sus pares.

Se ha planteado en el primer capítulo una triangulación de tres elementos que funcionan como pilares de la masculinidad hegemónica: la heterosexualidad obligatoria, el éxito económico y la autoridad familiar. Estos últimos elementos irán apareciendo con el paso del tiempo. Con la salida del colegio y de la universidad –para quienes pasaron por ella– algunos ejes de las presiones de los pares se modifican al igual que de las preocupaciones personales de los varones de acuerdo a los parámetros socialmente establecidos. La obtención de recursos económicos aparece como un imperativo en la vida de los varones pues las representaciones sociales hegemónicas

sobre la masculinidad lo establecen como una necesidad para poder acceder a mujeres y por lo tanto a un lugar de autoridad al constituirse como padre de familia.

La relación con los pares se va a transformar en esta vía. Por un lado se asume que los varones tienen unos rasgos biológicos con ciertas "necesidades" particulares en términos de prácticas sexuales, por lo cual siempre habrá prerrogativas y marcos posibles para "las escapadas". Sin embargo, a pesar de este marco de posibilidad, también está claro que con el paso del tiempo los hombres para seguir siendo reconocidos como hombres deberán completar los tres ejes: heterosexualidad, dinero, autoridad.

Si bien, como ya fue planteado en el primer capítulo, la experiencia de la heterosexualidad obligatoria se vivió de una forma más transversal. Sin embargo, con respecto al asunto económico aparecen importantes diferencias. El asunto de lo económico nos pone en el escenario del trabajo, más allá de la clase social a la que los varones pertenecieran, este se constituye como un imperativo para los varones. Como plantea José Olavarría:

Para los varones sus recursos de poder y autoestima más conscientes están sustentados, en gran medida, en el trabajo que ejercen. El trabajo les da recursos: prestigio, poder y autoridad; les permite tener dinero y el poder que da el dinero; ser proveedores, cumplir con sus responsabilidades de varón con la familia y decidir sobre sus vidas y las de los suyos; con trabajo su opinión es como la ley en el hogar. (Olavarría, 2001: 198)

Pero la vivencia y el significado que adquiere para los varones está profundamente relacionado con la experiencia de clase, por lo cual analizar el trabajo vincula el análisis de género y de clase. En los hombres de más bajos recursos el ser varón implica la obligación de

constituirse rápidamente en un soporte para la familia y la obligación de la autonomía aparece con más contundencia. Este imperativo implica para algunos una rápida vinculación al trabajo formal lo cual dificulta las posibilidades de acceso a la educación superior. En este contexto el trabajo se convierte principalmente en una forma de conseguir el sustento, más que como un espacio de realización intelectual o personal.

Para los varones de clase media alta y alta la necesidad de constituirse en sujetos con autonomía económica se diluye un poco más en el tiempo. Para estas familias no es una necesidad primordial de subsistencia estos ingresos. Esto genera otra lógica de incorporación en la masculinidad pues su "juventud" en términos de descarga de obligaciones puede alargarse y con ello vivencias como la fiesta, los viajes, los ligues; pero también, experiencias como la educación universitaria y pos gradual. En este contexto, a diferencia del anterior, el trabajo adquiere otro valor, más que la obligatoriedad de recibir una paga para la subsistencia, está inserto en una proyección intelectual y de vida.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, para ser reconocidos como todos los varones deberán llegar a esa experiencia del trabajo que los constituye como sujetos autónomos y que se convierte como en cierto requisito necesario para lograr ocupar un lugar como autoridad familiar. Estas transformaciones se viven a nivel de pares pues ellos mismos también aportan a esta presión, que, aunque proviene principalmente de la familia, los pares desde la lógica de vigilancia y competencia que constituyen el "tribunal de pares" aporta.

Como ya ha sido esbozado, esta experiencia del trabajo no constituía un elemento aislado, sino que está profundamente relacionado con el mandato de constituirse en padre de familia. Por lo cual, tanto el dispositivo familia como el de pares planteará poco a poco la

exigencia de construir uno, de "encontrar" a una mujer y reproducir de nuevo el modelo. El lograr este lugar de una relación estable constituida como familia o con miras a constituirse en una transforma también la relación de la expresión pública de la sexualidad, pues esta mujer pasa de ser una mujer apropiable a una mujer a proteger y entre lo que se considera necesario proteger está su vida sexual. Esto no elimina del panorama la posibilidad de las mujeres apropiables, de hecho, sigue constituyendo una cierta presión al no poner en práctica la monogamia. Sin embargo, paralelo a ello está el mandato de lograr sostener el equilibrio de la estabilidad familiar.

Por último, en este trabajo no se ha realizado una exploración profunda sobre el tema de la paternidad, sin embargo, es importante señalar que la experiencia de la paternidad aparece en los relatos de los varones como la síntesis de esos tres pilares que ya fueron tratados. De tal manera, la paternidad se convierte en un elemento central de la construcción de la masculinidad en tanto sintetiza y hace pública "la hombría", Marco lo planteaba así:

*P. por qué te gustaría tener hijos?*

*R. no, por dejar mi sangre, por regar mí sangre, porque es como una característica del hombre, ya el decir "vea este tiene hijos"; inclusive mi hermano, el que te hable la vez pasada, el a veces al principio las novias le pagaron muy mal, entonces ya mucho tiempo dejo de verse sin novia, ya los amigos míos le decían "ah este marica se volvió raro, o le han pagado tan mal que será, ya no se le ve novia, nada que... como era de perro antes y ya ni siquiera se preocupa por tener su hijo", entonces lo molestaban mucho por eso, porque es algo hoy en día muy normal, que los pelaos de 13 o 14 años ya tiene cada uno con 2 o 3 niños, entonces por eso. Hasta mi papá me dice a mí: "mijo y usted que piensa pues, cuando nos va dar el niño", y yo: "no pa', yo más adelante cuando esté mejor, que yo lo pueda tener bien, para que no pase necesidades, ahí pero no"... pero como es de rumbero. (Marco, 40 años).*

Sin embargo, es necesaria una distinción en términos de clase. En los varones de los sectores populares el imperativo por los hijos se hizo más evidente. Esto está relacionado con la incursión más rápida en la triada de heterosexualidad activa, trabajo y autoridad que implica, por ejemplo, menos tiempo en el trayecto de vida dedicado a la formación académica. Por su parte, en los varones de clases medias y altas existía una fuerte claridad de la implicación o la obstaculización que un hijo o hija podría generar a su proyecto de vida. De tal manera, aunque también los hijos/as son vistos como la expresión pública de la masculinidad, también se configura una relación diferente con el asunto asociado a los proyectos que se trazan en el trayecto de vida.

## **CAPÍTULO 5**

### **VOCES QUE RETUMBAN HACIA ADENTRO: SUBJETIVIDADES Y EXPERIENCIAS DEL HACERSE HOMBRE EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA**

#### **5.1. Las subjetividades y la experiencia de la masculinidad.**

En los dos capítulos anteriores he propuesto un análisis en dos direcciones. Por un lado el de las representaciones sociales que sirven como marco de significación de la masculinidad hegemónica y que configuran un guion de vida para los varones. En la segunda dirección, en completa relación con la anterior, proponía un análisis de lo que denominó como *prácticas instituyentes de la masculinidad* y que comprendo cómo una serie de dispositivos dentro de los agentes de socialización como la familia, la escuela y los pares a través de los cuales se interioriza la masculinidad en todos los varones.

Ahora quisiera hacer el análisis desde otro lugar. En los dos niveles anteriores he analizado los marcos sociales, lo que es más colectivo, lo que es más estructural si se quiere. Me interesa entonces desplazar un poco la mirada hacia otro espacio, el de la subjetividad y la experiencia. Se trata entonces en palabras de Burin y de Meler:

De estudiar el género en su dimensión subjetiva, pero esto también incluye lo vincular y microsocial en el nivel de las interacciones familiares, y la operatividad de instituciones socializadoras como la familia y la escuela. En un nivel mayor de abstracción, implica el estudio del parentesco y de las reglas de intercambio, el análisis de la segmentación educativa y laboral, y finalmente lo que denominamos las instituciones de lo simbólico, o el imaginario social, o las representaciones sociales, o las prácticas prevalentes, de acuerdo con el modelo que se elija para la comprensión de lo social. (Burin y Meler, 2009: 51).

Por ello, lo que esta investigación ha propuesto es un análisis de la significación del proceso de hacerse hombre, para lo cual se ha hecho necesario comprender ese sistema de relaciones en el cual funciona y adquiere sentido la masculinidad. Sin embargo, es necesaria la reducción de escala de las representaciones sociales al sujeto, pues lo que permite el análisis de las representaciones sociales y de las *prácticas instituyentes de la masculinidad* es encontrar las formas hegemónicas de ese funcionamiento, mientras que la subjetividad nos permite ver las fracturas, los desplazamientos y las transformaciones mismas que en el trayecto de vida viven los varones entrevistados. Considero en ese sentido, y que ha sido expuesto en desarrollo del texto, que el género es una categoría de análisis central en la comprensión de la subjetividad humana y en la manera en que se constituyen las relaciones de poder como lo hizo evidente el psicoanálisis y posteriormente el feminismo. En esa vía Burin y Meler plantean que:

Según lo plantea M. Kimmel (1992), en las últimas décadas se ha puesto en evidencia cómo el género, incluyendo al masculino, es uno de los pilares sobre los cuales se constituye la subjetividad. En el caso de los hombres, la masculinidad se ha construido socialmente alrededor de un eje básico: la cuestión del poder, a tal punto que la definición de la masculinidad es "estar en el poder. (Burin y Meler: 2009, 132).

Esta perspectiva logra varias cosas: por un lado cuestionar la idea de que todos los varones son exactamente iguales y han vivido su lugar de privilegio de la misma forma pues si bien es claro que los varones tienen un lugar de poder en el sistema sexo/género analizado, también es evidente que cada uno de los varones ocupa ese lugar y simboliza su experiencia en él de diferentes maneras. Estas diferencias tienen que ver con las contingencias de la vida, y con otra serie de experiencias que ubican los sujetos en otros lugares

posicionales como las condiciones de clase, etnicidad/raza, etarias o económicas o con la resignificación consciente de la masculinidad a través de procesos generalmente de orden político o incluso familiar. Por ejemplo, como han sido analizadas en este trabajo las formas de violencia asociadas a la garantía del lugar de poder que han estado presentes en la formación social y subjetivación de los varones, pero que como afirma María Cristina Palacio:

La cultura patriarcal define un orden de convivencia que históricamente ha estado signado por la presencia del conflicto y la violencia, como estrategias del ejercicio del poder que le fueron otorgadas al sentido de lo masculino. Pero este conflicto y violencia “no son características inherentes de la materialidad subjetiva de los hombres, son maneras de actuar, una conducta, una opción desarrollada, aprendida y ejercida en las relaciones entre los seres humanos y en las instituciones y organizaciones que ellos han ido construyendo. La violencia “es una forma aprendida de relacionarse” como lo enuncia Saúl Franco. (Palacio, 2001: 196)

Si tomamos como premisa que esa violencia no es esencial y natural, sino formada históricamente y que además algunos varones también generan rupturas, cuestionamiento o por lo menos incomodidades frente a ella podemos analizar ciertas vivencias, puntos de vista y significaciones de la masculinidad que los varones reconstruyen en su trayectoria de vida, viviendo masculinidades que son distintas, a veces muy distintas, de las que aprendieron en su proceso de socialización inicial y a través de las normas sociales imperantes. Las mismas autoras ya citadas nos acercan a ese debate al reflexionar sobre la categoría de identidad de género y dicen:

En la actualidad, el debate acerca de la identidad de género requiere una revisión, dado que está siendo cuestionada una



suposición de coherencia unificante que nuclearía a todos los sujetos pertenecientes a un mismo género por igual. A pesar de que el debate es amplio y complejo, en este libro hemos optado por suponer que los sujetos varones han incorporado a su subjetividad modos de ser, de pensarse y de sentirse que responden a la identidad de género masculina. Procuramos comprender el derrotero histórico, social, político y económico que ha determinado el posicionamiento subjetivo de los varones en su género, y el efecto que esto ha producido sobre su subjetividad e incluso sobre sus modos de padecer malestar. Sin embargo, deberíamos tener en cuenta que la variedad y diversidad actual, de los distintos modos de posicionamiento en su género para los varones nos coloca ante la necesidad de revisar la categoría género con nuevas precisiones. Esto es así porque se trata de una categoría que opera sobre la base de una lógica binaria que divide no sólo a los géneros en femenino y masculino, sino que, dentro de esa misma lógica, coloca a los sujetos del mismo género dentro de posiciones superior-inferior, dominador-dominado, reproduciendo las relaciones de poder al interior del mismo género. Como se puede apreciar, si las hipótesis de la modernidad apelaban a la noción de identidad como ordenadora y clarificadora de la posición social y subjetiva que cada sujeto ocupaba, en la actual situación de debate la noción de identidad de género pasa a considerarse una categoría que impone condiciones de opresión a quienes se inscriben en su género con pretensiones de orden y claridad. El debate actual sugiere posiciones genéricas críticas, no conformistas, afirmada en experiencias complejas, y utilizando recursos también complejos para reflexionar y operar dentro de una inscripción genérica determinada. (Burin y Meler, 2009: 36)

En consecuencia, me gustaría hacer evidentes las significaciones, los desplazamientos y los conflictos que aparecen en la construcción de la masculinidad de estos varones. Hablo de significaciones en tanto que estos varones construyen una serie de valoraciones en torno a lo que ha implicado para ellos el hacerse hombres. Estas valoraciones van desde una apreciación de la masculinidad y apropiación de la misma, hasta una serie de críticas en torno a las maneras en que socialmente se construye esta.

Hablo de desplazamientos pues lo que se puede encontrar en las experiencias de los varones es que dadas las transformaciones del orden global el mundo para el que fueron formados no fue el mismo que vivieron, por lo que su trayecto de vida les implicaba cambios en las maneras en que se asumía “el lugar de varón” que parecía tan estable. Vale la pena hacer anotar que, como ha evidenciado la historia de las masculinidades, del género y de las mujeres, siempre han existido transformaciones en las relaciones de género y en las masculinidades (Tjeder, 2008), sin embargo, también podemos afirmar que hay momentos de ruptura que pueden ser más significativos en términos de transformaciones, y en las últimas décadas del siglo XX, periodo que han vivido estos varones, las transformaciones fueron aceleradas. Por todo lo anterior, estos hombres han debido resignificar las representaciones sociales tras las que fueron formados.

Por último y en consecución con lo anteriormente esbozado, hablaré de conflicto ya que entre la representación social hegemónica de la masculinidad y la vida cotidiana “real” que viven los varones existe un abismo, una diferencia entre el modelo y lo que realmente sucede, que emerge una y otra vez en su relato como una situación de conflicto que hace visible el hecho de que la masculinidad no es una unidad estable e infranqueable y que demuestra la necesidad de no desfallecer en las acciones que busquen relaciones de género

igualitarias que servirán para derrocar la condiciones de opresión de las mujeres, pero además también de las ataduras que, a pesar del privilegio, sostienen a los varones. Esta perspectiva coincide con la de Olavarría cuando afirma desde su experiencia en campo que:

Los varones entrevistados, cualquiera fuese su edad o sector social, compartían el discurso sobre las características de la masculinidad referente. Pero, pese a que señalaban que esos eran los atributos y mandatos que los distinguían como hombres, enfrentados a su intimidad y cotidianidad, afirmaban que éstos estaban frecuentemente lejos de sus vivencias. Coexistiendo así, un referente que hace las veces de súper yo de la masculinidad y múltiples vivencias de la hombría. A algunos les otorga poderosos recursos de poder, a otros, lo más, les induce a utilizar los escasos recursos asignados en el espacio de poder que aún conservarían: el hogar. (Olavarría, 2001<sup>a</sup>: 121)

A lo cual, agrega que: "En el plano de la propia subjetividad muchos varones expresan la forma de ser hombre a la que los obliga no corresponde a sus vivencias y sentires y los transforma, en alguna medida, en prisioneros de un modelo que les resulta ajeno" (Olavarría, 2001<sup>a</sup>: 122)

En el mundo contemporáneo la vivencia de la masculinidad se ha vuelto conflictiva por los grandes desfases entre esas representaciones y las vivencias, sin embargo, como el mismo Olavarría afirma los varones terminan prefiriendo el investirse del lugar de poder, así implique renunciarse, antes que perder los privilegios, incluso a pesar de ser conscientes de la situación. Quizá uno de los elementos que están presentes en esta conflictividad y que responden a una lógica más contemporánea es que se ha extendido un nivel de conciencia en ciertos varones que les permite reconocer

cierto nivel “cultural”, no tanto “natural”, de su masculinidad, pero también, como veremos al final se articulan otras estrategias discursivas y políticas para resolver algunas de estas contradicciones sin perder el lugar de poder.

## **5.2. Desplazamientos.**

Como ya fue expresado la contemporaneidad ha obligado a los varones a dar ciertos cambios, que, como algunos de ellos admiten, han sido producto de las luchas y los espacios ganados por las mujeres:

*Esos mismos mandatos existen pero, ya no son tan generalizados, o sea ya no es que todos los adoptemos, hay uno que sí y hay otros que decimos no, antes todo el mundo seguía por ahí porque es que tenía o tenía que ser así, hoy en día ya no tiene que ser así, algunos lo hacen pero otros no, yo pienso que ha cambiado mucho porque es que el hecho de que la mujer, yo pienso que ha dependido más de la mujer más que de nosotros, nosotros no hemos hecho casi nada para que eso se dé, casi todo lo han hecho es las mujeres, de abrirse espacios en la vida laboral en todos los ámbitos, uno ya ve mujeres hasta conduciendo buses, antes uno decía "haaa una mujer conduciendo bus a no eso es lesbiana pues, es marimacho", uno dice no es muy femenino, conduciendo taxis, tanqueando el carro en una estación de gasolina, cantidad de actividades que estaban exclusivas para los hombres, entonces eso hace que se equipare ya más, porque es verdad porque la mujer por conducir un barco, un avión, puede conducir un bus, un taxi, sin dejar de ser femenina sigue siendo mujer, las conozco madres cabeza de familia todo conduciendo un taxi que esta antes era una labor muy limitada a los hombres. (Pablo, 35 años).*

De esta manera, en el contexto de esas reformas se ha generado una serie de desplazamientos en las formas en que los varones asumen su identidad de hombres. Así, el anterior relato hace evidentes varios elementos: en primera instancia que los mandatos, que hemos

llamado en este trabajo “representaciones hegemónicas de la masculinidad” siguen operando. Sin embargo, en la “realidad” poner en práctica ese mandato es una imposibilidad. La razón estriba en que ese modelo se ha construido históricamente a partir de una forma de organización social que no existe, y que habría que cuestionar si ha existido en algún momento pues ha funcionado más como proyecto que como descripción de la cotidianidad social.

Ahora, lo que sí es claro es que las luchas de los movimientos de mujeres y la conquista de espacios laborales y del ámbito público ha generado la necesidad de que los hombres se cuestionen sobre el carácter “natural” de su masculinidad y se interroguen sobre las angustias que el sostener ese guión socialmente establecido ha traído para sus vidas. El primer gran desplazamiento del que los hombres hablan tiene que ver con la posibilidad emocional. Ya hemos hablado de la representación del hombre insensible y de las prácticas de institución de la masculinidad que obligan a los varones a guardar y anular ciertos sentimientos a lo cual algunos de los varones plantean que:

*Pues que yo creo que uno llore o no, que sea sensible o no, no quiere decir que uno sea niña o que sea más hombre o menos hombre que otras personas. Creo que con el poder de la razón que ahora tengo frente a ese momento que carecía de eso, pienso que llorar o no llorar o la sensibilidad no tiene nada que ver con más o menos hombría. Pienso que es un error, que uno no debe manipular a los hijos y por el contrario si debería como apoyar esa sensibilidad. (Rodrigo, 35 años).*

En esa misma vía otro de ellos decía que:

*Yo pienso que un hombre ideal del siglo XXI, suena muy repetitivo, pero me sostengo en eso que asume a sí mismo, se respete así mismo, que respeta a otras persona, que se sienta igual con los otros personas, que respeten a otras personas sin importar su condición,*

su raza, su sexo, nada, es una personas que es capaz de exteriorizar sus cosas, que es capaz de sacar sus sentimientos, de sacarlos de compartirlos, de sacar sus miedos, es capaz de llorar, de reír, o sea es como integrar toda esa humanidad que hay dentro y dejarla salir, no represar eso adentro, es tener la capacidad de decir tengo miedo, de decir no soy capaz, no soy capaz con eso, es una persona que es capaz de elegir sus opciones porque le gustan, porque se siente bien con ellas, no porque le digan sus amigos o el medio, si quiere estudiar culinaria que estudie culinaria pero a veces nos da mucho miedo eso, es capaz de asumir su personalidad sin importar el otro, hombre que si le gusta vestirse de esta manera, cortarse el cabello de esta manera porque le gusta y lo hace yo pienso que el hombre hoy en día es alguien que tiene que integrar mucho todas esas dimensiones del ser humano, integrarlas de verdad y dejarlas salir, es una persona que hombre, a mí por ejemplo, yo quiero los animales pero no me gustan casi, pero a mí me encantan las plantas y antes yo no era capaz de decirle a la gente a mí me encantan las flores, o sea yo sería feliz cultivando flores, "florecita pues roquera", me hubieran dicho mis amigos, pero no integre todo eso si a usted le hace feliz las plantas, pues hágale, las flores vívalas y hasta si quiere ponerse una camiseta de flores póngasela, no pues es que un hombre tiene que vestirse así, ósea y el rosado es de mujeres, no a mí me gusta el rosado póngase una camisa rosada le sienta bien a su color de piel, le gustan las flores póngase una camisa con flores, las flores son para las mujeres, no las flores Dios las hizo para todo el mundo, o sea es como integrar todo eso para poder ser feliz, pero es un hombre que tiene que exteriorizar todo eso, nosotros los hombres tenemos una carga muy pesada, yo por ejemplo, esto me ha servido por eso me encanta venir acá se supone que te estoy ayudando pero me estas ayudando porque que uno entre más habla porque yo digo la palabra es mágica, la palabra compromete y libera. (Santiago, 26 años).

Posteriormente agrega:

*... yo veo que es más distinto pues porque ni siquiera es que lo trate de hacer, si no que ha pasado, es demostrar sensibilidad, y sentimientos frente algunos temas, tratar de generar, esa sensibilidad en otros amigos hombres, mmm de pronto ser muy relajado con el tema de la homosexualidad, y eso si ha sido más un proceso, porque, la gente cree que si uno abraza a una persona que es homosexual, entonces ya uno es, o la persona se lo quiere comer a uno, pues no ve que, entonces eso sí ha sido como más y mira que no, mira que no, hey mira que no, mmm no sé pero lo veo más de todas maneras en el marco de los sentimientos, el hombre, el hombre antioqueño no habla, la familia Mesa mía, no habla, si me entiendes, mi papá un poquito más, pero poquito, pero no se dicen que se quiere, no se cuentan los problemas o las cosas que los angustia, en cambio yo sí, y eso lo he tratado de hacer en los núcleos de mis amigos, en algunos los logro y en algunos no cierto, el hombre, el hombre paisa es muy cerrado, el hombre paisa lleva el muerto por dentro, y ahí se queda, ni a la pareja muchas veces se lo cuentan, entonces de pronto más por ese lado, es como por ahí. (Santiago, 26 años).*

En la vía de lo que plantea Santiago en su relato, uno de las transformaciones más importante ha sido la posibilidad de sentir. Él mismo establece un lazo entre la sensibilidad y la humanidad mostrando así que el sentir no es un asunto de hombres o mujeres, es ante todo una posibilidad humana. De la mano de lo anterior podemos afirmar un segundo desplazamiento que está presente en los relatos: la difuminación de las rígidas barreras en la apariencia, la posibilidad de un agenciamiento de la imagen, de la estética, del “del cuidado de sí” de los varones, que, como ya fue también planteado, se ha convertido en un mandato para los varones, en una representación hegemónica de la masculinidad, lo cual no niega una profunda transformación frente a la obligatoriedad de “lo tosco” como modelo de la masculinidad. En realidad es relevante la puerta que se abre con el tema del “cuidado de sí” porque podría posibilitar otros

caminos, por ejemplo en la masculinidad hegemónica encontramos que los varones se les incorpora la necesidad de encontrar en otro ser el cuidado tejiendo así relaciones donde las mujeres terminan ocupando un lugar servil. La posibilidad de una pregunta por el autocuidado es también la posibilidad de introspección que podría atravesar el plano estético y abrirse a otros campos como el de las relaciones o el ético. Para María Cristina Palacio las transformaciones en la posibilidad de sentir terminan cuestionando las formas de socialización que les formó, en sus palabras los varones:

Comienzan a cuestionar una socialización que los formó como hombres de guerra y de batallas y que sólo les reportó la negación de una parte fundamental de los sentimientos humanos; de ello puede considerarse que estos hombres no son ajenos a la trampa de la violencia, porque la viven y la sufren como el pago de un falso privilegio. (Palacio, 2001: 211)

La propuesta de María Cristina Palacio adquiere relevancia al mostrar que esta imposibilidad de expresar los sentimientos termina induciendo sujetos hacia la violencia, una violencia que pueden ejercer pero que además ha sido constitutiva en el hacerse como sujeto.

Por otra parte, según algunos hombres, como puede verse en el relato de Santiago, este vuelco también posibilita la formación de otras maneras de relación con otros y otras. A los varones se les ha enseñado en este contexto cultural el silencio de lo propio y sólo el uso de la voz para ejercer la argumentación, pero sobre todo la autoridad. En el relato Santiago, quien además es líder político, se plantea que la posibilidad de transformar desde el sujeto este uso de la "voz" posibilita la construcción de otras formas de vínculo tanto desde el hogar como desde lo público. Estos cambios no sólo son vivenciados en relación a las mujeres, sino también de las maneras



en que se tejen los vínculos con otros varones. Al respecto de esa posibilidad de tejer otras formas de relación que rompen los mandatos de la masculinidad hegemónica, Rodrigo en su relato narraba la siguiente experiencia:

*También, de hecho yo por ejemplo, tengo amigas en Bogotá, con las que tengo tarde de chicas, a mi mis amigos me molestaban en Bogotá porque yo era muy amigo de todas sus compañeras, entonces, "he ya sano, hoy estoy deprimido, a no que bueno hoy vámonos de tarde de chicas", mientras que mis amigos se iban a ver carros, motores en la feria del automóvil, que a mí los carros me parecen una nota, me gustan, pero yo no me voy a ir a ver carros que valen 800 millones de pesos, que no puedo comprar y que si tuviera la plata no me los compraría, porque Colombia no está con esas vías, entonces prefiero irme, por ejemplo, como yo viví solo tanto tiempo y forme digamos mi vivienda, mi apartamento, como yo quise, con las cosas que yo quise poner con todo, entonces más que gozarme la feria del automóvil prefiero irme a un Homecenter o a una feria del hogar y gozarme todas las cosas que hay en la feria del hogar y eso es lo que les da pereza a los amigos hombres, pues hablando de género, entonces me voy con mis amigas y no vamos de compras y tu sabes a eso le pusimos tarde de chicas y se lo digo a mi esposa y se muere de la risa y entonces con ella también compartimos, entonces a mí no se me quita nada ir a una tarde de chicas con mi esposa y sigo siendo digamos en mis preferencias sexuales, sigo siendo hombre, heterosexual, si exacto sigo siendo heterosexual, entonces eso ni me quita, ni me pone, entonces claro ahí amigos que me molestan, pero me lo dicen es más de burla como, o sea no lo ven malo, pero me molestan, me dicen "hay no la tarde de chicas, hay no". Y ellas son felices y muertas de la risa, y hablamos, porque yo pienso también que la relación hombre-mujer, o sea, yo creo en que el mejor amigo de una mujer, puede ser hombre y viceversa, porque definitivamente es el intercambio como para que uno conozca al otro género y pueda entenderlo también, entonces, si a mí me da risa y tengo tarde de chicas y pues llamo a mi amiga y le*

*digo: que hubo amiga, amiga hoy estoy mejor dicho, hoy la tengo, y eso no quiere decir que sea hombre o mujer, pues me entiendes. (Rodrigo, 35 años).*

Esta experiencia de acercamiento a las mujeres desde otro lugar diferente al de "pareja" es expresado por muchos de los varones como uno de los pilares de la transformación de su subjetividad pues permite romper algunos de los esquemas que desde la cultura funcionan y que afirman la existencia de un abismo no sólo corporal, sino también psíquico y comportamental entre hombres y mujeres. En ese sentido, estos varones plantean que el vínculo amistoso, laboral e incluso sentimental cuando se vive desde otros lugares distintos al tradicional, les permiten ver más las similitudes como seres humanos que las supuestas "diferencias naturales" haciendo evidente el carácter construido de estas relaciones.

De tal manera, a partir de la relación con las mujeres, una relación que supere el esquema dicotómico desde el cual se han construido las relaciones entre hombres y mujeres, se logran también transformaciones en la subjetividad de los varones, por ejemplo, en cómo se vive y resignifica el mandato de la "heterosexualidad activa". Así mismo estos hombres señalan unas formas diferentes de ver y significar el amor y el vínculo afectivo y en esa medida de las maneras en que se viven las relaciones.

No podemos afirmar que los mandatos en torno a la heterosexualidad activa y las formas de vivir el amor ya no sean vigentes, pues de alguna u otra forma siempre emergen, por ejemplo, al realizar en la entrevista preguntas tales como: "cómo crees que deberían ser las relaciones entre hombres y mujeres" los entrevistados siempre responden a la pregunta en términos de pareja, de relaciones afectivas y en esa vía amparados en la idea de complementariedad, nunca en términos de actores sociales, del plano político o de relaciones de otro modo, lo que muestra que siempre el

sustento de las relaciones entre hombres y mujeres está dado por un interés de orden “erótico/afectivo” entre ellos, incluso a pesar de que buscan plantear que uno de los cambios que viven es dejar de percibir a las mujeres siempre como mujeres a conquistar y verlas también como compañeras.

*Creo que no sé si el primero o el más importante fue haberme ido de la casa y haber respondido por sí mismo, sí!, para ser más concreto fue a verme ido de la casa y a verme dado cuenta yo era el único responsable de mis actos, el segundo momento fue haber tenido relaciones como estables con mujeres, pues con mis novias, eso también apoya mucho porque de alguna manera entiendes cuál es tu rol y aprendes asumirlo y a respetarlo, yo me siento mucho más hombre haciendo feliz a una mujer como soy que teniendo sexo con ella, y pues no te quiero decir que soy un beato, que no me gusta el sexo, porque me fascina el sexo, pues así como he tenido novias estables, he salido con 80 también; o sea eso no, pero eso me hace sentir más hombre, eso me hace sentir más hombre, esos momentos, que otro momento me hace sentir más hombre, tener amigas y tener tarde de chicas con amigas, que eso de da por ahí una vez al año, o cuando estaba en Bogotá por ahí dos veces al año, pero eso que me hace sentir más hombre, poder andar desprevenido y tener relaciones interpersonales con todo el mundo, eso me hace sentir más hombre, poder tener amigos de todas sus preferencias sexuales y de pensamiento y no cohibirme y no ver a nadie distinto, y si me abrazan, yo abrazo, si me entiendes es como ser abierto, ser abierto a eso, eso me hace sentir realmente hombre. (Rodrigo, 35 años).*

De la misma manera Julián planteaba que:

*en la casa lo que veo es una imagen muy clásica, muy ortodoxa de lo que es ser hombre o una mujer, o sea, como que mis papás son como buenos representantes de eso, de esa posición y yo ahora me veo como una persona muy diferente por ejemplo mi papá, en cuanto al amor, no creo que a mí me guste estar siendo tan aventurero, a pesar de que yo digo que eso es como un ideal pero, en realidad por*

*qué no lo hago, pues debe ser porque no me llama tanto la atención, estar con la una y con la otra, además, no sé, no me voy a meter en eso porque no sé cómo serán los Don Juanes, pero he visto gente que está con muchas mujeres porque en realidad no les importan, pues o sea, no les gustan tanto, ¿sí a uno no le gusta tanto una mujer porqué se mete con ella? Es como si se metiera con una mujer para otra o para una imagen que tiene o para lo que sea, bueno, eso por ejemplo me parece que es diferente, y yo sé a qué se debe, sí es a mí o a un discurso nuevo, porque lo que decías es que ¿cómo ha cambiado?. (Julián, 25 años).*

Así, ese desplazamiento en las formas en que se asume la heterosexualidad activa está basado principalmente en un rechazo a las prácticas y maneras de ejercer la sexualidad que conocieron de figuras como padres, tíos o abuelos. Por ejemplo, al ver con desagrado prácticas como la iniciación en burdeles estos hombres señalaban un desprecio y una búsqueda por otras formas de relación y por un desplazamiento en esas prácticas culturales que sostienen las formas de camaradería entre hombres.

A lo anterior se suma un ambiente en el cual las mujeres también se han apropiado más de su lugar en las relaciones afectivas que ha obligado a los hombres a construir relaciones un tanto más igualitarias, por ejemplo, en términos de fidelidad para quienes asumen relaciones monógamas. Como ellos mismos señalan, esto ha sido un cambio difícil que experimentaron principalmente con la llegada a la vida adulta en la cual se encontraron con fuertes dificultades para ejercer las formas de masculinidad que aprendieron y que intentaron vivir desde la adolescencia donde factores como la cantidad de sexo y de mujeres apropiadas indicaba su nivel de masculinidad. Al Palacio plantea que:

De los fragmentos seleccionados pueden identificarse los conflictos que viven en su vida adulta, a partir de las

contradicciones entre los parámetros que aprendieron desde su infancia y las nuevas condiciones de relación que tienen que enfrentar no sólo con los otros hombres sino con las mujeres. El poder social, económico, político, sexual y familiar ya no corresponde al exclusivo mundo masculino; tradicionalmente, el reconocimiento de su posición hegemónica se constituía en un reto con los otros hombres, ahora, se hace más compleja esta batalla cotidiana, por la inserción de la mujer en el campo tradicional masculino (Palacio, 2001: 212).

Estos cambios de la vida adulta han sido ampliamente estudiado por autoras como Mara Viveros (2002 y 2006) y María Cristina Palacio (2001) quienes han mostrado cómo la vida adulta, la responsabilidad y también el mandato cultural exige de los varones el ocupar el lugar de autoridad familiar que termina por reducir sus posibilidades fuera del vínculo familiar construido o en construcción, en ese sentido los varones terminan por quebrar:

En su imaginario la percepción del dominio y el privilegio absoluto del varón. Su propia historia los conduce a identificar el sofisma patriarcal del poder masculino, develando la trampa ideológica de la supuesta superioridad varonil. Al ponerse en entredicho el orden natural del poder masculino, viven una alteración del balance entre ese poder y el dolor que está ligado a las prácticas de la masculinidad, el cual tienen que ocultar a través de las evasiones de una lógica funcional, de una razón ausente de emoción y del ejercicio de la fuerza y la valentía. (Palacio, 2001: 211).

En todos estos relatos sobre desplazamientos de la subjetividad, resignificaciones o intentos por construir otra masculinidad posible aparece siempre una figura que algunos de ellos, con diferentes niveles de conciencia, identifican como el principal obstáculo para

lograr cambios: la imagen pública de su masculinidad, que en últimas es avalada por espacios como la familia o el trabajo, pero que principalmente logra ser legitimada en la relación con los pares:

*el temor al rechazo por ese machismo, cuando tú haces cosas que todos los demás piensas que un hombre no hace, el temor a que te digan que porqué pienso distinto, de ser hombre, o sea, es un rollo muy maluco y me pasa casi todos los días. (Néstor, 28 años).*

*Si un momento muy difícil es cuando uno tiene que romper paradigmas frente el grupo de amigos porque digamos uno tiene una formación distinta y mis amigos otra, entonces mis amigos todavía conservaban muchas esas cosas y uno empezaba a romper esos paradigmas y es muy difícil, incluso hoy en día para uno es muy difícil porque digamos muchas personas, amigos ser hombre es de cierta manera, o sea ser hombre lo limita mucha a la parte sexual. (Pablo, 35 años).*

En ese sentido, si bien se reconoce que adoptar otras formas de masculinidad es posible e incluso sano y necesario, también ven una gran dificultad en la presión de sus pares. De tal manera a nivel individual hay algunas transformaciones en los imaginarios de los varones, pero cuando vemos las relaciones a nivel de colectividad y de institucionalidad opera como un bloque con mayor estatismo. Esto genera que los varones a nivel individual y en espacios privados, casi que a escondidas, acepten cambios e intenten vivirlos que no serían asumidos públicamente.

Las implicaciones de esta dicotomía podrían ser vistas en dos niveles: por un lado, ciertas angustias que es lo que ha leído la literatura sobre masculinidades como la dificultad de ser hombre hoy; en segundo nivel, la dificultad de convertir una preocupación o incluso un cambio a nivel "micro político" -que son precisamente los cambios de estas subjetividades- en un tema de carácter público que vincule las preocupaciones de los varones con transformaciones políticas

amplias. Esta dificultad ha impedido la posibilidad de una transformación social más amplia que toque la estructuración misma de las instituciones como la familia o la escuela. De tal manera, si bien hay unos cambios importantes en las subjetividades de los varones, no es posible hablar de unos cambios radicales en las desigualdades que aún persisten en las relaciones de género.

Por último, muchas de las reflexiones a las que los varones llegaron y que han sido esbozadas no se habían hecho conscientes o por lo menos verbalizadas, sino hasta en el espacio mismo de la entrevista. La experiencia que se puede recoger de este ejercicio, y que algunos de los varones señalaron como significativa es que al ser entrevistados, indagados sobre su masculinidad, sobre qué es lo que me hace hombre y cómo se ha elaborado eso, genera indirectamente una desnaturalización de la condición de ser hombre. Esto se vivía no sólo en cada encuentro sino en el tiempo que transcurría entre un encuentro y otro en el cual ellos lograban percibir y elaborar algunas preguntas que se fueron dando o sensaciones que atravesaban la subjetividad desde tiempo atrás, pero que en un contexto "masculino" en el cual no es posible hablar de estas cosas no lograba ser explorada, elaborada y mucho menos politizada. En este sentido, si bien no era un trabajo de intervención, la entrevista misma, las preguntas y la posibilidad de desnutralizar y reflexionar a través del relato de vida generaba cambios o al menos la posibilidad de relatar y darle nombre a procesos, sentimientos y pensamientos que rondan en la cabeza de los varones. El género y el feminismo poco a poco han logrado cuestionamientos a la condición del "ser mujer" lo que ha sido un acto en sí mismo liberador para ellas. También es necesario obligar a los varones a esta reflexión sobre "el ser hombre" para que decidan soltar la cadena con que oprimen, pero también aquellas que han debido adquirir para poder sostener esa cadena.

### **5.3. LA ERA “POSMACHISTA” Y LO POLÍTICAMENTE CORRECTO**

Ahora, considero de vital importancia evidenciar los cambios en las formas en que los varones se asumen hoy. Negarlas es retroceder y negar los cambios que se han logrado, al menos, la desnaturalización de ciertos temas. Sin embargo, tampoco es posible dejar de insistir en una mirada crítica sobre las relaciones de género y sobre las formas de relación y conflictividad humana en general. Es nuestro papel como científicos sociales, por ello, plantea María Cristina Palacio que:

La pregunta por la identidad masculina no es producto del azar y de la casualidad. Hay cambios en el mundo de la vida, en las vivencias cotidianas, en la emergencia de otros conflictos y en las formas de pensar e indagar desde los imaginarios culturales, las experiencias y el sentido de la vida de los sujetos sociales: situación que implica aceptar una especie de micro revolución tanto en el sentido común como en la construcción de otros marcos académicos y científicos sobre la vida social actual (Palacio, 2001: 198).

En esa línea, se encuentra un panorama un tanto ambiguo: por un lado es posible ver cómo las subjetividades se configuran y dan cuenta de una realidad fracturada de la masculinidad, pero por otro, también podemos observar una reconfiguración del orden mundial y por ende una reestructuración de las relaciones de género, entre las cuales se encuentra la globalización de ciertas formas de masculinidad y de las maneras en que se expresa. Quisiera dedicar la parte final de esta investigación a estas dicotomías que en últimas se constituyen en una reflexión en torno a la subjetividad y las relaciones de poder y que podríamos sintetizar en el siguiente relato hablando sobre esos cambios:



*"yo he tratado porque el estereotipo así clásico, clásico, me parece aberrante, y hay muchos discursos que le muestran a uno como un tipo aberrante, un tipo que le pega a una mujer, iush!, no, pero al mismo tiempo también, como que no se la cree uno del todo, o sea no lo alcanza a incorporar uno totalmente, entonces quedan rezagos de eso" (Julián, 25 años)*

Precisamente a este "uno no se la cree del todo", a esos "rezagos" que quedan en la subjetividad y que terminan por obstaculizar los cambios radicales en el sistema sexo/género es a lo que quisiera dedicarme. Así, el mundo globalizado ha reconfigurado el orden de género tanto a escala mundial como a nivel de pequeñas escalas pues ha mundializado unas formas de ser hombre que entran en dialogo y contradicción con las maneras locales de asumir la masculinidad. Siendo así, según R. Connell "Dicho orden de género mundial puede definirse como la estructura de relaciones que, a escala mundial, conecta a los regímenes de género de las instituciones con los órdenes de género de las sociedades locales". (Connell, 2006: 188), A lo que agrega que:

Las relaciones que constituyen el orden de género mundial son principalmente de dos tipos. La conquista imperial, el neocolonialismo y los sistemas de poder mundiales actuales –la inversión, el comercio y la comunicación– han puesto a diversas sociedades en contacto unas con otras. En consecuencia, los órdenes de género en esta sociedad también se han relacionado. En el caso de América Latina, región donde la conquista y ocupación europeas se dieron por primera vez a gran escala, la interacción ocurrió a lo largo de los cinco siglos, y los resultados han sido síntesis culturales profundas. (Connell, 2006: 189).

Este proceso se ha dado en el contexto de una orientación neoliberal, que si bien no ha buscado particularmente la transformación del

orden de género hacia una propuesta más liberadora, sí ha generado una nueva forma de interpretar y vivir en un mundo de profundos y rápidos cambios para las relaciones entre mujeres y varones. Estas nuevas formas de estructuración del sistema sexo/género responden a lo que Miguel Lorente Acosta denomina posmachismo. Este autor plantea que el posmachismo nace en el contexto de la posmodernidad, o sea en el espacio de ruptura de los ideales propios de la modernidad como lo es la idea de las identidades fijas o de la clara separación entre lo público y lo privado. Es el espacio de cuestionamiento mismo de los binarismos de la modernidad. Siguiendo en esta línea argumental, el posmachismo se muestra distante “respecto a las posiciones clásicas del machismo o del patriarcado en cuanto a la defensa explícita de valores masculinos entendidos como generales”. (Lorente, 2009: 16)

Una de las principales características de ese “posmachismo” es que se muestra favorable a la igualdad. Sin embargo, su discurso se teje entre el nunca enfrentarse a la igualdad y el desarrollo de una serie de críticas puntuales principalmente en dos sentidos: “responsabilizar a las mujeres de los nuevos problemas aparecidos; y por otra, mediante esas críticas, intentar hacer prevalecer la costumbre y la tradición como garantías de convivencia pacífica.” (Lorente, 2009: 16). Es importante reiterar que este contexto posmachista no revindica directamente “el patriarcado”, simplemente quieren mostrar los nuevos problemas que han surgido desde las transformaciones producto del feminismo intentando enfatizar en cómo la vida anterior a estos cambios era más armónica que la actual. Plantea Lorente que: “El posmachismo nace de ese contexto para intentar reconducir la situación y conseguir la continuidad de las referencias patriarcales como estándares generales” para lo cual necesita “crear su propia estética y romper con la imagen rancia y viril del machismo, con la idea de hacer que sus propuestas e ideas tengan credibilidad y no

sean identificadas con una posición dirigida a mantener el poder masculino" (Lorente, 2009: 68).

En esta transformación de la imagen del "macho" el contexto posmachista ha posibilitado cierta feminización estética de los varones: una mayor preocupación por el aspecto, por la ropa, por verse atractivo, por romper las barreras de los colores que se usan como el rosa, por tener ciertas formas de consumo leídas como femeninas, por una "suavización" de las maneras y los ademanes, incluso, por mayores formas de afectividad que contrastan con el hombre frío y tosco "tradicional". Esta imagen ha ido acompañada de algunos cambios, no exactamente estructurales pero sí visibles en los roles de género que los hombres asumen: una mayor vinculación con la paternidad, cierto acercamiento a lo doméstico, participación en ciertas formas de empleo antes no concebibles para los varones como las funciones asistenciales e incluso secretariales o las de enfermería, en últimas cierta vinculación con el espacio del *cuidado*. En esa línea Pablo narraba que:

*Esos mismos mandatos existen pero, ya no son tan generalizados, o sea ya no es que todos los adoptemos, hay uno que si y hay otros que decimos no, antes todo el mundo seguía por ahí porque es que tenía o tenía que ser así, hoy en día ya no tiene que ser así, algunos lo hacen pero otros no, yo pienso que ha cambiado mucho porque es que el hecho de que la mujer, yo pienso que ha dependido más de la mujer más que de nosotros, nosotros no hemos hecho casi nada para que eso se dé, casi todo lo han hecho es las mujeres, de abrirse espacios en la vida laboral en todos los ámbitos, uno ya ve mujeres hasta conduciendo buses, antes uno decía "haaa una mujer conduciendo bus a no eso es lesbiana pues, es marimacho", uno dice no es muy femenino, conduciendo taxis, tanqueando el carro en una estación de gasolina, cantidad de actividades que estaban exclusivas para los hombres, entonces eso hace que se equipare ya más, porque es verdad porque la mujer por conducir un barco, un avión, puede*

*conducir un bus, un taxi, sin dejar de ser femenina sigue siendo mujer. (Pablo, 35 años).*

Sin embargo, no debemos perdernos en la bruma de las transformaciones estéticas o de los roles y oficios. Es necesario reconocer y valorar esta transformación porque en realidad abre puertas a otras formas de ser y estar en el mundo, pero desde una perspectiva que indague en los cambios estructurales es posible generar otras reflexiones que permitan no perder de vista las maneras en que en el mundo contemporáneo se expresan las relaciones desiguales de género. Para ello podríamos partir de las nociones ya clásicas de "rol", "estatus" y "temperamento" usadas por teóricas feministas de los años setenta como Kate Millet. En el mundo de hoy el "temperamento" que podríamos ver como el comportamiento en las relaciones y las maneras de ser y verse de los varones se han transformado. Los roles también han sufrido cambios haciendo cada vez más tenues las barreras de hombres y mujeres para participar de ciertos espacios, sin embargo al pensar en términos de "estatus" y su relación con algunos roles se hace menos sencillo. A simple vista se podría afirmar que cada vez existen menos barreras para que las mujeres participen de ciertos espacios, de ciertos roles que históricamente han sido vistos como exclusivos de los varones, pero también hay que notar que existen ciertos lugares sociales que a pesar de que tienen lugar siguen en una condición muy estática, por ejemplo, es claro que todo lo relacionado con dirección, con liderazgo sigue siendo un bastión de varones. Estas permanencias se pueden notar también al ver la vigencia del mandato de éxito económico para los varones que se relaciona, como ya vimos, con el rol de proveeduría y autoridad familiar. Esto tiene una relación íntima con el asunto del "estatus" desde la que podríamos afirmar que los roles aun de difícil acceso para las mujeres son aquellos que todavía garantizan el estatus de los varones dentro

del orden social estructural, dentro de la institucionalidad. De tal manera, los roles que garantizan el lugar de estatus y por lo tanto de privilegio y autoridad son aquellos que se sostienen de forma más sólida. De tal manera, hay unos cambios importantes en la estructuración de los roles y la división socio-sexual del trabajo, pero hay unos rasgos centrales que aún siguen garantizando la jerarquía sexual, esos rasgos son descritos por Pierre Bourdieu así:

Si las estructuras antiguas de la división sexual todavía parecen determinar la dirección y la forma de los cambios, se debe a que, aparte de que están objetivadas de unas ramificaciones, unas carreras, unos puestos más o menos considerablemente sexuados, actúan a través de tres principios prácticos que las mujeres, y también su entorno, ponen en práctica en sus decisiones. El primero de esos principios es que las funciones adecuadas para las mujeres son una prolongación de las funciones domésticas: enseñanza, cuidado, servicio; el segundo pretende que una mujer no puede tener autoridad sobre unos hombres, y tiene, por tanto, todas las posibilidades, en igualdad, como es natural, de las restantes circunstancias, de verse postergada por un hombre en una posición de autoridad y de verse arrinconada en unas funciones subordinadas de asistencia; el tercero confiere al hombre el monopolio de la manipulación de los objetos técnicos y de las máquinas (Bourdieu, 2000: 117).

En ese sentido, como agrega el autor : “Los cambios visibles de las condiciones ocultan unas permanencias en las posiciones relativas” esto quiere decir que los cambios visibles en la división sexual del trabajo, en los roles de género, está creando una atmósfera de invisibilización de las permanencias en términos de estatus, dicho de otra manera, en los fundamentos mismos de la división sexual del

trabajo, en las relaciones de poder donde el eje fundamental según el sociólogo francés son las instituciones.

Así, el posmachismo no se ha constituido como una sistema ideológico propio, se ha configurado más bien como una serie de posiciones aparentemente progresistas que han sostenido ciertos elementos estructurales de la Dominación Masculina pero adaptadas al contexto contemporáneo definido por la globalización, las formas de libre mercado, el neoliberalismo, el capitalismo tardío, pero también las reivindicaciones políticas de las mujeres a quienes no responde directamente para no ser leído como posición patriarcal, pero a las que sí responde con una aparente neutralidad que encubre el sostenimiento de ciertos rasgos tradicionales pero que en apariencia asume la idea de igualdad.

La comprensión de este contexto es importante pues los relatos de los hombres de hoy, sobre todo los menores de 50 años, están definidos por ese lugar de enunciación: por un lado su lugar de hombres en una sociedad con fuertes arraigos en lo tradicional donde los hombres ocupan un claro lugar de privilegio y por otro un panorama cambiante definido por una serie de transformaciones que se han liderado desde los movimientos sociales y ciertos sectores del Estado desde los cuales se han posicionado ciertos discursos y valores que apuntan a la consecución de la equidad entre mujeres y varones. De tal manera, la mayoría de estos varones elaboraron sus relatos desde allí, desde la necesidad generada por ese nuevo ambiente político de mostrarse "pro-igualdad", pero una serie de elementos de su discurso terminan por dar cuenta de que siguen aferrados a la idea de unas diferencias "naturales" entre varones y mujeres que terminan por traducirse en ciertas desigualdades sociales. Hubo algunas preguntas que fueron clave en las entrevistas con los varones sobre todo para lo que tiene que ver con la forma en que ven las relaciones de género hoy y cómo deberían transformarse,

en esta línea hubo varias respuestas que quisiera traer a colación pues dan cuenta de las transformaciones y también de las permanencias. Me permitiré citar varios relatos porque en conjunto me posibilitan construir el centro de mi argumento.

*pues empezar por tratar a las mujeres en igualdad de condiciones que a los hombres, o sea, la única ventaja que tienen los hombres con respecto a las mujeres me parece a mí es en el aspecto físico, que tenemos más fuerza, que tal vez podemos correr más rápido, lo que sea, pero en términos de la mente y del pensamiento y de todo eso, yo creo que somos iguales, entonces para empezar por ejemplo, la sociedad debería cambiar y empezar a ver a la mujer como si fuera un hombre en términos de oportunidades laborales, profesionales de todo, de pronto en el deporte y ese tipo de cosas que exigen una parte física ahí sí hay que, creo que hay que mantenerla la diferencia, porque creo que ellas van a ser más débiles, entre comillas en ese aspecto, pero de resto creo que eso para empezar sería una buena cosa, dejar de ver como a las mujeres como si fueran inferiores o que no tuvieran las mismas capacidades, es una idea que me parece a mí que es generalizada en la sociedad de hoy, pero me parece que eso sería un buen comienzo, igualdad de oportunidades. (Diego, 27 años).*

Este relato nos permite ver que en la construcción de la idea de igualdad del contexto posmachista se defiende la base de la diferencia, en otras palabras se considera que hay elementos casi esenciales que diferencian a hombres y mujeres, a pesar de ello se apela a la igualdad, sobre todo a lo que llaman "igualdad de oportunidades" pero siempre sopesadas en unas diferencias insalvables. Hago hincapié en este asunto no porque desconozca unas diferencias en los cuerpos sexuados, sino porque es necesario hacer un énfasis crítico en los efectos sociales de las ideas que se tengan sobre la diferencia corporal, pues son argumentos de este tipo los

que terminan sirviendo de base para el sostenimiento de las desigualdades. El siguiente relato es ilustrativo al respecto

*porque no romper esas barreras de ser especial y ser, más especial todavía, con orgullo qué llevo de ser hombre, la capacidad de poder ayudar a mujeres porque sí me considero que las mujeres son muy delicadas, entonces hay ciertas labores, que no lo considero, por machismo, sino por respeto a ellas, que no deberían hacer: levantar cosas pesadas, por ejemplo, o sea yo creo fisiológicamente que los hombres tenemos más capacidad de hacer; manejar herramientas, me encanta, es de las cosas que más me gustan, poder tener la capacidad de interlocución que muchas mujeres por temor no tienen, las mujeres hablan más por sus gestos, por su mirada, mientras que los hombres somos más verbales y aprender a descubrir esas cosas de las mujeres no verbales, yo tengo amigas que me dicen "parce, ¿usted cómo sabe éstas cosas?", "es que yo miro tus ojos y vos me estás contando un montón de vainas", cuando vos empezás a hacer eso y cuándo vos empezás a creer en una mujer y a mirarla de los ojos hacia dentro, ya te cambia tu percepción total de esa persona, vos podés descubrir que es una tonta vacía o vos podés descubrir que es una persona con miedo, y eso me pasa muchísimo. (Néstor, 28 años).*

Notemos ciertos virajes del relato anterior. El relato empieza haciendo énfasis en unas diferencias corporales, en la idea de que los hombres son más fuertes esencialmente que las mujeres, llamándolas débiles sin siquiera pensar en las condiciones socioculturales que alimentan las diferencias. Pero luego el relato comienza a desplazarse a otro lugar, a unas supuestas dificultades de las mujeres para la "interlocución" lo cual ya se sale del espacio corporal y entra a la diferenciación de capacidades intelectuales. Notemos también como entonces se defiende la existencia de la dicotomía entre racionalidad propia de los varones (que en el relato



se llama "verbalidad") y una supuesta sensibilidad propia de las mujeres (definida en el relato como "no verbales"), idea que ha sostenido históricamente la exclusión de las mujeres del mundo público, del Estado y de ciertos espacios laborales. Ahora, el relato finaliza en un ensalzamiento de esa sensibilidad como una capacidad sublime de las mujeres que además termina por establecer diferencias entre "una tonta vacía" (un lenguaje claramente patriarcal) y unas mujeres que sí serían valiosas y que se inscriben en el orden. Podemos observar entonces que, a pesar del contexto "igualitario" las estructuras simbólicas que organizan y sostienen la desigualdad siguen muy vigentes. Otro relato planteaba que:

*He visto por ejemplo que las mujeres tienden a ser más frívolas, los hombres tienden a ser más competitivos, más inteligentes y como más perspicaces, también más cultos, no conozco unas mujeres así como cultas y que les interese, porque por ejemplo a mí me encanta de mi novia que a ella yo la considero inteligente y que sabe cosas, pero tengo una imagen más degradada de lo que son las mujeres en general, un poco de ingenuidad, también me molesta cuando son muy competitivas, tengo por ejemplo una amiga, que me cae un poco mal además también, entonces se pone a discutir y es como muy fuerte y lo hace como con una manera como de hombre y entonces cuando discute conmigo o algo, yo siento como una sensación desagradable. (Julián, 25 años)*

Este relato lleva el asunto incluso más allá. Parte de la misma dicotomía entre hombre/razón y mujeres/sensibilidad pero ya establece unos lugares sociales para cada uno. Cuando plantea que "lo hacen como a manera de un hombre" establece entonces que las mujeres no deben participar del debate, interlocutar y mucho menos "tener la razón" frente a la palabra de un varón. De nuevo, es importante recordar que ninguno de estos hombres planteaba una posición de defensa del orden patriarcal desigual, todos hablaban de

igualdad pero, como podemos ver no replanteaban los presupuestos mismos que sostenían un orden desigual. El siguiente relato, en la misma línea, permite ver ciertos aspectos:

*Por ejemplo que uno todo el tiempo tiene que pensar que es macho, y tiene que responder por todo, y tiene que alzar cosas pesadas y tiene que responder con la fuerza, uno es muy charro, eso de la igualdad de género, pero es que la igualdad de género no es tan igual, entonces siempre llegan con la delicadeza: "ah, vea álceme esto"; yo siempre pienso en igualdad de género, pues siempre es así, pero al fin de cuentas por ser varón uno sí desarrolla mayor fuerza*

*P: pero es hacia eso, ¿qué y cuáles ventajas se tiene de ser hombre en esta sociedad?*

*R: no yo creo que ya todo está muy igual*

*P: ¿tú crees que ya todos somos iguales, o hay ventajas de ser hombre?*

*R: no pues ventajas, la fuerza, ya todo es muy duro pa' todos  
(Cristián, 20 años)*

Este relato en la misma línea de los que ya esbozamos sigue insistiendo en la diferencia corporal, sin embargo, lo más interesante es que plantea que aparte de esa ventaja corporal no existe ninguna otra ventaja del ser hombre, desconociendo todos los lugares de privilegio que ocupan los varones lo que muestra que si bien se insiste en la diferencia se niegan los efectos sociales de la misma y se argumenta siempre en la existencia de un buen escenario para que efectivamente se dé la igualdad. Ahora, no sólo la continuidad de la dicotomía entre razón/sensibilidad está presente en los relatos. También aparecen otros elementos contundentes a la hora de establecer una reflexión en torno a las discursividades posmachistas. Plantea Julián que:

*En cuanto al trabajo por ejemplo, creo que el criterio es muy parecido, o sea, uno debe trabajar, debe ser juicioso, pero también sí puede darse sus espacios, leer un poco, y creo que eso lo hacía mi papá y me parece que siempre fue como muy responsable en esa parte del trabajo y me gusta y yo creo que lo haría así, el tema económico también, me gustaría tener el control económico, tener como un cierto dominio ahí, ganar bien e invitar y tener como un liderazgo en ese aspecto. (Julián, 25 años).*

En este relato aparece otro elemento: Julián plantea que dentro de un contexto igualitario los hombres deben liderar lo relacionado con la responsabilidad laboral y por lo tanto con “el tema económico” que él mismo expresa en términos de “control” y dominio. De igual forma si bien no se hace explícito este relato establece una relación entre trabajo, dinero y autoridad familiar. Como vimos en el primer capítulo esta es una dupla que tiene que ver por el cómo se construyen las garantías para la ocupación del lugar de poder de los varones, de ese lugar de liderazgo, control y dominio que este varón expresa. De tal manera la subjetividad y la experiencia de ser varón está atravesada y definida por la apropiación de una serie de mandatos que le garantizan un lugar social prometido y que, ni siquiera en la elaboración de un discurso pro-igualdad llega a ser cuestionado. Y, como en los anteriores casos, este relato no es un caso aislado, sino que trae a colación argumentos que aparecen casi de manera estructural entre los relatos. Los relatos citados a continuación son bastante ilustrativos al respecto:

*Más significa para mí ser hombre, tener la responsabilidad de querer formar un hogar y tener que ser uno líder, puede uno tener que llevarlo, el hombre es el que tiene que liderar la familia ser cabeza de hogar o ser cabeza de familia, no sé, eso sería ser hombre para mí, no sé, en este momento no, pero digamos que al mediano plazo, algo así. (Diego, 27 años).*

Por su parte Santiago planteaba que:

*Para mí, ser hombre, pero no por el hecho de ser hombre, sino que es más ser más persona, es que como yo personalmente no diferencio tanto esas cosas, pero para mí es, va muy relacionado con algo de liderazgo, con luchas, digamos en causas sociales, pero es por mi personalidad, cierto, muy de conocimiento, me parece que uno debe de tener pues como conocimiento; sueño con ser una persona, sabia, pues un hombre sabio, pues yo me sueño ser el abuelito que sabe un montón, cierto, ese tipo de cosas, yo creo que ser hombre es, mmm mucho el respeto por la otra gente, ser un hombre en el siglo XXI implica, respetar demasiado las otras opiniones, implica demasiado respetar las mujeres, o sea valorarlas demasiado, así actúen de otra manera, y uno muchas veces no entiende, y que sean más emocionales, o mas no sé qué, lo que dicen, eso me parece que es una cosa bonita, y me parece que se debe respetar, si creo todavía, ahí si reconozco un poquito que sigo con esa idea de, de que es más grave cuando el hombre, digamos no tiene trabajo, a cuando la mujer, pero es también porque lo visto así, mmm entonces sí me parece que mantiene un poquito ese rol protector, yo sí creo que el hombre, todavía es un poquito protector, o al menos yo, pienso que ser hombre es proteger, a la familia, a la pareja, en mi caso también a los amigos, y tiene que ver con la posición que uno va cogiendo en la vida, a las personas, eso sería más o menos. (Santiago, 26 años).*

Este relato teje el hilo de mi argumento. Notemos el inicio, es una defensa clara de la necesidad de la igualdad, tanto que propone un desplazamiento de la idea de hombre a la idea de persona buscando así un hincapié en nuestra condición humana más que en nuestra condición de cuerpos sexuados. Luego vuelve a ciertos elementos retóricos que se han posicionado localmente en los discursos que buscan la erradicación de la violencia contra las mujeres: “respetar a las mujeres”, “valorarlas demasiado”, argumento que deriva de

nuevo en cierta relación antagónica entre formas de racionalidad diferentes que establecen un pensamiento diferenciado entre mujeres y varones, como es notable el argumento primero de enfatizar la humanidad, y no la diferencia, se desvanece. Pero luego aparece el elemento decisivo en el momento que se plantea que es más grave el desempleo para los hombres que para las mujeres esto permite pensar en que el nivel de gravedad está dado en que el desempleo de los varones atenta directamente con su "rol de proveedor", mientras no atenta de ninguna manera con el "rol doméstico" asignado a las mujeres. Este mismo relato también deja clara la relación que quiero mostrar al plantear como ideal del varón de hoy la continuación del lugar de protector para "la pareja" y "la familia".

De esta manera, se establece una relación no dicha pero claramente evidenciable entre el rol protector y el ejercicio del poder y la autoridad paterna que sostiene a nivel familiar las formas de funcionamiento de la Dominación Masculina negando o disminuyendo la importancia de la autonomía económica o el liderazgo a las mujeres.

Así, en la subjetivación, significación y apropiación de la masculinidad por parte de estos varones se encuentra aún latente, clara y casi imperturbable la relación entre trabajo, dinero, autoridad y masculinidad como la expresión ideal de la masculinidad hoy. Esta relación termina siendo mucho más fuerte que la dicotomía razón/sensibilidad que puede aparecer mucho más tenue. Observemos este último relato:

*Yo digo que no sería que no haga nada no... pero si que la mayor parte de la responsabilidad económica la tenga el hombre, es más complacencia que decir que eres una inútil y entonces como yo pongo más, yo mando aquí, no yo puedo poner el 100% del hogar pero tengo clarísimo que las decisiones son en conjunto, y me encanta que*

*me sugiera, que me propongan que me digan "no te parece más chévere la mesa verde que la azul" y yo digo a todo que sí, entonces, como que tengo esos dos lados, me gustaría pero no soy dominante, por el contrario a mí me gusta complacer y se trata más como de eso. (Rodrigo, 35 años).*

Para cerrar esta idea este relato nos permite ver cómo se teje esa relación. Evidentemente hay un desplazamiento de los argumentos "machistas tradicionales" que planteaban la proveeduría de los varones como una manera de garantizar la participación de los varones en el espacio público (la economía y la política principalmente) y de mantener a las mujeres en las tareas de reproducción y cuidado; sin embargo, resignifica el sostenimiento de un lugar de poder a través del discurso de la complacencia que oculta las implicaciones políticas, relacionales y sociales de estos planteamientos.

De estas dicotomías, contradicciones y paradojas es que se configura lo que Miguel Lorente define como "posmachismo". Una actitud y una construcción de la masculinidad hoy que si bien se ha desplazado de los argumentos tradicionales del "machismo" que sostienen claramente la inferioridad de las mujeres, tampoco ha abandonado las representaciones sociales que sostienen las desigualdades. A esta postura es lo que denominó como "políticamente correcto", pues se defienden los discursos que buscan la igualdad y la promueven pero más como una cierta presión y obligación social que condenaría lo contrario, sin embargo, desde la subjetividad, la experiencia y las relaciones no se han deconstruido los nodos centrales que articulan las formas de inequidad en las relaciones de género y que fueron exploradas en el primer y segundo capítulo: el éxito económico, el lugar de autoridad familiar y la heterosexualidad activa.

De tal manera, han existido una serie de representaciones sociales hegemónicas que aún hoy tienen vigencia. Estas representaciones se han constituido como un guion o modelo de ser que es introyectado e incorporado a los varones a través de unas *prácticas instituyentes de la masculinidad* que se articulan en los agentes socializadores tales como la familia, la escuela y los pares. Sin embargo, en el proceso mismo de subjetivación de estos mandatos, sumado a las transformaciones políticas, económicas y culturales, se generan unos desplazamientos, unas transformaciones que llegan a ser críticas con el guion pre-establecido. Esos desplazamientos también han sido inducidos por el contexto y las discursividades políticas de los movimientos sociales y en menor medida de los medios de comunicación y del Estado, sin embargo, aún no logran ser apropiados e incorporados completamente. Podríamos afirmar que están aún presentes en la discursividad, en cierta sensación de “comportamiento correcto”, pero ahora es necesario que sean realmente subjetivadas y esto sólo puede ser logrado a través de intervenciones reales con los varones, de hacer verbales sus inquietudes pero también de enfrentar dialógica y claramente sus posturas. Es allí donde ha cobrado sentido este trabajo.

## **6. REFLEXIONES FINALES.**

Concluir es quizá una imposibilidad. Incluso, no sólo una imposibilidad, debería no ser lo ideal. Es por ello que prefiero plantear algunas ideas de cierre que logren recoger planteamientos centrales que fueron esbozados en este trabajo y generar una reflexión en torno al uso político de esta investigación y el trabajo con el tema de masculinidades.

Esta investigación se centró en analizar lo que denominó como “hacerse hombres”. Esta idea parte de la premisa de que los hombres, al igual que las mujeres, son sujetos generizados, se construyen socialmente en medio de relaciones sociales, económicas, políticas y culturales, en las relaciones de poder.

Así, como hallazgo de esta investigación se encuentra que el hacerse hombre responde a un proceso, digamos “productivo”, en el cual intervienen una extensa cadena de actores. En primera instancia unos ordenes simbólicos que producen una serie de representaciones sociales sobre lo que es y no es ser varón. Estas representaciones se constituyen en un horizonte de expectativa o en palabras del antropólogo Clifford Geertz (2003) en un “modelo de” y un “modelo para” ser varón.

En Medellín, ese modelo se articula en tres mandatos principales: el éxito económico con el cual se les exige a los varones que su realización como personas depende del nivel de ingresos y pertenencias que logre tener. Esa exigencia está aunada a la segunda: ocupar la posición de autoridad de un núcleo familiar, lo que se logra a través de tener su propio núcleo familiar (esposa, hijos, hijas) y sobre la cual ejercería esa autoridad, ese lugar de poder. Pero hay un tercer elemento que articula los dos anteriores: el ejercicio de la heterosexualidad activa.



El sistema sexo/género que opera en la ciudad ha planteado que los hombres son los proveedores, por lo cual no es importante la autonomía económica de las mujeres. Esto ha establecido una configuración de roles donde los hombres deben ser exitosos económicamente y las mujeres deben ser bellas. Así que lo que garantiza para los varones el ejercicio de la heterosexualidad activa es precisamente la posibilidad de ofrecer beneficios materiales, lógica que podríamos sintetizar en: a más dinero, más mujeres. Pero el éxito económico también es necesario para constituir el núcleo familiar pues al ser la figura proveedora no podría ejercer la autoridad sin el lugar que garantiza el dinero.

Estos tres mandatos no funcionan solos. Hay algunos otros que garantizan la consecución de estos pilares de la masculinidad como la fuerza, la exhibición pública de la sexualidad, la prohibición de la homosexualidad, la valentía, el ejercicio de la violencia, la brusquedad. Pero, el rasgo fundamental que claramente aparece en los relatos de estos varones es la construcción de la masculinidad en oposición a la feminidad y a las mujeres. De tal manera, para estos varones ser hombre es, ante todo, no ser mujer.

Cabe resaltar que la construcción de la masculinidad basada en el no ser mujer se materializa también en un profundo pánico homosexual y, por lo tanto, en una posición homofóbica generalmente soterrada en un discurso de "tolerancia" y "respeto". Así, la figura del "varón" se constituye en un no ser mujer y no ser homosexual, posición que ve en la homosexualidad la antítesis de la masculinidad. Este temor/fobia atraviesa cada una de las prácticas, las actitudes, el comportamiento, los gustos, los espacios que se frecuentan, convirtiéndose así el miedo a la homosexualidad en uno de los más fuertes dispositivos

introyectados para la autorregulación y regulación entre pares de la masculinidad.

Por otra parte, el tema de la construcción de la masculinidad en oposición a las mujeres pone en el escenario una pregunta por las relaciones entre hombres y mujeres y por el tema de igualdad/equidad. Estos varones nunca ponen en duda el tema de la diferencia entre hombres y mujeres, por el contrario, plantean que existen unas diferencias casi insalvables entre el ser hombre y ser mujer. Así, estos varones se presentan como “pro-igualdad”, defienden la toma del espacio público por parte de las mujeres, de los espacios de trabajo y de cierta socialización en lo doméstico. Pero al tiempo, a veces casi de manera inconsciente, recurren a elementos retóricos con los cuales quieren plantear la existencia – y casi necesidad- de unas diferencias. Para ellos el origen de estas diferencias estarían dadas por el cuerpo, las mujeres serían más débiles no por un asunto social, ni por algo cultural, sino por un asunto inminentemente biológico y natural, lo cual implicaría una serie de actitudes y roles por parte de los varones como el de protección y cuidado, que, implícitamente, conlleva el de ejercicio de formas de poder. Esto no es un tema menor, pues el argumento de la diferencia corporal como base de unas diferencias sociales y políticas ha sido el que ha sostenido casi todo el aparataje de las desigualdades de género y, quizá, el muro más difícil de derrumbar en nuestra sociedad.

Este tema de la diferencia corporal, con el transcurrir de las entrevistas derivaba a veces en otros asuntos que ellos intentaban “minorizar”, pero que evidenciaban fuertes ideas arraigadas que buscaban proteger un orden tradicional dentro de un mundo “modernizado”. Por ejemplo, algunos de ellos planteaban, dentro de esta idea de protección y cuidado que las mujeres si bien debían ser autónomas y tener el derecho al trabajo, su rol como

proveedoras no debía ser central para la economía doméstica, sino que ese era un rol propiamente masculino; pero todo este argumento estaba acompañado de una necesidad por justificar este planteamiento y lograr hacerlo ver no como un asunto de ejercicio del poder, sino como una posición facilitadora y protectora para la vida de las mujeres, algo así como una forma de eximir responsabilidades para asegurarles a ellas una vida mejor y más tranquila. Estas posiciones podían venir acompañadas de ciertos juicios morales en contra de algunas mujeres como las que son intelectualmente fuertes o las que tienen sexualidades muy “libertinas”.

Así, a través de los relatos es posible ver que lo que se ha configurado en la ciudad es una actitud que he denominado en el contexto de las relaciones de género como “políticamente correcta”, ósea, una posición que dice reconocer la importancia de algunos cambios en las relaciones de género, pero que aún no logra introyectar verdaderamente la idea de una igualdad real. Esta actitud pasa por reconocer asuntos como la participación de las mujeres en el espacio público, la admisión de temas como la no violencia contra las mujeres, la inserción laboral, la igualdad salarial, pero que aún se reserva algunos privilegios del orden desigual entre hombres y mujeres. La reserva de estos privilegios pasa por el silencio. No se discute o se critica abierta y públicamente las agendas de acciones y de derechos que propenden por la igualdad entre hombres y mujeres, pero hacia adentro y en el ejercicio de algunas prácticas cotidianas se deja intacto el lugar propio de poder.

Esta posición da cuenta de unos cambios que se han dado en las últimas décadas y que responden a procesos locales y globales: la activa participación de movimientos de mujeres y feministas y sus consecuentes logros, la inserción de temas de equidad de género

en la agenda local y nacional del Estado, algunos nuevos modelos de mujer y hombre que en diferentes medios de comunicación y redes virtuales se mueven, entre otros. Esto ha cambiado el panorama y nos presenta un contexto en la ciudad un tanto ambiguo: por un lado la existencia de un orden tradicional heredado de la “cultura paisa” (paisas se designan a las personas que han nacido en Medellín y en el Departamento de Antioquia, y que puede extenderse a ciudades cercanas) que es profundamente machista y que fue reforzada con los elementos de la cultura narcoparamilitar, pero por otro el surgimiento a nivel global de una transformación en las relaciones de hombres y mujeres. En esta especie de paradoja se encuentran los varones de hoy, de los cuales los entrevistados eran sólo una pequeña pero representativa muestra, quienes oscilaban entre la apertura a la igualdad y los derechos frente al sostenimiento de ciertos lugares de dominación dentro de un sistema patriarcal.

Esta fuerte paradoja se vive en la vida cotidiana de los varones. En la vida privada e incluso en las reflexiones personales y las preguntas vitales de los hombres entrevistados era evidente la presencia de unas transformaciones sobre todo en la vida adulta. En la juventud estos hombres buscaban vivir los privilegios y las promesas que el patriarcado ofrecía a los hombres, como el acceso sin reproches a muchas mujeres, pero reconocían que con el paso del tiempo esas promesas encontraban cortapisas. La necesidad de otras formas de ser varón se ha visto traducida en su vida adulta en asuntos como mayor presencia en el hogar, el ejercicio de una paternidad más presente, un menor ejercicio de una heterosexualidad activa (menos mujeres, mayor fidelidad, por ejemplo), la negociación del poder en el espacio familiar, etc. Así, desde la propia vivencia estos hombres hacían presente que existen cambios y que hay una necesidad de vivir y evidenciar

esos cambios; pero al tiempo reconocían otro ejercicio de la masculinidad que tenía que ver sobre todo con su ser público.

Estos varones reconocían que en la relación con los pares admitir estos cambios era casi feminizarse y en ese sentido poner en duda su lugar como varones. Los pares, los amigos, funcionan como la red de ejercicio de una masculinidad tradicional que tiene entre sus funciones la regulación, vigilancia, control e incluso castigo (las burlas, por ejemplo) de aquello que no se considera “de hombres”. Es interesante esta dicotomía porque en colectivo no son capaces de admitir, de verbalizar los cambios, cosa que sí hacen y viven en su cotidianidad. Con ello no quiero plantear ni defender la existencia de una equidad en las tareas de reproducción y cuidado, como sí el hacer ver algunos asuntos que vale la pena desglosar a modo de reflexión política o académica, o si se quiere, de recomendaciones para repensar nuestro orden de género.

### **6.1. Reflexiones prácticas**

Las dos primeras y más comunes instituciones socializadoras son la familia y la escuela, que sumada a la relación con los pares son planteadas en esta investigación como instituciones a través de las cuales operan los dispositivos de género que incorporan la norma o el guion establecido para los varones. La familia aparece como un dispositivo de género que insiste en la diferencia sexo/genérica y que aporta unos modelos rígidos y binarios del ser hombres y mujeres, por lo cual es necesario insistir en la necesidad de, proponer unos esquemas y modelos de género que ofrezcan otras formas de ser a través del reconocimiento de las diversas formas de organización familiar y de existencia en el mundo; lo que también implica un trabajo muy fuerte en torno al dispositivo escolar pues es a través de la educación y los diferentes actores

que intervienen allí –en la cual la familia es central- donde es posible construir otras representaciones sobre la igualdad, los derechos y la vivencia de la sexualidad y el género que logren efectivamente un “vivir juntos” dentro de un marco de dignidad y equidad para hombres y mujeres.

Otro asunto está relacionado con la insistencia en la necesidad de comprender el “hacerse hombres” desde dos niveles de análisis, uno que podríamos llamar “macro” y en el cual es posible identificar las estructuras desde el análisis de las prácticas y las representaciones, y el otro es el de la subjetivación e incorporación de ese orden estructural, proceso en el cual el sujeto se hace sujeto al socializarse y en esa vía inscribirse en determinado marco socio-cultural, pero en el cual ese sujeto también vive desplazamientos, contradicciones y fracturas con el modelo establecido.

Este trabajo era entonces también una apuesta por lograr ese nivel micro donde el sujeto, en este caso los varones, pudieran hablar. Pensar el problema del habla, de la voz y de la masculinidad es un tema central y descuidado en las ciencias sociales y los estudios de género en el país pues si bien siempre se ha reconocido que los hombres contemplan dentro de sus privilegios el ejercicio del poder a través del dominio de la palabra, se ha desconocido que ese ejercicio de la palabra no se ha enfocado en la posibilidad de hablar de sí, de la experiencia, la memoria, la subjetividad, nivel en el que es posible hallar otras preguntas, otros cambios, incluso otros fantasmas que por la misma efectividad del dispositivo de control que representan los pares no logra ser expresada en el uso de la voz pública.

Esta apuesta por la voz de los sujetos, por el análisis de la experiencia y la trayectoria de vida que se vio materializada en el

uso de relatos de vida como método para la construcción de la unidad de análisis de este trabajo, me permitió identificar lo que considero uno de las reflexiones más valiosas con las que me topé en el camino que significó esta tesis. Los varones al ser entrevistados por su masculinidad debieron resignificar lo que para ellos había sido. Para estos varones la masculinidad era algo neutral, natural, era dado. Al ser indagados por el proceso de construcción de su masculinidad debían enfrentarse y hacerse conscientes del carácter contingente del hacerse hombres. Ellos mismos expresaban, luego de elaborar cosas a partir de su propia experiencia que los temas de género académica y políticamente habían sido tratados como “asuntos de mujeres”, en ese sentido las mujeres eran sujetas de género, pero los varones no. La experiencia misma de la entrevista permitió evidenciar el hecho de que la masculinidad, que el ser y hacerse varón también era un asunto de género y que en ese sentido el problema de la equidad también les interpelaba directamente.

Ahora, este trabajo de “concientización” que de manera no planeada se construyó en la mayoría de las entrevistas se daba en niveles individuales y, como ya fue planteado, la mayor dificultad que señalaban los varones entrevistados era la de mostrarse “diferente” frente a los grupos de pares que pueden ser de muchos tipos: laborales, de amistad, familiares, etc. En ese sentido, la necesidad del trabajo con varones de manera colectiva desde los movimientos sociales y las instituciones del Estado comprometidas con este tema se esgrime como una de las principales y urgentes necesidades. La construcción de una conciencia colectiva, pública y “verbalizada” por parte de los varones es necesaria para la efectiva transformación de las desigualdades de género y para la disminución de la violencia contra las mujeres y ojalá su

erradicación, al igual que la toma de conciencia sobre las violencias entre los mismos varones.

En Colombia, al igual que lo que ha ocurrido en Europa según el estudio de María Bustelo y Emanuela Lombardo (2007), las políticas enfocadas a la igualdad de género han identificado principalmente a las mujeres como las víctimas de las prácticas de violencia y de las formas de organización del patriarcado, pero a su vez han desresponsabilizado a los varones o al menos se han cuidado de nombrarlos neutralizando así el sujeto que ocupa el lugar de privilegios en esa relación –ya sea a través de la acción, de la complicidad o del silencio-. Esta forma de interpretación de la igualdad ha terminado por asignar sólo a las mujeres la responsabilidad de la transformación de las formas de desigualdad, orientación política que ha borrado el carácter generizado de los varones y en ese sentido les ha aliviado la necesidad de su compromiso con la transformación social.

Lo anterior nos exige nuevas reflexiones en torno a problemáticas vertebrales en la ciudad como es el tema de las violencias contra las mujeres pues lo que hemos visto con los índices de feminicidios es una fuerte y brutal respuesta del patriarcado y de algunos grupos armados organizados por defender ese orden. Esta respuesta violenta proviene de la inconformidad que sienten los varones no sólo armados, sino de la población en general, con los lugares ganados por las mujeres pues ha sido leído por ellos como una pérdida de sus privilegios tradicionales. En ese sentido, la violencia ha sido una respuesta al proyecto de igualdad. La solución no sería entonces dejar de apostar a la igualdad para proteger la estabilidad y la armonía social, sino la vinculación de los varones colectivamente a los procesos pues uno de los principales obstáculos para una efectiva transformación del orden de género ha sido la desvinculación de los varones con esta causa.



Pero, para lograr esta necesaria articulación no se puede perder de vista un cuestionamiento permanente entre la relación existente entre masculinidad y poder pues es innegable que la masculinidad tanto tradicional como "contemporánea" se define a partir del ejercicio de lugares de poder. Sin embargo, el reconocimiento de este funcionamiento no debe ocultar un rasgo fundamental de esa relación: el carácter fracturado y múltiple de la masculinidad que nos obliga a plantear el tema en términos de "masculinidades". Las relaciones de poder en el género no se constituyen solamente en la relación hombres/mujeres, sino también en lo que se ha llamado "relaciones intragénero" y que corresponde a las relaciones de poder que también se constituyen al interior de "un género", en este caso de los varones. Esta vía de análisis permite ver que también operan unas formas de opresión de unos varones sobre otros, pero esta dominación pasa generalmente soterrada pues viene acompañada de una suerte de pacto de complicidad fundamentada en la promesa de acceso a los privilegios del varón, heterosexual, blanco, de clase media.

En ese sentido, reconocer y comprender esas fisuras de la masculinidad permite generar estrategias para vincular y hacer ver tanto a hombres y mujeres que el proyecto de una liberación de las formas de opresión que viven las mujeres es también la posibilidad de liberación de los varones de los altos costos emocionales, económicos, académicos y culturales que deben pagar para ocupar el lugar de privilegio. En ese sentido, el trabajo académico y político con las masculinidades implica un profundo análisis de las relaciones de poder y de las tensiones y resistencias que generan como posibilidad de articulación de otras formas de participación y ejercicio de la ciudadanía.

## **6.2. Limitaciones y algunos caminos posibles.**

Es ya una verdad de Perogrullo que las investigaciones no logran abarcar casi todo lo que se quisiera o por lo menos lo que fuera realmente necesario para dar respuesta a temas y problemas. En ese sentido todos los trabajos se constituyen en aportes, lo cual también es positivo porque es lo que posibilita los diálogos, la interlocuciones y las motivaciones para hacer más.

Una de las limitaciones del análisis ha sido el de lograr una profundización mayor en la comprensión de las instituciones socializadoras como la familia, la escuela y la relación entre pares. Este trabajo se realizó sobre el análisis de relatos de vida, pero la posibilidad análisis etnográfico y análisis documental de los marcos normativos de estas estructuras permitiría entender mejor las dinámicas y las estructuras donde esos relatos toman forma.

En ese sentido, es de vital importancia la realización de investigaciones que analicen estas instituciones en su relación con la formación de las masculinidades y el orden de género, investigaciones que procuren dar cuenta de los niveles macros como, por ejemplo, lo son la estructuración del sistema educativo a nivel nacional, hasta las realidades prácticas y las subjetividades que se forman en los espacios concretos, por decir, una escuela X de un barrio de la ciudad.

Esta necesidad responde a la posibilidad de analizar las pautas de crianza y socialización que en la escuela y familia se dan, como esta investigación ha propuesto. Dicha labor debe dar cuenta desde un análisis histórico de las transformaciones que la escuela y la familia han tenido en las últimas décadas en la ciudad y el país a raíz de los cambios económicos, políticos y culturales que han experimentado en los años recientes.

En esa misma vía, aunque uno de los principales hallazgos de esta investigación ha consistido en evidenciar las dicotomías de los varones, por ejemplo en su comportamiento en relación a sus pares, su comportamiento y reflexión en el contexto de la entrevista o su comportamiento y relación frente a su núcleo familiar o en las relaciones de pareja, se hace necesario analizar de lleno esta dinámica, esa fractura, por demás contemporánea, entre la formación recibida en la casa y la escuela, las formas de relación y de imagen pública que se sostiene con los pares y las realidades a las que en la cotidianidad los hombres se enfrentan.

Esto está relacionado con lo que considero la principal dificultad de esta investigación: romper la barrera de la palabra y la experiencia en los varones. Como los hombres han sido formados como "sujetos neutrales" en términos de género, es inicialmente complejo lograr la narración de su experiencia como sujetos de género.

Este hecho no sólo está definido por las pautas de socialización y crianza o por la relación con los pares que sostiene y refuerza la masculinidad hegemónica, sino que también se relaciona con la omisión por parte del Estado y los Movimientos Sociales de la responsabilidad de los varones en los cambios del orden de género. Con esto no me refiero sólo a su compromiso como actores políticos, sino también como objeto de las políticas públicas, como objeto de intervención de acciones en pro de la igualdad que empiezan por nombrar su lugar en el sistema sexo/género de la ciudad. De tal manera, se hace necesario un trabajo consciente, tal como el ya mencionado, realizado en Europa por María Bustelo y Emanuela Lombardo, donde se hagan evidentes las lógicas que subyacen a las políticas y los programas orientados a la igualdad de género para hacer un balance de lo que se ha logrado y lo que está pendiente por lograr, dentro de lo

cual, seguramente, se encuentra la vinculación activa de los varones en las políticas de igualdad de género.

Por otra parte, el trabajo sobre las masculinidades y el género no puede girar sobre sí mismo. No puede verse como un asunto aislado al cual se asocian algunos asuntos específicos como la violencia contra las mujeres, la división socio-sexual del trabajo o incluso, lo asociado a los sectores LGBT. Se hace necesaria una comprensión más cercana a la propuesta de la categoría género desde su surgimiento en los años setenta, un análisis más global de la sociedad. Hago énfasis en este asunto, pues la historia colombiana se ha caracterizado por su tradición de guerra y violencia, la cual se ha agudizado en la segunda mitad del siglo XX. Hoy, con las esperanzas puestas en una salida negociada al conflicto, la pregunta por los ejes estructurales de este conflicto exige de los y las personas comprometidas con el cambio político y de una academia al servicio de ello, reflexiones pertinentes. Es por ello que, teniendo en cuenta el nivel de gasto militar del país en comparación con otros temas como educación o salud y comparado también con el gasto militar de otros países incluso más grandes como Brasil, hoy necesitamos reflexionar sobre el lugar de las relaciones de género y específicamente en el papel de los hombres en esta guerra. Los principales actores y muertos de está son precisamente los varones y no puede ser una realidad obviada. Es necesaria una comprensión de la relación que existe entre esa masculinidad hegemónica que se materializa en ciertos guiones y en ciertas pautas de socialización y crianza, con la introyección en la sociedad colombiana de la idea de que sólo la violencia permite una vía para la resolución de conflictos. Quizá, nos han hecho falta otras miradas para una comprensión más amplia del conflicto en el país y así buscar salidas, la mirada de género ha sido una de ellas.

Para cerrar, todo lo anterior podríamos sintetizarlo en una sola idea que es la mayor dificultad con la que se topa para la realización de investigaciones sobre el tema de masculinidades y tiene que ver con el lugar que ocupan dentro de las ciencias sociales y de la academia en general. Si los estudios de género han ocupado un lugar subalterno, los estudios de masculinidades han recibido el rechazo no sólo por parte de los sectores dominantes, sino también de los mismos movimientos sociales y de los espacios más progresistas del Estado. Es necesario un cambio de mirada, no por el hecho de reivindicar una corriente de estudios, sino por el reconocer que lograr una sociedad donde todas las personas podamos vivir en paz, es necesario comprometer a sus diferentes actores y así lograr realmente un proyecto de vida común para todos y todas.

## 7. BIBLIOGRAFÍA.

Aceves, J. (2002). "De la ilusión a la comprensión biográfica (Pierre Bourdieu y la historia oral)." En: Revista Universidad de Guadalajara: Dossier Pierre Bourdieu en Recuperao de <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug24/bourdieu7.html>

Althusser, L. (1988). Ideología y aparatos ideológicos de Estado. (S.A.): Nueva Visión.

Amorós, A. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.

Amuchástegui, A. (2006). "¿Masculinidad(es)?: los riesgos de una categoría en construcción. En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía (pp. 159-181). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Amuchastegui, A., y Szasz, I. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre..., relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: El colegio de México.

Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico, dilemas de la subjetividad contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.

Badinter, E. (1993). XY: La identidad Masculina. Bogotá: Editorial Norma.

Bajtin, M. (1989). Teoría y estética de la novela. Madrid: Taurus.

Bajtin. M. (1987). La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais. Madrid: Alianza.

Beauvoir, S. (1981). El segundo sexo [1949]. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Berger, P. L.; Luckmann, Thomas (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bertaux, D. (1981). "El enfoque biográfico. Su validez metodológica, sus potencialidades". En Propositiones Vol.29. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1981. Recuperado de: <http://www.sitiosur.cl/r.ph>

Bertaux, D. (1993b). La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades. En Marinas, J. M. Y Santamaría, C. (editores). *La*

*historia oral: métodos y experiencias* (pp. 149-141). España: Debate S.A.

Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Bertaux, D. (1993a). De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica. En Marinas, J. M. Y Santamaría, C. (editores). *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 19-34). España: Debate S.A.

Betancourt, E. (1990). "Gramsci y el concepto de bloque histórico" en: *Historia Crítica*, No. 04, Julio-Diciembre (pp. 113-125). Bogotá: Universidad de los Andes.

Bertaux, D. (1989). "Los relatos de vida en el análisis social". En: *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, (pp. 87-96). Barcelona: Universidad de Barcelona.

Bly, R. (1988). *Iron Jhon: Una nueva visión de la masculinidad*. España: Gaia ediciones.

Bly, R. (2000). La necesidad de una iniciación masculina. En Thomson, K. (Editora). *Ser hombre*. (pp.28-38). España: Editorial Kairós.

Bock, G. (1991). , "La historia de las mujeres y la historia del género. Aspectos de un debate internacional", en *Historia Social*, nº 9 (pp 55-77). Valencia: Instituto de Historia Social de la Universidad de Valencia.

Bock, G. (1991). "La historia de las mujeres y la historia de género: Aspectos de un debate internacional", En: *Historia Social* 9. España: Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social (pp. 55-77).

Bonino, L. (2000). "Varones, género y salud mental: deconstruyendo la normalidad masculina". En: Segarra, M. y A. Carabí (eds). *Nuevas Masculinidades* (pp. 41-82). Barcelona: Icaria.

Botero, F. (2003). *La industrialización en Antioquia: génesis y consolidación*. Medellín: Hombre Nuevo.

Botero, F. (2006). *Medellín 1890-1950: historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Bourdieu, P. (1997). "La ilusión biográfica" en: *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción social* (pp. 74-83). Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Burin, M. y Meler, I. (2009). *Varones, género y subjetividad masculina*. Argentina: librería de Mujeres Editoras.
- Bustelo, M y Lombardo, E. (2006). "Los marcos interpretativos de las políticas de igualdad en Europa: conciliación, violencia y desigualdad de género en la política" en: *Revista Española de Ciencia Política* (pp. 117-140).
- Bustelo, M. y Lombardo, E. (2007). *Políticas de igualdad en España y Europa*. Madrid: Cátedra Ediciones.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. España: PAIDÓS.
- Butler, J. (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: PAIDÓS
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. España: Paidós.
- Careaga, G. y Cruz, S. (2006). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castells, M. (2001). *La era de la información: economía, sociedad y cultural*, Vol. 2: *El poder de la Identidad*. Madrid: Editorial Alianza.
- Chartier R. (1992). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Condorcet; De Gouges; Da Lambert y otros. *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII*.
- Connell, R. (1981). "La organización social de la masculinidad" en: Valdés, T y J. Olavarria (Eds.) *Masculinidades, poder y crisis* (pp. 31-48). Santiago de Chile: ISIS-FLACSO/Ediciones las Mujeres.



Connell, R. (2001). "Educando a los muchachos: nuevas investigaciones sobre masculinidad y estrategias de género para las escuelas" en: *Revista nómadas*, 14, (pp. 157-171). Bogotá:

Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México, D.F.: UNAM.

Connell, R. (2006). "Desarrollo, globalización y masculinidades". En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 185-210). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Cornejo, M. (2006). "El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas". En: *Psyke*, vol 15, No 1. 95-106. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Cornejo, M.; Mendoza, F. y R. Rojas. (2008). "La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico". En: *Psyke*, vol 17, no. 1, 29-39.

Crenshaw, K. (1994). "Mapping the margins: Intersectinality, identity, politics, and violence against women of color". En: F. Albertson y R. Mykitiuk (Eds.). *The public nature of private violence* (pp. 93-118). Nueva York: Routledge.

Davis, A. (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.

Di Marco, G (Coord.). (2005). *Democratización de las familias*. Buenos Aires: UNICEF

Faur, E. (2004). *Masculinidades y desarrollo social: las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Bogotá: Arango Editores/UNICEF.

Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Editorial Melusina.

Foucault, M. (1978). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

Foucault, M. (2000). *Historia de la Sexualidad: La voluntad de saber. Tomo 1*. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2010). *Arqueología del saber [1970]*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2010). *El orden del discurso [1970]*. Barcelona: Tusquets editores.

Foucault, M. (2010). *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí [1984]*. Buenos Aires: Siglo XXI

Foucault, M. (2011). *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres [1984]*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fox Keller, E. (1991). Reflexiones sobre género y ciencia. Valenca: Edición Alfons El Magnanim.

Fraser, N. (1997). "Pensando de nuevo la esfera pública: una contribución a la crítica de las democracias existentes" En: *Iustitia interrupta*. Bogotá: Siglo XXI Editores – Uniandes.

Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas: varones de clase media en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuller, N. (2003). *Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género*. En Olavarría, J. A. (editor). *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina* (pp. 71-83). Chile: Flacso.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Gergen, K. J. (2007). *Construccionismo social, aportes para el debate y la práctica / Kenneth Gergen*. Estrada, A. M., y Diaz, S. (Traductoras y compiladoras). Bogotá: Ediciones Uniandes. Recuperado de: [http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co/psi/construccionismo soci al.pdf](http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co/psi/construccionismo_soci al.pdf) (24/08/2012)

Gilmore, D. (2008). "Culturas de la masculinidad". En: Carabí, A. y J. Armengol (eds.). *La masculinidad a debate* (pp. 33-46). Barcelona: Icaria.

Gomáriz, E. (1992). *Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile. Santiago de Chile.

Gomáriz, E. (1997). *Introducción a los estudios sobre masculinidad*. Costa Rica: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.

Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 1*. México: Ediciones Era.

Guasch, O. (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays: los varones en perspectiva de género*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Gutiérrez, L. y L. Denis. (1989). *La Etnografía como metodología de investigación*. Caracas: Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez".

Gutiérrez, L. (S.A.). *Paradigma cuantitativo y cualitativo en la investigación social-educativa. Proyectos y reflexiones*. México: Instituto Pedagógico Rural "El Mácaro".

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Valencia: Universidad de Valencia.

Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.

Hartmann, Heidi I. (1980). "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresista entre marxismo y feminismo", *Zona Abierta*, 24. (pp. 85-113). Recuperado de: <http://www.fundaciocampalans.com/archivos/papers/88.pdf>

Hall, S. y P. Gay. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. España: Amorrortu Editores.

Heritier, F. (2002). *Masculino/Femenino El pensamiento de la diferencia sexual*. Barcelona: Editorial Ariel.

Hill Collins, P. (1998). "La política del pensamiento feminista negro" en: Navarro, M. y C. Stimpson. *¿Qué son los estudios de mujeres?*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ibañez, J. (1991a). *El grupo de discusión: fundamento metodológica y legitimación epistemológica. El pluralismo metodológico en la investigación social: Ensayos típicos* (pp 53-82). Granada: Universidad de Granada.

Ibañez, J. (1991b). *El regreso del sujeto: la investigación social del segundo orden*. Santiago: Editorial Amerinda.

Kimmel, M. (1992). "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes" En: *Fin de siglo, Género y cambio civilizatorio*. Chile: ISIS Internacional.

Kimmel, M. (2008). "Los estudios de la masculinidad: una introducción". En: Carabí, A. y J. Armengol (eds.). *La masculinidad a debate* (pp. 15-30). Barcelona: Icaria.

Kornblit, A. L. (2004). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales, modelos y procedimientos de análisis*. Argentina: Editorial Biblos.

Lamas, M. (1999). "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género" en: Papeles de población. Julio-septiembre, número 21. Toluca: UNAM.

Lamas, M. (2003). El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. México, D.F.: UNAM.

Laqueur, T. (2004). *La construcción del sexo: cuerpo y género de los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Lindón, A. (1999). "Autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social" En: *Economía, sociedad y territorio*, 2. (pp 295-310). México: El colegio mexiquense.

López, M. (2010). *Hacerse hombres cabales, masculinidad entre tojolabales*. México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Lorente, M. (2009). Los nuevos hombres nuevos: los miedos de siempre en tiempos de igualdad. Barcelona: Editorial Destino.

Lugones, M. (2008). "Colonialidad y género" En: *Tabula Rasa*, Núm. 9, Julio-Diciembre (pp. 73-101). Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Mille, M. (2010). *Política sexual* [1970]. Madrid: Editorial Cátedra.

Molina, C. (1994). *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos.

Moore, H. (1999). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Núñez, G. (1999). Sexo entre Varones: poder y resistencia en el campo sexual. México, D.F.: UNAM/Colegio de Sonora.

Núñez, G. (2007). "La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: reflexiones epistemológicas". En: Amuchastegui, A., y Szasz, I. *Sucede que me canso de ser hombre..., relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (39-72). México: El colegio de México.

Olavarría, J. (2001a). *¿Hombres a la deriva?*. Chile: FLACSO.

Olavarría, J. (2001b). *Y todos querían ser (buenos) padres*. Chile: Flacso.

Olavarría, J. (2001c). "Invisibilidad y poder: Varones en Santiago de Chile" en: *Hombres e identidades de género: investigaciones desde América Latina* (pp. 153-257). Bogotá: CES/Universidad Nacional de Colombia.

Olavarría, J. (2006). "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina". En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 115-130). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Palacio, M.C. y Valencia, A. J. (2001). *La identidad masculina: un mundo de ilusiones y exclusiones*. Colombia: Universidad de Caldas.

Parrini, R. (2007). "Un espejo invertido. Los usos del poder en los estudios de masculinidad: entre la dominación y la hegemonía". En: Amuchastegui, A., y Szasz, I. *Sucede que me canso de ser hombre..., relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (pp. 95-117). México: El colegio de México.

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Editorial Anthropos.

Portelli, H. (1998). *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Preciado, B. (2007). Biopolítica del género. *Conversaciones Feministas* (2). *Ají de Pollo, Buenos Aires*.

Pujadas, J. J. (2002). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. España: centro de investigaciones sociológicas.

Ramírez, J. (2006). ¿Y eso de la masculinidad? apuntes para una discusión. En Careaga, Gloria y Cruz, S. (Ed.). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (p. 31-55). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ramírez, J. (2006). "¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión". En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 31-56). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ramírez, J. (2008). "Ejes estructurales y temáticos de análisis del género de los hombres. Una aproximación". En: Ramírez, J. y G. Uribe (Coords). *Masculinidades: el juego de género de los hombres*

en el que participan las mujeres (85-112). México, D.F.: PIEGE y otras.

Ramírez, J. y G. Uribe "El género de los hombre: un subcampo de estudios en expansión". En: Ramírez, J. y G. Uribe (Coords). Masculinidades: el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres (15-24). México, D.F.: PIEGE y otras.

Rich, A. (1998). "La Heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana" en: Navarro, M. y C. Stimpson. (comps). *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, P. (1995). Tiempo y Narración: configuración del tiempo en el relato histórico. Vol 1. México, D.F.: Siglo veintiuno editores.

Rosaldo, M. (1979). "Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica". En: Harris, O. y K. Young (Comp.). Antropología y feminismo (pp. 153-181). Barcelona: Editorial Anagrama.

Rubin, G. (1986). "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo" [1975]. En: Revista Nueva Antropología. Noviembre, año/vol. VIII, número 30. México, México: UNAM.

Sánchez, G. (2006). Guerras, memoria e historia. Bogotá: Editorial La Carreta.

Sánchez, G.I., Sánchez, R.S. y Palacio M.C. (2007). *El café billar, espacios y escenarios masculinos: sus huellas y trayectorias*. Colombia: Centro Editorial Universidad de Caldas.

Saussure, F. (1995). Curso de lingüística general. Buenos Aires: Editorial Losada.

Scott, J. (1990). "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James Amelang y Mary Nash (eds.), Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea (pp 23-56).

Scott, J. (2001). "Experiencia" en: La ventana, No. 13. Guadalajara: Universidad de Guadalajara

Seidler, V. (2006). Masculinidades: culturas globales y vidas íntimas. España: Montesinos.

Seidler, V. (2006a). "Transformar las masculinidades". En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía (pp. 57-66). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Seidler, V. (2006b). "Masculinidades, hegemonía y vida emocional". En Careaga, G. y Cruz, S. (Ed.). *Debates sobre masculinidades, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 147-158). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Sharim, D. (1999). "Dimensión subjetiva del género: una aproximación desde los relatos de vida. En: *Proposiciones* 29, marzo. Recuperado de: [http://www.sitiosur.cl/publicaciones/Temas\\_sociales/TemasSociales030.pdf](http://www.sitiosur.cl/publicaciones/Temas_sociales/TemasSociales030.pdf)

Siles, J. (2006). "La historia basada en fuentes orales". *Arch Memoria*, No. 3. Alicante: Universidad de Alicante.

Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.

Tjeder, D. (2008). "Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino". En: Ramírez, J. y G. Uribe (Coords). *Masculinidades: el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (59-84). México, D.F.: PIEGE y otras.

Tubert, S (Ed). (2003). *Del sexo al género: los equívocos de un concepto*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Valcárcel, A. (1994). *Sexo y filosofía: sobre "mujer" y "poder"*. Bogotá: Anthropos.

Villoro, L. (2007). *El concepto de ideología*. México: Fondo de Cultura Económica.

Viveros M., (2001). *Masculinidades, diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia*. En Viveros, M., Olavarria, J. y Fuller, N. (2001). *Hombres e identidades de género, investigaciones desde América latina* (pp.34-132). Colombia: Litocamargo Ltda.

Viveros, M. (2002). *Quebradores y cumplidores*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, M. (2008). "Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades: Dilemas y desafíos". En: Ramírez, J. y G. Uribe (Coords). *Masculinidades: el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (25-42). México, D.F.: PIEGE y otras.

Vovelle, M. (1985). *Ideologías y mentalidades*. Madrid: Editorial Ariel.

Wittig, M. (2006) *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Editorial EGALES.

Wollstonecraft, M. (2000). Vindicación de los Derechos de la Mujer [1792]. España: Ediciones Cátedra/Universidad de Valencia.



## 8. ANEXOS.

### 8.1. Micro reseña de los hombres entrevistados.

<b>Seudónimo</b>	<b>EDAD Y LUGAR DE RESIDENCIA</b>	<b>PROFESIÓN Y/O OFICIO</b>	<b>CONTEXTO FAMILAR</b>
1. Marco.	40 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social medio. (Clase media-media).	Administrador en Salud de la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Antioquia.	Es el menor de 10 hijos, actualmente vive con una hermana, tres sobrinos.  Soltero.  Su padre murió cuando él era un bebe, no lo conoció.
2. Jaime.	49 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social bajo. (Clase media baja).	Técnico en sistemas. Trabaja arreglando ordenadores.	Vive en unión libre hace 22 años y tiene un hijo de 19 años y otro de 13 años.  Su familia de origen es grande, 11 hijos. Su madre murió cuando era adolescente.
3. Pablo.	35 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social medio. (Clase media-media).	Contador público de la Universidad Cooperativa de Colombia- Filosofía y teología en el Seminario Mayor y en Estados Unidos. Actualmente Trabajador independiente y trabaja en su campaña política para pre candidato al Concejo de Medellín.	Es el mayor de 3 hijos (dos hermanas menores). Vive todavía con su familia de origen, padres y hermanas. Tiene novia.

4. Rodrigo.	<p>35 años, nace en Bogotá, vive en Medellín. Llega a la ciudad por cuestiones de trabajo, junto con su pareja.</p> <p>De estrato social alto (clase alta).</p>	<p>Profesional en diseño gráfico. Trabaja como ejecutivo en una marca-empresa de ropa muy reconocida.</p>	<p>Sus padres se separaron cuando tenía 12 años, tiene una hermana menor que él y un sobrino. Se fue a vivir con amigos a la edad de 17 años, porque quería ser independiente. Su madre murió cuando tenía 22 años.</p> <p>Su padre ahora vive con otra mujer y tiene 2 hermanos medios.</p> <p>Casado, no tiene hijos.</p>
5. Julián.	<p>25 años, nace y vive en Medellín.</p> <p>De estrato social medio. (Clase media-media).</p>	<p>Estudiante de psicología, de la Universidad de Antioquia. Jugador profesional y docente de ajedrez.</p>	<p>El menor de 3 hijos (una hermana mayor, un hermano), tiene una sobrina. Vive con su mamá, papá y hermano.</p> <p>Por mucho tiempo muy dependiente de la madre.</p>
6. Alexis.	<p>22 años, nace y vive en Medellín.</p> <p>De estrato social bajo. (Clase media baja).</p>	<p>Termino bachillerato. Trabaja con la Alcaldía de Medellín como contratista en el área de espacio público.</p>	<p>Hijo menor de dos hermanos (un hermano y una hermana). Sus padres viven y mantiene una relación cercana con</p>

			ellos.  Vive actualmente con su compañera, mayor que él.
7. Cristian.	20 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social bajo. (Clase media baja).	Técnico en logística empresarial, actualmente estudia una técnica en mercadeo y ventas.	Es hijo único, vive con sus padres. Tiene una muy buena relación con ellos.
8. Santiago.	26 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social alto (clase alta).	Abogado. Actualmente hace campaña política como candidato al Concejo de Envigado.	Vive actualmente con sus padres y hermana. Le da mucho valor a su familia y mantiene muy buena relación con ellos.
9. Néstor.	28 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social medio. (Clase media-media).	Termino Bachillerato.  Tecnólogo incompleto.	Vive con un hermano menor de 16 años, y con sus padres. Tiene una relación muy difícil con la familia.
10. Diego.	27 años, nace y vive en Medellín.  De estrato social alto (clase alta).	Profesional en Negocios internacionales , Empresario	Huérfano de padre a los 6 años. Tiene 2 hermanos menores de esta relación. Su madre se casa de nuevo. Actualmente vive con un amigo y su familia vive en Canadá.

## 8.2 Guía de relatos de vida.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA IV: METODOLOGÍA DE  
LA INVESTIGACIÓN Y TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN  
HACERSE HOMBRES:  
LA CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES DESDE LAS SUBJETIVIDADES.  
UN ANALISIS A TRAVES DE RELATOS DE VIDA DE HOMBRES  
COLOMBIANOS

### GUIA DE RELATO DE VIDA

#### DATOS GENERALES:

Código:\_\_\_\_\_ Seudónimo:\_\_\_\_\_  
Entrevistas-Encuentros:  
1ra\_\_\_\_\_ 2da\_\_\_\_\_ 3ra\_\_\_\_\_ 4ta\_\_\_\_\_  
Edad: \_\_\_\_\_ Lugar de  
nacimiento:\_\_\_\_\_  
Lugar de  
residencia:\_\_\_\_\_  
Estudios realizados: (último nivel  
realizado)\_\_\_\_\_  
Ocupación actual: \_\_\_\_\_  
Estado civil: \_\_\_\_\_  
Composición de la familia de origen: (NO la familia actual en caso de  
que la haya)

**Introducción:** Explicar sobre la investigación, el propósito de las entrevistas para el desarrollo de los relatos y el tipo de entrevista, vista más como una conversación guiada; abierta, flexible.  
Se recuerda que los relatos de vida van a ser grabados con su consentimiento, el cual deben firmar, y que luego serán transcritos para facilitar el análisis.

#### PRIMER MOMENTO:

- Conversemos acerca de tu infancia-niñez, ¿cómo fue, (podrías identificar algunas marcas (recuerdos-positivos y negativos-que tengas de tu experiencia de vida durante esa infancia), qué recuerdas de manera especial, de tu familia, de tu experiencia en la escuela, de tu grupo de pares -amigos?

- ¿Cómo fue la relación con tu madre y tu padre, recuerdas a tu padre, cómo lo describirías? a tu madre, cómo la describirías?
- Cómo era la relación con tus hermanos-as? ¿Qué recuerdos tienes de tus hermanos-as?
- ¿Cómo era el ambiente en la familia? quien tomaba las decisiones?; recuerdas algunas situaciones de tensión o de conflicto por el hecho de ser hombre o mujer?; recuerdas alguna diferencia entre los hermanos y las hermanas en cuanto a las normas, las formas de actuar y comportarse, las actividades domésticas y extradomésticas?; la exigencia de la disciplina era diferente para los hombres y para las mujeres?; recuerdas el tipo y los contenidos de comunicación entre lo masculino(s) y lo femenino(s)?; había prácticas asignadas y prohibidas para los niños y las niñas?
- ¿Qué te decían tu padre y/o tu madre de cómo debe ser y cómo debe comportarse un hombre de verdad?
- ¿Qué recuerdas de lo que esperaban de ti como hombre?
- ¿De quién o quienes recibiste más influencia en tu idea de cómo debe ser hombre?
- ¿Cuáles juegos de tu infancia (lo que se hacían en la vida familiar, en la escuela y con tu grupo de pares) recuerdas marcaron tu comportamiento como hombre?
- ¿Cómo recuerdas tu experiencia en la escuela para tu formación como hombre?
- ¿Cómo recuerdas la experiencia de tus relaciones con profesoras y con los profesores?
- ¿Qué decían tus profesores-as en la escuela primaria y en el bachillerato, de cómo debe ser un hombre?; Cómo debía comportarse?; Qué debía jugar, hacer?
- ¿Cómo era tu grupo de compañeros en la escuela, en el vecindario?; ¿Cómo debía ser un hombre, según ellos-.as? Tenían modelos, cómo se referían a lo masculino?
- ¿Cómo recuerdas en tu experiencia escolar y tu grupos de vecinos y de amigos-as tu relación con otros hombres y con las mujeres? (qué hacían? qué decían) conflictos existentes, quien mandaba, quien tomaba las iniciativas y las decisiones

- Recuerdas “dichos”, chistes, mandatos, acciones, juegos, programas de TV o mitos sobre cómo debía ser un hombre, en esa época de niñez y adolescencia?
- Recuerdas a alguien en la escuela, en el vecindario o entre tus amigos que influyó especialmente, en esa época sobre lo que para ti es muy importante para ser un hombre? Valores?, comportamientos?

### **SEGUNDO MOMENTO:**

- ¿Qué significa para ti ser hombre? ¿Cómo definirías a un hombre, a un varón?
- ¿Cuáles momentos señalarías en tu vida como definitivos en ese volverse un hombre verdadero o sentirse hombre?
- ¿Cómo fue el proceso para ti de hacerte “verdadero hombre”, dificultades, mandatos, angustias, ventajas, satisfacciones?
- ¿Consideras que tuviste momentos difíciles en ese proceso de hacerte “verdadero hombre”; ¿Cuáles y por qué? y que significado le das hoy?
- Ha habido algún momento o circunstancia en la que te has sentido “menos hombre”?, dame ejemplos.
- Cómo interpretas hoy tu experiencia de hacerte hombre?

### **TERCER MOMENTO:**

- ¿Qué piensas del deber ser, cómo ha sido tu experiencia en la búsqueda de una masculinidad diferente, por qué lo hiciste?, qué te llevo a buscar?
- ¿Cómo debe ser la relación entre hombres y mujeres?
- ¿Que se te ocurre que debe cambiar, hacia relaciones más igualitarias en el presente?

## **Resumen en ingles**

### **ABSTRACT**

#### **INTRODUCTION**

Masculinities studies is one of the most recent lines of research in gender studies. The concern for understanding the place of oppression that women have historically lived has left a certain void in terms of understanding the place and conditions of possibility through which male domination is exerted.

In fact, this same perspective which maintains the existence of one single place of oppression and one single place of domination has fallen into a sort of binary argument due to the very way in which power relations are conceived. This has ended up naturalizing the place of men, hindering the understanding and transformation of these relations. This has not only affected the development of academic study, but also the orientation of social action by social movements and the state. Although these are geared towards gender equity, they have renounced the direct link that men have with the political project of egalitarian gender relations. In this regard, a conclusive study by Maria Bustelo and Emanuela Lombardo (2007) analyzing the policies of equality in Europe, found that:

The male collective is not often referred to as a target for awareness in preventing violence against women, but rather to society in general when making people aware of the problem. A typical example, in the analyzed texts, is to represent the victims as being clearly women, yet mentioning the abuser in neutral terms. The message we draw from official documents on gender policies in Europe is, in general, that gender inequality is a women's problem and it is they who must change. Men are represented in different ways in different countries and themes, but what is common to the three themes is that it is not their problem. Neither are they asked to change, which is to say, no appeal is made directly to them and they are almost never direct objects of policies of equality. In the case of gender inequality in politics, men appear as the normative group in two ways: given that they are the group whose standards women are supposed to meet and at the same time they are the ones who hold the positions of power in politics.

Thus, Bustelo and Lombardo (2006) found that political calls to equality have really been oriented toward "the sex" and not "the gender" as they are not made from a relational perspective that includes the dynamics of interdependence between the genders, neither from a heterocentric vision of complementarity, but rather from the recognition of the actual reality of men and women in society. This is why only women have been gendered and therefore only they have been considered as a focus of attention in public policies. This leaves the place of men intact, in so denying their character as agents of gender and thereby obviating and neutralizing their

role as actors in the dynamics and realities that we seek to understand and change.

For the aforementioned, this thesis is interested in understanding the process of "the making of men" because we consider it necessary to analyze men and masculinity as social products. A study of this type can also generate a sort of consciousness in men, raising the possibility of looking at themselves in the mirror. Brandishing a contribution towards the creation of alternative political viewpoints which generate leadership in men in the hope of transforming gender inequalities.

In this way, thinking about men and masculinities does not negate the place of privilege that men have had in society and allows us to understand that this place of privilege also has various hues. For example, not all men can exercise these dominant relationships with clarity, for, unequal power interactions also exist between men. So, these analyses can reveal un contemplated dynamics and thus generate new routes and strategies that may lead to the transformation of inequality.

That is why this doctoral thesis intends to make an analysis framed within masculinities studies. Understanding that, as with Beauvoir's approach on women when stating that "woman is not born, but made", we should insist that men are not born, but made. A process herein termed "the making of men".

To achieve this study, we have opted to use "life stories" as the unit of analysis. Life stories are discursive productions which agents produce from their own experiences and meanings. Configured through their representations of the world and their social practices in everyday life. Understanding the "making of men" through stories allows us to approach the subjectivity of these men and to thereby enter the macrostructures of the gender order. This is achieved through the analysis of hegemonic representations and the practices that embody masculinity in social institutions such as the family, school and peers, but also the fractures, displacements and resignifications that these men make out of these representations and practices.

### **Aim and objectives.**

The object of this research is to analyze the process of construction and signification of masculinities among heterosexual Colombian men in the city of Medellin through their life stories. To identify cultural guidelines, social practices and power relations from which they live and signify "the making of men".

We speak of masculinities in the plural as it is not possible to think about the existence of one single experience of making a man. This very construction within the gender is in dialogue with other relationships that cross the life of the agent (such as race/ethnicity, social class, educational level, family history, life events, etcetera.) This perspective had already been raised by black or color feminism and the ideas of intersectionality - emphasizing the need to understand the different systems of oppression



such as racism, patriarchy or capitalism (Hill Collins 1998; Lugones 2008, Davis, 2004).

It is worth highlighting that the relationship between masculinity and the male-being is not automatic. Masculinity can be inhabited and lived by bodies and subjectivities that are not identified as "men". But in this case, we will work with bodies sexed as "male" and identifying themselves as men.

We have chosen to work only with heterosexual men because we are interested in questioning the existing naturalization between heterosexuality, masculinity and the male-being. Demonstrating that the masculinity that is woven into an identification as heterosexual, is also a constructed masculinity and is therefore fractured and fragmented. Moreover, there is a collective imaginary which suggests that gay men reject their masculinity, and although, from this research, it is clear that this is not true, we did seek (as a strategy of political impact) to decentralize the masculinity lived by men who assumed the heterosexual identity.

This analysis is set out in the context of the city of Medellin, as sex-gender systems are sociocultural constructions that are framed in their context of production. However, this does not nullify a dialogic view between the local contexts and regional, national and global realities. We therefore considered it vital to sustain a historical perspective of the core processes in the history of the city and the country and therefore the gender order. Such peculiarities include the experience of drug trafficking and other violent experiences, the processes of urban transformation in the city and the political processes, among others.

The following specific objectives were therefore established:

1. To study the hegemonic social representations which constitute the cultural guidelines which define masculinity in Colombian society.

This objective seeks to analyze hegemonic social representations, as these imaginaries become models or guidelines so that males can become men in the city. These are not just one single representation, nor are they unequivocal, but are instead a plurality of discourses through which different spaces such as the family, school, friends, the media, etcetera, are mobilized. These representations are not permanent, on the contrary, they are historical and transform over time.

2. To identify and analyze the practices and discourse that guided the process of construction of masculinities in the male respondents: from their experiences in the family, school and social peers.

With this objective we seek to understand the way in which these hegemonic social representations of masculinity are embodied into men. We posit that these representations are embodied through a series of social practices experienced in different spaces and throughout the whole life journey. In developing this objective, we prioritized the analysis of three socialization agents that are considered central to this process of embodying masculinity: the family, school and relationships with social

peers. Through these, a series of gender devices are produced which serve as disciplinarians for the learning of the gender order. As a result of this reflection, we posit the notion of instituting practices of masculinity which served to delineate these inscribed practices in these agents of socialization.

3. To analyze the meaning, subjectivation and experience of "the making of men" from their stories; identifying the tensions, conflicts and displacements that are lived when constructing their masculinity.

This objective responds to a reflection on the relationship between the structure and the individual. While the above objectives (on social representations and practices) sought to identify those structural features from the context that set the tone for the male-being in the city, they leave out the ways in which these dimensions are appropriated and subjectivated by people. A process through which a series of shifts and fractures are generated (because individuals neither repeat nor live this norm to the tee). This occurs because social representations are not always in accordance with the realities experienced by the agents or because, in real life, these men must negotiate their male-being precepts in the face of what they live. This is a common situation wherein these negotiations have to take place between "what is usually said" and "what is being experienced". For example, when making their own home, some of the privileges of the maternal home have to be reassessed. Another important point of analysis, are the very frustrations and inconveniences men suffer by being required to participate in the hegemonic male model in which they themselves express the costs implicated in occupying the socially-established place for them.

4. To suggest a reflection on men, masculinity and gender relations in the contemporary world; allowing one to think of strategies that enable social, cultural and political transformation; requiring changes in the unequal relations between men and women and between men themselves.

As has already been stated, (and as Marxist and Feminist theory have already expressed), the relationship between theory and praxis should be brought closer. Therefore, this study aims -from its object of study- to unveil some central issues surrounding the relationship between men, masculinity and gender relations. To allow for the thinking of new ways for social and political action and intervention with men. Attending to the transformations of our contemporary society, in this era of globalization and neoliberalism, and its relationship with local historical processes of the city.

### **Hypothesis.**

In order to do this study, a number of hypotheses that served as a starting point and guide were built. But, during the course of this research, they were also synthesized and transformed. Nevertheless, they list the key points of this research both from the theoretical precepts as well as from the findings themselves.

\* Gender, as a category of analysis of relationships and as a sociocultural construction, had been traditionally used to understand the place of subordination and inequality of women. However, gender is a relational category which allows us to understand not only women as a

cultural construction, but also men. This approach is required for social, economic and political transformation in which it denaturalizes the place and the body of males. Thus allowing for the generation of new demands and strategies which permit changes to the unequal power relations between men and women, and between men too. This requires an examination of the historical relations of inequality and thus an understanding of the forms of organization of power in the sex-gender system. Analyzing existing hierarchies in the relations between men and women and among men themselves. As well as inquiring as to how men see their role in changing their relations with others in the pursuit of equality and in the invention of new codes that resignify masculinities, and that may entail different ways of relating.

\* Masculinity studies have focused on demonstrating how identities and subjectivities of men respond to cultural constructions that are aimed at determining the behavior of men. This line of research, under the field of gender studies, has been of recent emergence as a field of study. It becomes relevant in that it allows for a denaturing, deneutralizing and decentering of masculinity and males, while letting us see the contingent and historical character of masculinities and the power relations that are constructed, not only against women but also between men. This allows for the leaks, fissures, tensions, conflicts and displacements that males experience in the process of "the making of men" to become apparent.

\* Colombian men have constructed their masculinity from a series of referents that are constituted by mode of behavioral codes (or guidelines) which sustain a series of demands, mandates and expectations; reflecting a deep-seated patriarchal culture. It is therefore necessary to understand this model of the male-being, which in the specific context of the country and city, becomes the script for men.

\* These mandates are embodied into the experience, subjectivity and body of males through a series of gender devices that are articulated by the agents of socialization such as the family, school and peer groups. Through these means, males are taught the script that should be followed, but they will also become responsible for exercising the forms of regulation and punishment for those who in some way or another deviate from the standard. Therefore, it is necessary to review the socialization processes, especially in those groups that are dominant in the formation of the male-being. To analyze how the praxis is oriented (making), the discourse (saying) and the thinking (symbolic) with the devices that act in the construction of how to be a man in order to be socially accepted. However, just as with social representations, these devices and agents do not work homogeneously, nor do they offer exactly the same discourses, but are indeed articulated around the formation of certain central features listed within the hegemonic cultural guidelines of the male-being.

\* Males do not behave or do not live their masculinity as laid out by the hegemonic script (the norm, the normative). In their process of subjectivation and incorporation of cultural guidelines, males generate

tensions, fractures, nonconformities with some of the elements that make up these representations. Likewise, not all men signify this experience of masculinity in the same way, but instead weave different meanings of "the making of men" from their own trajectories.

\* In the contemporary world, we take part in a context whereby the issue of equality in gender relations has already earned a place on the public agenda. This has been accompanied by a series of transformations in society, mainly agencied by the struggles and achievements of the feminist and women's movements. But a regime of patriarchal discourse continues to exist in parallel to this. Males are taught certain models of masculinity that respond to the hegemonic cultural guideline. Amidst this contradiction, males, both young and old, find a kind of dichotomy that seeks to find resolution in an alleged acceptance of the idea of equity. While not fully renouncing an essentialist and differentialist perspective between men and women (in which women continue to occupy a place of subordination) but, as this is inserted in a "pro-equality" discourse, goes unnoticed as an expression of patriarchy.

## **Method.**

This study uses social constructionism as its epistemic paradigm because we are interested in achieving a better understanding of the relationship between the social structure and the individual; in this particular case between gender order (in its different dimensions) with the subjective construction of males within this order. In particular because constructionism provides the tools to interpret the ways in which agents are made socially; in this case how men form their masculinity socially.

Thus the analysis of ten life stories was chosen as a method for this study. Through an interlocution, life stories allow us to get closer to the experiences and perceptions, and therefore the agents' own voice. However, these stories and voices are produced through a series of life experiences and significations that are contextual, so they also allow us to read into the processes that surpass the individual stories and speak of broader contexts.

It is important to note that life stories are not the same as life histories. Life stories differ insofar as they are not intended to be an objective account of the story of an agent. But rather Life Stories are interested in the construction of the narrative as the agent tells it, in the series of experiences and concrete themes; in this case, the process of the making of a man. Thus, the unit of analysis of this paper is constituted by each one of these narratives which were analyzed as discursive productions.

To obtain these stories, ten heterosexual men from Medellín between the ages of 20 and 50 were interviewed. The implemented technique was one of in-depth interviews, conducted in an open manner using a semi-structured guide that allowed the interviewer to hold the story line without limiting the emergence of other narratives, problems and categories of analysis that may have appeared during the meetings and thereby exceed the imagined

guide. With each man, two or three meetings were held. Respondents were selected randomly and a snowball strategy was implemented.

Although the respondents were contacted before the meetings, they did express a certain feeling of oddness when faced with the research because they had never considered, and had never even questioned their condition as men. For them, this type of exercise was more common for women, as they had initially assumed that the condition of being a man was biological, natural and seemingly smooth, thereby not requiring questioning. Perhaps one of the greatest assets of this exercise was to reveal the cultural, social and contingent character of masculinity. A perspective in which, bit by bit, these men were becoming participants.

The stories were analyzed from a hermeneutic perspective which would allow for the understanding of the process of signification thereof. In studies working with live sources, it is common to convert the word of the agent into an unquestionable truth, which ends up essentializing the voices. Hermeneutics, (in its commitment to being comprehensive and interpretative) allows for an understanding of the discursive formations that underlie the narrative and reveals their places of enunciation, social structures and value systems. These places are made evident in the discourse and do not allow the voice of the agent to become enthroned or made unquestionable, but, on the contrary, establishes a dialogic relationship and criticizes (in the act of writing) those voices.

### **Presentation Plan.**

This thesis has been divided into five chapters. The first two are theoretical and methodological. These commence with the idea that the theoretical and conceptual decisions imply a reinterpretation of the academic traditions of the social sciences. Women's and gender studies have also demanded a reinterpretation in that social studies have historically studied "men" and have spoken of "men" because we have had an androcentric academia. This was made explicit by feminist studies and authors such as Henrietta Moore (1999), Sandra Harding (1996) or Evelin Fox Keller (1991), this knowledge has not put men in the place of sexed and gendered agents.

Thus, the first chapter entitled **"Gender is not only about women, men also have gender: theoretical options for the study of masculinities"** serves as an exposition of the theoretical referents, presenting the options within which feminist theory and gender studies have been taken into account. An analysis is made of the sex-gender system and the implications which this organizational structure has on men. Also discussed are some avatars of the gender category since the 1970s and especially those debates which arose from the nineties onwards. Finally, the trajectory of masculinities studies is analyzed via some central studies such as that of R. Connell (1981, 2003, 2006).

In the next chapter **"The mark of making a man: life stories as a way of understanding masculinities"** we posit the methodology of this study. A reflection on masculinities and the construction of male social "identities" to question the methodological routes in order to halt this process at the

social level and also at the subjective level. A reflection is made upon the importance of analysis. Reflecting on the importance of analyzing the gender order from its comprehension of structural issues to the subjective level of this life experience. Life Stories were chosen as a form of analysis as a possibility managing to link these two levels. A constructionist paradigm is proposed achieving the denaturing of the essentialized characteristic of masculinity. The hermeneutical perspective allows for an interpretative and comprehensive view of the process of "the making of men" from the meanings that the agents weaved to produce their stories. In the following three chapters we develop the analysis of the stories that were the unit of analysis of this study. Each chapter meets one of the specific objectives raised above, with the exception of the last one where the third and fourth objective is developed.

The first of which, **“Are you not a man then?': models of being a man and hegemonic representations of masculinity in Medellín”** analyzes, according to what Bourdieu (2000) termed **"the principle of social vision"** through which an explanation is made on how the cultural, political, economic and social relations establish principles to view and interpret the world in which men live and, in this particular case: on gender relations and masculinity. These "principles of social vision" which are not natural, end up becoming naturalized and their contingent character is forgotten and taken for granted. This is what happens to gender order; it is a social construction of a "principle of vision" through which the biological sexual difference and its alleged effects on the different social, political and economic roles are defined and explained. These "principles of social vision" consist of a series of social representations circulating in different institutions such as the school, family, the church and science and constitute a model for being male that not only affects the way men are viewed and perceived, but also women.

In this paper we present social representations as being multiple and changing over time, however, we do recognize the existence of dominant representative frameworks that generate legitimacy in both the state and in civil society. These representations are herein called "hegemonic social representations" coming from the Gramscian notion of hegemony which are useful as conceptual referents in understanding the construction of this "principle of social vision" when analyzing the construction of masculinities. Thus, an analysis of these hegemonic social representations is proposed and how they determine the "should-be" for males. In response to the fact that these representations, despite being hegemonic, are never universal nor exhaustive, we propose some pluralizations of social representations of masculinity when viewed from perspectives that question race and class. With the aforementioned, we mainly analyze the functioning of three mandates that define "the essence" of masculinity in the city: how economic success take place; taking the place of authority in the family; and the exercise of a publicly active heterosexuality.

In the next chapter entitled **“You're not a girl, behave like a man': socialization agents, gender mechanisms and the establishing practices of masculinity”** we start with the notion of *habitus* to reflect on how everyday social practices that make up the doing and social relations of

everyday life are constructed. We show how this *habitus*, just as with representations, constitutes a series of naturalized actions. We thereby propose masculinity and male identities as embodied *habitus* in the socialization process of these agents and which operates through a series of disciplinary practices that function as gender devices within the different socialization agents. In this regard we study three agents of socialization that are considered to be central in the process of "the making of men": family, school and peers and we propose the notion of instituting practices of masculinity as a way of understanding this process.

The third and final chapter of the story analysis is called **"Voices that sound within: subjectivities and the experiences of making a man in contemporary society"**. Here, unlike the first chapter where we sought to account for some representations on a macrosocial level, and the second where we analyzed the configuration of that link through which the "principle of social vision" is incorporated into the body and subjectivity of males; this third chapter seeks to reduce the scale a little and analyzes the subjective meanings that these men weave in the process of "the making of men". Whilst recognizing that the individuation and subjectivation processes are also social and criss-crossed by power relations, we also understand that the agents are not exactly as defined by the structure. For this reason, we should pay close attention to these displacements, transformations, appropriations of masculinity that occur (and through which contradictions and social problems can be identified) to devise ways of transforming the inequalities between men and women.

Having reflected on all of this, we propose a study of men in the contemporary world recognizing the changes and transformations which have occurred in recent decades in the country and the world and how they have created an ambiguity in the life of men. The core of this ambiguity comes from the fact that there are undeniable changes in the place now occupied by women. Gender issues have gained a place on the public agenda and is supported and legitimated, even if reluctantly, through "politically correctness" rather than as a transformation in the imaginaries. The respondents raised the need for such egalitarian relationships, but at the same time, they almost imperceptibly allowed us to see their eagerness to revindicate, from the place of traditional masculinity, turning to some of the fundamental features that these hegemonic social representations posed, such as economic success, their place of authority in the family and the exercise of an active heterosexuality. This reading proposes an interpretation of men and masculinity today that may generate new routes both for study and for action and intervention to make a better society for all.

## **"THE MARK OF MAKING A MAN: LIFE STORIES AS A WAY OF UNDERSTANDING MASCULINITIES"**

### **2.1. A question for masculinity.**

On my journey of academic training, both in my country, Colombia, and in Spain, and from my basic training with a degree in education, as a professional in social work and later through my postgraduate programs in Family Social Work and Social Research, as well as a Masters in Cooperation and Development, I have deepened my concern to get closer to and learn more about gender issues which has always been around everything I saw in each of the mentioned studies. Also, as my professional career unfolded, I was faced with the tremendous inequities that existed in gender relations in academia, the family, science and in the working field.

I therefore chose to continue my doctoral training process in an academic workspace specific to the issue of gender. Especially because this viewpoint is founded in the social sciences, thereby enriching my academic work, my career work, my work as an academic, researcher and activist on gender issues and issues of sexual diversity. A few years before going to Spain to do my masters and initiate my doctoral program, I had already formed part of the Interdisciplinary Center for Gender Studies at the University of Antioquia, (the second largest public university in the country, by size and research study) actively participating in social and political actions and interventions.

This is how I began preparing my journey in the specific field of gender, to better understand how this concept, and more than just the concept: the application in every area, from a gender perspective can truly transform relations between women and men and contribute, (of which I am convinced), to building a more equitable and just society.

The hypothesis or premise that guided my view and this analysis, was that this study on gender should necessarily include men in a participatory manner as well as making them responsible in their role towards contributing towards equity and the profound changes that need to take place in the relationship between men and women throughout the world. Continuing to empower women -without the relational view of gender- could end up bringing more and new problems between men and women and for society in general, as we would again be leaving most, if not all, the responsibility for change on women and leaving the place of men intact. Realizing then, the true level of exclusion that women have experienced for centuries, and the brutal way in which men did not even question such exclusion because everything was made to fit.

In this sense, the gender concepts and gender perspectives raised the possibility of being used as strategies to promote profound changes in the way relationships between men and women with their connotations and characteristics, and above all, creating awareness of the inequity with which women have been treated for such a long time, allowing us to place this ancient problem in the public arena. It's not for nothing that Ryszard



Kapuscinski,<sup>3</sup> the famed journalist said in August 2000, that the inequalities in the world begin in the family, where in every possible way, the best situation is that of the man, the worst is that of the women, boys and girls.

Neither is it for nothing that the Fourth World Conference on Women organized by the United Nations in 1995 in Beijing, China, the governments of 189 countries adopted by consensus a document that says:<sup>4</sup>

*[We are] Determined to advance the goals of equality, development and peace for all women everywhere in the interest of all humanity... we recognize that the status of women has advanced in some important respects in the past decade but that progress has been uneven, inequalities between women and men have persisted and major obstacles remain, with serious consequences for the well-being of all people.*

*We also recognize that this situation is exacerbated by the increasing poverty that is affecting the lives of the majority of the world's people, in particular women and children, with origins in both the national and international domains.*

What this does is to confirm that the awareness of existing gender discrimination in the world, is increasing, both on the part of certain international organizations, local governments, academics and agents of civil society in general, claiming that the issue has been addressed. On the other hand, it is important that the gender perspective in the social sciences, shake up these models, which have historically relied on man as the universal referent of reason, excluding women and upholding androcentric relations in which the patriarchal sex-gender system is based.

Therefore, one of my objectives is to investigate and contribute to the study of masculinities, (using the theoretical framework of gender perspectives and the current of masculinities) because, as I have already mentioned, prize of place is given to extending the concept and practice of gender to a relational view. That is to say, to deepen the study on men and the relationships between men and women, whereby men are induced to think, reflect and, above all, to take responsibility for the transformation of society, contributing to the decline of a sexist, heteronormative and androcentric culture.

One of the questions that led me to worry about the issue of masculinity had to do with the reason why women were regarded as gendered beings and men not. Why they could learn and unlearn behaviors imposed by the culture and why men could not. But mostly because I strongly believe in the tremendous need that our society has for EQUITY and SOCIAL JUSTICE and I began to study gender issues related to men, and the importance of working with them to bring about a real change in the relationships between

---

<sup>3</sup> El Colombiano. Sunday the 27th of August 2000. Pg. 1D. Interview by Reinaldo Spitaletta, José Guillermo Palacio and Carlos Mario Gómez.

<sup>4</sup> The Beijing Declaration and The Platform for Action. Ministry of Labour and Social Affairs. International Relations Office of the Women's Institute. Madrid-Spain. 1996.

men and women, and thereby in other relationships and attitudes in the lives of men.

As I delved into masculinities studies, I found that indeed many authors concurred that the man is also made in the sense of learning to be a man, as Beauvoir had raised when referring to women. One of the most emphatic in this regard is D. Gilmore who attempted to show how masculinity was fabricated and whether these traits are universal. After studying the behavior of dozens of human cultures, he reached several conclusions: for example, that none of the defining characteristics of masculinity are universal, as he had found in various cultures that many men did not behave as the norm told them to. He also found that the vast majority of cultures have male socialization models dedicated to the acquiring of skills to fulfill three functions he called "The three Ps": Procreator-Provider-Protector. For which they are "torn" from the toxic dominance and unhealthy influence of the mother, an issue that occurs through a series of "rites of passage" in order to convert them into hard, brave men, competitors, predators, etcetera; issues that are reflected every day in statistics and in the media, in the violent deaths of many young men by acts of violence.

In this sense, this research also hopes to widen a road that will allow future development, new lines of research and other sources of knowledge in the city and the country. As well as for different areas of the human sciences interested in understanding and transforming gender inequalities in our contexts.

I consider this particularly relevant, given that the subject of masculinities in Latin America and the Caribbean is an issue that has not been positioned and is still dealt with some trepidation, as the long history of androcentrism has not given us the chance to explore this field; considering man as the master who stands for everything, not even allowing us to position it as an object of study. On top of this, when they start to study or think, they do so from a perspective of claiming their rights. Only since a few years now, have groups of pro-feminist men emerged, ready to do a self-critique and propose elements of change.

It is therefore important to continue research on men, not only due to the progress that women have obtained and the imbalances that this causes in relationships, but mostly because, to the extent that women are empowered and men do not understand the implications of this empowerment, refusing to accept it as part of the development of societies, they will see it as a threat to their manhood and thus respond violently, imposing and fighting to not lose their misunderstood privileges. This has resulted in the maintenance of a pachyderm macho culture, where the high levels of gender violence is largely due to ignorance, and to an attempt to preserve the place of the master, which the woman is not willing to accept.

Finally, the main purpose behind this research is based on a social commitment that lies in an attempt to make these reflections contribute to the construction of a more egalitarian society.

## **2.2 Capturing masculinities: meaning, experience and life stories. Reflecting on the method.**

With the critical debates on the category of gender in the eighties and nineties, the question on the formation of gender identities and the de-centering of masculinity was installed as central to the understanding of social organization and forms of reproduction the gender order (Butler, 2001).

We agree that identity is not an essential element of the agent, it is not a given, it is not natural or divine. Identity is a construction that is woven through processes of identification via interactions with others as well as through political, economic and cultural dynamics (Hall, 2003).

However, being in agreement with this does not mean losing sight of the importance of the construction of certain social identities within the social framework. After all, it is through this construction that we signify, read and are read, interpret and relate. It is a structuring part of our subjectivity.

This contextualization is relevant because, through this research, I am interested in analyzing the meanings of "the making of men". In particular those that are directly concerned with the formation and signification of that gender identity, which is social. But I also want to see the forms of social operation thereof. In this sense, there is a critical position in terms of the formation of identities, without ignoring its existence and centrality in the social sphere and in the signification expressed by the interviewed individuals.

As perspectives such as those of Butler or even Bourdieu have shown, identities are created from repetitive acts over time that gradually become part of the agent, their body, their mind, their skin and ends up being naturalized. (Butler, 2001; Bourdieu, 2000). This naturalization has meant thinking that they are immanent essences, necessary for order. In parallel and in dialogue with these positions resulting from academia, Social Movements have also come out to demonstrate the contingent and oppressive character of certain social formations, such as that of gender. One of the spaces which has been most questioned in recent decades has been that of hegemonic masculinities. A study like this one, forms part of these trajectories and will show the created and fragmented character of this process, being an academic and political contribution.

Within this avenue of inquiry, the concern regarding subjectivity appears as an unavoidable question. For Foucault, subjectivity is what makes the agent an agent, being a formation that occurs in the midst of power relations and that configures interactions, knowledge, feelings, relationships but also the possibilities of agency (Foucault, 1978; 2000, 2009; 2010a; 2010b; 2010c; 2011).

In this sense, we can identify two main ways of thinking about the processes of subjectivity construction. One has to do with perspectives (being very close to Foucault,) which analyze the discursive formations that build the agents' representation frameworks. For example, studies examining the the formation of conditions of possibility that create the "crazy" agent or the "homosexual" agent. These perspectives are usually

closely tied to historical, sociological or political analyses. This very quest points towards (especially methodologically) historical research methods or discourse analysis. However, in general, individual concrete experiences may disappear in the fog of the structure.

Other perspectives are much more concerned with the formation of individual experience. Of these, analyses from different psychological and psychoanalytical perspectives particularly stand out, and opt for biographical or even life-stories approaches. As the concern is the agent, sometimes an environment is created wherein the actors are left without a stage, where the societal is lost.

I, for one, would like to place myself elsewhere. A place which allows me to analyze power relations, social dynamics, conflicts, discursive formations but from the realities, meanings and personal experiences of some men. In that sense, this study is interested in the meaning of "the making of men" in their life paths involving the family, school and peers. The object of my study is neither men themselves nor their biographies, but rather the meanings they give to the process of "the making of men" and their relationship to the social processes that frame those meanings.

Now, it is necessary to locate the methodological possibilities and options that allow the answering of a concern that revolves around what "the making of men" has meant for the interviewed agents. The first thing worth noting is the question of meaning. This research investigates the valuations and meanings through which certain agents, from an induced narrative (in-depth interviews), weave around the process of how they were made men, as well as the representations and significations that give rise to this process.

This orientation of the question necessarily leads us to a reflection on the voice of the agent, the gender and the possibility of creating awareness thereof. While men may have always had the say (and have therefore held the power over what is said), they have not been able to say everything. Talking about their sensitivities; their resignations in the gender order; their inability to express their feelings due to social pressure, among others, are elements that have been socially denied to men in exchange for their position of power. It is precisely the privileged place and the role of domination that have involved their silence against a range of experiences that are constitutive of their identity. A paradigmatic example is the speech act "men don't cry" which is repeated over and over throughout childhood generating the inability to feel and express certain things.

I would like to make it clear that that is not an apologetic ode and much less victimizing of men. I do consider it necessary to verbalize the narrative and reflect on a number of voices, both hegemonic and subordinate, from which one can reflect on the creation of masculinity and clarify its social, conflictive and fractured nature.

At this point, a question arises regarding how this work has been done; what the methodological options were that I chose for the collection and analysis of the information.

In the first case, we have opted for a qualitative methodology. Making this choice is not only a matter of research empiricism, but on the contrary, it has more to do with the underlying subject and the philosophical order, if you like: how to get to know and understand reality. In this regard, we chose a qualitative methodology, as we considered that the quantitative would have meant a focus towards the discovery of trends and regularities and would not have contributed towards an understanding of the scheme of relationships and meanings that are of interest to this project. Thus, I agree that:

“In qualitative methodology, research emphasizes the meaning (interpretation by the author of their reality), context (aspects that form part of the social, cultural, historical and physical life of the actor), holistic perspective (conception of the stage, actors and activities as a whole), culture (what the actor does, what the actor knows and what they build and use)” (Gutiérrez, S.A.: 5).

The social reality is unique and depends on the context and therefore allows us to understand the motives for the actions of the individuals studied. Qualitative methodology provides us with this possibility, as it positions the agent in a predominant position in the construction of scientific knowledge. In this case, enabling and validating that the same male agents be the ones who reflect on their process of "the making of men", its meaning and the conditions regarding their masculinity. This reflection should make viable the placing of their life experiences in this current reality as well as their experiences in society through the subjective process that knowledge provides.

We must add to this that, as stressed by Jesús Ibañez (1991a), the focus of research using qualitative methodology is the very possibility of using language as a *symbolic representation* which allowing access to the subjective world of beliefs, values, motivations, desires and meanings characterizing social facts.

As for the epistemic paradigm: the very manner in which the problem-question of this study has been elaborated has involved a social constructionist perspective. This lays out how the agents are formed from a dialogical relationship with the social, cultural, economic and political dynamics (Gergen, 2007). Social constructionism arises from a reflection on sociology and psychology, in constructing a critique of two prevailing traditions: behaviorism and cognitivism. The former set in a causalist frame where the agent only answers to the effect of external stimuli. The latter, closely centered on the agent as the processor of information, losing sight of social relations.

In this sense, constructionism -as a critique of the previous approaches- proposes a perspective which can dialogically understand the relationship between individual and society. Which, while understanding that the agent is formed from these social relations (as these relations configure the very agent itself) it also values and takes into account, the processes of subjectivation of the individual and is interested in them. In this sense, constructionism allows experience, sensations, ideas and feelings to enter life. It therefore opens the possibility of understanding them as a valuable

element, central to meaning in life, an imminently social process constructed by the means of social interaction.

In this sense, constructionism is an analysis paradigm that clearly holds the question of individual experience as a social fact in its reflective frame. This is why we have chosen this perspective because the research is carried out from the life trajectories of specific men from which we are able to produce an analysis of broader social structures. Social constructionism therefore allows us to analyze the relationship between these men and their environment and their social relations, to enquire into the meaning of "the making of men". This begins with the premises that: 1) Those men are not born, they are made. 2) This "making" is an imminently social process. 3) These "men" have constructed a subjectivity in this process. 4) Practical and meaningful representations emerge during the process of subjectivation.

To collect the necessary information to yield the data we needed for this analysis, we began with the use of Life Stories from in-depth interviews. These sought to generate, above all, a conversation rather than responding to unequivocal questions; gradually generating new stories, new points, and new windows for reflection.

In this line, as we had already raised, the analysis of gender relations necessarily implies a denaturing perspective because part of the effect of gender order is the idea of the naturalness of these relationships. In this sense, this research points to a way of making the invisible visible, of asking questions that go unnoticed in the common sense. We also said that the method or strategy we have chosen to use to accomplish this commitment is the Life Story. However, the life story is not just a strategy or tool for this task, but in terms of what is sought in this research, these stories take on a vertebral structure.

The use of life stories comes mainly from the early twentieth century in the context of sociological research. Perhaps one of the most iconic studies is "The Polish Peasant in Europe and America" (Chicago, 1918-1920) by Thomas and F. Znaniecki. This book consists of two major elements: one that sought to collect data and information on everyday social practices of migrant Polish peasants, the second focuses on the autobiographical reconstruction of one of the farmers. This perspective managed to suggest another avenue of research to prevailing currents based on a sociological determinism, and on the contrary, gave a value to the agent but not from an individualist perspective but from the valuation of the agent with its corresponding context (Cornejo, 2006).

From here, the so-called Chicago School developed: interested in developing research which values microsocial processes without sacrificing the theorizing and explanation of the macrosocial processes. These perspectives remained until the Second World War, from which point they were almost forgotten. They were revived many years later in anthropological analyses in particular, in works like Oscar Lewis' "The Children of Sánchez" where the dimensions of a poor peasant family's life were studied, but analyzing the construction of the notion of "culture of poverty" and this analysis made from the socioeconomic structure.

Now, let us try to understand the methodological and epistemological dimensions of the use of Life Stories. As posited by Daniel Bertaux (2005), the life story appears when "an individual tells another person, researcher or not, any episode of their lived experience." In this perspective, the counting or narrating is essential because it is the moment wherein an experience becomes a discursive production in the narrative. In this sense, life stories allow access to the meanings that individuals make of certain points in their lives (Bertaux, 1989).

This element is relevant as life stories do not seek the reconstruction of the whole life. This is why, in recent decades, a distinction has been made between life histories and life stories. Life histories seek to rebuild the lives of certain individuals, information that tends to be contrasted with some other live sources such as family members or close people or documentary sources, charts, etcetera, that achieve a more reliable and objective reality of the whole life of that person (Siles, 2006).

On the one hand, life stories occur through a conversation and only tell the particular aspects of life, or fragments or relevant themes thereof. This obviously does not preclude the existence of "historical" and eventual aspects of the respondents' lives, but these appear as part of the narrative's fabric and not as an object of study itself.

The reflection and trail for this difference has led us, for example, to the third and final 1920 volume of "The Polish Peasant" by Thomas and Znaniecki where the use of the term "life history" first began. This was used to describe both a person's life narrative collected by a researcher, as well as the final version made from this narrative, plus the set of documentary records and interviews with people in the social environment of the biographical agent, allowing for the completion and validation of the initial biographical text (Pujadas, 2002).

Subsequently, the term *life story* was introduced to refer exclusively to the biographical narrative of an agent which can sometimes be published unedited, with the purpose of providing greater testimonial strength, even preserving the individual's own linguistic peculiarities. Until very recently, the meaning of both terms, have tended to overlap, at least partially. Until two decades ago when the American sociologist N. Denzin definitively fixed the two terms, later seconded by the Frenchman, D. Bertaux (1981) amongst others (Pujadas, 2002: 13).

Thus, the *life story* (in French: *récit de vie*) corresponds to the story of a life as told by that person who has lived it, while the term *life history* (in French: *histoire de vie*) refers to the case study referred to of a given person, comprising not only their *life story*, but any other information or additional documentation allowing for the reconstruction of said biography in the most possibly exhaustive and objective manner. The term *life story* is synonymous with literary resonances such as a biography or a biographical narrative), versus "*life history*" which corresponds to the concept of "*life history*" (Pujadas, 2002). So, it is the concept of "life story" which is adopted for this research, as the men only recount their experiences from what "the making of men" has meant for them, from the inquiries that were

made on this significant part of their lives (to be told from their life experiences) as contemplated by Strauss and Corbin (2002) "the story examines a significant part of life, as is told by the individuals."

Another fundamental distinction between Life Story and Life History has to do with the way in which they are constructed. The life history is produced by the researcher from interviews and documentary sources in an effort to rebuild a trajectory. While the life story is produced by the agent themselves, but may be induced by the researcher via the interview; ultimately, it is the individual who weaves the narrative and meaning from their own experiences (Cornejo, 2006). This has particular value, especially when entering the subjective sphere. Some other biographical approaches (such as the life history) may be used in trying to understand particular subjectivities but, due to the way in which they are constructed, are unable to enter the field of personal representations in the way that life stories are able to (Sharim, 1999).

In this study, the exercise of this research is focused on a certain part of the selected men's lives. Making use of in-depth interviews, a series of questions were formulated which allowed for an open discussion and they thereby solely narrated on the theme of their lives that was the subject of inquiry for this research (that is, on the meaning of "the making of men" from their life trajectories.) On the other hand, a life history, would have meant, consulting other sources besides the interview, (such as letters, diaries, and biographical surveys), and taking into consideration more complex elements, like time, in order to reconstruct the complete or partial life occurrences of the interviewees.

The hermeneutic perspective allows us to analyze these stories as the very meanings given to the process of "the making of men" is what articulates this research. Hermeneutics allows us to investigate the construction of masculinities in Colombian men shedding light on personal, social and cultural aspects as well as the stories that engage in this construction from their subjectivities as a praxis under permanent construction (Arfuch, 2007). This process involves developing an awareness in the agents who interpret their life experiences and the memory of what existed, from their everyday experiences and memories. And they allow for the expression, (through a conscious act of analyzing the past,) of their own interpretation of the path that their life took or the biographical itinerary, as from today.

Thus, these meanings have been produced by the agents' own voices that, through the narrative, express their experiences. In these stories, the memory time is conjugated by bringing a past time to the present, through the act of remembering, but also a present moment through which that past is signified (Ricoer, 1995; Arfuch, 2007; Berteaux, 2005).

While it is indeed difficult to establish a clear, precise limit between these different operations, Berteaux proposes three categories for the description of these times that configure some realities. The first of which is the historical-empirical reality, which refers to "the truly lived story". The author calls this a "biographical itinerary" which has to do with what has been lived, with those moments, practices and events but also with the way in which that particular time was lived, acted, performed and perceived.



Bertaux calls the second: the "physical and semantic" reality which refers to "what the agent retrospectively knows and thinks about their biographical itinerary." This, being now elaborated from the present (and frequently in the very moment that the question generates the reflexive action) is already the product of a "subjective totalization" that the agent makes from their wealth of accumulated experience from that time to the present.

However, these two times and realities do not exhaust the time of the actual discourse and narration, so the author proposes a third reality called: discursive reality. This involves "the actual story as the product in the dialogic relation of the interview, corresponding to what the agent wants to say regarding what they know (or think they know) and what they think about their itinerary" (Bertaux, 2005:76).

Thus, the life story regarding what "the making of men" has signified, passes through the narration of a past and through praxes, but also through the subjective meaning of those processes as well as the changes in time and from the life experience that this subjectivity traverses (Scott, 2002).

Alicia Lindón (1999) makes an important contribution in the same line of thinking, regarding time and the narrative productions that are produced in life stories. She raised some key elements to take into account regarding this matter: the first is that "the memorization processes transform the experience of those who store them" referring to the fact that memory (understood as a derived transformation) is a central part in the configuration of the individual as a social agent.

The second key element is to point out that the processes of rememorization transform the experience in the very moment in which these memories are brought to mind. The very act of producing the story, (in the interview) also generates feelings, ideas and resignifications from the life trajectory. This, as we will see, was reiterative in the interviewed men.

The third refers to the fact that due to the socialization processes never having been completed, at the time of meeting an agent, we are forming part of an evolution of that socialization. Therefore, the interview act can be of significant value to the very construction of that experience (and in this sense, the theme in itself), that we analyze using a particular story, as it is not a finished product.

The story as a narrative action not only has an external referential value but is also configured by the form in itself. It is therefore necessary to pay attention to the aesthetic choices that the agent takes to produce their story. This is the fourth point.

The fifth has to do directly with the previous point in showing that the narrative model chosen to tell the story, consists of a number of elements being: what is told, what is left out, what is hidden or relegated, what the agent highlights, what causal sequences are established.

The sixth point reminds us that as researchers, we are not exempt from a reality, which as agents, are also read by the other. The narrative production is thereby also determined by the perception of this agent

regarding the researcher, the way that they are perceived and therefore choose what to tell or what image to portray ahead of this agent that is questioning them.

And finally, in this relationship, it is important to address the image as a whole and as an agent, that the interviewee wants to project. For all the above, and as we have repeatedly emphasized here, the life story moves on a subjective level -but also in a social dimension- that is in dialogue with this subjectivity.

On the other hand, returning to the reflection from Bertaux, a central part of Life Stories is the signification of the event. Using the author's terms: events are the backbone of the Life Story. The question regarding the event, memory, social practices and signification, can throw us into the classic debate between whether the life narrative can be objectively appropriated or whether it is only of the agent's invention and thereby losing its validity for social science. This debate is in turn located in the midst of the disputes between objectivism and subjectivism to which I would not wish to subsume this work.

However, I would like to explain some other places from which I speak. This research is not interested in determining whether or not there is a factual reality to the events or practices. The reason being that it does not conceive that the meaning is determined by the practice in and of itself. It therefore considers that the meanings are produced in social relationships and if they appear in the narration of a defined space in life, (in this case, the formation of masculinity,) it is precisely because it occupies a place in the process of signification and it is its very relationship with other meanings and other macro spheres that will show us its possibilities and fissures.

As Foucault suggested, the effect produced by the discourse -and narration is a discourse- it is the fiction thereof, of homogeneity (Foucault, 1978, 2010a, 2010b). But a critical and contextual analysis of the same, can show conditions of formation and its fissures. These cracks, those hesitations, those ties or those displacements, do not show "the false", the "untrue", the "non-positive", but rather, constitute an integral part of the speech itself. These are what allow one to think about the rationalization (or not) of the narrative. These same configuration strategies create a desired image, and thence a system of valuing by way of signification. These fissures are also a gain. In so leaving the dichotomy of objectivity-subjectivity, true-false or reality-falsehood one can see alternatives to the signification of the experience.

I want to add that the discussion on objectivity and subjectivity would also be based (either implicitly or explicitly) on the desire of totality. That is to say, the objectivist positions calling for the possibility of totalizing the knowledge of an event, process or problem. This study does not seek this, but rather the understanding of a process from the partial view, because as has already been mentioned, it refers to a specific part of life. This is not a defeatist position, say, in face of the possibility of knowing, but an option that comes after realizing that no work is able to represent the totality of reality. Nevertheless, what gives this study legitimacy, more than the idea of objective totality, is the notion of situation.

In this sense, rather than being interested in the reality of a fact or event that appears in the story itself, this paper is concerned with the way in which this reality is processed, for the place it occupies in the narration, for the meaning given to it, by how it is constructed and from which social parameters an interpretation filter is established in that moment and in the now. Therein lies the value of life stories. This does not imply that it is impossible to make an historical analysis (for example) of the stories, however, this is not the use which is of interest to this investigation.

Based on perspectives such as those of Bourdieu, Bertaux speaks of the existence of social worlds to show the heterogeneity of the social world. These social worlds are microcosms that are formed from certain activities or practices that configure concrete relations within the broad framework of the macrocosm, in addition, just as with the social world, they are not strictly homogeneous. He is primarily concerned with the social worlds formed from work-related activities. For example: the microcosm that is formed around the bakery; or an office; or a restaurant, where some rules are woven along with some forms, some representations, some behaviors, some forms of relationship and so on. One cannot think that masculinity is a social world in itself, but rather, it is a relationship that is present in any microcosm, but it is indeed a particular space of life which, despite crossing other spaces, can be analyzed in its particularity.

Thus, masculinity is associated much more with a second category that the author raises, being the *situation*. Before continuing, it is worth noting that this is a category that has been central to French thought, especially after the influence of Kojève and Hegel's reappropriation. It has been latently present in feminism, for example in the work of Beauvoir in which it is established as a core category in her thought (Beauvoir, 1981 [1949]). This is what allows us to show the existence of certain ways of inhabiting the world from certain realities which condition the existence and experience of the agent in accordance with certain characteristics or "situations" which cause the agent to experience the world from different places. For example, being a man, or being a woman, is a situation; being born in a country in the Global South or the Global North; having children or not; being a single mother or father; being a youth, adult or sex worker, among many others. These particular experiences form, (not deterministically, but in the sphere of relationships and contingency), different ways of inhabiting and signifying the world.

These situations and social worlds form, configure and resignify, from the same contingencies of the life path that is created over time. In this way, life stories constitute, (in this lattice that creates subjectivity from certain situations), social worlds and trajectories that can be interpreted in the narrations produced in interviews. Therefore, life stories epistemically allow a privileged position of analysis in the formation of identities, because, as Dariela Sharim Kovalskys (1999 and 2005) stated: "identity is the story we make about ourselves" and therefore,

The stories deliver the opportunity to look into the dual relationship between an individual with their story, as determined by this, but also in their ability to act upon it (Sharim, 2005: 3).

This epistemic place, occupied by the life story, allows, as already emphasized in this text, for a close relationship between the individual experience and the social context, for which subjectivity, more than something for neutralizing, becomes a "privileged material for investigating" (Sharim, 2005).

To continue, I would like to highlight the centrality of the category of *situation* as it is the place of expression of social worlds and of power relations. It is a place in a system that allows us to think and explain the particular voices with which we will work, in this case: the voices of heterosexual men, voices that will be heard in polyphony, as there are many differences between them. This, to show that we are not interested in achieving a chorus in unison with these voices. On the contrary, we want to show those differences that are woven, those discontinuities, without renouncing (of course) the possibility of finding common ground between them.

It is also worth drawing attention to the question of *polyphony*, a notion proposed by the literary critic Mikhail Bakhtin (1987, 1989). He posited the existence of discourse polyphony by showing the multiple voices that meet and weave a discursive reality. Voices that meet, that dialogue and dispute. In this way, discourse is not built precisely, as a dialogue between voices. The most interesting thing about the notion of polyphony is that Bakhtin not only posited it to describe the existence of several voices, but rather to break the idea that there is an "I" that produces a unison discourse. In this way, he showed that the discourse produced by an agent, is polyphonic in and of itself, as it consists of multiple voices that feed the experience throughout the course of life. This relationship is given by the socially-constructed nature of the agent, allowing for the weaving of an intertextuality in the narration that enables the analysis of social relations through the individual voices, in this case, of the respondents.

The use of Life Stories in research also requires a certain defiance to the classical proposals producing scientific knowledge. The use of this research method requires a renouncing of the totalitarian scientific paradigm that looks for laws (whether natural or social), governing the functioning and organization of the world. These are based on the premise that the general rule should be the measure for the interpretation of the particular. In order to achieve this then, there would be two paths: the analysis that seeks a good number of cases which, together, can show a trend, operating in the interpretation as a kind of rule. The other would be, once the rule is found, to put it to test with each case; generating a logic of interpretation based on hypothesis testing, behind which we can even find perspectives that simply apply rules without even interpreting the particular phenomenon concretely.

Life stories, as a research method, is currently in the midst of a debate regarding the production of knowledge as if somehow necessarily imply their use and understanding of other forms of knowledge production. This is because their use does not seek to test the hypothesis. It does not even seek to generate explanatory metastories (Bertaux, 2005). Life stories serve to understand specific themes from the subjectivation and signification that the agents themselves make of them. Now, this does not

imply that one cannot find a relationship between the social fields and the "macrosocial" in these experiences. But rather, that the relationship is different from that intended by positivism. Life stories allow for the particularization of experience and to see on a reduced scale, the relationship between agent and society. In this case, the process of "the making of men" and the meanings that respondents produce in this process.

In this way, from the comprehensive hermeneutical perspective, social sciences should be more descriptive and should concentrate on interpretive understanding rather than being predictive or explanatory. From positions such as Weber's, it is indeed possible to generate certain "social rules", but not as immanent but rather as useful explanatory theories for certain socio-temporal contexts (Gutiérrez and Denis, 1989). From this starting point, we are interested in seeing how these narratives are woven as a text that allow us to interpret reality, and not "to read it" as a univocal relationship from the symbol to the symbolised, but instead, to understand it.

Lastly, I would like to stress the importance of hermeneutics in the analysis of life stories, not only in terms of thinking about the analysis itself or in the constructionist view of the same, but in terms of reflecting upon their conditions of production. In the first place, the story is configured from a narrative identity (Ricoeur, 1995; Arfuch, 2007) which in itself is social and, on top of that, is not homogeneous; being fractured and contradictory, it is incomplete and full of gaps. However, the story has the ability to construct what Bourdieu (1997) called the "biographical illusion", that sense of totality and stability which fulfills the discourse function that Michel Foucault also stated in "The Archaeology of Knowledge" (2010 [1970]). Hermeneutics allows for the possibility to take advantage of the story's fractures and totalities, gaps and saturations, equilibria and instabilities (Cornejo, 2008).

In this regard, the work with life stories is played out at multiple levels of narrative production and, therefore, at multiple levels of interpretation. The story itself, is a multiply reinterpreted interpretation, which, when reaching the researcher (even if it was produced by them) undergoes transformations, trimmings, additions and therefore enters another level of interpretation to be elaborated once again in the act of writing and reading a study. It is almost as though the very research in and of itself, is an inevitably hermeneutic practice that is played out under the framework of constant interpretation.

### **2.3. The interviewed men.**

As has already been mentioned, the main objective of this thesis is to analyze the meanings of "the making of men" from life stories. These accounts were obtained from in-depth interviews with heterosexual men between 20 and 50 years of age. We initially thought of doing a study comparing these meanings among young men and adult men. This idea was rejected for several reasons: 1) It involved more work on the category of gender and age-based relations, a topic that was not the interest of this study. 2) Due to certain difficulties in setting the limit between the "young" and "adult" man, in this particular case. 3) And most importantly, we

decided not to start from this differentiation, as we would really have been questioning the existence of structural differences between these meanings: "adult" and "young". The truth is that in both political and community work, as well as the research process, we see that the bulk of hegemonic representations of masculinity are similar in both groups. However, through this research, we will be developing the difficulties of this discussion.

I decided to use heterosexual men for the following reasons: The first thing to be said is that this categorization is framed under what Adrienne Rich called "compulsory heterosexuality" as an institutionalization of heterosexual sexuality that crosses all forms of social organization, the world is made to fit "the heterosexual" (Rich, (1998) [1980]; Wittig, 2006[1978]). This logic is based on the existence of a kind of wall between the homo and the hetero, also generating inequality between homos and heteros in social practices and representations of masculinity. For example: the relationship between peers, socialization spaces, the organizational form of emotional and family relationships, the social value of both, etcetera. In that sense, we were interested in heterosexual men as they allowed for the analysis of the construction of "normality" and the place it occupies therein. Heterosexuality is not only, (or is not reduced to being) "a sexual orientation" but a position within a system which organizes gender and sexuality and also configures an experience and a subjectivity.

A second reason has to do with an imaginary in which gay/homosexual men are thought to have a gender identity or some kind of identification with "the feminine." I must make it clear that I disagree with this, but I would like to be able to make echo (through this study) in the transformation in showing that "normal" or "hegemonic" masculinities are fractured. They are not a solid block, such as those who firmly hold onto this belief would have us believe, this is why it is a valid starting point.

An important parameter when selecting the interviewed men was that they should have nothing to do with neither feminist nor gender thought; that they should be academically or politically "removed" from the theme. This parameter was considered important because we wanted to analyze and represent the reality of the majority of the men in the city, the "common" people. In order to think of hegemonic masculinity, in that traditional sexist and heterosexist Antioquian schema in which men cannot cry, publicly show their feelings, or express feelings in general because, while having been granted the privilege of the dominant voice, getting overexcited, excelling or telling others to shut up; they in turn, should remain silent in regard to their being sentient agents, to their lives, their experiences, contradictions and more. It is therefore important to hear their voices, the voices from within which come to signify "the making of men".

It was decided that the interviewees should be done on different socioeconomic strata because this would allow for a broad look at the context of the city, as well as the opportunity to question whether "class" differences actually exist in the experience of "the making of men" in Medellín. Colombia is a country that is institutionally stratified into 6 levels. Stratification is a way of categorizing the economic capacities of the population. The "Departamento Nacional de Planeación" (National Planning Department -responsible for this system) defines the strata as follows: "The Colombian Socioeconomic Stratification, is a classification of households or

dwellings based on their physical characteristics and their environment into six groups or strata." In theory, the state uses this stratification to ensure a certain level of fairness to guide their social policies. Levels 0 and 1 are the lowest income population groups in the country; those belonging to 2 and 3 could be said to be the low and middle-to-low classes; stratum 4 could be said to be the middle class and 5 and 6 are the middle-to-upper and upper classes of the population. This stratification is made according to city neighborhoods. This division is by no means exhaustive; there are people with high levels of earning power in the lower strata areas or vice versa, but this generally facilitates the socioeconomic mapping of the population. The interviewees were between levels 2 and 6. Similarly, the respondents had different levels of education: from high school to professionals and postgraduates.

The selection of the city is related to personal matters and is subjective, as well as for academic and research reasons. I am interested in understanding masculinities in Medellín because that is where I have (for several years now) done my academic and political work. I think a deep understanding of the subject is therefore necessary in order to provide, in a more relevant manner, a transformation of inequality as from my work with masculinities.

Moreover, my academic interest arises mainly from a concern in understanding the transformations of masculinities that we have lived in the past decades in the city. Medellín is the second biggest city in the country, after the capital, Bogotá. Famed for its important role in the industrialization of the country and in the generation of national and international financial circuits, but also for the enormous social and economic gaps, deeply affected by an experience of intra-urban conflict.

A large part of the logic for this conflict is related to the impact of the drug cartels and then later, to the paramilitaries in the city. In the eighties, the city was one of the epicenters of drug trafficking in the country. This experience deepened the gender differences and inequalities, as we will see in this research. In the late eighties and during the nineties, the active presence of paramilitary groups came to "bring order" to the city, (especially in poor neighborhoods), using the means that they saw fit: further adding to this dissimulation.

Until the seventies, the culture in Medellín was marked by the peasant and rural past of its inhabitants, who mostly came to the city in the previous century in search of jobs that the industries offered, but also fleeing the armed conflict in rural areas where the majority were displaced by armed groups. Those three decades of conflict changed the panorama of the city becoming closely related to the phenomenon of intra-urban violence, coupled with changes in the city's urban setting; the impact of neoliberalism as well as contemporary consumption practices and the new labor and political scenes conquered by women in this same period. All of this irredeemably changed the social relations and ways of inhabiting the city.

These reconfigurations have also changed gender relations, and in that sense the masculinities in the city are still torn between the strong rootedness of traditional masculinity versus the models of "globalized" masculinities which current neoliberalism offers. Today, it is imperative to understand these masculinities in order to delineate possible paths that

allow us, from a gender perspective, to contribute to the eradication of gender-based violence as well as war and the general violence that the city and country live (where the main actors are men.) This is an underlying issue in the understanding of war and conflict, as the link to war (either in the military or as a group outside the law) ends up creating compliance, following orders and reproducing the mandates of hegemonic masculinity.

After defining the parameters, a random selection strategy was used: snowballing from colleagues and friends to contact the interviewees. Making contact was easy, but convincing them involved a little more work as they found it very strange that one would be working on the subject of masculinities, or on men through the gender perspective. This demonstrates how much of an unknown issue it is, and that men do not talk about this. They were unable to comprehend the relationship between gender and men. For the majority, this was a women's issue, nevertheless, I managed to build credibility regarding this study and while it seemed strange at first, this later changed to mere curiosity. We were in the interview process for about a year: between 2010 and 2011, with at least three meetings; each one lasting about two hours.

After writing up the first story guide, a pilot test was done with two interviews, allowing me to make cognisance of a few things. Firstly, one of the men belonged to a men's reflection group and the interview with him showed that this man's experience was not representative of men in the city; hence the need to exclude these men from the group of respondents.

This pilot test also helped me to realize that the interview should not be too directed or too strictly predetermined, but should be able to be given as a conversation rather than as a survey. Without ignoring the opportunity to point to specific targets in order to be able to produce, the expected life story narratives in the interviews.

At this point, it might be worth pausing to reflect briefly upon a constitutive part of this research (and on those who work on life stories) namely: the interview. The interview is commonly seen as a technique or tool to obtain a life story. Its role in the process of knowledge production is seen in a utilitarian way and the development of a profound reflection on this role is generally absent. The interview is a fundamental part of that dialogue space. The access to information that serves as the basis for this research depends on this meeting space.

As raised by Bourdieu (1999): the interview in itself can be a violently intrusive act in the life of the other. It is therefore necessary to size the load of symbolic violence that is able to operate in the meeting of two different agents and in places of asymmetric power wherein the researcher does not necessarily hold this place of "power". It is primarily a dialogic relationship. The reflection on symbolic violence should be present from the moment of the interview design itself, in the preparations prior to the meeting (Bourdieu, 1997; Aceves, 2002).

However, the existence of power relations that shape the interview, should not be taken as an impossibility. Rather it is a space for necessary reflection where it should be possible to draw from any research method, even some seemingly cold and "objective" one, like document analysis.



In this sense, Bourdieu reflects on the other and their place, and on the place that the researcher occupies when obtaining an interview which allows for a more horizontal, dialectical encounter. This requires giving up the interview questionnaire to find a more conversation-based strategy. Not an aimless dialogue that simply makes the other speak about what they want to but precisely one that involves two voices; one that tells their experience and the other that is attentive to the rhythm and seeks to maintain the desired objective. To achieve this, it is also necessary to take the place of the other, requiring previous consideration of self-recognition and openness to the other agent (Aceves, 2002).

I would like to highlight some aspects of the interview process: In the first instance, while I may have had a good connection with the interviewees, at the start of the process, it was very difficult to get them to talk; to manage to express and remember those events, practices and meanings that they had woven around their lives. At the beginning, everything seemed "normal" to them, and it was precisely this normality and naturalness of things which would explain the whole functioning of their lives. What I want to stress is that this difficulty of "narrating oneself" lay not only in an abyss generated by the interview act itself, but rather it was because, for these men, it was initially difficult to denaturalize their life trajectory to begin seeing how their lives were pieced together and "the making of these men". This was evident in responses such as "no, I do not know, I had never thought of that, one just does it and that's it." However, behind the naturalization, there was also a certain fear, at one point, of denaturalizing; expressed by their rejection to recall. But above all, the most rewarding part of the process was the turning point in which this wall began to crumble. It was then that these men decided to enter the labyrinth of their lives and ended up valuing this exercise as a positive experience. In both personal and political terms, almost all of them ended up realizing the importance of this type of research and the need for actions of social transformation.

This is an important consideration because although the intention was not to "lecture" these men about equity, the mere process (the questions, the timing, the elaborations that were woven into the dialogue) led them to gradually understand how, on the one hand men and women are socially constructed, and secondly, the political importance of understanding the formation and relationships that shape masculinity in eradicating violence and gender inequality.

## **FINAL THOUGHTS.**

To conclude is perhaps an impossibility. In fact, not only is it an impossibility, but it should not be the ideal. This is why I would prefer to raise some concluding ideas that succeed in gathering core assumptions that were outlined in this paper and thereby generate a reflection around the political use of this research and future work on the theme of masculinities.

This research focused on analyzing what was called "the making of men". This idea stems from the premise that men, like women, are gendered agents. They are socially constructed in the midst of social, economic, political and cultural relations, in relationships of power.

So, as a finding of this investigation, we discover that "the making of men" responds to a process that is, say "productive", in which a long chain of actors are involved. Firstly, a set of symbolic orders that produce a range of social representations of what is, and is not, being a male. These representations are constituted in a horizon of expectation, or in the words of anthropologist Clifford Geertz (2003) in a "model of" and a "model for" being male.

In Medellín, this model is articulated into three main mandates in order to obtain personal fulfillment: males are required to achieve economic success, which depends on the level of income and possessions that they can acquire. This requirement is coupled to the second: to occupy the position of authority of a nuclear family, which is achieved by having their own family (wife, sons, daughters) and upon which they would exercise that authority, that place of power. But there is a third element which articulates the other two: the exercise of active heterosexuality.

The sex-gender system that operates in the city posits that men are the providers, so the economic empowerment of women is therefore not important. This has established a configuration of roles where men must be economically successful and women have to be beautiful. So what guarantees the exercise of active heterosexuality (for men) is precisely the possibility of being able to offer material benefits, a logic that could be summarized as such: more money, more women. But economic success is also necessary in order to establish the nuclear family as, being the provider-figure, he cannot exercise his authority without the place that money guarantees.

These three mandates do not work alone. There are some more that guarantee the achievement of these pillars of masculinity, such as: force, the public display of sexuality, the prohibition of homosexuality, bravery, the exercise of violence, brusqueness. But the fundamental feature (which clearly appears in the stories of these men) is the construction of masculinity in opposition to femininity and women. Thus, for these men being a man is, above all, not being woman.

It should be highlighted that the construction of masculinity, based on not being a woman, also materializes in the form of a profound homosexual panic. And, therefore, into a generally homophobic position, buried in a discourse of "tolerance" and "respect". Thus, the figure of the

"male" is constituted in not being a woman and not being homosexual; a position that sees homosexuality as the antithesis of masculinity. This fear/phobia cuts through each one of the practices, attitudes, behaviors, tastes and the spaces that are frequented. The fear of homosexuality becomes, therefore, one of the strongest introjected devices for self-regulation and for the regulation of masculinity among peers.

Moreover, the issue of the construction of masculinity in opposition to women, sets the stage for a question on the relationships between men and women and on the issue of equality/equity. These males never question the issue of the difference between men and women, on the contrary, they assume that there is an almost insurmountable difference between being a man or being a woman. Thus, these men present themselves as "pro-equality" defending women in their taking of public space, workspaces and a certain socialization in the domestic. But at the same time, sometimes almost unconsciously, they resort to rhetorical elements with which they wish to state the existence of (and almost the need for) certain differences. For them, the origin of these differences would be given by the body. Women would be weaker, not for a social issue, nor for something cultural, but for a reason that is imminently natural and biological. This would involve a series of attitudes and roles by males, such as that of protection and care, which implicitly involves the exercise of forms of power. This is not a minor issue, as the argument of bodily differences, as a basis for social and political differences, has been that which has maintained almost the entire machinery of gender inequalities and, perhaps, the most difficult wall to break down in our society.

This theme of bodily difference, along the transcourse of the interviews, sometimes derived towards other issues which they tried to "diminish" but which showed strongly-entrenched ideas that sought to protect a traditional order within a "modernized" world. For example, some of them posited (regarding the idea of care and protection), that while women should be autonomous and have the right to work, their role as providers should not be central to the domestic economy, which was a strictly male role. This whole argumentation was accompanied by a need to justify this reasoning and to prove that this was not an issue of exercising power, but rather, as a facilitative and protective position for the lives of women. Like a way of absolving them from responsibilities, to assure them a better and more tranquil life. These positions could be accompanied by certain moral judgments against women who are intellectually strong or those with very "libertine" sexualities.

Through the stories, we can see that what has been configured in the city, is an attitude that I have denominated as being "politically correct", in the context of gender relations. That is, a position that claims to recognize the importance of certain changes in gender relations, but one that still cannot truly introject the idea of real equality. This attitude recognizes issues such as the participation of women in public spaces, admitting issues like non-violence against women, equal employment opportunities, equal pay, but still maintaining certain privileges in the unequal order between men and women. They reserve these privileges through their silence. The actions and equal rights agenda promoting

equality between men and women are not disputed openly or publicly but are criticized internally and, in the exercise of certain daily practices, the "rightful" place of power is left intact.

This position accounts for some of the changes that have occurred in the past decades, responding to global and local processes: that active participation by women and feminists and their consequent achievements; the insertion of gender-equity issues in the State's local and national agenda; some new models of women and men that are seen in the media and Internet, among others. This has changed the panorama and presents a somewhat ambiguous context in the city: on the one hand, the existence of a traditional order inherited from the "Paisa culture" (*Paisas* are the people born in Medellín and in the Department of Antioquia, and may even refer to those from nearby cities) which is deeply sexist, reinforced by elements of the narco-paramilitary culture. On the other hand, the global emergence of a transformation in the relations between men and women. Modern men (of which the respondents were only a small, but representative, sample) find themselves in a kind of paradox, ranging from the opening of equality and rights to the maintenance of certain places of domination within a patriarchal system.

This strong paradox is lived in the everyday lives of men. In private life (and even in personal reflections and questions regarding the lives of the male respondents), the presence of some transformations, especially in adulthood, was evident. In their youth, these men sought to live the privileges and promises that patriarchy offered men (such as free access to many women or being beyond public reproach), but acknowledged that over time those promises were restricted. The need for other ways of being male, has seen a transformation in adulthood, in matters such as: a greater presence at home; exercising more paternal presence; a lesser degree of active heterosexuality (fewer women, more faithfulness); bargaining power within the family etcetera. From their life experiences, these men were very aware that changes exist, and that there is a need to live and to highlight these changes, but simultaneously acknowledging another praxis of masculinity that had to do mainly with the public being.

These males recognized that admitting to these changes, in their peer relationships, was almost feminizing themselves, and in that sense, questioning their place as males. Peers and friends, function as a network to exercise traditional masculinity, thus working to include a regulating, monitoring, controlling and even punishing (by teasing, for example) of those not considered "manly" enough. This dichotomy is interesting because collectively, they are unable to admit to, (to verbalize), these changes. Yet this is something which they do live and do in their daily lives. I do not want to raise this issue nor defend the existence of equity in the reproductive and care tasks. What I would like to show though, are some issues that are indeed worth breaking down as a political or academic reflection, or if you will, recommendations for rethinking our gender order.

### **6.1. Practical reflections.**

The two first and most common socializing institutions are the family and the school which, together with peer relationships, are posited, in this research, as institutions through which gender devices operate, incorporating the norm or the set script for males. The family appears as a gender device that insists on the sex-gender difference and provides a rigid and binary model of being male and female. It is therefore necessary to insist on the need to propose gender schemas and models. These should offer alternative ways of being, through the recognition of various forms of family organization and existence in the world. This also implies working hard on the school device, as it is through education and the different actors involved there -in which the family is central-whereby it may be possible to construct other representations regarding equality. Everyday exposure in equal rights along with the gender and sexuality experience can effectively achieve a "living together", within a framework of dignity and equality for men and women.

Another issue is related to the insistence for the need to comprehend "the making of men" from two levels of analysis: one could be called "macro," in which it is possible to identify structures through the analysis of practices and representations. The other is subjectivation and the embodiment of the structural order: a process in which the agent becomes an agent through their socialization and thereby comes to form part of this specific sociocultural framework, but also one in which the agent also lives displacements, contradictions and fractures with the established model.

This study was also a commitment to achieving that micro level in which the agent, (in this case the males) could talk. Thinking about the speech problem, about the voice, and about masculinity is a central theme that is often neglected in the social sciences and in gender studies in this country. It has always been recognized here, that men (as part of their privileges) observed the exercise of power through the mastery of the word. Yet it is not generally recognized that this exercise of the word, be focused on the possibility of talking about themselves, their experience, memory, and subjectivity. At this micro level, it is possible to discover other questions, other changes, even other ghosts which, (because of the effectiveness of the control device that peers represent,) fails to be expressed when the public voice is used.

This commitment to the voice of the agents, (through the analysis of the experiences and the life paths that materialized in the use of life stories as a method for the construction of the unit of analysis for this study), allowed me to identify, what I consider, one of the most valuable reflections which I stumbled upon, on the road that this thesis has signified to me. When being interviewed about their masculinity, the males had to resignify what this had meant for them. For these men, masculinity was something neutral, natural, it was a given. When questioned about their masculinity's construction process, they had to face and become aware of the contingent nature of "the making of men". They themselves expressed, (after working things out from their own experiences) that gender issues had been treated, both academically

and politically, as "women's issues". In this regard they saw that women were gender agents, but males were not. The interview experience itself proved that masculinity, the male being and the making of males was also a gender issue and that the issue of equity therefore directly involved them.

Now, this unplanned work of "awareness" that was constructed in the majority of the interviews, occurred at the individual level. As previously laid out, the greatest difficulty that marked the interviewees was the burden of being shown to be "different" when facing their various peer groups: work, friends, kin, etcetera. In this regard, the need to collectively work with men (in social movements and state institutions involved in this issue), is put forward as a major and urgent need. The male construction of a collective, public and "verbalized" consciousness is necessary for the effective transformation of gender inequality and the reduction and, hopefully, eradication of violence against women, as well as of violence among men.

In Colombia, (similarly to Bustelo and Lombardo's (2007) European study), policies aimed at gender equality have mainly identified women as the victims of violence and practices of organizational forms of patriarchy. In turn, males have had their responsibility removed from them, or at least taking care in calling them out, thus neutralizing the agent that occupies the place of privilege in that relationship, either through action, complicity or through silence. This form of interpretation of equality has ended up assigning the responsibility for the transformation of the different forms of inequality, only onto women. A political orientation that eliminates the gendered nature of men and, in that sense, has made their load lighter in terms of the need for their commitment to social transformation.

The aforementioned requires new reflections on underlying problems in the city, such as the issue of violence against women, as what we have seen with femicide rates is a strong and brutal response (of the patriarchal order and some armed groups) in defending this order. This violent response comes from a sense of dissatisfaction, not only by armed men, but in the general population. Dissatisfaction with the places that women have earned, as they have read this as a loss of their traditional privileges. Violence has therefore been a response to the project of equality. The solution would not then be to stop working for equality in order to protect stability and social harmony, but rather to link males, as a collective, to these processes. Keeping in mind that one of the main obstacles to effective transformation of the gender order, has been the decoupling of males from this cause.

But in order to achieve this necessary articulation, we must not lose sight of a permanent questioning of the existing relationship between masculinity and power. It is undeniable that both traditional and "contemporary" masculinity is defined from the exercise of places of power. However, the recognition of this operation should not hide a fundamental feature of this relationship: the fractured and multiple nature of masculinity; forcing us to posit the issue in terms of "masculinities". Power relations in gender, are not only constituted in the

male-female relationship, but also in what has been called "intragender relations". This corresponds to the power relations that are also constituted within "a gender" (in this case, that of males). This path of analysis also allows us to see that some forms of oppression operate between men, but this domination is usually buried, as it is accompanied by a sort of complicit pact based on the promise of access to middle class, white, male, heterosexual privilege.

Recognizing and understanding these fissures of masculinity allows for the generation of strategies to involve and make both men and women see that the project aiming to free women from oppression, also promises the possibility of releasing males from the high emotional, economic, academic and cultural costs that they pay in order to occupy the place of privilege. The academic and political work with masculinities therefore involves a thorough analysis of the power relations, tensions and resistance which generate the possibility of articulating alternative forms of joint participation and citizenship.

## **6.2. Limitations and some possibilities.**

It is now a truism that research studies fail to cover almost everything they set out to, or at least, that which is truly needed to respond to issues and problems. In this sense, all research is made up of contributions, which is also positive because this enables the dialogue, interlocutions and motivations to do more.

One limitation of this analysis was not achieving a greater depth in understanding the socializing institutions such as the family, school and peer relations. This work was carried out by analyzing life stories, but the possibility of ethnographic analysis and documentary analysis of the regulatory frameworks of these structures would allow for a better understanding of the dynamics and structures, wherein these stories take shape.

It is therefore of vital importance to conduct research analyzing these institutions in their relation to the formation of masculinities and the gender order. These investigations attempt to account for the macro level, being, for example, the structuring of the educational system at the national level; the practical realities and subjectivities that are formed in concrete spaces, say: in X School in a neighborhood in the city.

This need responds to the possibility of analyzing the rearing and socialization guidelines provided in schools and the family, as this research has proposed. This task should account for a historical analysis of the transformations that the family and schools have undergone in recent decades as a result of the economic, political and cultural changes that the city and country have experienced in recent years.

One of the main findings of this research has been to demonstrate the dichotomies of men, for example in their behavior: in relation to their peers, in the context of the interview; in the face of their nuclear family relationships or in their intimate relationships with their partners. Despite this, there is a need to fully analyze this dynamic, this fracture,

its contemporaneity; between the education received at home and at school, the relationship forms and the public image that is maintained by peers and the everyday realities that men face.

This is related to what I consider the main difficulty of this research: breaking the barrier of the word and experience in males. Because men have been trained to be "neutral agents" in terms of gender, it is initially very hard to achieve a narration of their experience as gender agents.

This fact is not only defined by socialization and parenting guidelines or peer relations that maintain and reinforce hegemonic masculinity, but is also related to the failure by the state and social movements in terms of making males responsible for changes in the gender order. By this I don't only mean their lack of commitment as political actors, but also as an object of public policy. As an object of intervention for actions in favor of equality, beginning by naming the place in the sex-gender system of the city. Thus, a conscious effort is necessary, as has already been mentioned, (in the European study by Bustelo and Lombardo), where the underlying logic of policies and programs aimed at gender equality are made apparent in order to take stock of what has already been achieved and what still needs to be achieved, within which we will surely find the active involvement of men in policies of gender equality.

Moreover, studies on masculinities and gender cannot revolve around itself. It cannot be seen as an isolated issue associated with certain specific issues such as violence against women; the sociosexual division of labor or even as being associated with the LGTB sector. We need a closer understanding of the proposals of the gender category since its inception in the seventies -a more comprehensive analysis of society. I emphasize this issue because Colombian history has been characterized by its tradition of war and violence, which has worsened in the second half of the twentieth century. Today, with hopes for a negotiated conflict settlement, the question of the sociostructural axes of this conflict demands pertinent reflections on the part of those people committed to political change and an academia that is in service of this change. Therefore, taking into account the level of military spending in the country compared to other issues such as education or healthcare, (and in comparison to the military spending of other countries that are much bigger, like Brazil) we need to reflect, today, on the place of gender relations and in particular, the role of men in this war. The main actors and the dead are males, and this reality cannot be overlooked. An understanding is needed of the relationship between the hegemonic masculinity embodied in certain scripts and socialization and parenting guidelines, with the introjection by Colombian society that violence is the only path to conflict resolution. Perhaps we need to have other perspectives, to broaden our understanding of conflict in our country to thus find solutions. The gender perspective has been one of them.

In closing, all the above could be synthesized into one single idea, being the greatest difficulty we faced in conducting research on the subject of masculinities, and it has to do with its place in the social sciences and academia in general. If gender studies has occupied a subordinate place, masculinities studies has been rejected not only by the most dominant



sectors, but also by the very same social movements and the state's most progressive spaces. We need to change our perspective. Certainly not for the mere promotion of a certain stream of study. But to recognize that in order to achieve a society where everyone can live in peace, we need to engage its different actors and thereby truly achieve a common life project for all of us.